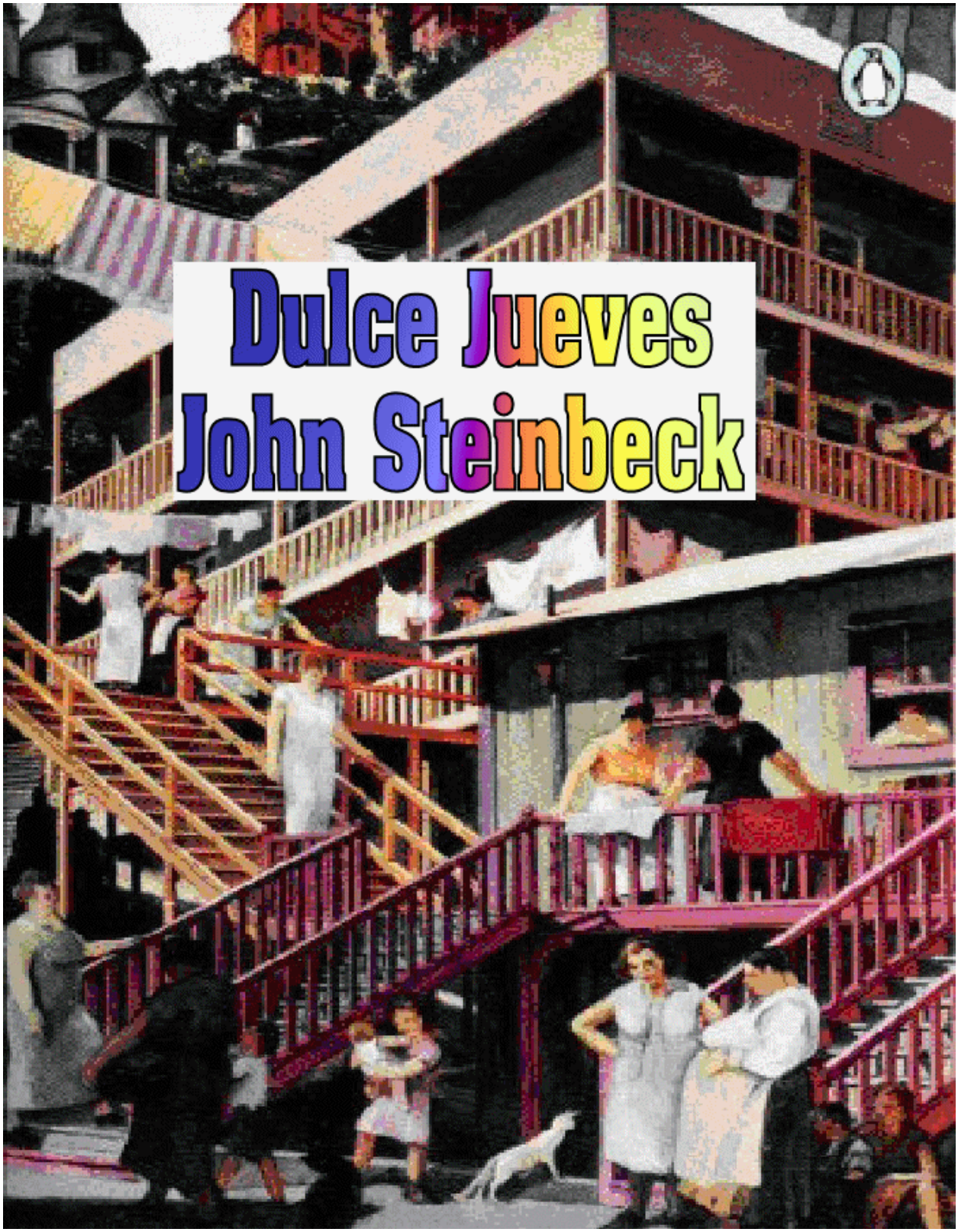
Dulce jueves
JOHN STEINBECK




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Una noche, Mack se recostó en su lecho del Palace Flophouse y dijo:

-Nunca he estado satisfecho con ese libro, *Cannery Row*. Me gustaría que fuese diferente.

Y transcurridos unos instantes dio una vuelta, apoyó su cabeza en la mano y dijo:

-Creo que soy un crítico muy mediano. Pero si me encuentro alguna vez con el tipo que escribió ese libro, le diré unas cuantas cosas.

-¿Qué le dirás? - preguntó Whitey núm. 1.

-Bien - dijo Mack -. Poco más o menos esto. Supongamos que hay el capítulo primero, el capítulo segundo, el capítulo tercero. Hasta aquí todo está bien, pero me gustaría que hubiese unas palabras al principio del capítulo, para que supiese poco más o menos de qué trata. A veces deseo volver atrás, pero eso del capítulo quinto a secas no me dice nada. Si hubiese ahí unas palabrejas, yo sabría que ése era el capítulo al que deseaba volver.

-Prosigue - dijo Whitey núm. 1.

-Verás, me gusta que haya mucha conversación en un libro, y no me gusta que me digan cómo es el tipo que está hablando. Prefiero imaginarme cómo es por el modo que habla. Y otra cosa... me gusta imaginarme lo que pienso a juzgar por lo que dicen. Me gusta también un poquito de descripción - siguió diciendo -. Me agrada saber de qué color es una cosa, cómo huele y, si es posible, qué aspecto tiene, y también lo que sienten los demás ante ello... pero de eso no mucho.

-Eres un crítico, ciertamente - dijo Whitey número 2 -. Mack, nunca me lo hubiera imaginado. ¿Eso es todo?

-No - dijo Mack -. A veces deseo que un libro dé suelta a un puñado de chucherías. Ya que el tipo lo ha escrito, démosle la oportunidad de hacer un poco de florituras. Unas cuantas palabritas bien aliñadas o una cancioncita como debe ser. Eso me parece muy bien. Pero prefiero que lo dejen de lado, para que así yo no tenga que leerlo. No me gustan demasiadas fruslerías mezcladas con el argumento. De modo que si el tipo que escribe el libro las desea, debería decirlo lisa y llanamente al principio. En ese caso puedo omitirlo si lo deseo, o volver a ello una vez conozca el desenlace de la historia.

Eddie dijo:

-Mack, si el tipo que escribió *Cannery Row* apareciese, ¿irías a decirle todo eso?

Whitey núm. 2 dijo:

-Caramba, Mack es capaz de decir a cualquiera lo que le venga en gana. Os aseguro que Mack incluso diría a un fantasma cómo tiene que encantar una casa.

-Pues claro que sí - dijo Mack -, y no habría ni golpes a la mesa ni cadenas. Hace años que no se efectúan mejoras por lo que respecta a las casas encantadas. ¡Pues claro que lo haría, Whitey!

Y se recostó para quedarse con la vista fija en el dosel que había sobre su cama.

-Me parece que los veo - dijo Mack.

-¿A los fantasmas? - preguntó Eddie.

-No, hombre, no - repuso Mack -. A los capítulos...



Librodot

I

LO QUE SUCEDIÓ ENTRETANTO

Cuando la guerra llegó a Monterey y a Cannery Row, todos lucharon más o menos, de una manera o de otra. Cuando cesaron las hostilidades todos tenían sus heridas.

Las propias fábricas de conservas hicieron la guerra adquiriendo sin límites el pescado y envasándolo íntegramente. Esto se hizo por motivos patrióticos, pero con ello no se consiguió reponer el pescado. Como pasó con las ostras en *Alicia*: «Se las han comido todas». Fue el mismo y noble impulso que dejó sin un solo árbol los bosques del Oeste y que en estos mismos momentos está sacando el agua por medio de bombas del subsuelo de California, en una cantidad mayor de la que pueden reponer las lluvias. Cuando llegue el desierto, las gentes se entristecerán; del mismo modo como se entristeció Cannery Row cuando se hubieron pescado todas las sardinas, puesto en conserva y comidas. Las fábricas de conservas gris perla de hojalata quedaron silenciosas, y el único signo de vida que había en ellas eran los paseos de un vigilante. La calle donde antes rugían los motores de los camiones, estaba ahora silenciosa y vacía.

Sí, la guerra alcanzó a todo el mundo. Doc fue movilizado. Dejó a un amigo conocido por el nombre de Viejo Jingleballicks al cargo de los Laboratorios de Biología Occidental, y sirvió como sargento técnico en una sección de V. D.

Doc se lo tomó con filosofía. Mató el tiempo, en sus horas libres, con cantidades ilimitadas de alcohol gubernamental, hizo muchos amigos y se resistió a ser ascendido. Cuando la guerra terminó, Doc fue retenido por un gobierno agradecido para resolver ciertos problemas relacionados con invenciones, una tarea para la que él era muy adecuado, puesto que había contribuido en gran escala a la limpieza. Doc fue licenciado con todos los honores dos años después de la victoria.

Volvió a los Laboratorios de Biología Occidental y forzó la puerta hinchada por la humedad. El viejo Jingleballicks no había estado allí desde hacía años. Todo estaba cubierto de polvo y moho. Había cacerolas y recipientes sucios en el fregadero. Los instrumentos estaban oxidados. Las jaulas para animales estaban completamente vacías.

Doc se sentó en su vieja silla y sintió que caía un gran peso sobre él. Maldijo al Viejo Jingleballicks, saboreando sus silenciosas palabras cargadas de ponzoña, y entonces se levantó automáticamente y atravesó la calle silenciosa para ir a tomar una cerveza a la droguería de Lee Chong. Un hombre bien vestido, con aspecto mejicano, estaba tras el mostrador, y sólo entonces se acordó Doc de que Lee Chong se había ido.

-Cerveza - dijo Doc -. Dos cuartillos.

-Voy volando - dijo el patrón.

-¿Está Mack por ahí?

-Creo que sí.

-Dígale que quiero verle.

-¿Quién diré que desea verle?

-Dígale que ha vuelto Doc.

-Okay, Doc - dijo el patrón-. ¿Le va bien esta clase de cerveza?

-Cualquier clase de cerveza me parece bien - dijo Doc.

* * *

Doc y Mack se sentaron juntos a última hora en el laboratorio. La cerveza perdió su filo y su lugar fue ocupado por un cuartillo de «Old Tennis Shoes», mientras Mack contaba todo la que había sucedido en aquellos años perdidos.

Todo era diferente. Las gentes se habían ido o habían cambiado, y eso casi era como si también se hubiesen ido. Fueron mencionados tristemente algunos nombres, incluso nombres de personas vivas. Gay había muerto, alcanzado por un pedazo de metralla antiaérea caída en Londres. No podía dejar de mirar al cielo durante un bombardeo. Su esposa se volvió a casar con toda facilidad gracias a su seguro de vida, pero en el Palace Flophouse conservaban la cama de Gay tal como había estado en vida de éste... un pequeño santuario a la memoria de Gay. No se permitía a nadie sentarse en esa cama.

Y Mack contó a Doc cómo Whitey núm. 1 tomó un empleo en una fábrica de material de guerra de Oakland y se rompió la pierna al segundo día, pasando tres meses rodeado de lujo. En su blanco lecho de hospital aprendió a tocar la armónica, una habilidad que conservó durante todo el resto de su vida.

Después venía el nuevo Whitey, Whitey núm. 2, del que Mack estaba muy orgulloso, porque ingresó en los primeros marines y marchó como substituto. Alguien, pero no Whitey núm. 2, dijo que había ganado una Estrella de Bronce, pero si era verdad, la había perdido, y por lo tanto no quedaba prueba alguna. Pero él nunca perdonó al cuerpo de los marines por haberle arrebatado su botín... Un recipiente de un cuartillo lleno de orejas conservadas en coñac. Había deseado colocar aquel frasco sobre el estante que tenía encima de su cama, como recuerdo a sus servicios Prestados a la patria.

Eddie conservó su empleo con Wide Ida en el «Café la Ida». El médico encargado de la revisión, cuando vio su hoja y se dio cuenta de lo que andaba mal en Eddie, llegó a la conclusión de que Eddie hacía doce años que estaba teóricamente muerto. Pero Eddie fue tirando como si tal cosa, y cuando la movilización se llevó a casi todo el mundo, él casi se convirtió en el empleado permanente en el bar de Wide Ida. Por motivos sentimentales vació el contenido de la jarra del vino en una serie de barriletes, y cuando cada uno de éstos estuvo lleno, lo tapó y lo enterró. En la actualidad el «Palace» es el chamizo más bien dotado del condado de Monterey.

Aproximadamente hacia la mitad del primer cuartillo de «Old Tennis Shoes», Mack contó cómo Dora Floot había muerto mientras dormía, dejando la Bear Flag sumida en la mayor aflicción. Sus hijas estaban inconsolables. Cogieron una borrachera femenina que duró tres días, clavando en la puerta un letrero que decía: «Cerrado por defunción de la dueña», pero a través de las paredes se las podía oír homenajeando a Dora en un concierto a tres voces... «Roca de las Edades», «Dormida en lo Profundo» y «La enfermería de San Jaime». Aquellas jóvenes sollozaban realmente... sollozaban como coyotes.

La Bear Flag pasó a manos de la pariente más próxima de Dora, una hermana mayor que vino de San Francisco, donde llevaba algunos años al frente de una Misión Nocturna en Howard Street, de la que obtenía ingresos

muy saneados. Había sido un socio silencioso en el negocio, dictando sus prácticas y política únicas. Por ejemplo, Dora había deseado llamar a su establecimiento la Estrella Solitaria, porque una vez, en su juventud, pasó un maravilloso final de semana en Fort Worth. Pero su hermana insistió en que debía llamarse la Bear Flag. en honor de California. Decía que cuando se vivía en un Estado, había que honrar a aquel Estado. No encontró su nueva profesión muy diferente de la antigua, y pensó en ambas como en un servicio público. Leía horóscopos y continuó transformando, por lo menos después de las horas de trabajo, la Bear Flag en una especie de escuela superior para jovencitas. Se llamaba Flora, pero una vez, en la Misión, un caballero haragán le dijo, al terminar la sopa:

-Flora, usted me parece más un tipo de fauna.

-Hombre, eso me gusta - dijo ella-. ¿Le importa que lo aproveche?

Y lo hizo. Desde entonces se llamó para siempre Fauna.

Todo esto era ya bastante triste, pero aún había algo más triste, que Mack omitía deliberadamente. No quería tener que hablar de ello. Y por lo tanto habló a Doc de Henri, el pintor. Mack se censuraba por lo que pasó con Henri. Henri había construido una embarcación, un barquito perfecto con un hermoso camarote. Pero lo construyó allá arriba en los bosques, porque el océano le daba miedo. Tenía su barquito colocado sobre bloques de cemento, y Henri era muy feliz allí. Una vez, cuando no había mucha cosa que hacer, Mack y los muchachos le gastaron una broma. Estaban aburridos. Bajaron a las rocas de la orilla del mar y recogieron un saco de percebes, que llevaron allá arriba para pegarlos en la quilla del barco de Henri con cemento rápido. Henri se quedó estupefacto, especialmente porque no podía contar a nadie lo sucedido. Doc le hubiera tranquilizado, pero Doc estaba en el Ejército. Henri rascó la quilla y la repintó, pero apenas estuvo seca la pintura, los muchachos volvieron a hacerlo, pegando también algunas algas. Se quedaron terriblemente avergonzados cuando vieron lo que pasó. Henri vendió su barquito y abandonó la población antes de veinticuatro horas. No podía apartar de sí la terrible y persistente idea de que el barco se iba al mar mientras él dormía.

Y Mack contó cómo Hazel había estado también en el Ejército, aunque no había nadie que se lo creyese. Hazel estuvo en el Ejército el tiempo suficiente para tener derecho al certificado G. I., y se matriculó en la Universidad de California para estudiar astrofisica, firmando con una señal en la solicitud. Tres meses más tarde, cuando la confusión disminuyó un tanto, ]as autoridades docentes lo descubrieron. El Departamento de Psicología quería conservarlo, pero eso era contrario a la ley.

Hazel se preguntó a veces a qué se debía que hubiese ido a estudiar. Tenía intención de preguntárselo a Doc, pero cuando éste volvió, ya no se acordaba de ello.

Doc sirvió lo último que quedaba del contenido de la primera botella de «Old Tennis Shoes», y dijo:

-Has hablado de todo lo que les ocurrió a los demás. Pero, ¿qué te pasó a ti, Mack?

Mack respondió:

-Yo me quedé por ahí guardando las cosas en orden.

Sí, Mack había guardado las cosas en orden, y había hablado de la guerra con todos cuantos se encontraba. Llamaba a su guerra la Gran Guerra. Ésta fue la primera. Después de la guerra, las pruebas con la

bomba atómica le interesaron de una manera propia de un Cuatro de Julio. La elevada recompensa que ofrecía el Gobierno por el descubrimiento de nuevos yacimientos de uranio, produjo una reacción en cadena en Mack, y se compró un contador Geiger de segunda mano.

En la parada de autobuses de Monterey el contador Geiger empezó a zumbar y Mack se puso en marcha con él... primero a San Francisco, y después a Marysville, Sacramento y Portland. Mack estaba tan dominado por el interés científico, que no observó a la muchacha que viajaba en el mismo autobús. Es decir, no reparó mucho en ella. Bien, una cosa llevó a la otra, lo que no era un caso único en la vida de Mack. La muchacha hacía el trayecto más largo, hasta Jacksonville, en Florida. Mack la hubiera dejado en Tacoma si el contador Geiger, con sus latidos, no le hubiese obligado a seguir hacia el Este. Llegó a Salinas, Kansas, en compañía de la muchacha. Hacía un día húmedo y bochornoso; la muchacha dio una manotada para matar una mosca que revoloteaba en el interior del autobús y rompió su reloj de pulsera. Sólo entonces descubrió Mack que había estado siguiendo una esfera fosforescente y radiactiva. A su edad, el romance no atraía a Mack. Volvió a Monterey en un vagón descubierto, bajo una lona que cubría a un tanque de tamaño mediano destinado a Fort Ord. Mack se alegró mucho de volver a casa. Había ganado algunos dólares haciendo guardia en el vagón. Fregó y limpió el Palace Flophouse y plantó una hilera de glorias matutinas frente a la fachada, y él y Eddie lo dejaron dispuesto para recibir a los héroes que regresaban. Se divirtieron bastante cuando los héroes rezagados volvieron.

Una dorada melancolía cayó sobre Doc y Mack como hojas otoñales, una melancolía hecha a partes iguales de «Old Tennis Shoes» y antiguos tiempos, de amigos perdidos y amigos cambiados. Y ambos comprendieron que estaban evitando hablar de un tema determinado, contando anécdotas sin importancia para evitar lo que sí la tenía. Pero por último quedaron exhaustos, y el tema se alzó ante ellos.

-¿Qué opinas del nuevo propietario de la droguería?

-¡Oh, me parece bien! - repuso Mack-. Es muy interesante. La lástima es que jamás podrá ocupar el puesto de Lee Chong. Nunca hubo un amigo como Lee Chong - dijo Mack con voz quebrada.

-Sí, era bueno y juicioso - dijo Doc.

-Y marrullero - dijo Mack.

-Y muy listo - añadió Doc.

-Se preocupaba mucho por los demás - dijo Mack.

-Y especialmente de algunos - dijo Doc.

Escudriñaron a Lee Chong por los cuatro costados, y su evocación le atribuyó virtudes que le hubieran sorprendido, mezcladas con inteligencia y belleza. Mientras uno de ellos contaba una hermosa historia de aquel comerciante chino, el otro esperaba lleno de impaciencia a que la historia terminase, añadiéndole entonces su toque final. De sus recuerdos emergió un ser apenas humano, un dragón de bondad y un ángel de marrullería. Así se crean los dioses.

Pero la botella estaba ya vacía, y esto irritó a Mack, y esta irritación rezumó hacia el recuerdo de Lee Chong.

-De todos modos el muy cerdo era un perfecto bribón - dijo Mack-. Hubiera debido decirnos que tenía intención de vender la tienda y de irse.

No demostró ser muy amigo nuestro, pues todos le hubiéramos ayudado de muy buen grado si nos lo hubiere dicho.

-Tal vez eso era lo que temía - observó Doc-. Lee me escribió acerca de ello. Yo no podía aconsejarle... me hallaba demasiado lejos... así es como se decidió.

-Nunca se puede saber lo que barruntan esos chinos - dijo Mack-. Doc, ¿quién podía pensar lo que él estaría... digamos... tramando?

¡Oh, fue algo muy sorprendente! Lee Chong llevaba tanto tiempo al frente de su dominio, que nadie hubiera podido prever que tenía intención de venderlo. Estaba tan ligado a la alimentación y el vestido de Cannery Row, que se le consideraba permanente. ¿Quién hubiera sospechado los secretos recovecos de su paradójica mente oriental, que parecía haber igualado la paradójica mente occidental?

Es costumbre imaginarse a un capitán de navio sentado en su camarote, planeando un futuro almacén o droguería no sujeto al capricho de los vientos ni de los peligrosos escollos. Lee Chong también soñaba mientras trabajaba en su mostrador y servía pintas de «Old Tennis Shoes» o cortaba delicadamente lonjas de jamón con su enorme cuchillo. Soñaba, efectivamente... soñaba con el mar. No comunicó a nadie sus planes ni pidió consejo. Y eran muchísimos los que se lo hubieran dado.

Un buen día, Lee Chong vendió la tienda y se compró una goleta. Tenía la intención de ir a comerciar a los Mares del Sur. Soñaba con palmeras y polinesias. Cargó en la bodega de su goleta todas las existencias de su tienda... todas las mercancías en conserva, las botas de caucho, las gorras, agujas y pequeñas herramientas, los fuegos de artificio y los calendarios, incluso las vitrinas de vidrio donde guardaba gemelos dorados y plateados y encendedores. Todo se lo llevó consigo. Y pudieron verle por última vez agitando su gorra marina azul desde el cabeceante puente del barco de sus sueños, mientras pasaba ante la boya de sirena de Punta Pinos, para perderse en el crepúsculo. Y si no naufragó por el camino, probablemente ahora debe de estar recostado en una hamaca, bajo un toldo colocado en la cubierta de popa, mientras bellas muchachas polinésicas, someramente vestidas, se dedican a escoger entre su surtido de tomates en conserva y gorras de mecánico a rayas.

-¿Por qué supones que lo hizo? - preguntó Mack.

-¿Quién lo sabe? - repuso Doc -. ¿Quién sabe lo que se oculta en lo más profundo de la mente de los hombres? ¿Quién sabe lo que desean verdaderamente?

-No será feliz allí - dijo Mack-. Se sentirá solo entre tantos extranjeros. Tienes que saber, Doc, que yo ya me ima giné por qué lo hizo. Fueron esas malditas películas. Él solía cerrar todos los jueves por la noche, ¿recuerdas? Esto era debido a que en el cine cambiaban el programa. Nunca se perdía una película. ¡Éstas son las culpables, las películas. Y tú, Doc, sabes tan bien como yo lo mentirosas que son las películas. No será

feliz, allí. Se sentirá tan desgraciado, que volverá.

Doc contempló su cochambroso laboratorio.

-Pues yo desearía estar allá con él - dijo.

-¿Quién no lo desearía? - dijo Mack-. Pero esas chicas de las islas de los Mares del Sur lo matarán.

-Lo sé - dijo Doc -. Tú y yo deberíamos estar allí, Mack, Para ayudarle a defenderse de sí mismo. Me pregunto, Mack: ¿cruzo la calle en busca de otra pinta de cerveza o me voy a la cama?

-¿Por qué no lo echas a cara o cruz?

-Echa tú la moneda -dijo Doc-. La verdad es que no deseo irme a la cama. Si echas tú la moneda, yo sabré lo que tengo que hacer.

Mack lanzó una moneda al aire, y tenía razón. Mack dijo:

-De buena gana iría en tu lugar, Doc. Tú ponte cómodo aquí... vuelvo en seguida.

Y volvió.

II

## LA ATORMENTADA VIDA DE JOSÉ MARÍA

Mack volvió con una pinta de «Old Tennis Shoes» y vertió un poco en el vaso de Doc y un poco en el suyo.

Doc dijo:

-¿Qué clase de persona es el nuevo propietario... mejicano, no es cierto?

-Es buena persona - dijo Mack-. Viste muy bien. Se llama José María Rivas. Listo como una ardilla, pero bastante desdichado, Doc..., desdichado y divertido. Ya sabes lo que pasa cuando un chulo se enamora... poco importa lo que sufra.... es algo divertido siempre. Y eso es lo que le ocurre a José María.

-Háblame de él - dijo Doc.

-Me dediqué a estudiarlo - dijo Mack-. Él me contó algunas cosas y yo eché mis cuentas. Es listo. Pero ya sabes, Doc, que muchos de esos que se pasan de listos, caen en su pro pia trampa. ¿No has conocido a personas que estaban tan ocupadas siendo listas, que no tenían tiempo para nada más? Bien, eso es lo que le ocurre a José María.

-Cuéntame - dijo Doc.

-Creo que no se podrían encontrar dos personas más opues tas que tú y él - empezó Mac -. Tú eres buena persona, Doc, buena persona y testarudo, pero se necesitaría ser idiota para creer que eres listo. Todo el mundo te aprecia porque eres de carácter franco y abierto. Pero todos le escupirían de muy buen grado a José María debido al simple hecho de que siempre se anda con recovecos y sutilezas. Y en cierto modo también es una buena persona.

-¿De dónde proviene? - preguntó Doc.

-Bueno, ya te lo diré - dijo Mack.

Mack tenía razón. Doc y José María eran tan opuestos como pueda imaginarse, pero delicadamente opuestos. Sus diferencias se balanceaban como figuras de un auto bajo una brisa ligera. Doc era un hombre cuya entera dirección e impulso eran legales y legítimos. Cuando se le dejaba que siguiese sus propios impulsos, obedecía puntualmente las leyes, hasta en cosas tan nimias como detenerse ante las señales del tráfico. El hecho de que Doc se viese metido constantemente en prácticas ilícitas, era culpa de sus amigos, no de él... culpa de Wide Ida, que las leyes contra el alcohol agarrotaban como un cinturón apretado, y de la Bear Flag, cuyo negocio, a pesar de ser aceptado y reconocido, era ciertamente mencionado con desdoro en todos los libros concebibles.

Mack y los muchachos llevaban tanto tiempo viviendo a la sombra de las leyes contra la vagancia, que las consideraban como un escudo y un paraguas. Su asociación con el hurto, el fraude, la holgazanería, las reuniones ilegales y la conspiración de todos órdenes, no era sólo aceptada, sino que hasta cierto punto había llegado a ser una cuestión de orgullo para los habitantes de Cannery Row. Pero eran verdaderos corderitos de probidad y virtud, comparados con José María. Todo lo que éste hacía resultaba ser naturalmente contrario a la ley. Esto había sido así desde su primera infancia. En Los Ángeles, donde nació, mandaba una banda de golfillos cuando aún era un niño. La acusación de que se quedaba con el dinero

ajeno, si no es probable parece por lo menos razonable. Rechazó la teoría de la propiedad privada, convirtiéndola en la de la propiedad transferible, casi desde el mismo día de su nacimiento. A la edad de ocho años era un afanador con tanto éxito, que se sabía que oficiales de la Marina lo habían echado a puntapiés. Cuando empezaron las luchas de bandas en el distrito mejicano de Los Ángeles, José María se irguió sobre los golfillos. Instaló una tienda ambulante, bien provista con navajas de muelles, pistolas detonadoras, llaves inglesas para golpear y, para los muy pobres, calcetines llenos de mena, baratos y muy eficientes. A los doce años se matriculó en un reformatorio, y dos años más tarde salió con matrículas de honor. Había aprendido casi todas las técnicas criminales existentes. Aquel bello muchacho de catorce años, de ojos tristes e inocentes, era capaz de descubrir la combinación de una caja fuerte ya sea con los dedos o con estetoscopio. Podía escalar hasta la altura de un segundo piso como si tuviese ventosas de succión en los pies. Pero tan pronto como hubo dominado estas artes, las abandonó bajo el razonamiento de que el riesgo era demasiado grande. Siempre fue un chico muy listo. José María buscaba una profesión en la cual la víctima estuviese asociada con el ave de rapiña. El juego del tejón, el paño de pared que giraba sobre un eje y el tesoro español eran cosas más próximas a su ideal. Pero, sin embargo, aún no bastaban. Nunca había "tocado el piano" en una Comisaría y quería seguir así. Intuía que tenía que haber una profesión lo suficientemente ilegal para satisfacerle moralmente, y, sin embargo, lo suficientemente segura para que su conocimiento instintivo del cálculo de probabilidades no se viese ultrajado. Podía haberse dicho que estaba ya lanzado en su carrera cuando, de pronto, llegó a la pubertad y durante algunos años sus actividades tomaron una dirección diferente.

José María fue vegetando durante cierto número de años en el campo del hurto y del fraude. Era ya un hombre cuando se disipó la niebla ante sus ojos y pudo volver a ver. Entonces, precisamente cuando empezaba a ponerse en movimiento, el Ejército se apoderó de él y lo conservó tanto tiempo como pudo, en buena conciencia. Se dice que su licencia final y deshonrosa es una obra maestra del arte de decir las cosas a medias.

José María nunca podía establecerse. Empezó de nuevo su carrera bajo muy malos auspicios, porque cayó bajo la influencia de un joven y comprensivo sacerdote que le condujo al interior del cálido seno de la madre Iglesia, en el cual José María había nacido, de todos modos. Ahora José María Rivas probó la confesión y el perdón y creyó, como tal vez lo hiciera François Villon, que bajo la protección de la ropa talar podría encontrar alguna salida para su talento. El Padre Murphy le enseñó la teoría del trabajo honrado, y cuando José María se hubo repuesto de la impresión que le causó este principio, decidió probarlo por un rato. Con ayuda del Padre Murphy, que gozaba de influencias en el gobierno municipal, José María se encontró en posesión de un empleo en el Ayuntamiento, una posición llena de dignidad, que incluía un cheque mensual que podía cobrarse sin temor a que le tomasen las huellas dactilares.

La Plaza de los Ángeles es una plaza muy hermosa, ornamentada con jardincillos, palmeras en grandes parterres y una enorme abundancia de flores. Es un lugar muy característico, un centro de reunión para los turistas, un orgullo para la ciudad, porque mantiene un aire mejicano desconocido en Méjico. José María, pues, estaba encargado de regar y

cultivar las plantas de la Plaza... una ocupación que era no sólo fácil y agradable, sino que le ponía en contacto directo con aquellos turistas que podían hallarse interesados en pequeñas series de estudios de arte. Aunque José María comprendía que nunca podría enriquecerse con este empleo, sentía un cierto placer en verse, en parte por lo menos, dentro de la ley. Ello le daba aquella satisfacción que algunas personas hallan en el pecado.

Aproximadamente por esta época, el Departamento de Policía de Los Ángeles tuvo que encargarse de un caso que era un verdadero rompecabezas. Se distribuía marihuana en cantidad bastante considerables y a un precio enormemente reducido. La brigada de estupefacientes efectuaba *razzia* tras *razzia* sin conseguir descubrir la fuente. Se registraron todos los hogares vacíos, desde San Pedro hasta Eagle Rock. Y luego el campo fue dividido en zonas y la búsqueda de las hojas puntiagudas de la marihuana se prosiguió en círculos cada vez más anchos: por el Norte hasta más allá de Santa Bárbara; por el Este hasta el río Colorado; por el Sur hasta la misma frontera. Ésta fue sellada, y es bien sabido que la marihuana no crece en el Océano Pacífico. freses de búsqueda intensiva, con la cooperación de todos los agentes locales y la policía del Estado, no condujeron absolutamente a ninguna parte. El suministro continuaba como siempre, y la brigada de estupefacientes estaba convencida de que los consumidores no conocían la fuente.

Sólo Dios sabe por cuánto tiempo hubiera continuado esta situación de no haber sido por Mildred Bugle, de trece años de edad, primera de su clase en botánica elemental en la Escuela Superior de Los Ángeles. Un sábado por la tarde, al cruzar la Plaza, recogió algunas hojas interesantes que crecían alrededor de una palmera plantada en un parterre, y las identificó, sin lugar a dudas, como *Cannabis Americana*.

José María Rivas se hubiera encontrado metido en un buen aprieto, a no ser por el hecho de que el Departamento de Policía de Los Ángeles se hallaba en un aprieto mayor. No podían detenerle. ¿Qué impresión causaría que los periódicos contasen que la Plaza era la fuente del suministro de marihuana? ¿Que ese producto había sido plantado y cultivado por un empleado municipal, regado con agua municipal y alimentado con detritus municipales?

José María recibió orden de largarse en términos tan enérgicos, que casi se quedó sordo. La policía llegó incluso a comprarle el billete del autobús hasta San Luis Obispo.

Doc rió entre dientes.

Tienes que saber, Mack - dijo -, que se trata casi de una persona honrada.

-Yo siempre lo dije - repuso Mack.

-¿Cómo se metió en el asunto de los espaldas mojadas? -preguntó Doc.

-Verás, andaba buscando una carrera - dijo Mack - y le pareció una magnífica oportunidad. José María calculó los ángulos y el porcentaje. Si lo miras bien, verás que no podía fallar.

Levantó sus dedos para contar los hechos, y luego tomó un rápido sorbo para que le ayudase a pasar por encima del período en que sus manos estarían ocupadas.

Mack se tocó el meñique de la mano izquierda con el índice derecho.

-Número uno - dijo-. José María habla mejicano porque sus padres eran mejicanos cuando se establecieron en Los Ángeles. - Se tocó el dedo medio -. Número dos, los espaldas mojadas vienen por ellos mismos. Nadie les hace venir. Hay un suministro seguido. Número tres, no saben hablar inglés y no distinguen a un *poli* de un cubo. *Necesitan* de alguien como José María para que cuide de ellos, les busque trabajo y reciba sus pagas. Si uno de ellos no se porta bien, todo lo que José María tiene que hacer es llamar a la policía federal, y lo deportan sin causar ninguna molestia a José María. Esto es lo que él había buscado siempre... un negocio turbio con un tanto por ciento fijo para la casa. Calcula que tiene tres o cuatro brigadas traba jando en frutas y vegetales, y él puede echarse a descansar de la manera que siempre ha deseado. Por eso compró la tienda de Lee Chong. Creyó que podría convertir la droguería en una es pecie de centro laboral, donde sus hombres podrían descansa y él les vendería cosas al mismo tiempo. Y esto no va mucho contra la ley.

-Diría, por el tono con que lo cuentas, que eso no dio re sultado. ¿Qué pasó?

-Música - respondió Mack.

La verdad es que José María no conocía todos los ángulos, promedios y porcentajes. Sus sistemas no podían fallar, pero fallaron. El cálculo de probabilidades aconseja no jugar a los dados, pero esa ley se mantiene hasta que interviene la magia y alguien gana una fortuna.

Había literalmente millones de espaldas mojadas en la comarca... Hombres reposados, muy trabajadores, ignorantes, que se contentaban con inclinar sus espaldas sobre la tierra exigente. Era jugar con ventaja; no se podía perder. ¿Cómo fue, pues, que en la brigada de José María hubiese un tenor y un guitarrista? Bajo su mirada horrorizada, tomó forma una orquesta... dos guitarras, un guitarrón, hombres para marcar el ritmo con maracas, un tenor y dos barítonos. Hubiera deportado a todo aquel grupo si su sobrino, Cacahuete, no se les hubiese unido con su trompeta de *hot*.

Los espaldas mojadas de José María abandonaron los campos de zanahorias y coliflores para cambiarlos por las pistas de baile de las aldeas de California. Se llamaban a sí mismos los espaldas mojadas. Interpretaban «Ven a mí, mi chica dolorosa», «Mujer de San Luis» y «El nubito blanco que llora».

Los espaldas mojadas se vestían con apretados trajes de charro, llevaban enormes sombreros mejicanos y tocaban bailables en el Salón de los Bomberos de Spreckel, el I. O. O. F. de Soledad, los Elks de King City, el Garaje de Greenfield, el Auditorium Municipal de San Ardo. José María dejó de luchar contra eUos y empezó a contratarlos. El negocio era tan bueno que cribó a todos los nuevos espaldas mojadas, tratando de descubrir a los que tenían talento musical. Fue la primera incursión de José María en el negocio del espectáculo, y su falta de honradez nativa le dio a entender que había elegido bien.

-Así es que ya ves - dijo Mack-, fue la música quien lo hizo. Después de esto no se puede confiar en nada. Tomemos ahora a Fauna,.., la Bear Flag no es como ningún otro burdel de mar o tierra. Hace que las chicas tomen lecciones de urbanidad, para que sepan cómo deben comportarse en la mesa, y ella lee el porvenir en las estrellas. Nunca has visto nada semejante Todo ha cambiado, Doc, todo ha cambiado.

Doc paseó la mirada por su mohoso laboratorio, y se estremeció.

-Tal vez yo también estoy cambiado - dijo.

-Vamos, Doc, tú no puedes cambiar. ¡Caramba, de qué dependeríamos entonces! Doc, si tú cambias serán muchos los que irán a cambiar sus fichas a caja. Verás, todos estábamos es perando a que tú volvieses para que pudiéramos continuar siendo normales.

-Yo no me siento el mismo de antes, Mack. Estoy inquieto, soy incapaz de descansar.

-Ahora lo que tienes que hacer es buscarte una chica - dijo Mack -. Le tocas un poco de música de iglesia en tu fonógrafo.

Y entonces vendré yo y os daré un empujón por un par de pavos.

Anda, pruébalo, Doc. Te lo piden tus amigos, y tienes que concedérselo.

-Lo probaré - dijo Doc-, pero no tengo ninguna confianza en ello. Temo haber cambiado.



Librodot

III

CHUCHERÍAS

Extendiendo la mirada hacia el pasado, puede descubrirse, por lo general, el momento en que nace una nueva era, mientras que, cuando ocurrió, un día se hallaba sujeto a la cola del otro.

Hubo prodigios y portentos aquel invierno y primavera, pero esas cosas sólo se advierten después. En el Monte Toro la nieve bajó hasta Pine Canyon por un lado y hasta Jamesburg por el otro. En el Valle del Carmelo nació una ternera con seis patas. Una nube formó las letras O-N en el cielo sobre Monterey. En el piso de hormigón de los cimientos de la iglesia metodista crecieron setas. El viejo míster Roletti, a la edad de noventa y tres años, dio muestras de una satiriasis senil y tuvo que ser reducido a la fuerza para evitar que persiguiese a las colegialas. La primavera fue fría, y las lluvias llegaron tarde. Billones de purpúreas velellas penetraron en la bahía de Monterey y fueron arrojadas sobre las playas, donde murieron. Ballenas asesinas atacaron los leones marinos cerca de Seal Rocks y dieron muerte a un gran número de ellos. El doctor Wick extrajo una piedra del riñon de mistress Gastón del tamaño de la mano y en forma de cabeza de perro, exactamente de sabueso. El Club de los Leones anunció un premio de cincuenta dólares para el mejor ensayo sobre «El fútbol, escuela para el carácter». Y por último, pero no por eso menos importante, la rosa Sherman desarrolló un capullo de clavel. Tal vez todo esto no significaba nada; esas cosas sólo se advierten más tarde.

Monterey había cambiado, lo mismo que Cannery Row y sus vecinos. Como decía Mack: El tuntún cambia, dando lugar a otro nuevo».

Doc cambiaba a pesar de sí mismo, a pesar de los ruegos de sus amigos, a pesar de sus propios conocimientos. ¿Y por qué no? Los hombres cambian, y el cambio llega como un vientecillo que agita los visillos al alba, y llega también como el furtivo perfume de las florecillas silvestres ocultas entre la hierba. El cambio puede ser anunciado por un dolorcillo, que nos hace pensar que hemos atrapado un resfriado. O se puede sentir un ligero disgusto ante algo que ayer amábamos. Puede tomar incluso la forma de un hambre que ni los cacahuetes satisfacen. ¿No se dice que el comer en exceso es uno de los síntomas más claros de descontento? ¿Y no es el descontento la palanca del cambio?

Antes de la guerra, Doc llevaba una vida benigna y agradable, que despertaba envidias en algunos hombres picados por los mosquitos. Doc se ganaba la vida, tanto como quería o necesitaba, recogiendo y disecando diversos animales marinos, que vendía a escuelas, colegios y museos. Podía mirar con ojos afables y desprovistos de críticas a un mundo lleno de excitación. Combinaba las bellezas del mar con la más encantadora actividad humana... la música. Gracias a su soberbio gramófono, podía oír las voces angelicales del coro de la Capilla Sixtina y vagar hasta casi perderse entre las masas exquisitas de William Byrd. Creía que había dos realizaciones humanas que se erguían por encima de todas las demás: el *Fausto* de Goethe y el *Arte de la Fuga* de J. S. Bach. Doc nunca se aburría. Era querido y festejado por sus amigos, y esto le causaba un gran contento, porque recordaba las palabras de Diamond Jim Brady, el cual, cuando le decían que sus amigos le trataban como a un bobo, observaba: «Es muy



Librodot

divertido ser un bobo... si uno puede permitírselo». Doc podía permitírselo. No poseía la vanidad que hace que los hombres traten de pasarse de listos.

La natural admiración y el deseo que sentía Doc por las mujeres se había satisfecho siempre con las mismas mujeres. Tenía pocas responsabilidades, excepto las de ser un hombre bondadoso, generoso y divertido. Y éstas no le parecían difíciles, gn realidad, había sido siempre un hombre satisfecho y contento. Un espécimen tan raro despertaba la envidia de los demás hombres, porque son muy pocos los que están satisfechos de su trabajo y de su vida... muy pocos los que están satisfechos de sí mismos. Doc estaba satisfecho de sí mismo, no en un sentido adulatorio, sino como le hubiera agradado a cualquier otra persona. El hecho de estar en paz consigo mismo hacía que estuviese en paz con el mundo.

En el Ejército hubo veces en que echó de menos su música, sus animalillos y la paz y el interés de su laboratorio. El regreso, el esfuerzo que tuvo que hacer para abrir la puerta hinchada por la humedad, fue un placer y un dolor para él. Suspiró al mirar los estantes de sus libros. Tardó diez minutos en decidir qué disco tocaría primero. Y entonces el pasado desapareció y se enfrentó con el futuro. El Viejo Jingleballicks había mantenido el negocio en marcha de una manera aún menos eficiente que Doc, y luego dejó que se hundiese. Las existencias de animales disecados o conservados estaban agotadas. Sus relaciones comerciales prescribieron. El Banco que retenía su hipoteca ya no se reprimía por motivos patrióticos. Resultaba muy dudoso saber si Doc podría volver a rehacer su negocio. En los días de antaño hubiera olvidado tales consideraciones entre múltiples placeres e intereses. Ahora el descontento le hostigaba... no de un modo doloroso, pero sí constantemente.

¿De dónde nace el descontento? Estamos suficientemente ligados, pero temblamos. Estamos alimentados, pero el hambre los corroe. Hemos sido amados, pero nuestro anhelo corre por otros campos. Y todo esto se ve espoleado por el tiempo, el maldito tiempo. El fin de nuestra vida no está ahora tan terriblemente lejos... podemos verlo del mismo modo que vemos la meta al término de una carrera... y nuestro espíritu pregunta:

«¿He trabajado bastante? ¿He comido bastante? ¿He amado bastante?» Todas estas preguntas, desde luego, son los cimientos de la mayor maldición del hombre y tal vez de su gloria mayor.

«¿Qué ha significado hasta aquí mi vida, y qué significará en el tiempo que aún me queda?» Y ahora llegamos al dardo maligno y emponzoñado: «¿Con qué he contribuido en el Gran Libro Mayor? ¿Cuánto valgo?». Y esto no es ni vanidad ni ambición. Los hombres parecen haber nacido con una deuda a cuestas que no pueden pagar nunca, por más que se esfuercen. Siempre aumenta frente a ellos. El hombre debe algo al hombre. Si trata de ignorar esa deuda, el intento le envenena, y si trata de efectuar pagos, la deuda no hace más que aumentar, y la calidad de su donativo constituye la medida del hombre.

El mayor talento de Doc había consistido en su sentido de pagar a medida que vivía. La meta no había significado nada para él, como no fuese que había deseado reunir mayor cantidad de vida en el espacio que le separaba de ella. Cada día terminaba con su noche; cada pensamiento con su conclusión; y todas las mañanas se alzaba una nueva libertad sobre las montañas de Oriente para iluminar al mundo. Nunca había habido una razón de suponer que sería de otro modo. Las gentes hacían peregrinaciones

al laboratorio para solazarse en la deliberada y encantadora falta de propósitos de Doc. Porque, ¿qué puede hacer un hombre que no haya sido hecho millones de veces antes?

¿Qué puede decir que no se encuentre en Lao-Tse o en el *Bhagavad-gita* o en el Profeta Isaías? Es mejor sentarse para contemplar inteligentemente un mundo en el que la belleza se halla eternamente soportada por unos cimientos de fealdad. Quítese ese soporte, y la belleza se hundirá ante nuestra vista. Era una buena cualidad de Doc, y muchos deseaban compartirla.

Pero ahora el gusano del descontento roía su interior. Tal vez era el comienzo de la edad madura de Doc lo que lo causaba... Las glándulas que ya no fluían como antes, la piel que perdía su tersura, las papilas del gusto que se debilitaban, unos ojos ya no tan penetrantes, y el oído algo embotado. O tal vez fuese el vacío en que halló a Cannery Row... las máquinas silenciosas, el metal oxidado. En lo más profundo de sí mismo, Doc encontraba a faltar algo. Pero era un hombre razonablemente realista. Se hizo examinar la vista, se sacó radiografías de los dientes. El doctor Horace Dormody se inclinó sobre él, sin descubrir ningún secreto foco de infección que produjera aquella inquietud. Y así, Doc se sumergió en su trabajo, esperando, como un hombre, ahogar la inquietud con el cansancio. Recogió, disecó, inyectó, hasta que los estantes de su almacén volvieron a estar llenos. Nuevas generaciones de ratas de algodón se arrastraron sobre la tela metálica de las jaulas, y cuatro nuevas serpientes de cascabel se abandonaron a una vida de cautividad y ocio.

Pero el descontento no desapareció. Sus señales eran en Doc como una inquieta agitación o una palpitación desacostumbrada de su corazón. El *whisky* perdió para él su áspero deleite, y el primero y largo trago de cerveza de un vaso helado ya no le causaba el gozo de antes. Dejaba de escuchar en la mitad de una larga historia. No se alegraba de verdad, como antes, al ver a un amigo. Y a veces, a punto de levantar una enorme piedra en el Great Tide Pool - una piedra bajo la cual sabía que se ocultaba una comunidad de frenéticos animales - dejaba caer de nuevo la piedra y se quedaba con los brazos en jarras y mirando al mar, donde las redondas nubes se amontonaban como blancas formas de bordes rosados y negros. Y se ponía a pensar: «¿En qué pienso? ¿Qué quiero? ¿Dónde deseo ir?». Se sentía lleno de extrañeza y un poco impaciente, como si estuviera fuera y se contemplase a través de una concha de vidrio. Y se daba cuenta de un tono existente en su interior, o de varios tonos, como si oyese música desde lejos.

También podía ser así. A altas horas de la noche, Doc podía hallarse trabajando ante su viejo y baqueteado microscopio, disponiendo delicadamente plancton sobre un portaobjetos, arreglándolo con un hilo de vidrio. Y había tres voces cantando en él, todas al unísono. La voz principal de su mente cavilosa cantaría: «Qué partículas tan diminutas y encantadoras, ni plantas ni animales, sino ambos a la vez... la reserva de toda la vida del mundo, la reserva alimenticia básica para todos. Si todos esos seres muriesen, todas las otras criaturas vivientes morirían a su vez como consecuencia». La voz más baja de su mente sensible estaría cantando: «¿Qué estás buscando, hombrecillo? ¿Es a ti a quien tratas de identificar? ¿Estás mirando cosas pequeñas para evitar cosas mayores?». Y la tercera voz, que provenía de su misma medula, cantaría: «¡Solitario! ¡Solitario! ¿De qué sirve eso? ¿A quién beneficia? El pensamiento es la



Librodot

evasión de los sentimientos. Te limitas a apuntalar la soledad que se desmorona».

A veces dejaba su trabajo y se iba paseando hasta el faro, para contemplar cómo el chorro blanco de luz llegaba como una ráfaga hasta el horizonte. Una vez allí, naturalmente, su mente volvía al plancton y pensaba: «Desde luego, es un alimento a base de proteínas. Si yo hallase el medio de ofrecer directamente este alimento a los hombres, caramba, nadie en el mundo entero volvería a tener hambre». Y la voz de fondo cantaba: «¡Solitario, solitario! Estás tratando de comprarte la entrada».

Doc pensaba que era él solo quien estaba descontento, pero se equivocaba. Todos los habitantes del Row le observaban y andaban muy preocupados por su causa. Mack y los muchachos estaban muy preocupados por él. Y Mack dijo a Fauna:

-Doc actúa como uno que necesita una mujer.

-Nuestra casa está a su disposición siempre que lo desee - dijo Fauna.

-No quiero decir eso - dijo Mack -. Necesita una esposa con él. Necesita una mujer con quien pelearse. Verás, eso hace que uno esté tan ocupado defendiéndose, que no se tiene tiempo para torturarse con censuras contra uno mismo.

Fauna consideraba el matrimonio con ojos llenos de benevolencia. No sólo era un estado social deseable, sino que le proporcionaba algunos de sus mejores clientes.

-Bien, pues que se case - dijo Fauna.

-Oh, no - dijo Mack-. Yo no llegaría tan lejos. ¡Buen Dios! ¡Doc no, por lo menos!

Doc trató de resolver el problema a la manera antigua. Efectuó un largo y reposado viaje hasta La Jolla, a cuatrocientas millas al Sur. Viajó según el viejo estilo, con grandes cantidades de cerveza y la compañía de una joven dama cuyo interés por la zoología de los invertebrados le pareció a Doc bastante flexible... y en realidad lo era.

El viaje constituyó un éxito: tiempo tranquilo y cálido, mareas bajas. Bajo los peñascos cubiertos de algas de la zona dejada en seco por la marea, Doc descubrió, con extraordinaria buena suerte, veintiocho pulpos de tierna edad, con tentáculos de cuatro a cinco pulgadas. Haría un negocio muy lucrativo si podía conservarlos vivos. Los levantó con ternura y los puso en un cubo de madera, esparciendo algas sobre ellos para protegerlos. Una creciente excitación se iba apoderando de él.

Su compañera empezó a mostrarse algo decepcionada. El entusiasmo que demostraba Doc por los pulpos indicaba que no era tan flexible como eila. Y a ninguna muchacha le gusta perder el centro de la escena, particularmente para cedérselo a un pulpo. El viaje de cuatrocientas millas de regreso a Monterey se hizo en una serie de breves arranques, porque Doc se detenía cada tres o cuatro millas para humedecer el saco que cubría el cubo de madera.

-Los pulpos no pueden soportar el calor - decía.

No le recitó ningún poema. No apareció el tema de sus ojos, sus sentimientos, su tez, su espíritu. En lugar de ello, Doc le habló de los pulpos... un tema que la hubiera fascinado dos días antes.

Doc dijo:

-Son unos maravillosos animales, delicados, complicados y tímidos.

-Son unas bestias asquerosas - repuso la muchacha.

-No, no son asquerosas - dijo Doc -. Pero comprendo por

qué lo dices. La gente siempre se ha sentido repelida y al mismo tiempo fascinada por los pulpos. Tienen un aspecto funesto y cruel. Y han surgido igualmente toda clase de mitos acerca de los pulpos. Conoces la historia del kraken, desde luego.

-Desde luego - repitió ella secamente.

-En realidad, los pulpos son unas criaturas tímidas - dijo Doc, muy excitado -. Y complicadísimas. Te los enseñaré cuan do los ponga en el acuario. Claro que no puede haber el menor parecido, pero poseen algunos rasgos que casi parecen de seres humanos. En general se ocultan para evitar peleas, pero he visto a uno que asesinó deliberadamente a otro. Parecen sentir, asimis mo, terror y cólera. Cambian de color cuando les molestan y cuando se encolerizan, casi del mismo modo que la ira hace que se congestione el rostro de un hombre.

-Muy interesante - observó la muchacha, recogiéndose la falda hasta más arriba de la rodilla.

Doc prosiguió:

-A veces se ponen tan furiosos que sufren un colapso y mue ren de algo que puede compararse a la apoplejía. Son animales enormemente emotivos. Creo que escribiré una monografía sobre ellos.

-¿Por qué no descubres lo que causa la apoplejía a las personas? - preguntó la muchacha, pero como no estaba escuchando, Doc no se apercibió del sarcasmo con que ella lo dijo.

No es necesario que demos un nombre a la muchacha. No volvió a poner los pies en el Laboratorio de Biología Occidental. Su interés por la ciencia se apagó como por ensalmo, pero en Doc se encendió una llama.

La llama de la concepción parece encenderse y apagarse, dejando al hombre tembloroso, feliz y asustado al mismo tiempo. Hay muchos precedentes, desde luego. Todo el mundo ha oído hablar de la manzana de Newton. Charles Darwin decía que su *Origen de las especies* centelleó completo ante él en un segundo, y pasó el resto de su vida afianzándolo; y la teoría de la relatividad se le ocurrió a Einstein en el tiempo que se tarda en dar una palmada. Éste es el mayor misterio del espíritu humano.., el salto inductivo. Todo se coloca en su lugar, las incongruencias se relacionan, las disonancias se convierten en armonía y lo que parece falto de sentido se ve coronado por el significado. Pero el salto que todo lo clarifica surge del rico suelo de la confusión, y quien da el salto no deja de hallarse familiarizado con el dolor.

La muchacha dijo adiós y se fue, pero Doc ni se dio cuenta de que se iba. En realidad, ni se había dado cuenta de que había estado con él.

Con infinito cuidado, Doc fregó y limpio un enorme acuario, lo alfombró de arena marina y depositó en su fondo piedras pobladas de esponjas, hidroídes y anémonas. Plantó algas y se apoderó de pequeños cangrejos, anguilas y animalillos que se quedan retenidos en las charcas que se producen en la bajamar. Transportó cubos de agua de mar desde la playa e instaló una bomba para hacer circular el agua desde un depósito al acuario y viceversa. Tuvo en consideración todos los factores conocidos... las relaciones de la vida animal y vegetal, el alimento, los filtros, la oxigenación. Construyó un mundo de pulpos entre paredes de cristal, tratando de anticiparse a todas las necesidades que pudiesen tener los pulpos y de eliminar todos sus enemigos o peligros. Consideró la luz y la temperatura.

Ocho de sus pulpos habían muerto, pero los veinte restantes descendieron hasta el fondo de su nuevo hogar y se ocultaron, palpitantes y sonrojados de emoción. Doc aproximó un taburete y se puso a atisbar hacia el interior del pequeño mundo que había creado, y su mente estaba llena de fríos y verdes pensamientos y hermosas cifras. Por el momento se hallaba en paz. Los ojos pálidos e inexpresivos de los pulpos parecían clavarse en los suyos.

En los días que siguieron, el talante de Doc era tan impre. visible, que Mack agotó todas las posibilidades antes de dirigirse a los Laboratorios de Biología Occidental en busca de los dos dólares que creía que le hacían falta.

La campaña de Mack era probablemente la más elaborada de toda su carrera. Empezó quietamente, y sólo después de una completa preparación empezó a tomar forma. Entonces sus órganos de hilar la emoción empezaron a funcionar y las graves notas de la trágica necesidad se dejaron oír débilmente. El drama surgía, como debía ser, de su tierra inherente. La voz de Mack era dominada y suave - todavía no temblaba -, mostrando solamente un crecimiento razonable, claro, pero apasionado en su potencia. Mack sabía que lo hacía muy bien. Podía oírse, y comprendió que si se hallase en el extremo receptor le sería imposible no ceder. ¿Por qué, entonces, no apartaba Doc sus ojos del acuario débilmente iluminado? No había dejado de decir «Hola» cuando entró Mack. Algo tembloroso, Mack utilizó la *vox angélica*, la *vox dolorosa*, y finalmente una *bendiga stupenda* tan conmovedora que ni el propio Mack pudo contener el llanto.

Doc ni siquiera volvió la cabeza.

Mack se quedó estupefacto. Es algo espantoso mostrar todo cuanto se tiene, terminar, y no obtener respuesta. No sabía qué hacer. Dijo en voz alta:

-¡Doc!

-Hola - respondió Doc.

-¿No te encuentras bien?

-Sí, Mack. ¿Cuánto quieres?

-Dos dólares.

Doc se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón en busca de su cartera, sin levantar los ojos. La estupenda representación de Mack había sido como gastar pólvora en salvas. Podía haberse limitado a entrar y pedir el dinero. Sabía que nunca más podría volver a alcanzar semejantes alturas interpretativas. Una repentina ira se apoderó de él, y estuvo a punto de rehusar el dinero, pero su buen sentido natural lo salvó. Se quedó de pie, enrollando jos billetes de dólar entre sus dedos.

-¿Qué te pasa, Doc? - preguntó.

-Habrá una gran dificultad - dijo -. ¿Cómo los ilumi

naré? Esto es siempre un problema, pero en este caso puede re sultar insuperable.

-¿Iluminar qué, Doc?

-De momento nos enfrentamos con dos problemas evidentes -continuó Doc-. Primero, no pueden soportar el calor, y se gundo, son hasta cierto punto fotofóbicos. No sé cómo podré hacerles llegar suficiente luz fría. ¿Te parece que sería posible, para acondicionarlos, iluminarlos constantemente, para que su fotofobia se vea calmada?

-Oh, desde luego - dijo Mack, inquieto.

-No estés tan seguro - dijo Doc -. El mismo proceso del acondicionamiento podría, si no matarlos, cambiar sus reacciones normales. Siempre es difícil evaluar reflejos que se aproximen a las emociones. Si los coloco en una situación anormal, ¿puedo esperar que su respuesta a ella sea normal?

-No- dijo Mack.

-No se puede disecar la emoción - prosiguió Doc-. Si fuese encontrado un cuerpo humano por otra especie y disecado, no habría medio de conocer sus emociones o pensamientos.

Ahora se me ocurre que la cólera, o más bien el síntoma que pa rece cólera, debe de ser completamente anormal en sí mismo. La he visto en los acuarios. ¿Ocurre también en el fondo del mar?

¿No se limitará al acuario el fenómeno observado? No, no puedo creer eso, o mi tesis caería en pedazos.

-¡Doc! -gritó Mack-. ¡Doc, soy yo... Mack!

-Hola, Mack - dijo Doc -. ¿Cuánto has dicho que querías?

-Ya me lo has dado - dijo Mack, y se hubiera abofeteado por estúpido en el mismo momento en que lo dijo.

-Necesito una mejor instalación - dijo Doc -. Maldita sea.

-Doc, ¿qué tal si nos fuésemos ahora tú y yo a tomar media pinta de «Old Tennis Shoes»?

-Estupendo - dijo Doc.

-Ya pagaré yo - dijo Mack-. Tengo un par de pavos sueltos.

Doc dijo bruscamente:

-Tengo que reunir algún dinero. ¿Dónde puedo encontrar algún dinerillo, Mack?

-Ya te digo que invito yo, Doc.

-Me hará falta un binocularcopio de ángulo muy abierto, y luz. Tendré que ver eso de la luz... tal vez un puntito como una cabeza de alfiler desde el otro lado de la sala. No, se saldrían de ahí. Tal vez haya nuevos tipos de luces. Tendré que verlo.

-Vamos, Doc.

Doc compró una pinta de «Old Tennis Shoes» y luego envió a Mack con dinero para que comprase otra pinta. Ambos se sentaron en el laboratorio, uno al lado de otro, contemplando el acuario, con los codos apoyados en la repisa, y llegaron al punto de mezclar un poco de agua con el *whisky*.

-Yo tenía un tío con unos ojos como ellos - dijo Mack -.

También era un viejo ricacho. ¿Por qué será que, cuando la gente enriquece se les vuelve fría la mirada?

-Autodefensa - dijo Doc, solemnemente-. Supongo que están condicionados por los parientes.

-Como te decía, Doc. Todos estamos preocupados por ti en el Row. No te diviertes. Paseas de una parte a otra como si estuvieses perdido.

-Será porque me estoy orientando de nuevo - dijo Doc.

-Verás, algunos piensan que lo que te hace falta para salir de ese embotamiento es una señora. Conozco a un tipo que cada vez que se siente deprimido vuelve con su mujer. Eso le hace apreciar lo que tiene. Entonces se marcha de nuevo y se siente estupendamente.

-Terapéutica de *shock* - dijo Doc-. Estoy bien, Mack. No permitas que nadie me dé una esposa... ¡no les dejes que me den una esposa! Creo que lo

que un hombre necesita es tener una dirección. Eso es lo que a mí me hace falta. No se puede andar describiendo círculos por mucho tiempo.

-Eso ya me gusta más - dijo Mack.

- Creo que el título de mi monografía será: «Síntomas observados en algunos cefalópodos que se aproximan a la apoplejía».

-¡Dios todopoderoso! - exclamó Mack.

IV

NO HABRÍA JUEGO

Cuando le conoció, José María experimentó por Doc algo parecido al amor... porque el amor se alimenta en lo desconocido e incognoscible. La honradez de Doc era algo exótico para José María. La hallaba extraña. Le atraía a pesar de que era incapaz de comprenderla. Intuía que era algo de lo que él estaba desprovisto, aunque no podía imaginarse bien qué era.

Un día, sentado en los Laboratorios de Biología Occidental, José María vio un tablero de ajedrez y, creyendo que se trataba de un juego y sobresaliendo en ellos, pidió a Doc que se lo enseñase. José María asimiló fácilmente los caracteres y cualidades de torres, alfiles, caballos, reyes y peones. Durante la primera partida, Doc tuvo que atender a una llamada telefónica, y cuando volvió dijo:

-Has movido un peón mío, así como tu reina y tu caballo.

-¿Cómo lo sabes? - preguntó el patrón.

-Conozco el juego - dijo Doc -. Mira, José María, el ajedrez es posiblemente el único juego del mundo en el que es imposible hacer trampa.

José María consideró esta afirmación con el mayor asombro.

-¿Por qué no? - preguntó.

-Si fuera posible hacer trampa, ya no habría juego -respondió Doc.

José María se aprendió esta lección. Por la noche no hacía más que darle vueltas. La examinaba desde todos los ángulos posibles. y volvió para pedir más aclaraciones. La idea le encantaba, pero no podía entenderla.

Doc se lo explicó pacientemente:

-Ambos jugadores conocen exactamente las mismas cosas. La partida se juega con el cerebro.

-No lo entiendo.

-¡Mira! No se puede engañar ni hacer trampas ni en matemáticas, poesía ni música, porque se basan en la verdad. La falsedad o la trampa les son extranjeras, no tienen lugar en ellas. No se pueden hacer trampas con la aritmética.

José María movió la cabeza.

-No lo entiendo - repitió.

Era una idea desconcertante, y le atrajo porque, hasta cierto punto, su carácter ofensivo le parecía como una nueva y extraña manera de engañar. En el fondo de su mente bullía una idea. Supongamos que adoptamos la honradez y nos dedicamos a engañar con ella... sería el engaño más difícil de demostrar. Era algo tan nuevo para él que su mente lo rechazaba, pero la idea seguía obsesionándole. Sus ojos se entornaron. - Tal vez ése sea su sistema - se dijo.

V

ENTRA SUZY

Es corriente imaginarse un alguacil de una pequeña población como un hombre torpe y lerdo. En los libros desempeña siempre el papel de patán adocenado. Y esta actitud sigue conservándose aun cuando sepamos que no corresponde a la realidad. Mantenemos muchas creencias que sabemos que no son ciertas.

Un alguacil, si lleva algunos años de servicio, sabe más acerca de su población que ningún otro de sus habitantes. Se da cuenta del delicado equilibrio político existente entre el alcalde y los concejales, el Departamento de Bomberos y las compañías de seguros. Sabe por qué mistress Geltham da una gran fiesta y quién es probable que acuda a ella. Por lo general sabe, cuando Mabel Andrews dice que hay un ladrón en su casa, si se trata de un ratón en el comedor, un ratero o sólo el deseo de que lo fuese realmente. Un alguacil sabe que mistress Geltham sostiene relaciones con el maestra de escuela y cuántas veces se entrevistan. Sabe cuándo los colegiales han pasado del gin a la marihuana. Percibe la menor ondulación que riza la superficie de la ciudad. Si hay un crimen, el alguacil sabe generalmente quién no pudo haberlo cometido y con mucha frecuencia incluso quién lo cometió. Con un buen alguacil en servicio, dejan de ocurrir cien cosas que de lo contrario ocurrirían. A veces tiene lugar un breve altercado en una callejuela; otras una llamada telefónica; a veces sólo su sombra bajo un farol callejero. Cuando hace bajar a un gato de un árbol, lo sabe todo acerca del propietario del gato. Y muchos niños llorosos y hostigados por sus padres, ponen cosillas robadas del «Todo a 0,95» en manos del alguacil, y éste, si es un funcionario probo y digno, les da una sensación de clemencia-injusticia, sin injuriar la dignidad de la ley.

Un forastero que se apease del Del Monte Express en Monterey, no se daría cuenta de que su llegada era observada, pero si aquella noche ocurriese algo, se enteraría al instante.

Joe Blaikey, el alguacil de Monterey, era un funcionario perfecto. Ni siquiera deseaba ser jefe... no hacía nada para serio. Todo el mundo, en la población, quería a Joe y confiaba en él. Era el único hombre de la población que podía interrumpir una pelea conyugal y terminarla. Adquirió sus técnicas tanto en la vida social como ante la violencia, como resultado: de ser el menor de quince hermanos magníficos pero violentos. Su maestro fue su propia vida en su hogar. Joe conocía a todo el mundo en Monterey, y conocía a un forastero con una simple mirada.

Cierto día una joven llamada Suzy se apeó del autobús de Greyhound, miró calle arriba y calle abajo, se pintó los labios, levantó luego su viejo maletín y se dirigió al Golden Poppy Restaurant. Suzy era una linda muchacha chatilla y de boca ancha. Tenía una buena figura, veintiún años de edad, cinco pies y cinco pulgadas de estatura, cabello probablemente castaño (teñido de rubio), chaqueta de tela parda, cuello de piel de conejo, vestido de algodón estampado, zapatos obscuros de becerro (con los tacones bastante gastados), y un callo en un dedo del pie derecho. Cojeaba ligeramente de este pie. Antes de recoger su maletín, abrió su bolso castaño de imitación piel. En él había un espejo, un peiné al que le faltaban dos púas, un paquete de «Lucky Strike», una caja de cerillas que decía «Hotel

Rosaline, San Francisco», medio Paquete de «Peppermint Life Savers», ochenta y cinco centavos en plata, ningún billete, barra de carmín para los labios, pero sin Polvos, una cajita de latón con aspirinas y ninguna llave.

Si aquella noche se hubiese cometido un asesinato, Joe Blaikey hubiera hecho constar todos estos pormenores en su informe pero ahora ni siquiera se daba cuenta de que lo sabía. Joe actuaba en gran parte movido por el instinto. Llegó a la Golden Poppy cuando la camarera ponía una taza de café sobre el mostrador y frente a Suzy.

Joe se encaramó en el taburete contiguo.

-Hola, Ella - dijo a la camarera-. Una taza de café.

-Al instante - dijo Ella-. ¿Cómo está tu mujer, Joe?

-Oh, muy bien. Sin embargo, desearía que ya hubiese recuperado las fuerzas.

-Que las saque de ti - dijo Ella -. Los hombres no podéis entender eso. Dale un tónico y déjala descansar. Prepararé más café dentro de un minuto, si puedes esperar.

-Sí - dijo Joe.

Ella se dirigió a un extremo del mostrador, puso café en el Silex y llenó la taza.

Joe dijo suavemente a Suzy:

-¿En qué piensas, muchacha?

-En nada - dijo Suzy sin mirarlo, aunque lo veía reflejado en una máquina niquelada que había detrás del mostrador.

-¿De vacaciones?

-Desde luego.

-¿Por cuánto tiempo?

-No lo sé.

-¿Buscas trabajo?

-Tal vez.

Ella se aproximó, se dio cuenta de lo que ocurría y volvió a trabajar al extremo del mostrador.

Joe le preguntó:

-¿Conoces a alguien aquí?

-Tengo una tía en la ciudad.

-¿Cómo se llama?

-¿Le importa mucho?

-Sí.

-Muy bien, pues; no tengo ninguna tía.

Joe le sonrió y Suzy se sintió mejor. Le agradaba aquel individuo que se mostraba tan preocupado por su esposa. Él le preguntó:

-¿Viviendo del cuento?

-Todavía no - dijo Suzy-. Espero que no irá usted a crearme dificultades, amigo.

-No, si puedo evitarlo - dijo Joe -. ¿Tienes carnet de Seguridad Social?

-Lo perdí - dijo Suzy.

Joe dijo:

-Esta ciudad es muy seria. Todo está organizado. No podrás dedicarte a callejear. Las autoridades no lo permitirían. Si necesitas pasta para largarte, ven a verme. Me llamo Joe Blaikey.

-Gracias, Joe. Pero le aseguro que no pindongueo.

-No, por ahora no - dijo Joe-. Es dificilísimo encontrar trabajo aquí desde que cerraron las fábricas de conservas. Tómatelo con calma. - Levantándose, se desperezó -. Ya tomaré el café más tarde, Ella - dijo, y salió.

Ella parecía haber terminado su trabajo. Pasó un trapo húmedo por encima del mostrador.

-Es un buen tipo - dijo-. ¿Otro café? Tengo más preparado.

-Así parece - dijo Suzy -. Sí.

Ella le sirvió otra taza.

-¿Te quedas?

-Todavía no lo sé.

-Mi hermana alquila habitaciones... son hermosas. Cuatro dólares por semana. Puedo telefonearle para saber si tiene una libre.

-Creo que iré a dar una vuelta por la ciudad - dijo Suzy -. Oiga, ¿le importa que deje aquí mi maleta? Pesa bastante.

-Claro. La guardaré detrás del mostrador.

-Bueno, pero, ¿y si cuando vuelvo usted no está?

Ella miró fijamente a Suzy.

-Muchacha - dijo-, tienes que saber que yo estoy siempre aquí.

Suzy miró los escaparates de Alvarado Street y luego se dirigió al muelle y contempló los barcos de pesca que estaban allí amarrados. Siempre había una bandada de pececillos bajo la sombra del muelle y dos muchachitos pescando con palangres sin conseguir sacar nunca nada. Alrededor de las cuatro recorrió la solitaria Cannery Row, compró un paquete de «Lucky Strike» en la droguería, dirigió una distraída mirada a los Laboratorios de Biología Occidental, y llamó a la puerta de la Bear Flag.

Fauna la recibió en la habitación que hacía las veces de dormitorio y de oficinas.

-Te diré la verdad - dijo Fauna -. El negocio flojea bastante. Tal vez me quede con alguna en junio. Desearía poder emplearte. ¿No tienes una historia desdichada que contarme que pueda enternecerme?

-No - dijo Suzy.

-¿Un desliz?

-Sí.

-Pero tienes que saber sacar partido de él. - Fauna se recostó en su silla giratoria y bizqueó los ojos -. Antes yo trabajaba en una Misión - dijo -. Sé historias que enternecerían a las piedras. Creo que si las pusiera una al lado de otra, dejarían chiquita a la Biblia por la extensión. Y algunas de ellas eran ciertas. Veamos si adivino algo acerca de ti.

Suzy permanecía sentada y silenciosa... su postura, manos y rostro eran inmutables.

-Una vida imposible en tu casa - dijo Fauna-. Peleas constantes. Probablemente, tú no tenías más de quince o dieciséis años cuando te casaste con él, o tal vez él no quiso casarse.

Suzy no replicó.

Fauna apartó la mirada para no ver las manos que se apretaban fuertemente una contra otra.

-Empezasteis a vivir de un modo familiar y honesto - prosiguió Fauna -. Esto hizo que él se sintiese cada vez más desazonado, hasta que terminó por poner pies en polvorosa. ¿Tú qué dices?

-Yo no digo nada - dijo Suzy.

-¿Dónde está el crío?

-Lo perdí.

-¿Odias a ese tipo?

-No tengo nada que decir - repuso Suzy.

-Me parece bien. En realidad, eso no me interesa mucho. Hay algunas que han nacido para este asunto. Algunas son dema siado perezosas para querer trabajar y otras odian a los hombres. A casi ninguna de ellas le gusta esa ocupación. Sería como si a un vinatero le agradase beber. Tú no me pareces haber nacido para pendón. Tú no eres perezosa. ¿Por qué no te buscas un empleo?

-Trabajé como camarera y en un almacén de «Todo a 0,95». La única diferencia es que puedes ir al cine en lugar de ganar tres dólares - dijo Suzy.

-¿Tratas de pescar a alguno?

-Tal vez.

-¿Tienes algún amigo?

-No.

-¿Odias a los hombres?

-No.

Fauna suspiró.

-Me has tocado el punto flaco, hijita. Siento que me lo has tocado. Eres una criatura muy tozuda. Vas a la tuya. Me gusta eso. Conmigo da mejor resultado que una historia de lágrimas. Dime, ¿has cumplido condena?

-Sí, una vez. Treinta días, por vagancia.

-¿Nada más en la ficha?

-No.

-¿No puedes sonreír un poco?

Suzy sonrió entre dientes, mirando a Fauna.

-¡Dios todopoderoso! - dijo Fauna-. Pareces la hermanita de alguien. Temo que me costarás cara. ¿Por qué tengo que ser siempre tan boba? ¿No has trabajado nunca en una casa?

-No.

-Bien, no es tan malo como la calle. Mañana vendrá el doctor Wilkins.

Suzy preguntó:

-¿Puedo ir en busca de mi maleta?

-Creo que sí. - Fauna abrió un cajón de su escritorio -. Los almacenes J. C. Penney's están abiertos hasta las seis. Cómprate un vestido... de fantasía pero barato. Cómprate también un nuevo cepillo de dientes. Y cuando vuelvas, ¡por el amor de Dios!, arréglate el cabello. Estarías mucho más atractiva si no lo llevases recogido.

-He hecho un viaje muy largo en autobús - dijo Suzy.

-Está bien - dijo Fauna-. Cenamos a las seis y media.

¿Cuánto tiempo llevas sin comer?

-Desde ayer.

-Esta noche hay estofado de buey, zanahorias con nata y jalea para postres.

Al llegar ante la puerta, Suzy se detuvo y con su mano acarició el umbral.

-Uno de la bofia trató de sonsacarme hoy - dijo -. Se llama Joe Blaikey.

-Es un buen sujeto. Además, te prestará pasta - dijo Fauna.

-Eso es lo que dijo - replicó Suzy -. Me encanta el estofado de buey.

* * *

En el Golden Poppy, Ella le entregó la maleta por encima del mostrador.

-Tienes aspecto de haber encontrado trabajo - dijo Ella.

-Así parece. Dígame, ¿dónde están los almacenes Penney's?

-Vuelve a la derecha y sigue una manzana y media. Tienen fachada amarilla. Hasta la vista.

-Claro - dijo Suzy.

En la acera, Joe Blaikey se puso a andar a su lado y le tomó el maletín de la mano.

-Es una buena mujer - dijo -. Tú pórtate bien y verás como no te ocurre nada.

-¿Cómo lo sabe? - preguntó Suzy.

-Ella me llamó - repuso Joe-. Espero verte pronto.

-Okay - dijo Suzy.

Recogió su maleta y entró en los almacenes J. C. Penney's.

-¿Qué desea, señorita?

-Un vestido. No demasiado caro.

-Tenga la bondad de pasar allí.

-Me gusta ese de color de tomate.

-Es una nueva tonalidad, «Manzanas de Amor”.

-Sí, el de color tomate.

-Es rayón. Le durará mucho.

-Tanto mejor. Tamaño doce.

-¿Desea los zapatos que hagan juego?

Suzy hizo una profunda inspiración.

-¡Sí, por Dios! - dijo.

VI

LA CRUZ CREADORA

Durante días ardió la llama en Doc, y su fénix pensó. Era cierto que no tenía un microscopio adecuado, pero disponía de un par de ojos y, gracias a Dios, de una mente analítica que podía desprenderse de sensaciones, emociones y dolores. Mientras observaba los pulpos su tesis fue tomando forma. Con una aguja de vidrio estimuló a uno de ellos, irritándolo y espantándolo, hasta que atacó y dio muerte a un semejante. Trasladó un pulpo pacífico a un frasco separado donde lo expuso a la acción de soluciones débiles de mentol y sales de Epsom, haciéndolo enfermar ligeramente y luego devolviéndole la salud. Entonces despertó su cólera, y cuando los colores del cuerpo palpitaron y cambiaron, introdujo una pequeña cantidad de sulfato de cocaína, viendo cómo la emoción se cambiaba en sueño, si es que puede decirse que un pulpo duerme. Luego lo despertó con agua salina y le tocó aquí y allí con la aguja, hostigándolo. Observó entonces el rubor, la creciente intensidad del color, el modo incierto y nervioso como sacudía los tentáculos, hasta que de pronto cayó muerto. Doc extrajo el cadáver y disecó sus tejidos, tratando de hallar vesículas rotas.

-¡Eureka! - exclamó en voz alta -. No tengo equipo adecuado para comprobar cómo sucede, pero este animal ha muerto a consecuencia de lo que parece ser un ataque de apoplejía. Tiene que haber rotura de vasos, aunque yo no pueda verlo. Puedo empezar a escribir la monografía con mis observaciones.

Doc compró un bloc de papel amarillo y dos docenas de lápices. Los colocó sobre su escritorio, aguzando la punta de los lápices hasta que parecían agujas y alineándolos como soldados amarillos. En la parte superior de una hoja escribió: *Observaciones y deducciones*. Se rompió la punta de su lápiz. Tomó otro y trazó líneas muy finas en torno a la *O* y la *b*, dibujó la *s* como si fuese un tipo de madera y puso anzuelos en cada extremo. Le picó el tobillo. Se bajó el calcetín y se rascó, y este movimiento hizo que sintiese picor en la oreja.

-Alguien está hablando de mí - dijo, mirando la cuartilla amarilla.

Se preguntó si había dado de comer a las ratas de algodón. Es fácil distraerse cuando se está pensando.

Mirando cómo las ratas se apretujaban en torno a la comida que les echó, Doc se acordó que él no había comido. Cuando hubiese redactado una página o dos se freiría unos huevos. ¿Pero no sería mejor comer antes, para que la corriente de sus pensamientos no se viese interrumpida? Desde hacía algunos días esperaba anticipadamente estos momentos de paz, de pensamiento ininterrumpido. Esto era lo que deseaba su inquietud: paz y vida intelectual. Sería mejor que primero comiese. Frió dos huevos y se los comió, mirando las cuartillas amarillas bajo la luz suspendida. La luz era demasiado brillante. Su reflejo era doloroso sobre el papel. Doc terminó de comerse los huevos, sacó una hoja de papel de calcar y la sujetó a la pantalla, debajo de la bombilla. Tardó algún tiempo en dejarlo listo. Volvió a sentarse frente a las hojas amarillas y trazó líneas muy finas y apretadas en torno a todas las letras del título, arrancó la página del bloc y la tiró. Había



Librodot

roto ya las puntas de cinco lápices. Los afiló y los alineó junto a los restantes.

Un coche se detuvo frente a la Bear Flag. Doc se acercó a la Ventana para mirar afuera. No era nadie que conociese, pero vio entrar a Mack en la droguería. Recordó que quería pedir algo a Mack.

Siempre es difícil empezar a concentrarse. La mente corretea como un polluelo, tratando de rehuir el pensamiento, aunque sea ésta la función que más recompensas ofrece al hombre. Doc podía hacerlo. Cuando uno sabe lo que hace, puede llevarlo a término. Apretó las mandíbulas y se disponía a volverse a su escritorio, cuando vio con el rabillo del ojo el centelleo de una falda. Volvió a mirar por la ventana. Una joven había salido de la Bear Flag y caminaba por Cannery Row hacia Monterey. Doc no podía verle la cara, pero tenía un hermoso andar, moviendo con libertad y soltura la pierna, rodilla y tobillo, sin sacudidas ni titubeos, como hacen tantas mujeres al caminar. Aquella joven andaba muy erguida, con la cabeza levantada y balanceando rítmicamente los brazos. Era un andar lleno de alegría, pensó Doc. La manera de andar puede decirnos mucho... desánimo o enfermedad, decisión. Hay andares bajos y retorcidos, andares bulliciosos, andares tímidos y furtivos, pero aquél era un andar alegre, como si la joven se dirigiese llena de felicidad a reunirse con algún ser amado. Mostraba también orgullo en su andar, pero no vanidad. Doc esperaba que no volvería la esquina, pero la volvió. La falta revoloteó un instante y la joven desapareció. Pero Doc veía mentalmente sus miembros que se balanceaban, la melodía de sus movimientos flexibles y rápidos. Probablemente era fea como una cerca de barro, pensó, y entonces rió de sí mismo.

-He descrito un círculo completo - dijo -. Tengo que darte las gracias. Me hiciste saltar al sexo, me trasladaste a la estética, para terminar con uvas agrias. ¿Me habré portado realmente bien? Y todo porque no quiero ponerme a trabajar. Me mataría trabajando para evitar el trabajo. Vamos, mente mía. Esta vez no te escaparás... Anda, vamos al pupitre.

Tomó un lápiz y escribió:

«Los ejemplares observados eran veinte pequeños pulpos capturados en la zona de bajamar, cerca de la población de La Jolla. Estos ejemplares fueron colocados en un acuario de grandes dimensiones y en unas condiciones que se aproximaban lo más posible a las de su natural *habitat*. El agua de mar se filtraba y se substituía constantemente en un período de veinticuatro horas. Se introdujeron animales procedentes de una típica comunidad ecológica, juntamente con arenas, rocas y algas recogidas en el lugar de la captura. Se pusieron asimismo pequeños crustáceos. A pesar de todas las precauciones, cinco individuos murieron en el término de una semana. Los quince restantes parecieron aclimatarse y capturaron y consumieron con presteza los pequeños cangrejos grapsoides colocados en el acuario. La iluminación...»

Se rompió la punta del lápiz. Tomó otro y se rompió también con una sacudida, haciendo una pequeña lágrima en el papel. Leyó lo que había escrito. «Espeso, seco - pensó -. ¿Qué me autoriza a presumir que un animal tan alejado del hombre...? Tal vez me estoy engañando.» La voz de en medio cantó sutilmente: «Te buscas a ti mismo en el agua... Buscas, hombrecillo, tu alma entre los hidroides... Intentas contener tu vanidad. ¿Eres mejor que Mack, que te crees con derecho a usar las secretas palabras sacerdotales de la ciencia para ocultar el hecho de que no tienes nada que decir?».

Y la voz del fondo gemía: «¡Solitario! ¡Solitario! Condúceme hasta la luz y el calor. ¡Solitario!».

Doc se puso en pie de un salto, se dirigió al acuario y miró el agua iluminada. Debajo de una roca había un pulpo al acecho y uno de sus tentáculos ondulaba rítmicamente, como si dirigiese una orquesta, y el movimiento era alegre, libre y fluido..., como la rítmica pierna, rodilla y tobillo.

Doc ocultó su rostro en la palma de la mano y se oprimió los ojos hasta que vio un enjambre de manchitas verdes y lucecillas rojas. Y entonces se levantó y cruzó la calle para ir a tomar una cerveza.



Librodot

VII

LA YESCA ES COMO ES

A José María Rivas le agradaba Fauna, incluso la admiraba. Pero le parecía que era poco decente que una mujer fuese la dueña de la Bear Flag, una institución de pago que proporcionaba saneados beneficios. Administrarla, sí, pero no poseerla. El decoro le decía a José María que debía haber un hombre en aquel negocio para quedarse con los beneficios. Había observado que cuando las mujeres tenían acceso al dinero, se ponían nerviosas. Para él, una mujer sana tenía que ser una mujer sin blanca. Una dama con dinero era una especie de hombre cretinizado. Dejaba de ser una mujer y, como todo el mundo lo sabe, lo más hermoso de una mujer es que sea una mujer.

José María había pensado alguna vez en librar a Fauna de la responsabilidad de los beneficios. Si él era el propietario de la Bear Flag y Fauna la gobernaba, se establecería un equilibrio natural y práctico. Fauna, hasta entonces, había conseguido librarse de su filantropía, pero José María no daba su brazo a torcer, particularmente cuando esto no le traía ninguna complicación.

Un buen agente de Cambio y Bolsa lee la página financiera y busca las acciones que administra, pero también se da cuenta de otras cotizaciones. José María observaba de la misma manera la Bear Flag. Tenía el presentimiento que algún día Fauna apartaría su mirada del negocio por un momento. Ahora que sus propios negocios iban como una seda, se hallaba en disposición de contemplar con ojos benévolamente rapaces lo que le rodeaba. Se enteró de la llegada de Suzy antes de que ésta siquiera se hubiese hecho lavar la ropa, y tuvo el presentimiento de que Fauna había dado un resbalón.

-Menuda pájara está hecha-dijo a Fauna-. Esa chica se las trae.

- Eso creo - dijo Fauna.

-Entonces, ¿por qué la admitiste?

-De vez en cuando puedo permitirme el lujo de cometer una equivocación - dijo Fauna -. No es lo que aquí hace falta, pero cuando me canse de ella, puede convertirse en una magnífica es posa para alguien.

-Te está tomando el pelo - dijo el patrón.

-De vez en cuando va bien que nos ío tomen - dijo Fauna -. Una no puede sentirse verdaderamente bien si no ha hecho nunca algo importante. Una vez fui como misionera a Sudamérica.

-¿Por qué? - preguntó el patrón.

-No me acuerdo muy bien.

-¿Y qué hiciste?

-Enseñarles a amarse los unos a los otros.

-¿Y ellos qué hicieron?

-Me enseñaron a reducir cabezas.

-¡Salvajes! - exclamó el patrón.

-No, no lo eran. Aquellos cazadores de cabezas eran muy buenas personas... y, además, honrados. Cuando vendían una cabeza a alguien, uno podía fiarse. Pero siempre hay uno que se pasa de listo. Como un tal Athatoolagooloo... Había nacido para cazador de cabezas. Ideó un sistema



Librodot

para hacer pasar cabezas de Mono. Las afeitaba bien, y no tenía que encogerlas mucho. Hay personas que lo compran todo.

-En efecto - dijo el patrón.

-Bien, pero apareció el señor obispo - dijo Fauna - y propio comprar cabezas de mono.

-¿Quieres decir que *tú* se las comprabas?

-Claro que se las compraba. Tenía una caja llena de ellas en el cobertizo. Todos decían que estaba chiflada, pero resultó un negocio muy remunerador.

-¿Cómo es posible?

-Pues verás - dijo Fauna -. Los de mi tribu eran honrados y encogían cabezas de las buenas. Pero supón que se hace un envío y el guasón de Athatoolagooloo introduce furtivamente en él un par de sus cabezas de mono..., pronto nadie se fiaría ni de su padre. Sí, todos empezarían a ver falsificaciones en una cabeza auténtica y hermosa. Yo se las compré todas para que desapare ciesen del mercado. Tenía que pensar en mi reputación.

-Sí, pero ese guasón... - empezó a decir el patrón.

-Sé lo que ibas a decir... y él lo hizo, claro. Me tenía en sus manos. Me cobraba más caras las cabezas de mono que lo que yo daba por el artículo bueno. Sabía que me tenía atada de pies y manos.

-Eso es lo que yo pensaba. Y cualquiera lo hubiera pensado - observó el patrón.

-Oh, pero todo salió bien - dijo Fauna -. Si compras alguna vez una cabeza Chungla, puedes estar seguro de que has comprado de lo mejor.

-Sí. Pero, ¿qué pasó con el guasón? - preguntó el patrón.

Fauna abrió un cajón de su escritorio y sacó un hermoso y pequeño objeto, negro como ébano pulido y no mayor que un limón.

-Quedó muy guapo, ¿no te parece? - dijo Fauna.

El patrón apartó con nerviosismo la vista.

-Tengo que irme - dijo -. He dejado a mi sobrino en el almacén.

-¿Sigue tocando la trompeta?

-Casi me vuelve loco - dijo José María -. Ahora tiene una nueva. No puede separarse de ella. Yo le he mandado a estudiar a la playa. Me figuré que las olas y los leones marinos le ahoga rían de algún modo. La otra noche hizo una señal a un remolcador de la Armada, indicándoles que iba a cruzarse con ellos, y aún están buscando al barco en cuestión. Pero lo peor fue lo de anoche. Estaba haciendo prácticas en la playa e introdujo su maldita trompeta por la salida de una alcantarilla. Dijo que lo hacía para darle más resonancia. No sé si será cierto, pero he oído decir que todos los retretes de la vecindad retransmitieron «Tiempo borrascoso». Tengo que irme. Ese chico es capaz de romper el cristal con una nota aguda.

-Vuelve a visitarme - dijo Fauna.

-Recuerda lo que he dicho acerca de Suzy.

-Lo haré - dijo Fauna.

* * *

Resulta divertido que a nadie le guste comprar en su propio establecimiento. La tienda de la acera de enfrente siempre tiene mejores cigarrillos que la propia. Las muchachas de la Bear Flag nunca adquirían los cigarrillos en la máquina tragaperras de la Bear Flag. Cuando querían



Librodot

«Luckies» o un «7 Up» iban a la tienda del patrón. Por la misma razón, casi todos en Cannery Row iban a casi todos los sitios de Cannery Row casi todos los días.

José María apenas había llegado a la droguería cuando Suzy entró. José María no era muy recomendable, ciertamente, como sujeto para celebrar las gracias de la más encantadora creación divina, pero si se quería tener una pronta evaluación de una muchacha, nadie mejor que José María para hacerla. A pesar de que podía hallarse sujeto a emociones, si esto no sucedía su juicio era muy certero. Entre el momento en que Suzy recibió el cambio y el momento que oprimió el botón de «Luky Strike» de la máquina tragaperras, se habían medido mutuamente de pies a cabeza y registrado los respectivos resultados.

La nota de Suzy: «Untuoso, listo y astuto. Hay que ver si se le puede sacar algo. Lo calcula todo a base de tantos por ciento. Sonríe con la boca. Ojos de serpiente. Corre el riesgo de pasarse de listo algún día».

La nota del patrón: «Demasiado riesgo para una casa. Tiene personalidad. No aceptará las reglas. Puede trastocarlo todo. Demasiado amistosa. Si le gusta uno, es capaz de irse con él».

El patrón la hubiera echado de buena gana a puntapiés de la Bear Flag. Sabía que las únicas personas en las cuales se puede confiar son las absolutamente egoístas. Éstas siempre conservan las formas. Se sabe de antemano todo lo que harán. Pero tomad a alguien con una bondad oculta y no tardará en engañaros. El único bobo satisfactorio es aquel que es enteramente egoísta. Esa clase de tipos nunca nos producen quebraderos de cabeza. Fauna se abría demasiado.

José María consideró a Suzy como pudiera haberlo hecho con un coche usado que deseara comprar. Muy buena figura, buenos tobillos y piernas, caderas demasiado escurridas y pecho demasiado cargado. Aquello era una mala señal: las chicas que convenían tenían siempre el pecho liso. Un rostro bastante lindo cuando ella quería. Su rostro reflejaba su estado de ánimo. Tenía aspecto satisfecho cuando estaba contenta. Las mujeres expertas de su oficio tenían una máscara, mostraban la misma cara a todos, eran bonitas, pero a la mañana siguiente uno ya no se acordaba qué cara tenían. A Suzy no se la olvidaba. Un verdadero y auténtico riesgo. A Suzy le agradaban las personas o no le agradaban. Esto en sí ya era malo.

Cacahuete, el sobrino del patrón, estaba quitando el polvo a unos estantes, y dirigió una brillante y dorada sonrisa a Suzy.

Suzy se iluminó. No sonrió..., enseñó los dientes. Sus labios eran llenos y su boca ancha, y cuando hizo aquella mueca sus ojos se arrugaron y algo cálido y asustadizo se desprendió de ella. Aquello constituía un gran riesgo. Se hallaba dominada por lí dureza, pero no una dureza estúpida y manejable. Suzy podía mofarse impunemente de Jack Dempsey. No era lista. En realidad, José María hubiera engañado a Suzy en un minuto. Pertenecía a aquel tipo de mujeres calladas que se enamoran de un tipo cualquiera sin comprobar antes cuál es su cuenta corriente en el Banco. «Era de aquella especie - pensó - capaz de complicar extraordinariamente la vida de cualquiera. Poseía algo Je aquella cualidad que tenía también Doc.» El patrón resolvió advertir de nuevo a Fauna. Aquel crío podía llegar a ser la total desgracia de una casa como la de ella. Ésta era la razonada opinión del patrón, y el patrón era un profesional. Si se escuchan los consejos del médico acerca de una enfermedad, también había que tener en cuenta los

del patrón acerca de una mujer de esta clase. Ambos podían equivocarse, desde luego.

La evaluación y el juicio mutuos fueron casi instantáneos, de manera que cuando Suzy abrió su paquete de cigarrillos, se llevó uno de ellos a la boca y lo encendió, el juicio ya era definitivo.

-¿Cómo estás? - le preguntó José María.

-Okay - dijo Suzy -. Fauna quiere algunas cuartillas amarillas y un par de lápices... de mina blanda.

El patrón le entregó lo que pedía.

-Escribe mucho - dijo -. Ha gastado seis blocs en el espacio de un mes.

-Se dedica a la astrología.

-¿Tú crees en esas sandeces?

-No, pero no hacen ningún daño.

-Conozco uno que se ganaba muy bien la vida con esas cosas - dijo el patrón.

-¡Oh, ella no cobra nada! - dijo Suzy.

-Ya lo sé - dijo el patrón -. Y calculo por qué lo hace. Fauna no es tonta.

-Seguro que no - dijo Suzy.

Entró Doc con dos botellas vacías de cerveza.

-Vuelve a poner otras dos en la nevera, ¿quieres? - rogó.

Suzy le dirigió una mirada, lo evaluó y apartó la vista.

Su barba le sorprendió un poco. Ella no le miró de la manera como se mira a un tullido.

-¿Por qué no te compras una nevera? Entonces podrías llevarte una caja entera cada vez.

-Es más fácil que las pongas tú en fresco - dijo Doc.

-¿Conoces a Suzy? Es nueva en la Bear Flag.

-¿Cómo estás? - dijo Doc.

-Bien, gracias - respondió Suzy.

A cualquier otro le hubiera respondido: «Hola». Cuando Doc se hubo marchado, el patrón dijo:

-Ése es un tipo muy divertido.

-Los hay de todas clases - dijo Suzy.

-Sabe cosas de las que yo no tengo ni idea.

El patrón defendía a Doc, tal como hacían todos.

-Un presumido, vamos - dijo Suzy.

-¡Qué va! Es el modo como habla siempre. No sabe hablar de otra manera.

-Sí, los hay de muchas maneras - dijo Suzy.

-Saca bichos y otras cosas del océano y los vende.

-¿A quién?

-Verás, hay personas que lo compran todo - dijo el patrón.

-Así parece. ¿Y no hay otros que lo hagan?

-Demasiado trabajo, y además hay que saber escoger.

-Dígame, ¿por qué lleva esa barba? Conocí a un luchador que también llevaba barba.

-Ignoro el motivo - dijo el patrón -. ¿Por qué la llevaba el luchador?

-Creía que le daba un aspecto duro.

-Tal vez Doc piensa lo mismo..., pero no, él no quiere mostrarse duro. - El patrón prosiguió diciendo-: En el Ejército hicieron afeitarse la barba a un

tipo que la llevaba. Dijeron que un hombre con barba quería mostrarse diferente de los demás, y el mejor modo para que las cosas no le vayan bien a uno en un cuartel, es querer ser diferente.

-Quizá sea eso - dijo Suzy-. A mí no me importa que un hombre sea diferente, mientras no lo sea demasiado.

-Las señoras lo aceptan - dijo el patrón-. No les gusta, pero pueden aceptarlo. ¿Qué diablos significa toda esta conversación? ¡Tengo mucho que hacer!

Suzy preguntó:

-¿Es usted mejicano?

-Norteamericano. Mi padre era mejicano.

-¿Sabe usted hablar esa jerigonza?

-Claro.

-¿Como un lorito?

-Eso no es lo mismo - dijo el patrón.

-Hasta la vista - dijo Suzy, y salió dando un portazo.

«No es una mala chica - pensó el patrón -, pero la echaría a puntapiés de la Bear Flag sin vacilar un minuto.»

Doc miró por la ventana de los Laboratorios de Biología Occidental. Observó a Suzy cuando pasaba frente al solar vacío, dirigiéndose al pórtico delantero de la Bear Flag. Cuando estaba a punto de subir por la escalera, ella se volvió y miró a su alrededor. Le parecía que alguien la estaba mirando, pero no vio a Doc.

VIII

LA GRAN GUERRA DEL ROQUE

Pacific Grove y Monterey se alzan una al lado de otra sobre una colina que bordea la bahía. Ambas poblaciones se tocan, pero no tienen nada de común. Mientras Monterey fue fundada hace mucho tiempo por extranjeros, indios y otras gentes parecidas, y la villa creció a la buena de Dios, sin plan ni propósito preconcebido, Pacific Grove surgió ya hecho del corazón de hierro de una religión psico-ideo-legal. Fue creada como un retiro en el año 1880 y pico, y fue completamente equipada de leyes, ideales y costumbres. En los libros de estatutos de la ciudad se dice que una escritura resulta nula si en la propiedad se incluye alguna vez el alcohol. Como resultado de ello, la venta de tónicos y reconstituyentes a base de diversos vinos, alcanza proporciones fantásticas. Pacific Grove posee una ley que obliga a bajar las persianas después de la puesta del sol, y que prohibe bajarla; antes. Ir en bicicleta a gran velocidad, está prohibido, como bañarse en el mar y pasear en barca los domingos. Hay un crimer que no se define, pero que va claramente contra la ley. Las francachelas están prohibidas. Hay que admitir que muchas de estas leyes no se cumplen a rajatabla. La cerca que antaño rodeaba e retiro de Pacific Grove ya no existe.

Una vez, en el curso de su historia, Pacific Grove pasó por momentos muy graves y azarosos. Cuando la ciudad fue fundada, muchas personas ancianas se dirigieron a aquel retiro, personas nue nadie hubiera dicho que tuviesen necesidad de huir. Aquellos ancianos empezaron a mostrarse gruñones y malhumorados al poco tiempo y a meterse en todo y a enredar, hasta que un filántropo llamado Deems regaló a la ciudad dos pistas de roque.

El roque es una especie de criquet muy complicado, con aros estrechos y mazos de mango corto. Se juega desde fuera de la pista, como una especie de billar. Sus reglas son complicadísimas, pero dicen que desarrolla el carácter.

En un deporte local es necesario que haya competición y un premio. En Pacific Grove se ofrecía todos los años una copa al equipo vencedor en las pistas de roque. Nadie hubiera dicho que una cosa como ésta produjese un excesivo acaloramiento, en particular teniendo en cuenta que la mayoría de los jugadores pasaban de los setenta. Pero no fue así.

Uno de los equipos era el de los Azules, mientras que el otro era el de los Verdes. Los ancianos se tocaban con gorritos y vestían chaquetitas listadas con los colores de su equipo.

Bien, no transcurrieron más de dos años antes de que se produjese la catástrofe. Los Azules se entrenaban en la pista que se extendía junto a la de los Verdes, pero sin dirigir la palabra a estos últimos. Las diferencias trascendieron a las familias de los jugadores. Se decía de una familia que era Azul o era Verde. Finalmente, estos sentimientos salieron del seno de la familia. Se era partidario de los Azules o de los Verdes. Las cosas fueron empeorando hasta tal punto, que los Verdes trataron de impedir los casamientos con los Azules, y viceversa. Muy pronto se pasó a la política, y, por lo tanto, un Verde no podía ni pensar en votar a un Azul. Se produjo un verdadero cisma en la iglesia local. Los Azules y los Verdes no se sentaban juntos. Se hicieron planes para construir iglesias separadas.



Librodot

Pero cuando las cosas se pusieron feas de verdad fue cuando se celebró el torneo. Los sentimientos estaban en carne viva. Aquellos ancianos aportaron una pasión al juego que nadie hubiera podido imaginar. Se llegó al punto de que dos octogenarios se dirigieron a los bosques y se enzarzaron en mortal combate. Incluso se crearon lenguajes secretos para que el enemigo no pudiese sorprender sus conversaciones.

Las cosas se pusieron tan mal y los sentimientos se envenenaron hasta tal punto, que la rivalidad se extendió a todo el con dado. La casa de un Azul fue incendiada y después se halló a un Verde con el cráneo aplastado por un mazo de roque, yaciendo en los bosques. Un mazo de roque tiene el mango muy corto y es muy pesado y puede resultar un arma mortífera. Los ancianos se acostumbraron a llevar mazos sujetos a la muñeca por medio de correas, como si fueran mazas de guerra. No iban a ninguna parte sin su arma. Se atribuían mutuamente toda suerte de crímenes, incluso acciones que no podían humanamente haber realizado. Los Azules no querían comprar en tiendas de Verdes. La población entera andaba revuelta.

El antiguo bienhechor, míster Deems, era un viejo muy cumplido y cabal. Solía fumar un poco de opio cuando esto estaba permitido, lo que le mantenía saludable y descansado, evitando que aumentase su presión arterial y alejando el peligro de la tuberculosis. Era un hombre amigo de hacer el bien, pero también un filósofo. Cuando vio lo que había originado con su gesto de ofrecer las pistas de roque al retiro de Pacific Grove, se sintió muy entristecido y luego verdaderamente aterrorizado. Decía que comprendía cuáles eran los designios del Señor.

El torneo empezó el 30 de julio, y los sentimientos estaban tan envenenados que todo el mundo llevaba pistola. Niños Azules y Verdes luchaban encarnizadamente, divididos en bandas. Míster Deems, después de un período de bastantes años, llegó a la conclusión de que mientras se sintiese Dios, podía actuar también como Dios. Reinaba demasiada violencia en la población.

La noche del 29 de julio, míster Deems manda una excavadora al lugar fatídico. Por la mañana, en el lugar donde habían estado las pistas de roque sólo había un profundo y revuelto hoyo. Si hubiese tenido tiempo, hubiera continuado aplicando la solución de Dios, llenando el agujero de agua.

Arrojaron a míster Deems de Pacific Grove. Lo hubieran pintado con alquitrán y emplumado si le hubiesen podido echar el guante, pero consiguió refugiarse en Monterey, cocinando su *yen shi* sobre una lámpara de aceite de cacahuete.

Cada 30 de julio, hasta la fecha, se reúne toda la población de Pacific Grove para quemar a míster Deems en efigie. Celebran una verdadera fiesta, vistiendo a un muñeco de tamaño natural, que termina colgado de un pino, para ser más tarde quemado. La gente desfila bajo él con antorchas, y la pobre y desvalida figura de míster Deems termina convertida en humo todos los años.

* * *

Aún hay personas que dicen que todo lo que he contado son solemnes embustes, pero una cosa no es necesariamente mentira aunque no haya ocurrido verdaderamente.



Librodot

IX

LOS DIOSES TRASTORNAN EL JUICIO DE AQUELLOS QUE AMAN

Para un observador casual, Cannery Row pudiera haber parecido una serie de unidades independientes y egoístas, cada una de las cuales funcionaba por su cuenta sin tener nada que ver con las demás. Había muy poca relación aparente entre la Ida, la Bear Flag, la droguería (aún conocida bajo el nombre de Droguería de la Flor Celestial de Lee Chong), el Palace Flophouse y los Laboratorios de Biología Occidental. La verdad es que cada uno de ellos estaba unido a los demás por medio de hilos de araña flotantes, fuertes como el acero... Si se hacía daño a uno de ellos, se provocaba la venganza de todos los demás. Si la tristeza se apoderaba de otro, todos lloraban.

Doc era más que el primer ciudadano de Cannery Row. Era el bálsamo de las almas heridas y de los dedos cortados. A pesar de hallarse sólidamente atrincherado en la legalidad, se veía teniéndola que infringir constantemente a causa de las necesidades de sus amigos, y todos los que acudían a él para pedirle un par de dólares podían estar seguros de recibir algo. Cuando a Doc le iban mal las cosas, les iban mal a todos.

¿Qué es lo que le iba mal a Doc? Ni siquiera él lo sabía. Era profunda y lamentablemente desdichado. Durante horas y horas permanecía sentado a su mesa con una hoja amarilla ante él y sus aguzados lápices alineados a un lado. A veces el cesto de los papeles estaba atiborrado de papeles arrugados y llenos de garabatos, pero otras no caía en él ni un papel de fumar. Entonces se instalaba ante el acuario y se ponía a contemplarlo. Y sus voces aullaban, gritaban y gemían: «¡Escribe!», decía la voz superior. «¡Investiga!», cantaba la voz mediana, y la inferior suspiraba: «¡Solitario! ¡Solitario!» No se hundía sin luchar. Resucitó antiguos asuntillos amorosos, buceó en la música, leyó *Las cuitas del joven Werther*; pero las voces no le abandonaban. Las invitadoras páginas amarillas se convirtieron en sus enemigos. Uno tras otro fueron muriendo los pulpos en el acuario. Su excusa de la falta de un microscopio adecuado era muy débil. Cuando murió el último pulpo, se agarró a esto como a una excusa. Cuando sus amigos le visitaban les explicaba:

-Ya veis, no puedo seguir sin ejemplares, y no puedo obtener otros hasta las mareas de primavera. Tan pronto como tenga ejemplares y un nuevo microscopio, escribiré la monografía.

Sus amigos se daban cuenta de su secreto dolor y lo compartían. Sabían que se acercaba el momento en que tendrían que hacer algo.

En el Paíace Flophouse se celebró una pequeña reunión... completamente imprevista, porque nadie la convocó ni la planeó, y además nadie sabía de qué se trataba.

Wide Ida estaba profundamente ensimismada. La Bear Flag se hallaba representada por Agnes, Mabel y Becky. Estaban todos los muchachos. La reunión empezó de un modo casual, tangencialmente, como deberían empezar todas las reuniones.

Hazel dijo:

-Wide Ida echó un borracho anoche y se dislocó un hombro.

-Ya no soy tan joven como antes - dijo Wide Ida sombríamente.

-El borracho trató de hacerle frente - prosiguió Hazel-. Ni siquiera tocó la acera al volar sobre ella. En unos juegos olímpicos, Wide Ida ganaría fácilmente la prueba de lanzamiento del martillo.

-Pero me disloqué el hombro - dijo Wide Ida.

Andaban dando vueltas y rodeos y evitando encararse con problema.

Mack preguntó:

-¿Cómo está Fauna?

-Muy bien. Tiene problemas - dijo Agnes.

Becky se dedicaba a quitarse delicadamente el esmalte de las uñas.

-Esa Fauna - dijo - es un caso maravilloso. Se dedica a darnos lecciones de urbanidad en la mesa. Apuesto que aunque hubiese treinta y cinco tenedores, ella sabría para qué es cada uno de ellos.

-¿No son para comer? - preguntó Hazel.

-¡Jesús, qué ignorante! - dijo Becky -. Te apuesto a que no sabes distinguir un tenedor de postres de un agujero en el suelo.

Hazel dijo, en son de reto:

-¿Y sabes tú para qué es un tenedor, Jackson?

-No, ¿para qué?

-Es mejor que no lo preguntes. A ver quién es ahora el ignorante - dijo Hazel.

Wíde Ida preguntó:

-¿Hay alguna novedad respecto a Doc?

-No - respondió Mack-. Anoche fui a verle. Desearía que pudiésemos hacer algo.

Todos se quedaron pensativos. Si los tiempos eran duros para Doc, también lo eran igualmente para los amigos que le querían. Hubo una vez en que él era infalible. No había nada que no pudiese hacer, porque no había mucho que quisiese hacer. Y pese a ellos mismos, en sus amigos iba naciendo un ligero desprecio hacia él..., un bondadoso y amante desprecio que nunca se hubiera presentado si él no hubiese sido antes tan grande. Gentes que antes pronunciaban su nombre con temor, ahora se sentían mejores que él, porque él no era mejor que ellos.

-No tengo la menor idea de lo que debemos hacer - dijo Mack.

Hazel dijo:

-¿Qué tal si pidiésemos a Fauna que hiciese su horóscopo? Ahora me está haciendo el mío.

-Tú no tienes futuro - dijo Mack.

-Claro que lo tengo - replicó Hazel-. Apuesto a que Fauna nos diría qué tenemos que hacer con Doc.

Mack parecía interesado.

-Eso es mejor que nada - dijo-. *Hoc sunt*. Eddie, desentierra uno de esos barriletes que enterraste durante la guerra.

Hazel, pide a Fauna que venga a beber algo. Dile que traiga su material astrológico.

-Tal vez ha terminado ya conmigo - dijo Hazel.

No dejaba de ser una pena que la propia Fauna no creyese del todo en la astrología, pero había descubierto que casi todo el mundo quiere creer que las estrellas se fijan en nosotros. Su ciencia le daba el medio de decir a las personas lo que tenían que hacer, y Fauna tenía ideas muy definidas acerca de lo que cada cual tenía que hacer.



Librodot

Pese a su secreto escepticismo, de vez en cuando hacía un horóscopo que la dejaba asombrada. El de Hazel la dejó sin aliento y desconcertada. Llegó a pensar muy en serio en quemarlo y en no decirle nada.

Hazel la condujo al Palacio Flophouse y Mack le sirvió una copa del barrilete. Ella la vertió, aún sumida en sus pensamientos.

-¿Me has escrito el horóscopo? - preguntó ansiosamente Hazel.

Fauna lo miró con expresión apenada.

-Es mejor que no te lo diga - replicó.

-¿Por qué no? ¿Es malo?

-Terrible - dijo Fauna.

-Vamos, dímelo. Lo soportaré.

Fauna suspiró.

-Lo he comprobado cuidadosamente repetidas veces -afirmó-. ¿Estás seguro que me diste el día exacto de tu nacimiento?

-Segurísimo.

-Entonces ya no puede ser peor. - Se volvió con expresión cansada hacia los otros reunidos -. Las estrellas dicen que Hazel será presidente de los Estados Unidos.

Hubo un impresionante silencio. -No lo creo - dijo Mack.

-Yo no quiero ser presidente - dijo Hazel, y es verdad que no lo quería.

-No hay otra alternativa - dijo Fauna -. Las estrellas han hablado. Irás a Washington.

- ¡No quiero ir! -gritó Hazel-. No conozco a nadie, allí.

-Me pregunto adonde podríamos ir todos - dijo Whitey número 2 -. He visto algunas islas del Pacífico que eran muy bonitas. Pero, ¡qué diablos!, Hazel también las querría. Los Estados Unidos tendrían un protectorado.

-No me apoderaría de ellas - dijo Hazel.

Mack dijo:

-Podríamos matarle.

-Sus estrellas no dicen eso - observó Fauna -. Vivirá hasta setenta y ocho años y morirá a consecuencia de ingerir una ostra en malas condiciones.

-No me gustan las ostras - dijo Hazel.

-Tal vez te gustarán cuando estés en Washington. Mack dijo:

-¿No puedes haberte equivocado?

-Eso es lo que yo esperaba - dijo Fauna -. Lo repasé una y otra vez. ¡No, señor! Hazel será presidente.

-Bien, ya hemos soportado a algunos bastante malos - objetó Eddie con desesperación.

-¿No hay modo de decirles que no quiero serlo? ¡Diablos, tendré que esconderme! - dijo Hazel, con mayor desesperación aún.

Fauna movió la cabeza tristemente.

-Lo comprobaré de nuevo - dijo -, pero no creo que con siga nada. ¿Tienes en total nueve dedos en ambos pies, Hazel?

- No lo sé.

-A ver, cuéntalos.

Hazel se quitó los zapatos y movió los labios.

-Sí, nueve - dijo amargamente.

-Eso decía también el horóscopo. Sólo podemos rogar que salga todo lo mejor posible.

-¡Dios mío! - exclamó Whitey núm. 2-. Eso es lo que yo llamo un ruego de nueve contra uno. Fauna, ahora que tú has venido y has sacado un presidente de la oreja de un gocho, ¿qué tal te parece si hicieses el horóscopo de Doc?

-¿Qué es la oreja de un gocho? - preguntó Hazel.

-William Henry Harrison.

-¡Oh! - exclamó Hazel -. ¡Oh, sí!

Agnes dijo con su voz aflautada de soprano ronca:

-Doc no es el mismo de antes. Le serví una pinta y tuvo para todo un día. No hace más que estar sentado allí, mirando aquel papel amarillo. ¿Sabéis qué hay en ese papel?

-Huevos - dijo Whitey núm. 1.

-No. No me gusta tener que decirlo, No está bien.

-¡Qué diablos! - dijo Mack-. Quizá se encuentra ya mejor. Vamos, dime..., ¿qué?

-Bien - dijo Agnes con voz escandalizada-, había dibujado una señora sin ninguna clase de vestido y, a su derecha, uno de esos malditos pulpos, sólo que estaba fumando en pipa.

Vaya, que Doc ya no parece el que era.

Wide Ida se arrancó de su momentáneo letargo.

-Era el tipo más templado que he conocido. Ahora está hecho un hurón. Con cualquier otro que no hubiese sido Doc, diría que hay una mujer de por medio. Pero, ¡caramba!, puede tomarlas o dejarlas, según se le antoje.

Mack dijo:

-Incluso puede tomarlas y dejarlas.

Fauna puso los brazos en jarras.

-¿Estáis seguros de que no hay una chica escondida a la que él no puede llegar?

-No- dijo Hazel-. Desearía verle salir de su ensimismamiento. Voy a verle y hablo con él, y no me responde nada y ni siquiera me escucha.

-Enviémosle alguna señora a ver si pica - dijo Whitey número 2.

Mack dijo:

-No creo en eso, pero desearía que Fauna se ocupase de Doc. Puede darnos alguna idea. Fauna dijo:

-Nunca he visto a nadie deseoso de que le hiciese el horós copo, que creyese en él. Ni yo misma estoy segura de creerlo. Claro que haré el de Doc. ¿En qué día nació?

Ante la sorpresa general, se dieron cuenta de que ninguno de ellos lo recordaba.

-Creo que fue en otoño - dijo Eddie.

-Tengo que saberlo - dijo Fauna-. Mack, ¿crees que podrás averiguarlo?

-Creo que sí. Dime, Fauna, si tu excesiva integridad no se opone, ¿no podrías aderezárselo un poco?

-¿Qué quieres decir?

-Verás, pues que le digas que deje esos malditos papeles y vuelva a montar a caballo, por ejemplo.

-¿Qué hay de malo en que escriba esos papeles? - preguntó Hazel.

Mack se rascó el estómago.



Librodot

-Creo que tenemos que enfrentarnos con los hechos - propuso-. Doc quiere escribir esa estúpida monografía. Está perdiendo el caletre por ella. ¿Sabéis qué pienso? Que Doc no escribirá nunca esa monografía.

Hazel se levantó.

-¿Qué quieres decir con eso?

-¿Conoces esa clase de personas de las que se dice que son propensas a accidentes? Hagan lo que hagan, siempre se hacen daño. Es como si desearan los accidentes. La verdad, creo que en realidad Doc no quiere escribir esa monografía.

Whitey núm. 1 dijo:

-Seguro que está preocupadísimo por ella, puliéndola hasta en sus últimos detalles.

-¿No se ha mencionado la posibilidad de un suplente? -preguntó Mack.

-¿Quieres decir como en el fútbol? - preguntó Eddie.

-¡No, hombre, no! - dijo Mack-. Quiero decir como sucede cuando alguien utiliza algo para ocultar algo más... sin que siquiera lo sepa él mismo.

Hazel preguntó:

-¿Eres tú el responsable de que Doc esté tan alicaído?

-Calma, calma - dijo Mack -. Creo que Doc tiene miedo de escribir esa dichosa monografía porque sabe que es una solemne estupidez. *Quod erat demonstrandum*.

-¿Eh? - preguntó Fauna.

-Q. E. D. - dijo Mack.

-¡Ah! - exclamó Fauna -. Claro.

X

HAY UN AGUJERO EN LA REALIDAD POR EL CUAL PODEMOS MIRAR SI QUEREMOS

Doc había efectuado cambios. Arrastró su escritorio hasta ponerlo frente a la ventana. Se sentó y escribió rápidamente en sus hojas amarillas:

*El cambio de calar parece ser no solamente una concentración de fluidos hacia la superficie, sino también una urdimbre de tejido, que, tal vez, refracta la luz, dando una impresión de color.*

Se oyó un portazo. Doc miró hacia la calle. Fauna andaba con paso ondulante por el camino de gallinas que salía del Palace Flophouse.

Doc volvió a mirar sus cuartillas. Se oyeron pasos en la acera. Levantó la mirada. Wide Ida se dirigía al bar. José María salió de la «Flor Celestial» y cruzó la calle, ascendió por las escaleras de los Laboratorios de Biología Occidental y llamó con los nudillos.

-Adelante - gritó Doc, mostrando alivio en su voz.

-Yo limpiaría un poco la porquería. Esa banda que tengo en casa está ensayando en el primer piso. Me vuelven loco.

-Bueno, estoy bastante ocupado - dijo Doc.

José María paseó su mirada por la estancia.

-¿Para qué tienes serpientes?

-Para venderlas.

-¿Quién es capaz de comprar serpientes? - preguntó José María-. Dime, ¿qué estás mirando? - Alargó el cuello-. Es la nueva damisela. Dará bastantes dolores de cabeza a Fauna. Bastantes.

-¿Quién? - preguntó Doc.

-No me escuchabas, por lo que veo.

-Tengo que ponerme a trabajar - dijo Doc.

-¿Sabes? Aún no lo he descubierto.

-¿Qué?

-Tiene que haber algún medio de forzar la suerte en el ajedrez.

-No lo hay. Tengo que irme.

-¿Por qué tanta prisa?

-¡La marea! - exclamó Doc.

* * *

Doc caminó por la playa hasta más allá del faro. Las olas se rompían en blanca espuma a su lado y a veces salpicaban sus tobillos. Las gallinetas corrían frente a él como sobre pequeñas ruedas. La dorada tarde caía hacia China, y en el filó del horizonte se balanceaba una goleta dé madera.

A la izquierda de Doc las dunas de arena blanca formaban montículos redondeados, y a sus espaldas los obscuros pinos parecían retener a través del día un pedazo de noche.

Doc pensó: «Bajo un estímulo el pulso aumenta, como un hombre sujeto a una tensión física o emocional, algo como la liberación de adrenalina...» Pero no había ningún medio de demostrarlo. No encontraría otros ejemplares hasta las mareas de Primavera.

Su voz mediana argüía: «Quizá tú no crees nada de eso. ¿Por qué no te ríes de ti mismo? Antes podías. Estás atrapado en una jaula de suficiencia».

«¡Solitario! -gritaba en sus entrañas la voz inferior-. Nadie de quien recibir o a quien dar. Nadie lo suficientemente cálido y querido.»

Doc quería desesperadamente volver a su antigua vida..., el impotente deseo de un hombre que quería convertirse en vm niño, olvidando el dolor de los niños. Doc se dejó caer de rodillas y excavó un hoyo en la arena húmeda, con la mano a manera de pala. Observó cómo el agua de mar se filtraba en su interior y desmoronaba los costados del agujero. Un cangrejo de playa trató de huir de sus dedos, que no cesaban de excavar.

A sus espaldas una voz dijo:

-¿Qué está buscando?

-Nada - respondió Doc sin volver la cabeza.

-Aquí no hay almejas.

-Ya lo sé - dijo Doc. Y su voz superior cantó: «Sólo quiero que me dejen solo. No quiero hablar ni explicar y ni siquiera escuchar. Ahora ése me contará una teoría suya acerca de la oceanografía. No pienso volverme».

La voz a sus espaldas dijo:

-Hay mucho, muchísimo metal en el mar. Sí, hay suficiente magnesio en una milla cúbica de agua de mar, para pavimentar todo el país.

«Siempre los atraigo - pensó Doc-. Si hay un vagabundo en diez millas a la redonda, termina por acudir a mi lado.»

-Soy un vidente - dijo la voz.

Doc giró muy enfadado sobre sus talones.

-Okay - dijo-. Es precisamente mi ocupación, pero hábleme usted de ella.

No recordaba haberse mostrado nunca descortés con un extraño.

Éste era un individuo corpulento, barbudo, con los ojos vivos e inocentes de un niño sano. Llevaba unos pantalones harapientos y una camisa azul que a fuerza de lavarla era casi blanca, e iba descalzo. El sombrero de paja conque se tocaba tenía dos grandes orificios junto al ala, prueba de que había sido propiedad de un caballo en otros tiempos.

Doc sintió aumentar su interés.

-Es mi costumbre invitar a comer a los extraños - dijo el vidente -. Nada original, desde luego. Harun al-Rashid ya hacía lo mismo. Sígame, por favor.

Doc, que hasta entonces había estado en cuclillas, se incorporó. Los tendones de sus corvas crujieron dolorosamente. El vidente se erguía sobre él como una torre, y al examinarlo más de cerca vio que, efectivamente, sus azules ojos poseían la gozosa luz de los ojos de un niño sin juicio. Pero su rostro era granítico..., esculpido en el material de los profetas y patriarcas. Doc se preguntó si algunos santos no habrían tenido el mismo aspecto que aquel hombre. De las harapientas mangas de la camisa azul emergían unas muñecas que parecían enormes sarmientos, y sus manos estaban recubiertas de morenas callosidades en las que se entrecruzaban los cortes producidos por los percebes. El vidente llevaba en la mano izquierda un par de viejos zapatos de baloncesto, y al ver que Doc los miraba, dijo:

-Sólo me los pongo en el mar. Mis pies no son a prueba de erizos de mar y percebes.

A pesar de sí mismo, Doc se sintió subyugado por aquel hombre.

-Harun-dijo Doc - era visitado por *djinni* y los es píritus de la tierra, fuego y aire. ¿Os visitan los *djinni*?

Doc pensó: «¡Oh, Señor! ¿Voy a seguir esta estúpida comedia? ¿Por qué no cruzo mis dedos y escupo y me alejo? Nada me impide alejarme».

El vidente miró hacia bajo y en ángulo recto al rostro de Doc.

-Vivo solo - dijo simplemente -. Vivo al aire libre. Escucho las olas, de noche, y veo las negras sombras de las ramas de los pinos recortándose contra el cielo. Rodeado de sonido y silencio y soledad, es natural que vea "visiones. Cualquiera las vería.

-Pero supongo que no cree en ellas - preguntó Doc desesperanzado.

-No creo que sea cuestión de creer o no creer en ellas - repuso el vidente-. Usted habrá visto cómo el sol se achata y adquiere extrañas formas antes de hundirse en el océano. ¿Tiene que repetirse, cada vez que esto sucede, que no es más que una ilusión causada por el polvo suspendido en la atmósfera y la luz refractada por el mar, o se limita a gozar sencillamente de la belleza del espectáculo? ¿No ve usted visiones?

-No - repuso Doc.

-De la música, ¿no adquieren cuerpo formas de deseos y de recuerdos?

-Eso es diferente - dijo Doc.

-No le veo ninguna diferencia - dijo el vidente -. Venga..., En las dunas hay pequeñas y profundas quebradas donde los pinos inclinados por el viento han arraigado firmemente, deteniendo a las movedizas arenas, y en una de estas cañadas, sólo a unas cien yardas de la playa, el vidente tenía su hogar. El vallecito estaba al abrigo del viento. Las ramas de los pinos formaban una techumbre sobre él, y la arena estaba cubierta de una gruesa alfombra de suaves agujas de pino. Una vez en aquella tacita, se oía el viento, que acariciaba las copas de los pinos sobre nuestras cabezas, y una perpetua penumbra se aposentaba bajo los frondosos árboles. Los pinos sobrevivían únicamente siguiendo las sugerencias de las fuerzas mayores..., agachándose y haciendo crecer sus ramas en la dirección del viento, nutriendo a las pequeñas plantas rastreras que retrasan el avance de las dunas movibles. Bajo los árboles ardía un fuego, y sobre un fogón de piedras planas, varias latas de conserva ennegrecidas humeaban alegremente.

-Éste es mi hogar - dijo el vidente-. Sea bienvenido a él. He preparado una cena maravillosa.

Fue a buscar una lata a la horquilla de un árbol, sacó de ella una hogaza de pan francés y cortó dos gruesas rebanadas. Luego sacó erizos de mar de un saco goteante, los trituró sobre una roca y esparció la pulpa interior sobre el pan.

-Los machos son dulces y las hembras acidas - dijo -. A mí me gusta mezclarlos.

-Ya los he probado - dijo Doc -. Los italianos los co men. Es uno de los alimentos más ricos en proteínas. Hay quien opina que es también un afrodisíaco.

Había una férrea simplicidad en el vidente. Era como un monolito de lógica alzándose contra olas de colérica insensatez.

-Después tomaremos lapas al vapor - dijo el vidente -. Tengo aquí una aguja para comerlas. ¿Le gusta la lechuga marina? Es un gusto adquirido. Y luego tengo estofado... una es pecie de bouillabaisse universal... No quiero decirle lo que hay en ella. Ya lo verá.

-¿Saca toda su comida del mar?

El vidente le sonrió.

-No, no toda. ¡Ojalá pudiera! Sería más sencillo. Saco de él todas las proteínas que necesito, y aun más, pero mi estómago humano sigue pidiéndome féculas. Quiero un poco de pan y algunas patatas. Me encantan los ácidos con las proteínas. Mire..., tengo una botella de vinagre y algunos limones. Y por último, tengo la debilidad de las hierbas: romero, tomillo, salvia y me jorana.

-¿Y los azúcares? - preguntó Doc -. No encontrará usted azúcar en un charco de los que deja la marea.

El vidente bajó los ojos y miró cómo una hormiga negra trataba de remontar una avalancha de arena, perdiendo terreno constantemente. Cuando habló, su voz era tímida y avergonzada.

-He llegado a robar caramelos - dijo -. No puedo hacer nada por evitarlo.

-La carne es débil -observó Doc.

-¡Oh, yo no quiero decir eso! -exclamó el vidente-. Los apetitos son buenos. Cuantos más apetitos tiene un hombre, tanto más rico es; pero a mí me enseñaron que no debía robar. No creo en el robo. Va contra mis sentimientos hacerlo, y no disfruto tanto de los caramelos como si no los hubiese robado, pero tengo una pasión por los «Baby Ruths» y los «Mounds».

Sacaron las lapas de sus conchas con ayuda de la aguja y las mojaron en zumo de limón. El estofado contenía mejillones, almejas, cangrejos y pececillos, sazonados con ajo y romero.

-A algunos no les gusta - dijo el vidente.

Cuando hubieron terminado el refrigerio, Doc se recostó sobre las mullidas agujas de pino, y una hermosa paz se apoderó de él. El aire, la blandura de las agujas, los aromas que exhalaban las algas cargadas de yodo, los pinos y la hierbabuena, la música de la rompiente mezclada a la del viento agitando las agujas de los pinos, la plenitud de su estómago, creaban a su alrededor un pequeño remanso de dicha.

-Me sorprende que no le encierren... que no encierren a un hombre razonable. Es uno de los síntomas de nuestra época ése de ver peligro en hombres como usted, que no se preocupan por nada y se limitan a vagar. Son particularmente peligrosos aquellos hombres que no creen que el mundo toca a su fin.

-En realidad camina hacia su fin - dijo el vidente -. Eso empezó en el mismo momento en que fue creado.

-No sé por qué no le meten en la cárcel. Es un crimen ser feliz sin equipo.

-¡Oh, ya lo hacen!-dijo el vidente-. Y me ponen en observación de vez en cuando.

-Me olvidaba - dijo Doc-. Está usted chiflado, ¿no es verdad?

-Eso supongo - repuso el vidente-, aunque no soy peligroso. Y nunca me han atrapado cuando robaba caramelos. Efectúo estos hurtos con gran pericia, y los saco de uno en uno.

-Procure no reunir discípulos - dijo Doc -. En menos que canta un gallo le crucificarían.

-No hay mucho peligro de eso. No enseño nada a nadie.

-No estoy tan seguro - dijo Doc -. La doctrina de nuestro tiempo dice que un hombre no puede vivir sin un sinfín de cachivaches. Tal vez usted no lo predique, pero vive en traición.

-Soy perezoso -dijo el vidente-. ¿No ha bebido nunca té de hierbabuena?

-No.

-Es fuerte y aromático y un suave purgante. ¿Es capaz de beberlo directamente de una botella de cerveza?

-No veo por qué no he de ser capaz.

-¡Mire! ¡La botella está caliente! Tome, envuélvala con estas ramas.

Transcurridos unos instantes, el vidente le preguntó:

-¿Qué es lo que le apena, o tal vez no quiere que habiemos de ello?

-Hablaría con mucho gusto si supiese qué es - dijo Doc -.

Para decir verdad, de momento ha desaparecido.

-¡Ah, es usted uno de ésos! - dijo el vidente-. ¿Tiene mujer o hijos?

-No.

-¿Quiere tener mujer e hijos?

-No creo.

El vidente dijo:

-Anoche vi una sirena. Como usted recordará, la luna es taba en cuarto creciente y sobre el mar corría una ligera niebla.

La noche tenía color, no era negra, gris y blanca como una noche ordinaria. Al extremo de la plaza avanza sobre el mar una plataforma rocosa, y la marea era tan baja que se veía un blando lecho de algas e hizo figuras de danza con sus manos y blancos brazos. No se alejó hasta que la marea creciente cubrió el lecho de algas.

-¿No sería un sueño? ¿No se la imaginaría usted?

-Lo ignoro. Pero si así fuere, me enorgullezco de poder imaginarme algo tan hermoso. ¿Qué es lo que quiere?

-He tratado de pensar - dijo Doc -. Quiero tomar todo lo que he visto, pensado y aprendido, y reducirlo, relacionarlo y refinarlo hasta tener algo con un significado, con una utilidad. Y no parezco capaz de hacerlo.

-Quizá aún no está preparado. Y quizá necesite ayuda.

-¿Qué clase de ayuda?

-Hay cosas que un hombre no puede hacer solo. Yo ni pensaría en intentar algo tan enorme sin...

Se interrumpió. Las gruesas olas caían sordamente sobre la dura playa, y la luz amarillenta del sol poniente iluminaba una nube hacia Oriente, como un coágulo de oro.

-¿Sin qué? - preguntó Doc.

-Sin amor - dijo el vidente -. Tengo que irme ahora hacia el Poniente. He llegado a un punto en que no creo que el sol pueda ponerse sin mí. Esto hace que me crea necesario.

Se levantó y sacudió las agujas de pino de sus deshilachados pantalones.

-Ya volveré a verle - dijo Doc.

-A lo mejor me habré ido - replicó el vidente -. Me do mina una gran desazón. Probablemente ya no estaré aquí.

Doc le contempló mientras trasponía la duna, y vio cómo el viento levantaba el ala de su sombrero de paja y el sol poniente iluminaba su rostro y hacía resplandecer su barba.

XI

LAS CAVILACIONES DE HAZEL

Cuando Mack dejó el Palace Flophouse (y hay que decir de paso que no encontró a Doc en casa), Hazel se sentó para cavilar. Las cosas penetraban muy lentamente en el cerebro de Hazel. Había oído cómo Mack exponía su teoría acerca de las causas que impedirían a Doc escribir su monografía, pero el impacto de aquella afirmación no llegó a su espíritu hasta que se encontró solo. Es cierto que en todo Cannery Row empezaba a dominar el sentimiento de que Doc no era infalible, pero esta idea aún no había penetrado en Hazel. Sabía que Doc se hallaba acongojado por algo, pero aquel amistoso sentimiento de desprecio aún no había penetrado en su alma. Si Hazel hubiese querido saber el día y la hora del fin del mundo, hubiera ido a preguntárselo a Doc y lo que éste hubiese respondido hubiera sido para él definitivo. Ahora rumiaba a solas, no acerca de la debilidad de Doc, sino sobre la traición de aquellos amigos de Doc que lo ponían en entredicho, que se atrevían a poner en duda sus palabras.

Hazel golpeó el brazo de su mecedora durante un rato y después se levantó para dirigirse a casa de Wide Ida. Eddie se hallaba detrás del mostrador, y Hazel tomó dos *whisky*s y pagó solamente por una Coca-cola.

Se dirigió hacia la playa, pasando entre dos fábricas de conservas. Una gaviota con el ala rota atrajo su bondadoso interés. La persiguió, tratando de prestarle ayuda, hasta que el pájaro revoloteó hacia el mar y se ahogó.

Hazel había sufrido un verdadero terremoto y buscaba su epicentro. Caminó por las rocas hasta Pacific Grove Beach, e incluso los jóvenes morenos que se ponían cabeza abajo sosteniéndose con las manos para que las chicas los viesen, no tuvieron para él interés. Ascendió por la colina y dio la vuelta a los cimientos de los «Almacenes Provinciales de Holman». El gerente le acompañó, un honor y una precaución que se otorgaba a muy pocas personas. Pero Hazel ni siquiera vio el brillante despliegue de pequeñas herramientas.

No se puede dejar a un hombre sin base ni terreno donde pisar y esperar que siga actuando normalmente. En el camino de regreso a Cannery Row, Hazel pasó ante una casa donde se celebraba un funeral y ante la cual se reunía un grupo impresionante de personas. De ordinario, Hazel se unía a toda clase de fiestas y celebraciones con entusiasmo. Pero ahora contempló cómo se llevaban las coronas de gladíolos, sin que ello despertase en él el menor deseo de participar. Aquel muerto tan festejado tendría que ser enterrado sin Hazel.

En Nuevo Monterey, Hazel no se molestó en apartarse y atravesó por el medio de una pelea de perros. Todas estas precedentes manifestaciones hubieran turbado a sus amigos, pero si hubiesen sabido lo que Hazel estaba pensando, se hubieran sentido horrorizados.

La operación de pensar es siempre dolorosa, pero en Hazel constituía una heroicidad. Una representación de su proceso daría mareos al más pintado. Un gris y remolineante furor de imágenes, recuerdos, palabras, formas. Era como un embotellamiento del tráfico en una gran intersección, con Hazel en el medio tratando que algo se dirigiese hacia alguna parte.

Regresó hacia Cannery Row, pero no volvió al Palace Flophouse. Por instinto, se arrastró bajo las ramas del negro ciprés que crecía en el solar



Librodot

vacío donde había vivido durante tantos años, en los tiempos anteriores al Palace. Los pensamientos de Hazel no eran complicados. Resultaba notable observar que finalmente los dominaba.

Hazel quería a Doc. Doc se hallaba acongojado. Alguien era responsable de ello. ¿Quién? Que pudiese ser una situación antes que una persona, era algo que quedaba más allá de su alcance. Había que poner un término a la acción de aquella persona que acongojaba a Doc aunque hubiese de llegarse al asesinato. Hazel no tenía nada contra el crimen. Si no había matado a nadie era únicamente porque no había tenido necesidad de ello ni lo había querido. Trató de recordar todo lo que había oído acerca de las congojas de Doc, y era todo nebuloso y vago, con excepción de una sola cosa: Mack había dicho que Doc no podía escribir su monografía. Ésta era la única afirmación clara que se había pronunciado. Mack era el hombre. Si Mack lo sabía, tenía que hacerse el responsable. Esto apenaba extraordinariamente a Hazel, porque quería mucho a Mack. Esperaba no tener que verse obligado a matarlo.

Estaba obscureciendo bajo el ciprés; era ya demasiado obscuro para leer. Hazel siempre juzgaba la luz por la posibilidad que había de leer con ella, a pesar del hecho de que él nunca leía nada. La luz del pórtico de la Bear Flag se encendió. Los Laboratorios de Biología Occidental estaban aún a obscuras. Sobre la colina, en el Palace Flophouse, el quinqué de petróleo hacía un débil resplandor a través de las ventanas. Una y otra vez, Hazel trató de volver a su estado de ausencia de pensamientos, pero era inútil. Mack era el responsable. Mack tenía que hacer algo para remediarlo.

Hazel se levantó y sacudió sus ropas, para quitarse las agujas de ciprés. Empezó a caminar, dejando atrás las mohosas tuberías y la vacía caldera, cruzó la vía del ferrocarril y subió por el camino de las gallinas. A sus espaldas, ahogado por las fábricas de conservas, oía a Cacahuete tocando *Tiempo borrascoso* con su trompeta y los ladridos de los leones marinos en China Point.

En el Palace, Mack y los muchachos jugaban al «chaquete» sobre el suelo, con ayuda de un pedazo de tiza. El pote de apuestas estaba colocado a una conveniente distancia.

-Hola, Hazel. Acércate.

-Mack - dijo tristemente Hazel -, quiero que salgas afuera conmigo y prepares los puños.

Mack giró sobre sus talones.

-¡Cómo!

-Pienso darte una paliza de la que te acordarás mientras vivas - dijo Hazel.

-¿Por qué? - preguntó Mack.

Ésta era precisamente la cuestión. Hazel temía esta pregunta. Trató de hallar una respuesta rápida y dura.

-Tú sal afuera y ya lo sabrás - dijo.

-Hazel... - dijo Mack incorporándose -. Hazel, mucha cho, ¿qué mosca te ha picado? Dímelo. Veamos si puedo ayudarte.

Hazel sintió que la situación se escapaba por completo de sus manos.

-Tú no puedes tratar a Doc de esa manera - dijo ferozmente -. ¡No permitiré que trates a Doc así!

-¿Cómo lo trato? No he hecho nada a Doc, como no sea darle algún que otro sablazo. Pero eso lo hemos hecho todos..., incluso tú lo probaste una vez.

-Dijiste que no podía escribir su monografía; eso es lo que has hecho.

-¡Oh, por el amor de Dios! - exclamó Mack.

-Veo que estás amarillo.

-Okay, estoy amarillo. Si algún día dejo de estarlo, te daré una buena tunda. Siéntate. Echa un trago de la jarra.

Trataron a Hazel como a un niño, mimándole y halagando» hasta que sus ojos estuvieron húmedos de ternura. Pero cuando a Hazel se le metía algo en la mollera, nada podía disuadirle.

-Tienes que ayudarle - repetía -. No es feliz, está muy abatido. Tienes que ayudarle.

-Eso no es enteramente culpa nuestra. Lo que ocurre es que poc permite que la reserva, como un gusano en un capullo, se alimente en su mejilla de damasco.

-Está más claro que el agua - dijo Whitey núm. 2.

-Os advierto que no admito excusas - dijo Hazel.

Mack estudió el problema desde todos los ángulos.

-Hazel tiene razón - dijo por último -. Hemos sido egoís tas. En toda nuestra vida no hemos tenido un amigo tan bueno como Doc, y estamos dejando que se hunda. Me siento avergonzado. Es Hazel quien nos ha mostrado el camino. Si yo me hallase acongojado, no querría que Hazel hiciese cálculos, pero ciertamente me gustaría tenerle por amigo.

Hazel bajó la cabeza lleno de azoramiento. Le habían hecho tan pocos cumplidos en su vida, que ahora no sabía qué actitud tomar.

Mack prosiguió:

-Os pido solemnemente que nos levantemos todos y brindemos por Hazel... ¡Qué alma tan noble, tan noble, la de este muchacho!

-Yo..., caramba..., chicos...-dijo Hazel, secándose los ojos con la mano.

Todos le rodearon formando un círculo: Mack y Eddie, Whitey núm. 1 y Whitey núm. 2, y cada uno de ellos levantó el vaso y empinó el codo, y bebieron a la salud de Hazel. Los amistosos sentimientos alcanzaron un nivel tan alto, que brindaron de nuevo, y se disponían a hacerlo por tercera vez, cuando Hazel dijo:

-¿No hay algo por lo que pudiéramos brindar, para que yo pueda también echar un trago?

-¡Brindemos por Lefty Grove! - dijo Eddie.

Aquello rompió el hielo. Comenzó una era de amistosos sentimientos. Desenterraron otro barrilete de la reserva particular que Eddie había conseguido salvar durante la guerra. Él mismo lo destapó y lo olió delicadamente.

-Me acuerdo de éste - dijo -. Vinieron unos de Sudamérica y trajeron una botella de absinta.

-Perfuma toda la casa - observó Mack.

Era como en los días de antaño, se dijeron unos a otros. Si Gay estuviese allí con ellos... Había que brindar por la memoria del buen Gay, el amigo que los había dejado para siempre.

La absenta había suavizado la mixtura del barrilete, añadiéndole algo de dulzura y de vejez. Una extraña cortesía se deslizó en el habla de los moradores del Palace Flophouse, una cortesía propia del viejo mundo. Todos



Librodot

rivalizaban por ser los últimos, no los primeros, en llenar de nuevo sus copas.

-Cuando volvamos a tener dinero iremos a casa de Woolworth para comprar algunas copas - dijo Mack.

-¡Bah!-dijo Whitey núm. 2-. Terminarían por romperse. Pero comprendo lo que quieres decir.

En cierto modo, les parecía vivir un momento en que la hi toria se detiene, se aprovisiona y cambia de rumbo. Sabían que, en los días a venir, considerarían esta noche como un comienzo. En tales momentos los hombres se sienten inclinados a la oratoria.

Mack se apoyó contra la estufa y reclamó atención golpeando el tubo de la misma.

-Caballeros - dijo -, pongámonos ahora de acuerdo para sacar al asno de Doc del lazo del desaliento.

Eddie dijo:

-Recuerda que ya hicimos una vez algo parecido, y casi lo arruinamos.

Mack seguía manteniendo su benévolo talante.

-Entonces éramos más jóvenes - dijo -. Ahora lo sacaremos de allí, y no volverá a hacer tonterías.

Hazel estaba tan conquistado por la camaradería, que relajó y se dedicó a proferir felices incoherencias.

-¡Por Lefty Grove! - exclamó.

Mack abrió la puerta del horno y se sentó sobre ella.

-He pensado en ello muy a fondo - dijo-. Últimamente casi no hacía otra cosa.

-Tú casi nunca haces otra cosa - dijo Whitey núm. 2.

Mack prefirió ignorar esta observación.

-He formado una teoría...

-¡Bah, cállate! - le atajó Eddie.

-¿A quién dices eso? - preguntó Whitey núm. 2.

-No lo sé - dijo Eddie con inocencia -, pero si el zapato va bien...

-He formado una teoría, si es que no sois demasiado estúpidos para escucharla - dijo Mack. Cuando todos callaron, prosiguió -: Cuando oigáis mi teoría, es posible que os sintáis do minar por la cólera. Quiero que os vayáis a dormir con ella antes de hablar. Creo que Doc necesita una esposa.

-¡Cómo!

-Bueno, veréis, no es necesario que se case con ella - dijo Mack -. Ya sabéis lo que quiero decir... - Si la absenta no les hubiese vuelto tolerantes, en aquel mismísimo momento se po drían haber enzarzado en una pelea -. Os ruego que no interrumpáis - prosiguió -. Voy a pasar revista ahora a la cuestión señoras en los Estados Unidos. Si se miran los divorcios y las razones que hay para ellos, sólo se puede pensar una cosa: El único individuo que no tendría en absoluto que escoger una esposa, es precisamente el que se casa con ella. Éste es un hecho. Es un hecho también que, si se le deja solo, un individuo se casa siempre con la señora que no le corresponde.

-Lo mejor es curarse en salud y no casarse con nadie - dijo Whitey núm. 2.

-Hay algunos individuos que de este modo no funcionan - objetó Mack.

-¿Estás sugiriendo que carguemos con la cruz a Doc, nuestro verdadero amigo?



Librodot

-Yo os he pedido que no digáis esta boca es mía hasta después de haber dormido con esa idea - dijo Mack con dignidad.

Hazel le tiró de la manga.

-¿No estás bromeando?

-No - dijo Mack -. No estoy bromeando.

-¿Sabes lo que te haré si le pasa algo malo a Doc? - preguntó Hazel.

-Sí - dijo Mack-. Creo que lo sé... y creo también que lo esperaba.

Hazel dormía en una cama de matrimonio, sobre la cual colocaba un edredón. Trató de reproducir la que había visto en una película conmovedora, y la construyó de memoria. Cuando el Palace Flophouse estuvo finalmente sumido en el silencio, Hazel se echó en su cama y miró al dibujo parecido al de una cabana de troncos que se veía en el dosel. Su cerebro daba vueltas vertiginosas. Deseaba que hubiese algún modo más sencillo de ayudar a Doc que recurriendo a la enorme operación que había indicado Mack. Una vez se levantó para cerrar la puerta y vio que la luz protegida por una pantalla verde estaba encendida en el laboratorio.

-Pobre infeliz - murmuró.

No durmió bien y sus sueños tuvieron forma de setas.

XII

UNA FLOR EN UNA PARED AGRIETADA

Joe Elegant era un joven pálido que llevaba un cerquillo, como el de un fraile, en la cabeza. Fumaba cigarrillos extranjeros en una larga boquilla de ébano y cocinaba para la Bear Flag. Las chicas decían que hacía los más ricos bollos del mundo, y era capaz de dar un masaje que despabilaría a una noche del sábado con la flota dentro. Era un individuo de aspecto socarrón, y excepto durante las comidas permanecía encerrado en su pequeño colgadizo, a espaldas de la Bear Flag, desde donde se oía teclear su máquina de escribir hasta muy avanzada la noche.

Una mañana, poco después de su llegada, Suzy estaba tomando café mientras Joe Elegant quitaba de la mesa las migajas del desayuno.

-Haces muy buen café - dijo Suzy.

-Gracias.

-Tu aspecto no es muy adecuado para trabajar aquí.

-Es un empleo temporal, te lo aseguro.

-Tengo una maravillosa receta para *kimbombó*. ¿Quieres que te la dé?

-Es Fauna quien planea las comidas.

-¿No os lleváis bien?

-¿Por qué no tendríamos que llevarnos bien?

El pasaba en aquel momento detrás de ella. Suzy se incorporó, sujetó con los dedos el cuello de su camisa, se retorció e hizo bajar la cara de Joe hasta ponerla a nivel con la suya.

-Escucha - empezó a decir, mirando enfurruñada sus ojos saltones -. Oh, que vaya al diablo - dijo Suzy, soltándole.

Joe Elegant dio un paso atrás, frotándose el cuello y alisándose la camisa.

-Lo siento - dijo Suzy.

-No vale la pena.

-¿Qué te hace ser tan mezquino?

-Tú lo has dicho. No pertenezco a la casa.

-¿Adonde perteneces?

-No creo que lo entendieses.

-¿Eres demasiado bueno para este sitio?

-Digamos que soy diferente.

-¡No me vengas con esas cosas! - exclamó Suzy.

-Estoy escribiendo una novela.

-¿Ah, sí? ¿Sobre qué? Me entusiasman las novelas. -Ésta no te gustaría.

-¿Por qué no?

-No la comprenderías.

-Entonces, ¿de qué serviría?

-No la escribo para la masa.

-Yo soy la masa, ¿eh? Creo que tienes algo ahí dentro.

Joe Elegant tragó saliva y su rostro se crispó convulsivamente.

-Algún día te leeré un fragmento.

-Me gustaría. Pero has dicho que yo no podría compren derla.

-Te la explicaría mientras te la leyese.

-Me gustaría mucho. Hay muchísimas cosas que no comprendo.



Librodot

-¿Te gustan los pastelillos de chocolate con nueces?

-Me encantan.

-Ya te haré algunos. ¿Por qué no vienes una tarde a mis habitaciones? Te ofrecería una taza de té.

-¡Eres un chico muy simpático! ¿Tienes más café?

-Voy a preparar otra cafetera.

XIII

LOS PARALELOS DEBEN ESTAR RELACIONADOS

Doc pasó la noche en blanco. Tenía la cabeza llena de cuartillas amarillas, videntes y pulpos. De ordinario trabajaba o leía cuando no podía dormir, pero ahora, al encender la luz, vería las cuartillas amarillas y los lápices alineados.

Cuando el alba se arrastró sobre la bahía, decidió ir a dar un paseo muy largo, siguiendo tal vez la costa hasta Carmel. Se levantó y, como reinaba aún cierta penumbra en el laboratorio, encendió las luces para prepararse el café.

Wide Ida, desde la entrada de «La Ida», vio cómo las luces se encendían. Puso una botella sin etiqueta de licor castaño en una bolsa de papel y atravesó la calle para dirigirse a los Laboratorios de Biología Occidental.

-Doc - dijo-, ¿querrías analizar este líquido?

-¿Qué es eso?

-Dicen que es *whisky*. Sólo quiero saber si puede matar a alguien. He comprado una buena cantidad de él. Lo hacen allá arriba, en Pine Canyon.

-Eso va contra la ley - dijo Doc.

-Matar a las personas también va contra la ley - repuso Wide Ida.

Doc se hallaba colocado entre la fabricación ilícita de alcohol y el asesinato. Pensó tristemente que siempre se veía metido en Casos parecidos... Se veía obligado a escoger, no entre bueno y malo, sino entre malo y menos malo. Efectuó un rápido análisis.

-No es veneno - dijo -, pero no hará ningún bien al estómago de los que lo beban. Contiene un poco de alcohol amílico. Pero aseguraría que no es peor que los «Old Tennis Shoes».

-Gracias, Doc. ¿Cuánto te debo?

-Oh, digamos un cuartillo;..., pero no de esto.

-Te enviaré un poco de «Old Taylor».

-No es necesario que saques los caldos viejos - dijo Doc.

-Doc, me he enterado de que te ocurre algo.

-¿A mí? ¿Qué es ello?

-Lo oí decir - dijo Wide Ida.

Doc dijo malhumorado:

-No me pasa nada. No sé a qué vienen esas habladurías.

Buen Dios, todos me tratan como si estuviese enfermo. Pero, ¿qué dicen que me pasa?

-Si puedo hacer algo por ti, sólo tienes que decírmelo - respondió ella, y se marchó al instante, olvidándose la botella.

Doc tomó un sorbo de ella, hizo una mueca y luego echó un gran trago. Su corazón latía de cólera. No podía admitir que la compasión de sus amigos sirviese únicamente para confirmar su fracaso. Sabía que la compasión y el desprecio son hermanos. Apretó fuertemente las mandíbulas.

«Iré a La Jolla y llegaré a tiempo para las mareas de primavera - se dijo -. Adquiriré un nuevo microscopio.»

Y la voz más profunda susurró:

«En algún lugar se encuentra cariño.»



Librodot

Se sentó ante su escritorio y escribió con ira: «Los paralelos deben estar relacionados».

Echó otro trago de la botella y abrió el correo del día anterior. Había un pedido de seis colecciones de portaobjetos preparados..... estrellas de mar, series embrionarias, para la Escuela Superior Politécnica de Oakland. Casi se alegró de tener que hacer aquel viejo y rutinario trabajo. Juntó sus cubos de recolección, arrojó unas botas de goma en su viejo coche y salió en dirección al Great Tid Pool.



Librodot

XIV

UN MIÉRCOLES DE PERROS

Hay días que nacen feos. Desde las primeras luces del alba ya no valen nada, sea cual sea el tiempo, y todo el mundo lo sabe. Se ignora cuál es la causa, pero en semejantes días las personas no quieren abandonar la cama y se ponen de espaldas al día. Cuando finalmente el hambre o el trabajo les obligan a abandonar el lecho, descubren que el día es tan malo como ellos ya esperaban.

En un día de éstos es imposible hacer una buena taza de café, se rompen los cordones de los zapatos, las tazas caen solas de la alacena y se hacen añicos en el suelo, niños ordinariamente honrados dicen mentiras, y otros ordinariamente buenos destornillan las llaves de la cocina de gas, pierden luego los tornillos y es necesario propinarles una azotaina. En este día la gata tiene gatitos y los perros se ensucian en la alfombra de la sala.

¡Oh, estos días son terribles! El cartero nos trae facturas atrasadas. Si es un día soleado, el sol quema demasiado, y si es obscuro, no hay quien lo resista.

Mack sabía que aquel día iba a ser así. No encontraba sus pantalones. Tropezó con una caja que se había interpuesto en su camino. Maldijo a cada uno de sus hermanos del Palace Flophouse, y mientras cruzaba el solar vacío, se apartó para dar un Puntapié a una flor de diente de león. Estaba sentado con aspecto sombrío sobre una tubería cuando se le acercó Eddie, y como es natural, fue con Eddie a casa de Wide Ida para tratar de hacer algo. Estuvo remoloneando, esperando a que Wide Ida se fuese para que Eddie pudiese servirle una copa a hurtadillas. Pero Wide Ida estaba inclinada sobre el mostrador, echando maldiciones ante una carta.

-Impuestos - decía -. Cada día que pasa hay más impues tos. Tienes suerte, Mack. Tú no debes nada ni ganas nada. Hasta el día en que empiecen a despellejarnos, puedes estar tranquilo.

-¿De qué se trata? - preguntó Mack.

-Impuestos municipales y del condado - repuso Wide Ida.

-¿Sobre qué?

-Sobre mi establecimiento. No es mucho, pero es que estaba ahorrando para comprarme un nuevo *Pontiac*.

Era una afirmación que de ordinario hubiera despertado en Mack una compasión ausente, mezclada con una ligera satisfacción por no verse cargado con un capital o efectos imponibles. Pero ahora un vivo mal humor se apoderó de él, y volvió al Palace Flophouse para malhumorarse con mayor comodidad. Mentalmente evocó la historia del Palace.

Había pertenecido a Lee Chong. Mucho antes de la guerra, Mack y los muchachos se lo adquilaron por cinco dólares al mes y, como era de suponer, nunca pagaron el alquiler. Eso hubiese sorprendido grandemente a Lee Chong. Entonces Lee Chong vendió su tienda a José María. ¿Estaba comprendido el Palace en la venta? Mack no lo sabía, pero aunque así fuese, el patrón lo ignoraba. El no era ningún Lee Chong. Hubiera exigido el alquiler. Pero si el patrón pasara a ser propietario del local, tendría que pagar los impuestos correspondientes. Si tenía que pagar los impuestos, se echaría con toda seguridad sobre Mack y los muchachos. El patrón no era



Librodot

de los que pagaban sin estar cubiertos y recibir más dinero, eso podía darse por seguro.

Aquello parecía constituir una gran injusticia. Su hogar, su seguridad, incluso su posición social, estaban puestas en la balanza. Mack se echó en su cama y pensó qué se podía hacer. Supongamos que el patrón pide los alquileres atrasados... los alquileres de años. No se podía confiar en un hombre como aquél. ¡Qué día de perros! Mack no sabía qué hacer, y, por lo tanto, se decidió a convocar una reunión de los muchachos, e incluso envió a Hazel a buscar a Eddie, que seguía en el bar de Wide Ida.

Fue una reunión sombría y trastornada. Mack explicó la cuestión desde todos los ángulos, hasta que incluso Hazel pareció comprender el peligro. Los muchachos se miraban los dedos, clavaban su vista en el techo y se soplaban los nudillos. Eddie se levantó y empezó a dar vueltas a su silla para ver si se le ocurría algo.

Por último, Whitey núm. 2 dijo:

-Podríamos intervenir su correo y robarle las cartas para que no recibiese ninguna declaración de impuestos.

-No es práctico - dijo Mack -. Dejando aparte que es una acción criminal.

Hazel insinuó:

-Podríamos matarlo.

-¿No sabes que esto también es contrario a la ley? - preguntó Mack.

-Quiero decir que podríamos hacerlo de manera que pareciese un accidente - dijo Hazel-. Podría caerse por Punta Lobos.

-Entonces alguien heredaría la empresa, y ese alguien no sabemos ni siquiera quién es.

La injusticia que existía en la teoría de la propiedad privada de bienes muebles iba apareciendo ante ellos.

-Tal vez podríamos conseguir que Doc hablase con él. Quiere a Doc.

Esta idea fue lanzada por Whitey núm. 1.

-Con esto sólo se conseguiría que él se fijase en la cuestión -dijo Mack -. ¡Qué diablos! Incluso sería capaz de subirnos el alquiler.

-Y vete a saber si incluso tendría la pretensión de cobrarlo -dijo Eddie.

Hazel estaba encendiéndose en un incendio lento, pero luminoso. Contempló las encaladas paredes del Palace Flophouse, las muchachas del calendario de Coca-Cola, la enorme y antigua estufa de madera, el retrato enmarcado de Romie Jacks. Había honradas y evidentes lágrimas en los ojos de Hazel.

-El madito - dijo -. Después de todo nuestro trabajo nos arrebata nuestro hogar... el único lugar donde yo he sido feliz en mi vida. ¿Cómo puede ser tan mala una persona?

-Todavía no lo ha hecho - dijo Mack -. Es posible que ni siquiera lo sepa.

-Ojalá fuese Doc el propietario - dijo Eddie-. Con Doc no tendríamos la menor preocupación.

Mack le dirigió una rápida mirada.

-¿Qué te ha hecho decir eso? - preguntó.

-¡Caramba! Doc se pasa las semanas enteras sin abrir el correo. Doc se olvidaría de cobrar el alquiler y tampoco pensaría en abrir las cartas con declaraciones de impuestos.

-Eddie - dijo - tal vez has dado en el clavo.

-¿En qué?

-Tengo que pensarlo - dijo Mack -, pero es posible que nuestro querido Eddie, aquí presente, sea un genio.

Eddie se sonrojó de placer.

-¿Qué tengo que hacer, Mack?

-Ahora no puedo decírtelo.

-Pero por lo menos, Mack, puedes decirme lo que he hecho.

-Has demostrado ser muy listo - dijo Mack-. Ha sido un golpe maravilloso. Ahora vamos a echarle un vistazo al patrón. ¿Creéis que ese tipo tiene mucho coraje?

-Mucho - dijo Hazel-. Y además es más listo que el hambre.

Mack hablaba lentamente, expresando sus pensamientos en voz alta.

-Veamos. José María, podríamos decir, es un hombre, para decirlo en términos generales...

- Viste muy bien - observó Hazel.

-Un chorizo no puede crearse enemigos a menos que, desde luego, desee que lo echen de la población. Le interesa tener a todo el mundo contento y feliz.

-Prosigue, Mack - le pidió Whitey núm. 1 -. Anda, dinos.

-Chicos -dijo Mack -, si ahora me fuese de la lengua y no diese resultado, creo que me perderíais la consideración. Quiero ver si soy más listo que él y le echo la zancadilla. Pero en ese caso, si lo hacemos, todos tendréis que ayudarme.

- ¿Si hacemos qué?

-Ahora dejadme solo, muchachos - dijo Mack, y volvió a su cama, apoyó su cabeza sobre sus manos cruzadas y se dedicó a estudiar las vigas del Palace Flophouse.

Hazel se acercó quietamente a la cabecera.

-No permitirás que nos echen de nuestra casa, ¿verdad Mack?

-¡Te lo prometo!-dijo Mack con fervor-. ¿Dónde está Eddie?

-Ha vuelto a Wide Ida.

-¿Quieres hacer algo por mí, Hazel?

- Claro que sí, Mack.

-Toma esa lata de manteca de cerdo que hay allí y trata que Eddie te la llene de cerveza sin despertar demasiadas sospechas. Me ayudará a pensar.

-Tendrás esa cerveza - dijo Hazel-. Tú sigue pensando, Mack. Dime, Mack, ¿cómo crees posible que Eddie siempre dé muestras de genio sin que ni siquiera lo sepa y además sin tenerlo?

-¿Otra vez? - dijo Mack.

-Sí, otra... ¡Oh, que se vaya al diablo! - exclamó Hazel.

XV

LOS CAMPOS DE DEPORTES DE HARROW

Fauna consiguió que tres empresas azarosas alcanzasen éxito. Era más que probable que pudiese haber invertido sus ahorros en acero o productos químicos, e incluso en General Electric, porque Fauna poseía los ingredientes adecuados para los negocios modernos. Era benevolente y al propio tiempo solvente, trataba al público con simpatía y en su vida privada era una individualista, generosa, pero con un delicado instinto de teneduría de libros por partida doble, sentimental pero no blanda. Hubiera podido ser fácilmente la presidenta del consejo de administración de una gran razón social. Y Fauna sentía un profundo interés personal por sus chicas.

Poco después de encargarse de regentar la Bear Flag, Fauna puso aparte y decoró la habitación disponible. Era una estancia grande y agradable con tres ventanas que daban al solar vacío. Fauna puso en ella mullidos butacones y canapés forrados con brillante quimón glacé sembrado de florecillas. Las colgaduras hacían juego con el mobiliario, y los cuadros pretendían producir unra sensación de calma sin despertar interés..., grabados de vacas en una alberca, venados en arroyos montañosos, perros en lagos. Los animales húmedos parecen llenar alguna necesidad humana.

Como pasatiempos, Fauna adquirió un juego de tenis de mesa, una mesa de juego y un parchesi. La Habitación Disponible era alegre y femenina. Poseía un perfume exótico y oriental causado por el incienso que quemaba en el regazo ennegrecido de un Buda de yeso sentado en cuclillas.

Alrededor de las tres menos cuarto, Agnes, Mabel y Becky estaban descansando en la Habitación Disponible. Era la hora de la languidez. El solar vacío estaba bañado por los claros y pálidos rayos de sol, que hacían parecer bellas incluso a las mohosas tuberías y la vieja caldera. Los altos tallos de malva tenían un verdor tan dulce como en un jardín. Un suave, gris y perezoso gato persa cazaba ratas entre la hierba, sin preocuparse demasiado por si se le escapaban o no.

Mabel estaba de pie ante la ventana. Dijo:

-He oído decir que en esa caldera vivió gente.

Agnes se pintaba las uñas de los pies y agitaba éstos para que la laca se secara.

-Eso fue antes de que tú vinieses - dijo -. Eran el matrimonio Malloy. Lo tenían muy bonito... un toldo ante la entrada, un tapiz oriental. Una vez dentro, utilizando la boca del horno para entrar, era bonito de verdad. Ella era una mujer muy de su casa.

-¿Por qué se fueron? - preguntó Becky.

-Empezaron a discutir. Ella quería poner visillos. Él no se lo permitía, arguyendo que no había ventanas. Cada vez que empezaban a discutir, la caldera resonaba y se les ponían los nervios de punta. Él dijo que no había bastante espacio en el interior para darle un puñetazo. Ahora él está en la prisión del condado... Mistress Malloy sirve la mesa en una fábrica de sebo de Salinas. Era un matrimonio encantador. Él es un Alce de categoría.

Mabel se apartó de la ventana.

-¿Ya os habéis enterado de que esta noche viene el Club de las Serpientes de Cascabel? Toda la casa tendrá que estar a su disposición.

-Sí - dijo Becky -. Fauna les dio presupuesto.

Agnes levantó la pierna izquierda y se sopló las uñas de los pies.

-¿Os gusta este color? - preguntó.

-Es bonito - dijo Becky -. Parece un poco como si te es tuvieses pudriendo. Oídme, ¿dónde demonios está Suzy? Tendrá que enterarse tarde o temprano de que cuando Fauna dice las tres, tienen que ser las tres. Fauna, qué nombre tan divertido.

Mabel dijo:

-Su nombre de verdad es Flora. ¿Qué es eso de la fauna? Nunca conocí a nadie que tuviese ese nombre.

-Oh, es como un cachorro de ciervo - dijo Becky-. No creo que Suzy se mantenga aquí mucho tiempo. Está algo chalada... tiene una mirada que no me convence. Se pasa la vida paseando.

Mabel dijo:

-Bien, faltan dos minutos para las tres. Suzy ya tendría que estar aquí.

Al dar las tres se abrió una puerta y entró Fauna, procedente de su dormitorio. Llevaba una banda plateada sujetándole su cabello anaranjado, lo que le daba el aspecto de cierto dirigente social recientemente fallecido. Fauna poseía aquella elegancia que sólo se hallaba en los salones de los ricos de antaño y en las casas equívocas del *haut monde*. Era corpulenta pero se movía con pasos ligeros y precisos. Llevaba una gran cesta.

-¿Dónde está Suzy? - preguntó.

-No lo sé - contestó Mabel.

-A ver, mira en su habitación.

Mabel salió.

Fauna se acercó al tablero del parchesi.

-Alguien ha estado jugando con los dados del parchesi -dijo.

-¿Cómo lo sabe? - preguntó Becky.

-Hay dos pavos en el bolsillo de la esquina. No permito el juego en la Habitación Disponible. Si una señorita desea hacer algunas jugadas con un cliente, eso es distinto, pero no quiero encontrar más marcas hechas con lápiz en los terrones de azúcar. El juego es un vicio. Conozco a más de una chica con un brillante porvenir que lo ha malbaratado con los juegos de azar.

-Caramba, Fauna, tú juegas al poker - dijo Becky.

-El poker no es un juego de azar - dijo Fauna -. Y vigila tu lenguaje, Becky. La vulgaridad da mala fama a una casa decente.

Sacó un mantel de hilo del cesto y lo extendió sobre el tablero del parchesi. Luego puso sobre él una servilleta, un plato, vasos para vino y algunos cubiertos de plata.

Entraron Mabel y Suzy.

Fauna dijo:

-No me gusta que las señoritas de esta casa se retrasen. -Tomó un puntero del cesto-. Ahora, ¿qué señorita prefiere ser la primera?

Agnes dijo:

-Me toca a mí.

-Tú ya lo hiciste ayer - dijo Mabel -. ¡Maldita sea, me toca a mí!

Fauna dijo con severidad:

-Señoritas, imaginen que algún joven estúpido las oyese. A ver, Mabel...

Indicó con el puntero los objetos que se hallaban sobre el mantel, y Mabel empezó a decir, como una niña que recitase un verso:

-Tenedor para ostras... tenedor para ensalada.., tenedor para pescado... tenedor para asados... tenedor para especias... tenedor para postre... plato... cuchillo de postre... cuchillo de especias... cuchillo para asado... cuchillo para pescado...

-¡Muy bien! - dijo Fauna -. Aquí no.

Y Mabel prosiguió:

-Agua... vino blanco... clarete... borgoña... oporto... coñac...

-Perfecto - dijo Fauna-. ¿En qué lado se pone la ensalada?

-En el lado izquierdo, para que no se pueda meter la manga en la salsa.

Fauna se mostró profundamente complacida.

-¡Por Dios, qué es bueno! No me sorprendería que Mabel se convirtiese en una estrella dentro de poco tiempo.

E indicó las estrellas doradas de la pared.

-¿Qué son? - preguntó Suzy.

Fauna respondió con orgullo:

-Cada una de esas estrellas representa una señorita de la Bear Flag que se casó, y se casó bien. Esa primera estrella tiene cuatro niños y su marido es gerente de una importante empresa. La tercera desde el final es presidenta del Club «Adelante y Arriba», de Salinas, y sostiene el árbol el Día del Árbol. La estrella siguiente ocupa un alto lugar en el Watch and Ward. Mis señoritas llegan a ocupar posiciones importantes. Ahora, tú, Suzy...

-¿Eh?

-¿Qué es eso?

-¿Esa especie de tenedor tan raro?

-¿Para qué sirve?

-No lo sé.

-Coopera, Suzy. ¿Qué comes con él?

Suzy meditó.

-No se puede coger mucho puré de patatas con él. ¿Quizá conservas?

-Es un tenedor para almejas - dijo Fauna-. Repítelo. *Un tenedor para almejas*.

Suzy dijo con vehemencia:

-No comería una almeja aunque usted me diese una pala.

-¡Qué cara dura! - dijo Agnes.

Suzy se volvió hacia ella.

-¡No me llames cara dura!

Mabel gritó:

-¡Doble negativa! ¡Doble negativa!

-¿De qué estáis hablando? - preguntó Suzy.

Mabel dijo:

-Desde el momento que no quieres que te llamen cara dura, es que lo eres.

Suzy se volvió hacia ella.

-Aquí no hay más cara dura que tú.

Fauna estaba desolada.

-¡Si algunas señoritas que conozco no quieren portarse bien, recibirán un sopapo en las narices! Niñas... compostura. ¿Dónde están los libros?

Agnes respondió:

-Creo que los está leyendo Joe Elegant.

-¡Qué asco! - dijo Fauna-. Los escogí yo misma, precisa mente para que nadie se los llevase. ¿Qué sacará él de leerlos? *Breeder's Journal, California Civil Code* y una novela de Sterling North... ¿Qué hay allí que valga la pena? Bien, no tenemos más remedio que usar el cesto, supongo. Agnes, ponte el cesto sobre la cabeza.

Fauna la inspeccionó.

-Ahora miren, señoritas - dijo -. No es necesario que jun téis los tobillos y adelantéis las caderas... es una postura que no os favorece en lo más mínimo. ¡Agnes, no dejes caer tanto tus posaderas! La postura demuestra el estado de ánimo. La verda dera elegancia se demuestra cuando una señorita yace de bruces sobre su asno y a pesar de ello aún parece que sostiene los libros sobre la cabeza.

Llamaron con los nudillos a la puerta y Joe Elegant entregó una nota a Fauna. Ella la leyó y dejó escapar un suspiro de Placer.

-Ese Mack - dijo-. Está hecho todo un caballero. Creo que sería capaz de sacar el líquido embalsamador de su abuela muerta, pero lo haría con toda elegancia.

-¿Ha muerto su abuela? - preguntó Agnes.

-¿Y eso qué importa?-dijo Fauna-. Escuchen esto, señoritas: «Mack y los muchachos solicitan el placer de su compañía para su reunión de mañana por la tarde, en la que se beberá vino del mejor y se hablará de algo importante. Le rogamos que traiga a las muchachas. Tenga la bondad de contestar».-Fauna hizo una pausa-. Podría ponerse a echar berridos frente a la ventana, pero Mack no es así... solicita el placer de nuestra compañía.-Suspiró-. ¡Qué cumplido caballero! Si no fuese un sablista y un holgazán tan completo, trataría de casar con él a alguna de mis señoritas.

Agnes preguntó:

-¿Qué le pasa a la abuela de Mack?

-No sé ni siquiera si tiene abuela -dijo Fauna-. Ahora, cuando vayamos mañana allí, ustedes, señoritas, cierren el pico y limítense a escuchar. -Meditó -. Algo importante.... bien, po dría ser que eso fuese que Mack necesita veinte pavos, así es que vosotras a callar y dejadme pensar a mí.

De pronto, Fauna se golpeó la frente con la palma de la mano.

-¡Casi lo había olvidado! Joe Elegant ha hecho un enorme pastel al horno. Suzy, toma cuatro botellas frescas de cerveza y ese pastel y ve a llevárselo a Doc para ver si se alegra.

-Okay - dijo Suzy -. Pero probablemente se fundirán en su estómago.

-Su estómago no te importa para nada - dijo Fauna.

Y cuando Suzy se hubo marchado, Fauna dijo:

-Ojalá pudiese clavar una estrella por esa chica. Apenas la vemos por aquí.

XVI

LAS FLORECILLAS DE SAN MACK

Doc puso diez grandes estrellas de mar sobre un estante y colocó en línea ocho platos de vidrio medio llenos con agua de mar. Aunque se sentía inclinado a la negligencia en su aseo personal, su técnica de laboratorio era inmaculada. La preparación de las series embrionarias le daba gran placer. Lo había hecho cientos de veces, y sentía una seguridad en las acciones conocidas... Aquí no había especulaciones. Hacía algunas cosas, que eran seguidas por otras. La rutina es muy cómoda.

Volvió a él su antigua vida... una meseta de contento con menguados picos de excitación, pero ni rastro del dentado color del pensamiento original, ni rastro de la soledad de la invención. Su gramófono tocaba suavemente, tocaba las fugas de Bach, ciertas y seguras, claras como ecuaciones. Mientras trabajaba, se fue apoderando de él un benigno sentimiento. Volvió a gustar de sí mismo como en otros tiempos; se gustaba como persona, como le pudiera haber gustado cualquier otro. El odio por sí mismo que envenena a tantas personas y que le había causado irritación, había desaparecido por un momento. La voz superior de su espíritu cantaba paz y orden, y la ronca voz mediana era suave y mansa; Musitaba y rezongaba, pero no alcanzaba a dejarse oír. La voz más inferior permanecía silenciosa, soñando con un mar cálido y seguro.

Las serpientes de cascabel que había en la jaula de alambre levantaron de pronto sus cabezas, asaetearon el aire con sus lenguas bífidas, y luego las cuatro hicieron resonar un tableteo y un zumbido seco. Doc levantó los ojos de su tarea cuando entró Mack.

Éste dirigió una mirada a la jaula.

-Esas nuevas serpientes todavía no se han acostumbrado a mi presencia - dijo.

-Eso requiere cierto tiempo - dijo Doc -. No has venido mucho.

- Es que no me he sentido bienvenido - dijo Mack.

-Lo siento, Mack. Creo que yo estaba siempre en la luna. Trataré de portarme de otro modo.

-¿Las echarás a los pulpos?

-No lo sé.

-Esos bichos te ponían enfermo.

Doc rió.

-No eran los pulpos. Creo que se debía a que trataba de pensar. Había perdido la costumbre.

- Yo nunca la tuve - dijo Mack.

-Eso no es cierto - dijo Doc -. Nunca conocí a nadie que dedicase pensamientos más afectuosos a las cosas pequeñas.

-No sé a qué te refieres - dijo Mack -. Dime, Doc, ¿qué piensas del patrón?... Dime tu opinión honrada y sincera.

-No creo llegar a entenderle. Somos muy diferentes.

-Tú no eres ningún bribón - dijo Mack -. Y él no es un hombre honrado.

Doc dijo:

-Yo llamaría a eso el testimonio de un experto.

-¿Qué quieres decir?



Librodot

-Pues que tú tienes alguna experiencia de ello.

-Oh, ya sé lo que quieres decir - dijo Mack muy serio -, pero mira al fondo de tu corazón, Doc, y dime si yo no soy poco honrado de una manera más o menos honrada. En realidad, yo no engaño a nadie... ni siquiera a mí mismo. Y aún hay otra cosa... sé cuándo lo hago. José María es incapaz de ver la diferencia.

-Es posible que eso sea verdad - dijo Doc.

-Lo que yo me pregunto es... bien, no creo que el patrón quiera crearse complicaciones aquí, ¿no te parece?

- Nadie desea complicaciones.

- Tiene aquí muy buena situación - prosiguió diciendo -. Si todo el Row se dedicase a hacerle la vida imposible, creo que él no podría soportarlo, ¿no te parece?

-Si supiese adonde quieres ir a parar, eso me sería de gran utilidad - dijo Doc.

-Trato únicamente de prever algunas posibilidades - dijo Mack.

-Bien, si lo que tú quieres decir es que el patrón se halla en una especie de situación delicada...

-Eso es lo que quiero decir - dijo Mack -. No puede permitirse el lujo de no tener enemigos.

-Nadie los desea - dijo Doc.

-Lo sé. Pero ahora todo le va viento en popa. Tiene un negocio y propiedades.

-Ya veo adonde quieres ir a parar - dijo Doc -. Te propones ejercer presión sobre él, y quieres saber cómo reaccionará. ¿Qué tratas de arrancarle, Mack?

-Espera, que pienso - dijo Mack.

-No sé que hayas pensado nunca en vano. Cuando piensas, alguien paga las consecuencias.

-Yo nunca he hecho daño a nadie.

-Pero las consecuencias no son nunca graves. Podríamos decir que tu picadura no es mortal.

Mack se sentía inquieto. No había deseado que la conversación recayese sobre él. Cambió de tema.

-Dime, Doc, ¿no te enteraste? El Club Campestre en masa pronunció un juramento de lealtad reunido en la pista de golf num. 18. Whitey núm. 2 llevaba las mazas. Todos los miembros se quitaron el sombrero y juraron que no destruirían el Gobierno de los Estados Unidos.

-Me alegro - dijo Doc-. Eso me preocupaba mucho. ¿También juraron los chicos que transportaban las mazas del golf?

-Algunos sí, pero no Whitey. Este chico es un idealista, dirías. Afirma que si se le mete en la cabeza incendiar el Capitolio, no quiere que se interponga en su camino la acusación de perjuro. Ya no le dejarán llevar más las mazas.

-¿Quiere incendiar el Capitolio? - preguntó Doc.

-Hombre, no. Dice que por ahora no desea hacerlo, pero no sabe qué querrá hacer el mes que viene. Nos dio una verdadera conferencia. Dijo que él era un *marine*, que luchó duramente por el país, y se cree que tiene una especie de interés personal. No admite que nadie le diga lo que tiene que hacer.

Doc rió.

-De modo que ya no podrá llevar más mazas de golf a causa de sus ideales?

-Dicen que conviene asegurarse con él, para no correr nin gún riesgo - dijo Mack -. Whitey pretende que no tiene una memoria lo bastante buena para constituir un riesgo permanente. Además, en el campo de golf no se habla de otra cosa sino de dinero y señoras.

Doc dijo:

-Los héroes siempre se la cargan, al principio.

-Hablando de señoras, Doc...

-Adelante - dijo Doc.

-¿Qué le pasó a aquella nena tan guapa con abrigo de pieles que solía venir por aquí?

-No ha estado muy bien últimamente.

-Es una lástima - dijo Mack -. ¿Qué ha tenido?

-Oh, algo muy poco claro. Parece que no consiguen descubrirlo.

-Creo que con la pasta que tenía...

-¿Qué quieres decir?

-He visto ya lo mismo muchas veces - dijo Mack -. Toma, por ejemplo, a una señora casada con un tipo que gane veinticinco pavos por semana. No podrías matarla ni con un hacha de carnicero. Tiene crios y lava la ropa... Es posible que se sienta algo cansada, pero eso es lo peor que puede sucederle. Pero deja que suban el sueldo del marido a setenta y cinco pavos por semana, y verás cómo ella empieza a pillar resfriados y a tomar vitaminas.

-Ésa es una teoría nueva en medicina - observó Doc.

-Qué va a ser nueva. ¡Caramba!, lo puedes ver con tus pro pios ojos. Si el marido pasa a ganar cien por semana, esa misma señora se dedica a leer la revista *Time* y tiene la última enfermedad descubierta antes de terminar de leer una página. He cono cido a señoras que daban ciento y raya a cualquier médico ha blando de medicina. Ahora se ha puesto de moda eso que llaman alergia. Antes solían llamarlo fiebre del heno... hacía estornudar. El tipo que inventó la alergia debería sacar una patente. La aler gia consiste en que uno se siente enfermo cuando hay algo que no desea hacer. He conocido señoras que eran alérgicas al lavado de los platos. Si el marido empieza a reunir pasta... ya tiene un paciente en casa.

-Me pareces muy cínico - dijo Doc.

-No, no lo soy. Mira a tu alrededor y muéstrame una dama bien con su marido.

-¿Crees que es eso lo que le sucedió a mi amiga?

-No, hombre, no - dijo Mack-. Ésa era de categoría. Cuando se gana la pasta de ese modo es diferente. Debe de tener algo que nadie sabe lo que es. Ella no puede tener una cosa vul gar, que pueda remediarse tomando unas sales. Se dedicará a in trigar y desconcertar a los médicos. Éstos la rodearán y moverán la cabeza y se la rascarán, diciendo que nunca han visto un caso parecido.

-Hace mucho tiempo que no te oía hablar así - dijo Doc.

-No estabas de humor para escuchar. ¿Crees que los médicos son honrados?

-No tengo ninguna razón para dudarlo. ¿Por qué?

-Apuesto a que yo curaría a todas esas ricachonas - dijo Mack -. Por lo menos durante un tiempo.



Librodot

-¿Cómo te las arreglarías para hacerlo?

-Sería sencillo; primero alquilaría los servicios de un ayudante sordomudo. Éste no tendría que hacer más que estarse quieto escuchando y con semblante preocupado. Luego me procuraría un frasco de sales de magnesia y pondría en él un lindo tapón de rosca, llamando a la medicina Polvos Lunares o algo parecido. Cobraría treinta dólares por cucharada de café, y no habría más remedio que acudir a mi consultorio para tomarla. Luego inventaría una máquina para sujetar en ella a la señora en cuestión. Sería toda cromada y se encenderían luces coloreadas con intervalos de un minuto. Una sesión de media hora le costaría a la señora doce dólares, y le haría hacer los mismos movimientos que si fregase el suelo. ¡Y las curaría! Y además haría una fortuna. Desde luego, al día siguiente se volverían a sentir enfermas, así es que tendría que tener algo más, como pildoras soporíferas y para desvelar mezcladas, que nos pondrían de nuevo donde estábamos al empezar.

Doc dijo:

-Gracias a Dios, no tienes una licencia para ejercer.

-¿Por qué?

-En realidad, no lo sé - dijo Doc -. ¿Qué me dices de la medicina preventiva?

-¿Quieres decir el modo de evitar que se pongan enfermas?

-Sí.

-No hay nada más fácil - repuso Mack-. ¡Estar sin blanca!

Doc permaneció silencioso durante unos instantes, sentado ante su mesa de trabajo. Mirando las estrellas de mar, vio cómo empezaba a brotar el fluido reproductor entre sus radios.

-Dime, Mack - le preguntó -. ¿Has venido para tratar de sacarme algo?

-No lo creo-respondió Mack-. Si así fuese, he olvidado lo que era. Me alegro de verdad que hayas superado eso, Doc.

-¿Superado qué?

-Oh, esa maldita morriña.

-¡Mira, Mack! - Una súbita ira se despertó en Doc -. No permito que te hagas ideas disparatadas. Pienso escribir esa monografía. Iré a La Jolla cuando lleguen las mareas de primavera.

-Muy bien, Doc, muy bien. Haz como te plazca.

Pero de regreso en el Palace Flophouse, Mack informó a los muchachos:

-Me pareció verlo mejor, pero aún no ha conseguido superar su abatimiento. Tenemos que ayudarle a no escribir esa maldita monografía.



Librodot

XVII

SUZY SE LA DA CON QUESO

Suzy andaba muy ligera. Había subido por las escaleras y llamaba ya con los nudillos a la puerta de los Laboratorios de Biología Occidental antes de que las serpientes castañeteasen. Doc dijo «Adelante» sin levantar la vista de su microscopio.

Suzy permaneció de pie en el umbral. Sostenía en una mano un gigantesco pastel y en la otra llevaba una bolsa de papel conteniendo botellas de cerveza.

-¿Cómo está usted? - dijo muy formal.

Doc levantó la mirada.

-¡Ah, hola! Por el amor de Dios, ¿qué es eso?

-Un pastel. Lo ha hecho Joe Elegant.

-¿Por qué? - preguntó Doc.

-Creo que Fauna se lo ordenó.

-Bien, supongo que le gusta el pastel - dijo Doc.

Suzy rió.

-No creo que ese pastel sea para comer. Sólo es para mirarlo. Fauna le envía un poco de cerveza.

-Eso ya está mejor - dijo Doc-. ¿Qué quiere Fauna?

-Nada.

-Eso tiene gracia.

-¿Dónde pongo el pastel? - dijo Suzy.

Entonces Doc miró a Suzy y Suzy miró a Doc, ambos pensaron lo mismo y rompieron en grandes carcajadas. Las lágrimas brotaron de los ojos de Suzy.

- ¡Oh, Señor! - exclamó Suzy -. ¡Oh, Señor!

Reía con la boca abierta de par en par y los ojos cerrados. Doc se dio unas palmadas en la pierna, echó la cabeza hacia atrás y se rió como un loco. Y aquella risa era tan agradable, que ambos trataron que continuase aun después de perder su impulso inicial.

-¡Oh, Señor! - repitió Suzy -. Estoy llorando.

Dejó el pastel sobre la jaula de las serpientes, y un tableteo histérico llenó la habitación. Suzy se apartó de un salto.

-¿Qué es eso?

-Serpientes de cascabel.

-¿Para qué las tiene?

-Les quito el veneno y lo vendo.

-Me repugnaría tener que vivir con un hatajo de puercas serpientes.

-No son puercas. Incluso cambian la piel. Hacen más que nosotros.

-Me repugnan - dijo Suzy, estremeciéndose.

-No le repugnarían si las conociese.

-No es probable que llegue a conocerlas - dijo la joven -. Son unos bichos asquerosos.

Doc se recostó en su silla y cruzó las piernas, diciendo:

-Esto me interesa, ¿sabe? Las serpientes son más limpias que la mayoría de los animales. Me extraña que las llame puercas y asquerosas.

-¿Quiere saber por qué las llamo así?

-Pues claro.

-Porque usted difama a Fauna.

-Espera un momento - dijo Doc-. ¿Qué es eso?... ¡Yo no he hecho nada semejante!

-Usted dijo que Fauna trata de sacarle algo. Ella sólo lo hlzo para portarse bien con usted.

Doc asintió lentamente.

-Comprendo. Y así tú has hecho las paces llamando a mis serpientes asquerosos bichos.

-Lo ha acertado, sí, señor. Nadie se atreverá a difamar a Fauna estando yo delante.

-No era más que una broma - dijo Doc.

-Pues a mí no me lo pareció.

-¡Caramba! Fauna es una de mis mejores amigas –dijo Doc -. Vamos a abrir una de esas botellas de cerveza y haremos las paces.

-Okay - dijo Suzy -. Fue usted el que empezó.

Doc dijo:

-Di a Joe Elegant que ha hecho un pastel increíble.

-Tiene escarchado de malvavisco - dijo Suzy.

-Y di también a Fauna que la cerveza me ha salvado la vida.

El rostro de Suzy se tranquilizó.

-Okay - dijo -. Esto me parece mejor. ¿Dónde está el abridor de botellas?

-Ahí, a tus espaldas, en el fregadero.

Suzy puso las botellas abiertas sobre la mesa de trabajo de Doc.

-Oiga, ¿qué está haciendo?

-Preparando portaobjetos. Para empezar puse esperma de es trella de mar y óvulos en cada uno de estos platos. Luego, mato cada media hora uno de los embriones que se desarrollan en el cristal, y cuando tengo toda la serie, los monto sobre portaobjetos como éste, y con uno de ellos se muestran todas las fases del desarrollo.

Suzy se inclinó sobre los recipientes.

-No veo nada.

-Son demasiado pequeños. Te los mostraré al microscopio. Suzy se incorporó.

-¿Para qué hace eso?

-Para que los estudiantes puedan ver cómo nace una estrella de mar.

-¿Y por qué quieren saberlo?

- Verás, porque es algo parecido al modo cómo se forman las personas.

- Entonces, ¿por qué no estudian personas?

- Resulta un poco difícil matar cada media hora a niños que aún tienen que nacer. Ven, mira.

Colocó un portaobjetos debajo del microscopio.

Suzy atisbo por el ocular.

-¡Dios todopoderoso! - exclamó -. ¿Yo también he tenido ese aspecto alguna vez?

-Algo parecido.

-A veces me parece que ahora aún soy así. Dígame, Doc.... ¿No le parece que tiene una ocupación muy divertida...? Con todos esos bichos y sabandijas.

-Aún hay ocupaciones más divertidas - dijo él con aspereza.

Ella se enderezó, muy rígida.



Librodot

-¿Se refiere a la mía? No le gusta mi ocupación, ¿verdad?

-Si me gusta o no me gusta, no importa ahora. Es así. Pero me parece una especie de triste substituto del amor... una especie de substituto solitario.

Suzy puso sus brazos en jarras.

-¿Y usted qué se cree que tiene, señor mío? Nada más que bichos y serpientes. ¡Mire este montón de basura! Apesta. Hace años que no se limpia el suelo. No tiene usted un vestido decente que ponerse. Probablemente es incapaz de recordar el último día que comió caliente. Se pasa la vida sentado aquí, dando de comer a esos bichos... ¡Por los clavos de Cristo! ¿Y no es eso también un substituto?

En otros tiempos, Doc se hubiera sentido divertido, pero ahora se hallaba en guardia y la ira de Suzy le produjo un efecto contagioso.

-Hago lo que me da la gana - dijo - y vivo como quiero.

Soy un hombre libre... ¿entiendes? Soy libre y hago lo que me da la gana.

-Usted no tiene nada - dijo Suzy -, como no sean bichos y serpientes, y una casa que da asco. Apuesto a que alguna mujer le ha dado calabazas. Eso es lo que trata de substituir. ¿Tiene esposa? ¡No! ¿Tiene una amiga? ¡No!

Doc perdió finalmente los estribos y gritó:

-¡No me interesa una esposa! ¡Tengo todas las mujeres que quiero!

-Mujer y mujeres son dos cosas diferentes-dijo Suzy-. Hay tipos que se piensan saberlo todo de las mujeres, pero que no saben nada de la mujer.

Doc dijo:

-Pero a su manera son felices.

-¡Vamos, conque es usted feliz!-dijo Suzy-. ¡Usted es un bobo! Si hasta ahora ninguna señora lo ha pescado, es porque ninguna lo quiere. ¿Quién diablos querría vivir en compañía de bichos y serpientes y en una casa como ésta?

-¿Y quién querría vivir con una mujer como tú?-dijo Doc con crueldad.

Suzy respondió con voz glacial:

-Un chico listo. Un chico listísimo. Tiene lo que quiere. Me parece haber oído decir que está escribiendo un libro pomposo y altisonante.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo se ríe de usted a sus espaldas... ¿Y sabe por qué? Porque todos saben que se en gaña a sí mismo. Nunca escribirá ese libro, por la simple razón de que es incapaz de escribirlo. Lo único que sabe hacer es estar aquí sentado como un niño y haciendo castillos en el aire.

Ella vio que sus palabras daban en el blanco tan clarament como si se tratase de flechas que se clavasen en su pecho, y se sintió dominada por la piedad y la vergüenza.

-Desearía no haberlo dicho - dijo en voz baja -. Ojalá no lo hubiese dicho nunca.

-Podría ser verdad -dijo Doc suavemente-. Quizá has puesto el dedo en la llaga. ¿Se ríen todos de mí? ¿Se ríen todos...?

-Me llamo Suzy - dijo ella.

-¿Se ríen de mí, Suzy?

-No tienen derecho a hacerlo -dijo ésta-. Yo no hacía más que defenderle... Se lo juro. No quería decir nada de lo que he dicho.

-Me gusta la verdad - dijo Doc -, aunque haga daño. ¿No es mejor saber la verdad acerca de uno? -Y se respondió él mismo-: Sí, creo que sí. Creo que sí. Tienes razón. No tengo nada. Por eso imaginé toda esa historia sobre mi monografía, hasta que yo mismo llegué a creer en ella... un hombrecillo que pretendía ser un gran hombre, un loco que trataba de mostrarse sabio.

-Fauna me matará -gimió Suzy-. Me retorcerá el pescuezo. Oiga, Doc, no tiene usted que tomar en serio lo que diga una chica de diez centavos... no tiene usted que tomárselo en serio.

-¿Qué importa de dónde venga la verdad - dijo él -, si es la verdad?

Suzy dijo:

-Doc, nunca me he sentido más mala en mi vida. Enfádese conmigo, se lo ruego.

-¿Por qué tendría que enfadarme? Tal vez has conseguido terminar una serie de estupideces. Tal vez has parado los pies a un loco.

-Enfádese conmigo - suplicó ella-. ¡Pegúeme! Déme un buen puñetazo.

Doc rió por lo bajo. Ojalá fuese tan fácil.

Suzy dijo tristemente:

-Entonces, no me queda otra alternativa. - Y se puso a chillar-. ¡Maldito mamarracho! ¡Loco asqueroso! ¿Quién demonios se cree usted que es?

Se oyeron unos rápidos pasos y la puerta se abrió de par en par.

Era Becky.

-¡Suzy, vas a llegar tarde! Los Serpientes de Cascabel están aquí. ¡Vamos! Ponte tu vestido color de tomate.

-Lo llaman «Manzanas de Amor» - dijo Suzy suavemente -. Hasta la vista, Doc.

Y salió en pos de Becky.

Doc las miró como se iban. Dijo en voz alta:

-Probablemente es uno de los seres humanos más honrados que he conocido en toda mi vida.

Sus ojos vagaron hasta la mesa y de pronto aulló:

-¡Maldición! Ha hecho que se me pasara el tiempo. ¡Maldita zorra! Tendré que volver a empezar de nuevo.

Y arrojó el contenido de los platos de vidrio en el cubo de la basura.

XVIII

UNA PAUSA EN LA OCUPACIÓN DIARIA

Una de las no menos importantes y valiosas costumbres que Fauna implantó en la Bear Flag fue el breve rato de descanso y reflexión en la Habitación Disponible después del trabajo y antes de dormir. Los agravios salían a la superficie y se les pasaba revista, las diferencias se resolvían, y todos los asuntillos de interés y capaces de suscitar enojos salían a la luz y eran examinados por lo que valían. De ello se seguía el elogio o la censura, y se hacían planes de mejora con sabiduría y tacto aprendidos en otros sitios. Fauna impelía, acosaba y estimulaba a sus señoritas hacia un natural amable y bondadoso, que es el padre de un sueño tranquilo. No era extraño que se sirviesen algunos refrescos ligeros, y en alguna ocasión las voces de las señoritas se unieron para cantar *Hogar, dulce hogar, El viejo y negro Joe, Junto al viejo molino del arroyo y Luna de cosecha.* Aquella especie de guardia de cuartillo en la Habitación Disponible constituía un sedante para los nervios cansados y los cuerpos desfallecidos.

La Bear Flag andaba escasa de personal en la noche de la reunión sufragada por el Club de las Serpientes de Cascabel, de Alinas. Helen y Wisteria llevaban sesenta días reñidas, lo que aun se comenta con admiración en Cannery Row.

Cuando el último de los Serpientes de Cascabel se hubo marcado y la gran puerta principal se cerró, las muchachas se dirigieron cansadamente a la Habitación Disponible, se sentaron y se quitaron los zapatos con un rápido gesto del pie.

Becky dijo:

-Uno de esos Serpientes de Cascabel acaba de llamarnos una institución y un hito.

Agnes respondió con acritud:

-Si tenemos unas cuantas más como Suzy, esto se convertirá de verdad en una institución. Yo tengo un tío en una institución No hace otra cosa que explicar la batalla de San Juan. ¿Dónde está Suzy?

-Aquí estoy - replicó Suzy, entrando-. Estaba sacando aquel disco roto del gramófono. ¡Estoy hecha polvo! Echémoslo al saco y vayámonos a acostar.

-¿Antes de que Fauna nos dé las buenas noches? ¿Estás loca? - dijo Mabel -. ¡No se enfadaría poco!

Becky suspiró.

-¡Qué nochecita! En esta ocasión, el presupuesto total ha resultado bien. Esos Serpientes de Cascabel no dan una desde medianoche, pero no se puede negar que son activos.

-Iban bien hasta que el vino empezó a escasear - dijo Mabel -. Este caldo nuevo que nos ha enviado Wide Ida debe de estar hecho de habas saltadoras.

Suzy dijo:

-Si aquel tío bajito me vuelve a contar cómo su niño cortó una lombriz en dos con una pala, yo…

-Ah, ¿tú también tuviste que cargar con él? ¿Sabes lo que me dijo ese renacuajo? Que sólo tenía cuatro años. Dijo: «He cotado una lombis». Si



Librodot

hubiese dicho que había cortado un camello, se lo hubiera oído contar con gusto tres o cuatro veces.

-¡Y aquel calvo! - exclamó Mabel-. ¡Que si su esposa sufrió una operación! La volvieron del revés. Cualquiera hubiera dicho que la estaban despellejando. El mamarracho se puso a llorar de un modo tan desconsolado que no hubo modo de que m dijese qué tenía su mujer.

-Una alcachofa maligna - comentó Becky -. Yo se lo hice contar poco a poco.

Agnes preguntó:

-Dime, ¿quién era ese tal Sigmund Ki a quien ellos aludían en sus cantos?

-Jamás oí hablar de él -dijo Becky-. Conocí una vez a una señora que decía que era francesa de verdad.

-Yo he conocido a tres franceses auténticos - dijo Mabel -. Suzy, es mejor que dejes de discutir con los clientes.

Suzy dijo:

-Si ésos son los miembros vivos del Club de las Serpientes de Cascabel, los muertos estarán lo que se dice muertos de verdad.

Fauna salió del dormitorio que hacía las veces de despacho y se quedó de pie en el umbral, frotándose sus manos con una loción. Se había cambiado y lucía un traje de noche de color de melocotón. Muy seria, dijo:

-Señoritas, ustedes pueden burlarse de las Serpientes de Cascabel si quieren, pero si alguna vez se hallan situadas en el lado administrativo, darán la bienvenida a esos señores. ¡Hemos tenido aquí a personas muy importantes de Salinas! Les hago pagar menos, pero observen que nos han dejado el mobiliario intacto. Esos maridos tan pródigos y manirrotos que vinieron el sábado por la noche, me han hecho gastar ochenta y cinco dólares en reparaciones. Hubo uno de aquellos guapos muchachos que dio a Becky una propina de cinco dólares... pero hizo añicos dos ventanas y huyó a todo correr.

-Buen Dios, qué sueño tengo.

Fauna dijo con aspereza:

-Suzy, yo tengo una regla de conducta: no dejar nunca que el sol se levante sobre un crucigrama o sobre un libro no balanceado. - Se rascó la nariz con un lápiz -. Ojalá hubiese más Serpientes de Cascabel - dijo-. Si los pájaros gorjean alegremente, ¿por qué no podemos también hacerlo nosotras? Ahora vamos a distraernos un poco. ¿Quién quiere una cerveza?

Becky dijo:

-Si yo digo que la quiero, me mandaréis a buscarla. ¡Mis piernas casi no me sostienen! ¿Sabéis lo que he estado bailando? ¡Un rigodón!

Fauna dijo secamente:

-Ya te he visto. Creo que tendré que darte algunas lecciones. Has bailado un rigodón. No tienes por qué estar tan cansada. Después de todas las lecciones que te he dado acerca de la postura que debes adoptar, todavía bailas como una meretriz.

-¿Qué es una meretriz? - preguntó Becky.

-Una ramera - dijo Mabel.

-Ah, una ramera - dijo Becky.

Agnes dijo:

-Fauna, me gustaría que dijeses a Suzy que no se demore tanto cuando sale por recados. Se quedó durante más de una hora en casa de Doc



Librodot

mientras los Serpientes de Cascabel estaban dando ya grandes muestras de actividad.

Suzy preguntó:

-Dime, Fauna, ¿qué le pasa a Doc?

-¿A Doc? Pues no le pasa nada - dijo Fauna-. Es uno de los mejores sujetos que han vivido en Cannery Row. Hay que ver con qué paciencia soporta que todo el mundo vaya a pedirle dinero y toda clase de cosas. Wide Ida le obliga a analizarle su vino; Mack y los muchachos lo sablean continuamente; un niño se hace un corte en el dedo en el Row, y va a Doc para que se lo cure. Incluso cuando Becky se enzarzó en una pelea con aquel leñador y recibió un mordisco en un hombro, hubiera perdido el brazo si no hubiese sido por Doc. Muéstrale la cicatriz, Becky.

Suzy preguntó:

-¿No viene nunca Doc aquí?

-No, no viene. Pero no te vayas a pensar que es un tipo raro. Van a visitarle jóvenes con abrigos de pieles y muy bien vestidas, y él toca esa especie de música de iglesia que tanto le agrada. Doc está bien. Obtiene todo cuanto desea. Dora dijo que todas las muchachas que iban a verle trataban de echarle el guante Yo terminé con eso.

-¿Por qué lo hiciste?

-Me lo reservo.., ésa es la razón. Mira a esas estrellas de oro que hay ahí... cada una de ellas significa que una de mis muchachas se ha casado bien.

Suzy preguntó:

-¿Quién se casa con rameras?

-Ésa es una actitud muy mala y no te aconsejo que la adoptes - dijo Fauna fríamente -. En mi casa no me gustan esas actitudes. Mira la tercera estrella desde el extremo. Admito que es bastante presuntuosa, pero, ¿por qué no tendría que serlo? Os repito que mis muchachas se casan, y se casan bien.

Suzy preguntó:

-¿Pero eso qué tiene que ver con Doc?

-Lo tengo en reserva para la Señorita Adecuada - dijo Fauna -. Algún día le echaré el anzuelo.

-Que te crees tú eso - dijo Suzy -. Me declaró que no pensaba casarse.

-Vigila tu lenguaje, Suzy - dijo Fauna. Y luego preguntó con interés -: ¿Qué tal te fue con él?

-Nos metimos en un buen berenjenal - dijo Suzy -. Él me hizo perder los estribos y yo se los hice perder a él. Todos esos malditos bichos... y una cosas que estaba escribiendo sobre co lapsos nerviosos en los pulpos. Algún día tendrán que ponerle una camisa de fuerza.

Fauna dijo:

-¡No lo creas! Tienes que saber que por algunos de esos bichos le dan hasta diez pavos.

-¿No por cada uno de ellos? - preguntó socarronamente Suzy.

Fauna prosiguió:

-Toma un gato viejo y sarnoso que sólo le costó unos centavos, lo pinta de rojo, azul y amarillo, y le dan diez pavos por él.

-¡Atiza! ¿Y eso porqué? -preguntó Suzy.

-Suzy, si no vigilas tu lenguaje tendré que lavarte la boca. Ahora levántate y ve en busca de la cerveza. Eres una joven ignorante, pero que me ahorquen si te dejo decir vulgaridades.

Suzy salió y Fauna dijo:

-Dudo que pueda ser para Doc... habla de una manera muy ordinaria.

Suzy no tardó en volver trayendo varias botellas de cerveza sobre una bandeja.

Becky dijo:

- Fauna, ¿por qué no haces el horóscopo de Suzy?

-¿Quieres decir las estrellas y todas esas cosas? - dijo Suzy-. ¿Para qué?

Becky repuso:

-Para ver si te casarás con Doc.

Suzy dijo muy enojada:

-A mí me gustan las bromas como a cualquiera, pero no me gusta oír sandeces.

Becky dijo:

-¿Quién ha dicho sandeces?

-Yo no creo las paparruchas ésas de la astrología - dijo Suzy-. Y tú deja de hablar de Doc. Ha ido a la Universidad... ha leído tantos libros que es incapaz de contarlos.., y no libros cómicos precisamente. Haz el favor de dejar de hablar de él y de mí.

Fauna dijo:

-Ya hay bastante, señorita. ¡Y pon atención! Mira esas estrellas doradas. Y mira particularmente ésa que tiene a otra encima. La señorita en cuestión se casó con un profesor de Standford, el cual tiene cerca de un millón de libros, y ella solía pasarse el domingo leyendo historietas. ¿Sabes lo que hace ahora? Si alguien le señala todos esos libros y le pregunta: «¿Los ha leído usted todos, señora?», ella se limita a sonreír de un modo suave y misterioso. Cuando le hacen una pregunta, ¿sabéis lo que ella hace? Te enterarás, Suzy, si me prestas atención. Repite las tres últimas palabras del que acaba de hablar, y en un santiamén todos se figuran que es ella quien ha expresado aquella opinión. ¡Figúrate que su propio marido cree que sabe leer y escribir! Tú eres demasiado lista, Suzy. Doc no quiere mujeres que sepan tanto como él. ¿De qué hablaría entonces? Tiene que ser él quien cuente las cosas; no tú.

Becky dijo:

-No lo hará. Le gusta alzar el gallo.

-Lo mejor que podría hacer sería aprender a cerrar el pico, o de lo contrario nunca se convertirá en una estrella dorada - dijo Fauna-. Esa idea del horóscopo me parece buena. ¿Cuándo es tu cumpleaños, Suzy?

-El veintitrés de febrero.

-¿Cuándo naciste?

-Dios lo sabe, aunque creo que fue en año bisiesto.

Agnes dijo:

-Apuesto a que nació de noche. Casi siempre lo acierto.

Fauna entró en su habitación y regresó de ella con una carta celeste, que sujetó con alfileres a la pared. Y volvió a sacar su puntero de maestra de escuela.

-Éste es el tuyo, Piscis,... que quiere decir pez.

Suzy dijo:



Librodot

-¿Quieres decir que soy un pez?

-Sí, eres pez - dijo Fauna.

-No creo ni una palabra de todo ello. Ni siquiera me gusta el pescado - dijo Suzy -. La verdad es que su vista casi me hace vomitar.

-Pues entonces no lo mires - dijo Fauna -. Pero si no me has mentido en lo de la fecha de tu nacimiento, eres pez. Ahora, vamos a ver... el pez está en Júpiter, llevo dos en Saturno, y tres a la izquierda sobre la Casa de Venus.

-No creo ni una palabra - dijo Suzy.

Fauna levantó la mirada de sus cálculos.

-Cuéntale algunas de las cosas que he hecho, Mabel.

Mabel dijo:

-Le he visto hacer cosas maravillosas. Una vez yo tenía un perrito. Fauna le hizo el horóscopo. Decía que al cumplir el tercer año de edad y a las diez de la mañana, el pobre bicho explotaría.

Suzy preguntó:

-¿Y explotó?

-Pues verás, no. Algo estaba mal en el mapa celeste, supongo. A las diez de la mañana del día en que el perrillo cumplía tres años, el pobre animal se abrasó. Yo estaba bebiendo zumo de limón.

-Ahora también te sería de utilidad - dijo Fauna.

-¿Qué fue lo que le abrasó? - preguntó Suzy.

-Simplemente, se abrasó. Calculo que sería de una manera espontánea. Era un perro precioso y muy bueno, pero no era muy inteligente. Nunca se acostumbró a vivir en casa. Solía orinarse sobre Joe Elegant.

Suzy dijo:

-Apostaría a que fue éste quien le pegó fuego.

-¡Eso es mentira!-dijo Mabel-. Joe Elegant estaba en el hospital.

De pronto, Fauna se golpeó la frente con las manos.

-¡Dios todopoderoso!

-¿Qué sucede? - preguntó Becky -; ¿Qué ocurre?

Fauna dijo de un modo impresionante:

-Suzy, ¿sabes con qué te casarás? ¡Te casarás con un Cáncer!

-Creía que eso se contagiaba o adquiría - dijo burlonamente Suzy-. Nunca hubiera dicho que una se pudiese casar con él.

-No bromees - dijo Fauna -. Cáncer quiere decir un cangrejo.. .. y también julio. Piensa, ahora... ¿Quién utiliza en su trabajo cangrejos y cosas parecidas?

Becky intervino:

-Joe Anguro, el pescadero.

Fauna explotó:

-¡Doc, estúpida! Si su cumpleaños es en julio, está completamente listo. Agnes, ¿cuándo nació Doc?

-No lo sé. Mack ha ido a preguntárselo.

-Bien, tendremos que esperar a saberlo. No podemos decirle para qué nos interesa, sin embargo.

Agnes dijo:

-Mack ya lo descubrirá. Tiene mucha habilidad para sonsacarle cosas a Doc.



Librodot

-Sí, pero desearía saberlo en seguida. Ahora ustedes, señoritas, vayanse a dormir, ¿me oyen? ¿Saben lo que va a venir hoy? - Fauna se clavó el lápiz en el pelo -. ¡Un grande, hermoso y gordo destructor! ¿Y sabéis qué día es hoy?

Las muchachas respondieron a coro:

-¡Dios todopoderoso! - dijeron -. ¡Día de pago!

* * *

Fauna tardó cinco minutos en recogerse el cabello y luego estuvo ya en disposición de dar la ronda final para comprobar si habían sacado la basura y si estaban todas las luces apagadas. En la obscuridad de la Habitación Disponible vio brillar la punta de un cigarrillo.

-¿Quién hay ahí? - preguntó.

-Soy yo - respondió Suzy.

-¿Por qué no te has ido a la cama?

-Estaba pensando.

-Tú nunca serás una buena zorra. ¿En qué estás pensando? ¿En tu horóscopo?

-Sí.

-Te gusta Doc, ¿eh?

-Creo que fue un flechazo. Estoy loca por él.

-¿Por qué no me dejas encargarme del asunto? - dijo Fauna -. Creo que yo te lo conseguiría.

-Él no desea una esposa, y aunque así fuese, no querría una mujer como yo.

-La gente no sabe lo que quiere - dijo Fauna -. Hay que empujarles. ¿Cómo se explica que hombres en su sano juicio quieran casarse? Pues se casan.

-Quizá se enamoran - dijo Suzy.

-Sí... y eso es lo peor que puede suceder. ¿Quieres saber una cosa, Suzy? Cuando un hombre se enamora, en el noventa por ciento de los casos lo hace de la mujer que menos le corresponde. Es por eso por lo que quiero encargarme personalmente de estos asuntos.

-¿Qué quieres decir? - preguntó Suzy.

-Verás, cuando un tipo cualquiera escoge a una señora para él, está enamorado de algo en sí mismo que no tiene nada que ver con la señora. Se parece a su madre, o es morena y él tiene miedo a las rubias, o tal vez ajusta las cuentas con alguien, o vete a saber si no está muy seguro de ser un hombre y tiene que de mostrárselo. Uno que estudió esas cosas me dijo una vez... un hombre no se enamora de una mujer. Se enamora de nuevas rosas, y él mismo trae nuevas rosas. Los mejores matrimonios son los que organiza una persona lista, pero al margen. Yo creo que tú le convendrías a Doc.

-¿Por qué?

-Porque no eres como él. ¿Me dejas probarlo?

-No-dijo Suzy-. No quiero perjudicar a nadie. Y menos a Doc.

-Todos se perjudican mutuamente - observó Fauna.

Suzy dijo suavemente:

-Lo adivinaste, Fauna, ¿sabes? Yo tenía dieciséis años cuando ello ocurrió. Pero él, ¿sabes?, me habló como si yo fuese una muchacha. Incluso me acuerdo de sus palabras... me habló como a una muchacha.

Fauna puso su mano sobre el hombro de Suzy.

-Quizá lo descubrirás de nuevo - dijo -. Si me salgo con la mía, colocaré un anillo rojo alrededor de tu estrella dorada. ¿Te sientes ahora dispuesta para ir a acostarte?

-Creo que sí - dijo Suzy -. Pero no perjudiquemos a Doc.

* * *

Suzy esperó que Fauna se hubiese metido en cama, y entonces se deslizó hasta la puerta de entrada, saliendo por ella a la calle. La luz aún estaba encendida en los Laboratorios de Biología Occidental. Ella atravesó la calle, pasando junto al farol, y subió por la escalera, llamando a la puerta con las yemas de los dedos. Doc no respondió. Ella abrió la puerta y lo vio sentado ante su mesa, con los ojos enrojecidos y los platos de vidrio frente a él. Tenía aspecto muy fatigado y la piel de sus mejillas, encima de la barba, era gris.

-Trabaja hasta muy tarde - dijo ella.

-Sí. Tú me echaste a perder la primera serie. He tenido que repetirla, y eso requiere tiempo.

-La siento. Doc, tiene que escribir ese libro. Yo no sé nada de ello, pero tiene que escribirlo.

-Creo que la primera vez tenías razón - dijo -. Es posible que no pueda.

-¡Claro que puede! - dijo Suzy -. Usted puede hacer todo cuanto se proponga.

-Tal vez sea eso. Es posible que no quiera.

-Pero yo quiero que lo haga.

-Y tú, ¿qué tienes que ver con eso?

Suzy se sonrojó y miró los dedos, tratando de hallar una respuesta.

-Todos lo quieren - dijo -. Todos se sentirán decepcionados si no lo hace.

El rió.

-Ésa no es razón suficiente, Suzy.

Ella probó otro medio.

-Todo el mundo odia a los cobardes...

-Aunque yo lo fuese, eso no importa a nadie más que a mí.

-Tiene que escribirlo, Doc.

-¡No lo escribiré!

-Le ayudaría de buena gana, si pudiese hacerlo.

-¿Pero qué ibas a poder hacer?

El rostro de Suzy se encendió.

-Tal vez darle un buen puntapié. Creo que es eso lo que necesita.

-¿Por qué no me dejas en paz? - dijo Doc. Y luego añadió-: ¡Maldición! Otra vez ha vuelto a suceder lo mismo... ¡Se me ha pasado el tiempo!

-¡Es usted quien lo ha hecho - dijo Suzy -, so imbécil!

Sólo sabe censurar a los demás. Es usted quien lo ha hecho.

-¡Anda, vuélvete al burdel!-gritó Doc-. ¡Vete! ¡Quítate de mi vista!

En el umbral ella se detuvo para mirar atrás.

-¡Oh, Dios, cómo detesto a ese loco! - dijo, y cerró con un fuerte portazo.

A los pocos momentos llamaron discretamente a un cristal.

-¡Vete a casa! - gritó Doc.

Mack abrió la puerta.

-No es Suzy, soy yo.

-Estabas escuchando, ¿eh?

-No, no escuchaba. Dime, Doc, ¿te parece que una propiedad en Cannery Row constituye una buena inversión?

-No - repuso Doc.

-Es toda una señora - dijo Mack.

-Creía que no estabas escuchando.

-Atiende, Doc, nadie escuchaba en toda esta manzana... pero todos se han enterado. Dicen que hay tres buenas razones para casarse con una zorra, ¿sabes?

-¿De qué estás hablando? - dijo Doc.

Mack empezó a contar con los dedos.

-Primera, no es probable que le dé por vagabundear... ya está harta de hacerlo. Segunda, no es fácil que la sorprendas ni la decepciones. Y tercera, si se decide a casarse contigo, lo hará por una sola razón.

Doc lo contemplaba, hipnotizado.

-¿Por qué razón?

-Pues porque tú le gustarás. Buenas noches, Doc.

-Siéntate... toma un trago.

-No puedo. Tengo que ir a dormir. Mañana tengo que tra bajar. Buenas noches, Doc.

Doc se quedó mirando a la puerta cuando Mack la hubo cerrado. El grano de la madera de pino sin pintar parecía bailar y retorcerse ante sus ojos cansados.

XIX

DULCE JUEVES (1)

Mirando hacia atrás en el tiempo, por lo general resulta fácil encontrar el día en que aquello empezó, el día de Sarajevo, el día de Munich, el momento de Stalingrado o el de Valley Forge. Recordamos aquel día y hora por algún incidente que nos ocurrió. Recordamos exactamente lo que hacíamos en el momento en que los japoneses bombardearon Pearl Harbour.

No hay ninguna duda de que había fuerzas en acción aquel jueves en Cannery Row. Algunas de las causas y directrices se habían incubado durante generaciones. Hay siempre algunas personas que pretenden saber lo que se aproxima. Los que lo recuerdan dicen que parecía el tiempo que precede a un terremoto.

Era un jueves y uno de esos días de Monterey en que el aire está limpio y pulido como una lente, hasta tal punto que se pueden ver las casas de Santa Cruz, a veinte millas de distancia a través de la bahía, y los pinos gigantes de la montaña que se alza sobre Watsonville. La pétrea cima del Pico de Frémont, al otro lado de Salinas, se alzaba altivamente contra el oriente. Los rayos del sol tenían una consistencia áurea y los rojos geranios hacían arder el aire en torno a ellos. Los delfinios eran como pequeñas aberturas en el cielo.

No hay muchos días así en el mundo. Los hombres los atesoran avaramente. Los niños de corta edad son propensos a soltar agudos y metálicos chillidos sin ninguna razón para ello, y los comerciantes creen necesario ir en su coche a echar una mirada a sus propiedades. Los ancianos se sientan para clavar su vista en la lejanía y recuerdan de un modo inexacto que los días de su juventud eran todos como aquél. Los caballos corren sin rumbo fijo por los verdes pastos en un día como éste, y las gallinas arman una terrible y soleada algarabía.

El jueves era uno de esos días mágicos. Miss Winch, que se enorgullecía de su talante caprichoso antes del mediodía, dio cortésmente los buenos días al cartero.

Joe Elegant se despertó temprano, con la intención de trabajar en su novela, en la escena en que el joven desentierra a su abuela para ver si era tan hermosa como él recordaba. Recordaréis su novela, «La raíz de Pi de Edipo». Pero Joe Elegant vio la dorada luz que bañaba el solar vacío y un diamante de rocío en el corazón de todas las hojas de malva. Salió a pasear con los pies desnudos sobre la hierba húmeda, y vagó y corrió como un gatito hasta que empezó a estornudar.

Miss Graves, que dirige a los cantantes en la representación de las *Mariposas* que se celebra en el Pacific Grove, vio su primer duendecillo detrás de la alberca... pero no se puede decir todo lo que ocurrió en todos los lugares aquel Dulce Jueves.

Para Mack y los muchachos fue la mañana de la Verdad, y puesto que Mack sería quien pagaría el pato, sus amigos le prepararon un desayuno caliente, y Eddie mezcló verdadero *whisky bourbon* con el café. Hazel sacó brillo a los zapatos de Mack y le cepilló sus mejores pantalones azules de vaquero. Whitey núm. 1 sacó el sombrero de su padre para que lo usase Mack... un sombrero negro de ala estrecha, cuya copa acababa en punta. El padre de Whitey núm. 1 había sido guardaagujas del Southern Pacific, y el



Librodot

sombrero lo demostraba. Introdujo papel higiénico detrás de la banda interior, hasta que ajustó perfectamente en la cabeza de Mack.

Mack no decía palabra. Sabía hasta qué punto todo dependía de él, y se mostraba valiente y humilde al mismo tiempo. Los muchachos le metieron en la mano los billetes cuidadosamente impresos, y lo despidieron, y luego se sentaron en la hierba para esperarle. Sabían que a Mack la procesión le andaba por dentro.

Mack bajó por el camino de las gallinas y cruzó la vía del ferrocarril. Pasó junto a la vieja caldera y golpeó las herrumbrosas tuberías en una loca demostración de fanfarronería.

Llegado frente a la droguería, se puso a estudiar un muestrario de destornilladores con amorosa intensidad antes de entrar.

Cacahuete se hallaba tras el mostrador, estudiando un ejemplar de Down Beat. Llevaba una cazadora púrpura con cordoncillo de oro. Era un muchacho bello y esbelto, con la luz sombría y salvaje del genio en sus ojos.

-¡Hola! - dijo Mack.

-¿Qué tal? - respondió Cacahuete.

-¿Está por aquí José María?

-Sí, está arriba.

-Desearía verle personalmente - dijo Mack.

Cacahuete le dirigió una larga e insolente mirada y luego se dirigió a la trastienda y llamó:

-¡*Tío mío*!

-¿Qué quieres?

-Mack desea verle.

-¿Para qué?

-¿Y yo qué sé?

José María bajó la escalera envuelto en un albornoz azul pálido de seda.

-Buenos días, Mack. Esos jóvenes de hoy en día no tienen urbanidad.

Cacahuete se encogió de hombros y puso su Down Beat sobre el cajón de las patatas.

-Has salido muy temprano - dijo el patrón.

Mack empezó a decir, con una ceremoniosa seriedad:

-No llevas mucho tiempo aquí, José María, pero ya has hecho muchos amigos, muy buenos amigos.

El patrón examinó esta afirmación y tomó nota de su ligera inexactitud. Sin embargo, no tenía nada que perder aceptándola.

-Me gusta la gente de aquí - dijo -. Se portan bien conmigo.

Sus párpados se entornaron de una manera soñolienta, lo cual quería decir que estaba tan alerta como una pantalla de radar.

-En un pueblecito como éste uno se enmohece. Pero tú eres un hombre de mundo. Tú has viajado mucho. Sabes cómo van las cosas.

El patrón sonrió, reconoció la sabiduría de estas palabras y aguardó.

-Los muchachos y yo queremos pedirte un consejo - dijo Mack -. No es probable que te despeines.

Una vaga inquietud se despertó en el patrón.

-¿De qué se trata? - preguntó cautamente.

Mack lanzó un profundo suspiro.

-Un hombre de negocios tan listo como tú tal vez pensará que es una estupidez, pero por otra parte ya llevas aquí suficiente tiempo para



Librodot

comprenderlo. Es una cuestión sentimental. Se trata de Doc. Los muchachos y yo tenemos contraída una deuda con Doc, que nunca podremos pagar.

-¿A cuánto asciende? - preguntó el patrón.

Dio vuelta a una escoba y le arrancó una paja para hurgarse los dientes.

-Lárgate - dijo suavemente a Cacahuete, y su sobrino se deslizó por la escalera en dirección al primer piso.

-No se trata de dinero - dijo Mack-, sino de gratitud.

Durante años, Doc se ha ocupado de nosotros.... Si nos ponemos enfermos nos cura, si nos falta un pavo nos lo da.

-Todos dicen lo mismo - observó el patrón.

Era incapaz de localizar el ataque y, sin embargo, intuía que había un ataque.

El sonido de su propia voz tuvo sobre Mack un efecto estimulante y tranquilizador. Era el profesional ejerciendo su profesión.

-Podríamos seguir importunando a Doc durante años - dijo Mack-, si no fuese que Doc está finalmente metido en un aprieto.

-¿Le ocurre algo?

-Tú ya sabes que sí - respondió Mack -. El pobre muchacho se pasa la vida sentado allí, exprimiéndose el cerebro a causa de aquellos bichos.

-Sí, recuerdo que ya me lo contaste.

-Pues bien, los muchachos y yo queremos hacer algo para remediarlo. No queremos ver a nuestro querido amigo rompién dose la cabeza, si podemos evitarlo. Apuesto a que tú también le debes más de un favor.

El patrón dijo:

-¿Sabías que es imposible hacer trampa en el ajedrez?

-Eso ahora no interesa - dijo Mack con impaciencia -.

Los asuntos de Doc no marchan. No puede trabajar con sus bichos si no obtiene pronto uno de esos malditos y grandes microscopios... de los que valen unos cuatrocientos pavos.

El patrón se apresuró a decir:

-Si estás pasando la bandeja, yo contribuiré con diez.

-¡Gracias! - exclamó Mack con apasionamiento-. Ya sabía que eras un buen chico. Pero eso no es todo. Los muchachos y yo queremos hacerlo por nosotros mismos. No queremos tus diez pavos... queremos tu consejo.

El patrón se fue tras el mostrador, abrió la nevera, sacó dos botellas de cerveza, las abrió, y deslizó una de ellas por encima del mostrador hasta donde se encontraba Mack.

-Gracias - dijo Mack, mojando su boca y su garganta secas-. ¡Aaah! - exclamó-. Estupendo. Ahora, he aquí lo que queremos saber. Tenemos una cosa y queremos sortearla.

Después queremos tomar el dinero resultante del sorteo, y comprar con él el microscopio que Doc necesita. Desearíamos que nos ayudases a vender los billetes y todas esas cosas.

- ¿Cuál es el objeto de la rifa? - preguntó el patrón.

Había llegado el momento, el horrible momento. La mano de Mack temblaba ligeramente mientras terminaba de verter la segunda mitad de la fría y acre cerveza.

-El Palace Flophouse... nuestra casa - dijo.

El patrón tomó uno de los peines de bolsillo que tenía para vender y lo pasó por su negro y reluciente cabello.

-No vale cuatrocientos dólares - dijo.

Mack sintió casi tentaciones de gritar, tan grande fue el alivio que experimentó. De buena gana hubiera besado la mano del patrón. Amaba a José María. Una voz fuerte y tierna surgió de su garganta.

-Ya lo sabemos - dijo-, pero es nuestro hogar. ¡Oh! Ya sé que no es muy valioso, pero cuando uno tiene algo que no vale mucho... pues... lo mejor que puede hacer es subastarlo, ¿no crees? Cuando se tiene un buen motivo, hasta se puede subastar un par de calcetines viejos.

Un nuevo respeto se mostró en los ojos del patrón.

-Eso es verdad - dijo, añadiendo -: ¿Y quién lo ganará?

Mack se sintió ahora inclinado a las confidencias. Conocía a aquel hombre. Estaba dispuesto a usar su sabiduría. Confidencialmente, dijo:

-Yo nunca trataré de engañar a un hombre listo. Podría decirte que pienso jugar limpio, pero tú sabrías que eso sería una doble estupidez. No, hemos tenido una idea.

El patrón se inclinó hacia delante. Su cautela había menguado en parte. Seguía sin ser ningún tonto, pero estaba más tranquilizado.

-¿Cuál es esa idea? - preguntó.

-Bien, creo que nosotros tendremos que vivir en algún sitio, ¿no te parece? Pues ésa es una cuestión a resolver entre los muchachos, tú y yo... Okay?

-Okay - respondió el patrón.

-Venderemos un billete de la lotería a Doc o quizá nos limitaremos a poner un billete a su nombre, y haremos tongo para que él gane.

-No lo acabo de entender - dijo el patrón.

-¡Mira! - aclaró Mack-. Doc tendrá su microscopio, ¿no es verdad?, y nosotros seguiremos viviendo en el Palace Flophouse, pero éste será de Doc. Será un refugio para su vejez... una especie de seguro. Los muchachos y yo creemos que es lo menos que podemos hacer por él.

-Pero suponte que lo vende - dijo el patrón.

-¡Oh, Doc no hará eso! Nos pondría de patitas en la calle.

Una sonrisa se extendió sobre el rostro grande y bello del patrón. El proyecto le parecía irreprochable.

-Creo que no te había considerado como te mereces - dijo con admiración -. Eres listo, Mack. Tal vez podamos hacer algo juntos... más adelante, claro. ¿Tienes los billetes para el sorteo?

-Los imprimieron anoche.

Mack depositó un montoncito de tarjetas sobre la mesa.

-¿Cuánto vale cada uno?

-Está escrito en ellos - respondió Mack-. Dos pavos.

-Mantengo mi primera oferta - dijo el patrón -. Me que daré cinco y me dejarás algunos para vender.

- ¿Te parecen bien veinte?

-Te colocaré cincuenta - dijo el patrón-. Haré que los adquieran los «espaldas mojadas».

* * *



Librodot

A Mack casi no le sostenían las piernas cuando ascendió por la vereda de las gallinas. Sus ojos vidriosos miraban en derechura frente a sí. Pasó junto a los muchachos y, entrando en el Palace Flophouse, se sentó pesadamente sobre su lecho. Los muchachos entraron en tropel tras él y se apiñaron a su alrededor.

-¡Ya es nuestro! -dijo Mack-. No sabía que él es el propietario. ¡Ha comprado cinco billetes y dice que venderá cincuenta a sus «espaldas mojadas»!

Hay momentos de alivio y triunfo en que las palabras sobran, gddie salió al exterior, y oyeron cómo su azada golpeaba la tierra. Mack y los muchachos sabían que Eddie estaba desenterrando un barrilete.

Y ésta fue una de las cosas que sucedieron aquel Dulce Jueves.



Librodot

XX

DULCE JUEVES (2)

Fauna siempre cerraba completamente las persianas de su dormitorio. Debido a la hora avanzada en que terminaba su trabajo, se veía obligada a dormir hasta mediodía para descansar adecuadamente. La mañana del Dulce Jueves, el sol le gastó una broma. La persiana tenía un agujero no mayor que la punta de un alfiler. El sol, juguetón, recogió lo que sucedía en Cannery Row, lo hizo pasar por el diminuto orificio, lo puso cabeza abajo, y lo proyectó a todo color sobre la pared del dormitorio de Fauna. Wide Ida atravesó la pared cabeza abajo, luciendo un vestido estampado adornado con amapolas rojas y tocándose con una boina negra. El camión del Pacific Gas & Electric cruzó por su pared también en posición invertida, con las ruedas en el aire. Mack se dirigió hacia la droguería cabeza abajo. Y un poco más tarde, Doc, cansado y con los pies para arriba, caminó por el papel que cubría la pared llevando un cuartillo de cerveza que se hubiera vertido de no haberse tratado de una ilusión óptica. Al principio, Fauna trató de seguir durmiendo, pero temía perderse algo. Fue el pequeño fantasma coloreado de aquel Doc cabeza abajo lo que la sacó de la cama.

Es cosa harto sabida que un problema difícil por la noche se resuelve a la mañana siguiente después que el comité del sueño ha trabajado en él. Y esto es lo que le había sucedido a Fauna. Se alegró cuando levantó la persiana y vio qué día tan hermoso hacía. El techo de la fábrica de conservas «Hediondo», donde habían descansado las gaviotas, lucía como una perla.

Fauna se cepilló con fuerza el cabello hacia atrás y se puso un sombrero muy ajustado con plumas negras. Llevaba su vestido je punto gris obscuro y se puso guantes. En la cocina metió seis botellas de cerveza en una bolsa de papel y después, como si se le hubiese ocurrido de repente, tomó una de las cabezas reducidas de mono para llevársela como un regalo. Cuando subió las escaleras del Laboratorio de Biología Occidental y se detuvo en el rellano, resoplando ligeramente, se podría haber pensado que trabajaba para la Cruz Roja en lugar de hacerlo para la Bear Hag.

Doc estaba friendo salchichas y esparciendo sobre ellas un poco de chocolate en polvo. Ello les prestaba un aroma singular y oriental, en su opinión.

-Te has levantado muy temprano - dijo a Fauna por todo saludo.

-Me figuré que un cuartillo de cerveza no duraría mucho.

-Acertaste - dijo Doc -. ¿Quieres tomar un par de salchichas?

-Acepto el ofrecimiento - dijo Fauna, porque sabía que el que da está en deuda con el que recibe-. Aquí tienes una cabeza de mono que adquirí en uno de mis viajes.

-Es interesante - dijo Doc.

-Hay algunas personas, ¿sabes?, que creen que son cabezas humanas - dijo Fauna.

-No sé cómo pueden creerlo. ¿Ves la forma de los ojos y de las orejas? Mira también la nariz.

-¡Oh! Hay personas que no se fijan mucho en los demás -dijo Fauna -. Te acompañaré a beber una botella de cerveza. El sabor de las salchichas con chocolate la intrigó.



Librodot

-Jamás había probado nada semejante - observó-. ¿Has comido alguna vez saltamontes, Doc?

-Sí - repuso Doc -. En Méjico. Son parecidos a la pimienta.

Fauna no era de las que se andan por las ramas.

-Tienes que estar harto de que todo el mundo venga a pedirte cosas - dijo.

Doc sonrió.

-Me molestaría aún más que no lo hiciesen - dijo -. ¿Qué se te ofrece? ¡Oye, gracias por el pastel y la cerveza de anoche?

Fauna le preguntó:

-¿Qué te pareció esa chica?

-Extraña - dijo Doc -. Me cuesta imaginármela trabajando en la Bear Flag.

-También a mí - dijo Fauna -. No sirve en absoluto para eso, pero parece como si yo tuviese un compromiso con ella. Lo que fastidia en Suzy es que es una señora de verdad; yo no sé cómo hacer para que deje de serlo.

Doc mascaba con la boca cerrada, tomando pequeños sorbos de cerveza con aire pensativo.

-Jamás se me había ocurrido, pero eso puede ser un inconveniente - dijo.

-Es una buena chica - dijo Fauna-. Me gusta mucho.

Pero para mi negocio es un riesgo.

-¿Por qué no la pones de patitas en la calle?

-¡Oh, no puedo! - dijo Fauna-. Ya ha pasado lo suyo. Nunca he servido para echar a la gente. Lo que me gustaría es que pescase a alguien y se fuese. No tiene ningún futuro como vampiresa.

-Se atrevió a alzarme el gallo - dijo Doc.

-¿Lo ves? - dijo Fauna-. Es todo un carácter. Una mujer así no tiene nada que hacer en una casa como la mía.

-Me cantó unas cuantas verdades como puños - dijo Doc -. Tiene una mirada muy penetrante.

-Y una lengua más penetrante aún - dijo Fauna -. ¿Querrías hacerme un favor?

-Desde luego - respondió Doc -. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, la haré.

-No puedo acudir a nadie más - prosiguió Fauna -. No me entenderían.

-¿De qué se trata?

-Doc - dijo Fauna-, he llamado a muchas puertas y he visto cosas de todos los colores imaginables. Te aseguro que cuando se es una señora, como le ocurre a esa chica, todo se echa a perder. Tú no has ido nunca a la Bear Flag. Te ganas la vida por ahí fuera. Personalmente creo que esto resulta más caro, pero no voy a meterme en la vida de las demás personas.

-Me parece que no veo dónde quieres ir a parar - dijo Doc.

-Okay. Pondré las cartas boca arriba. Cuando te dedicas a cortejar a una chica cualquiera, de esas que son simples aficionadas, tienes que gastar mucha saliva antes de meterla en el zurrón... ¿No es eso?

-Exacto - dijo.

-Y dime, ¿cuando les dices todas esas cosas, hablas en serio?

Doc se pellizcó el labio inferior.

-Verás... verás... creo que en el momento que las digo, sí.

-Pero, ¿y después?

-Después, si tuviese que pensarlo...

-Eso es lo que yo quería decir - dijo Fauna-. De modo que si dices unas cuantas frases azucaradas, después no tienes necesidad de exprimirte la mollera.

-Tendrías un gran porvenir en el psicoanálisis - dijo Doc irónicamente -. ¿Qué quieres que haga?

-Esa chica, Suzy, está descentrada. Nunca será una buena mujer de la vida porque es demasiado señora. Pero como señora, tampoco sé si resultará. Lo que quiero es librarme de ella. Doc, ¿te molestaría cortejarla un poco? Quiero decir lo mismo que con las señoritas que recibes en tu casa.

-Pero eso, ¿de qué serviría? - preguntó él.

-Bien, tal vez me equivoco, pero tal como yo calculo que irán las cosas, puedes emplear nuevas rosas si así lo deseas. Si le pones ojos tiernos, tratándola como si fuese una señora, es posible que para ti termine siéndolo.

-Sigo sin ver para qué serviría eso - dijo Doc.

-La obligaría a tomar las de Villadiego y marcharse de mi casa - dijo Fauna-. Ya no querría seguir codeándose con más pendones.

-Y yo, ¿qué? - preguntó Doc.

-Tú tampoco te casas con las otras, ¿verdad?

-No, pero,...

-Dale una buena paliza, ¿eh, Doc? - suplicó Fauna A ti eso no puede perjudicarte. Como consecuencia de ello, se las pirará de aquí y a lo mejor se dedica a ganarse la vida como mecanógrafa o telefonista. ¿Quieres hacer eso por mí, Doc?

-No me parece honrado.

Fauna cambió de táctica.

-Anoche hablé con ella y me dijo que no podía acordarse de cuándo un hombre la había tratado como una muchacha. ¿Qué daño podría hacerle esto?

-Podría hacerla desgraciada.

-Pero también podría hacer que se largase.

-Tal vez le gusta vivir así.

-No, no le gusta. Te repito que es una dama de pies a cabeza. Mira, Doc, tú llévala a cenar, que yo te pago la cena. No tienes que preocuparte por ella. Sólo trata de ser amable con la chica.

-Tendré que pensarlo.

-¿Crees que podrás hacerlo?

-Es posible.

-Sé buen chico y pórtate bien con ella. Me harás un gran favor.

-¿Y si ella se negase a venir?

-No se negará. La pondré entre la espada y la pared.

Doc miró por la ventana y un agradable calorcillo se esparció por su interior. De pronto se sintió mejor que nunca se había sentido en su vida.

- Lo pensaré - dijo.

-Yo pongo tres botellas de champaña así que tú me digas que sí-dijo Fauna.

* * *



Librodot

Después de comer, Joe Elegant leyó a Fauna su último capítulo. Le explicó los mitos y los símbolos.

-Verás - le dijo -, la abuela representa el pecado.

-¿No está muerta y enterrada?

-Sí.

-Es un pecado muy especial.

-Es la realidad que hay debajo de la realidad - dijo Joe Elegant.

-¡Un cuerno!-dijo Fauna-. Escucha, Joe, ¿por qué no escribes una novela sobre algo real?

-¿Acaso te crees capaz de darme lecciones sobre el *arte* de escribir? - dijo.

-Desde luego - dijo Fauna-. Se toma a un hombre que sea guapo y simpático, y se hace que se declare a una joven.

-Muy original - dijo Joe.

-Cuando un hombre pronuncia palabras, las cree, aunque piense que está mintiendo.

-¡Atiza! ¿Qué clase de lío es éste?

-Te apuesto a que conseguiré librarme de cierta persona y colocar una nueva estrella dorada en la pared. ¿Me aceptas la apuesta?

-¿Le gustó el pastel a Doc? - preguntó Joe Elegant.

-Le encantó - repuso Fauna.

Y éste fue el segundo acontecimiento de aquel Dulce Jueves.

XXI

EL DULCE JUEVES FUE UN DÍA DE TODOS LOS DIABLOS

La desintegración tuvo lugar en el Palace Flophouse, y desde allí una reacción en cadena se extendió en todas direcciones. Cannery Row se incendió. Mack y los muchachos poseían la energía y el entusiasmo del plutonio. Sólo hombres muy perezosos podían haber sido capaces de hacer tanto en tan poco tiempo. ¡Oh, las reuniones, los mensajes que se llevaron, los proyectos y contraproyectos! Mack se vio obligado a hacer más y más billetes de la subasta. Lo que empezó como una especie de benigno chantaje, iba asumiendo la naturaleza y las proporciones de una explosión de afecto popular por Doc. La gente compraba billetes, vendía billetes, transportaba billetes. Los vendedores cubrieron el Southern Pacific Depot, la estación de autobuses de Greyhound. Joe Blaikey, el alguacil, llevaba billetes en el bolsillo y anulaba las multas por aparcamiento indebido si e multado compraba un billete de dos dólares para el sorteo del Palace Flophouse.

Whitey núm. 1 invadió los forasteros y fantásticos aledaños de Pebble Beach, el Carmelo y las Tierras Altas. El método de Whitey núm. 2 era directo y característico. Al primero que sf negó a comprarle un billete le rompió el parabrisas de una pedrada, y esta noticia se esparció por toda la comarca.

Para los muchachos, aquello se convirtió en una cruzada. Y el billete que resultaría premiado, desde luego, ostentando el nombre de Doc, se hallaba en el interior de una lata de tomate enterrada en el solar vacío. Por acuerdo tácito nadie mencionó la subasta a Doc. Mack y los muchachos revelaron el tongo de la lotería a los amigos de Doc, pero a los extraños... ¿qué les importaba? Aquello era un perfecto ejemplo de la bondad colectiva y la generosidad de una comunidad.

Pero si las comunidades tienen un Hada Buena de grupo, también poseen un Diablillo que trabaja paralelamente y a veces en colaboración con el Hada Buena. El Diablillo de Cannery Row vio que el Hada Buena cobraba vida, y se puso en acción. En los oídos de sus clientes susurró unas palabras, y sus constituyentes sonrieron con morboso placer y pensaron poco más o menos esto: el patrón es un hombre sabio. Es nuevo en la población, viste bien, se gana la vida a costa de los pobres y desvalidos espaldas mojadas, con lo cual demuestra ser muy listo. Lee Chong debió venderle el Palace Flophouse y él, o bien lo ha olvidado o nunca se enteró de ello. Una vez Doc gane la rifa, el patrón no se atreverá a emprender ninguna acción.

Resulta muy divertido demostrar ser más listo que un pillo redomado. El Diablillo del Row era un buen profesional y esta vez su labor pareció casi virtuosa. La gente compró más billetes al patrón que a nadie más. Lo hacían porque querían verle la cara, para poder compararla con la que pondría cuando se enterase.

De ordinario, Mack y los muchachos hubieran hecho durar semanas la venta de los billetes, pero ahora el tiempo apremiaba. Si el patrón recibía la declaración de impuestos del condado, su Plan se iría a rodar. Tenían que arriesgarse a pasar todo el viernes... el sábado sería el último día. Los muchachos esparcieron la noticia de que el sábado por la noche se



Librodot

ofrecerían refrescos más que medianos en el Palace Flophouse, y que serían bienvenidas todas las aportaciones, de la naturaleza que fuesen.

* * *

Mack fue a visitar a Doc el Dulce Jueves por la tarde.

-Si no tienes nada que hacer el sábado por la noche-le dijo-, te invito a la cana al aire que pensamos echar los muchachos y yo. R. S. V. P., que quiere decir: *Répondez, sil vous plaît*.

-*Moi, je réponds oui.*

-¿Lo cual quiere decir?

-Que iré - dijo Doc.

Entonces Mack recordó una misión que le habían confiado.

-Suponía que podía emplear una mentira cualquiera, Doc, como ya hice una vez - dijo-, pero prefiero decir las cosas claras. ¿En qué día naciste?

Doc se estremeció.

-Por favor, no me des una fiesta - suplicó -. La última que me ofreciste me dejó deshecho y casi me arruinó.

-Eso no tiene nada que ver con una fiesta... es una apuesta - dijo Mack-. Pienso ganar un pavo. ¿Cuándo naciste? - insistió Mack.

Doc dijo la primera fecha que le vino en mientes.

-El cuatro de julio - dijo.

-¡Caramba, como la fiesta del Cuatro de Julio!

-Un poco - dijo Doc, y se sintió grandemente aliviado.

* * *

A últimas horas de aquella tarde, Fauna y sus muchachas se presentaron muy eompuestas en el Palace Flophouse, en respuesta a la nota que Mack les envió, rogándoles que fuesen a beber unos caldos muy buenos que les guardaba. Suzy no se presentó. Había estado tranquila toda la mañana, en casa, y luego se le antojó seguir la senda que iba junto a la orilla del mar hasta el faro de Punta Pinos. Contempló los charcos dejados por la marea y recogió un ramillete de las floreciUas que crecen al borde niismo del océano. Suzy se sentía inquieta y desdichada. Estaba llena de excitación y de asco al propio tiempo. Quería sonreír y llorar, y se sentía atemorizada, feliz y desvalida. Doc la había invitado a cenar con él, en casa de Sonny Boy's, en el muelle, y Fauna había insistido para que fuese.

La primera reacción de Suzy fue violenta.

-¡No iré! - dijo.

-Claro que irás - dijo Fauna -. Puede que tenga que persuadirte con una buena tunda... pero irás.

-No puedes obligarme.

-¿Quieres que te demuestre lo contrario? Me he exprimido el cerebro, tratando de hacer algo bueno por ti.

-No tengo nada que ponerme - dijo Suzy.

-Tampoco Doc. Si él puede ir como va, ¿a qué hacerte ahora la remilgada?

-Pero, caramba, Fauna, él... se me ha clavado muy hondo. Las mujeres como yo tienen que fingir ser guapas porque no tienen nada más que

ponerse. Temo convertirme en una mala mujer porque no sé cómo ser buena.

-Suzy - dijo Fauna -, voy a darte un buen consejo, y si no quieres escucharlo, puedo verme obligada a llamar a Joe Blaikey y hacer que te eche de esta población. ¡No seas la primera en pegar! Espera a que te peguen antes de cerrar el puño. La mayor parte de las veces ni siquiera te tocarán.

-¿Crees que puedo llevar mi vestido? Tiene una mancha muy grande - dijo Suzy.

-Pídele a Joe Eleganí que te la quite y te lo planche. Dile que yo lo he ordenado.

Y así fue cómo Suzy salió a pasear por el camino del faro el Dulce Jueves.

* * *

La reunión del «Palace» no era realmente necesaria, porque la noticia de la subasta ya se había esparcido y Fauna había comprado diez billetes, obligando a cada una de sus muchachas a quedarse con uno.

Eddie había pedido vasos prestados a Wide Ida... Por esta vez, se los había pedido y había obtenido el permiso. Ella también estaba invitada a la reunión, y trajo dos cuartillos de *whisky* del Pine Canyon.

-Apenas me cuesta nada - explicó.

La reunión se celebró en medio de una gran compostura. Agnes y Mabel se sentaron con las rodillas juntas, y la colérica mirada de Fauna hizo que Becky juntase las suyas tan de prisa, que vertió el contenido de su copa.

-Esta fiesta va a resultar un cataclismo - dijo Mack -. No puedo esperar más a ver la cara que pondrá Doc cuando vea que ha ganado.

Wide Ida preguntó:

-¿Cómo le explicaréis que ha ganado sin comprar ningún billete?

-Pues le diremos que lo compró un amigo suyo, cuyo nombre quiere que permanezca en el secreto. He visto a Doc hace un momento. Me ha prometido que vendría.

Fauna preguntó:

-¿Te enteraste del día en que nació?

-Claro que sí. El cuatro de julio.

Fauna dio un largo soplido, que sonó como un escape de gas.

-¡La reórdiga! Está listo y sentenciado. Nació en la bota de Oregón, ¡Nunca he visto nada que saliese tan bien!

-¿De qué estás hablando? - preguntó Mack.

Fauna tenía los ojos húmedos.

-Mack - dijo con voz ronca-, no quiero meterme en tu fiesta, pero, ¿por qué no podríamos hacer que fuese también una fiesta de esponsales?

-¿Quién es el novio?

-Verás, todavía no lo es... pero no tardará en serlo.

-¿Pero de quién se trata?

-De Doc y Suzy. Según sus horóscopos, está clarísimo.

-¿Y si ellos no quisieran?

-Querrán - dijo Fauna -. Puedes darlo por muy seguro... ¡Querrán!

El pequeño grupo permanecía sentado en silencio, hasta que Mack dijo suavemente:

-¿Dije que sería un cataclismo? ¡Esto de ahora es un acon tecimiento! No ha ocurrido nada tan estupendo desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Estás segura que Doc estará de acuerdo?

-Eso déjalo de mi cuenta... y que ninguno de vosotros le dé el chivatazo. Una vez fui manager de una luchadora, Kelly «Beso Mortal», peso welter. Haré subir a Doc al ring.

Eddie preguntó:

-Y Suzy, ¿qué?

-Suzy ya ha subido al ring - dijo Fauna.

Se separaron en silencio, pero en sus pechos ardía una llama de emoción. Nunca había habido un día como aquel Dulce Jueves. Y aún no había terminado.



Librodot

XXII

EL ARMAMENTO

A las cuatro y media de la tarde, Fauna ordenó a Suzy que se presentase en el dormitorio-oficina con equipo completo de campaña. Suzy arrojó sus ropas sobre el lecho de Fauna.

-Valiente modo de quitar las arrugas - observó Fauna.

Tomó el traje chaqueta de lana gris, lo extendió, lo inspeccionó tratando de descubrir manchas, y lo olió para percibir el olor del líquido quitamanchas.

-Es muy buena tela - dijo.

-De la caja de la comunidad - dijo Suzy -. Yo estaba en la guardia de la caridad.

-Bien, pero no todos estaban. - Sus ojos observaron los zapatos marrón. Se dirigió a la puerta y gritó-: ¡Joe! ¡Joe Elegant!

Éste apareció.

-Según creo, ahora no estoy de servicio - dijo.

-Yo soy una espina clavada en el costado del obrero - dijo Fauna -. Vete a todo correr a casa de Wildock y haz que pongan tacones nuevos a estos zapatos. Diles que compongan este agujero de la suela y que les saquen buen brillo. Tú esperas a que terminen y me los traes.

Joe refunfuñó, pero fue.

Fauna dijo a Suzy:

-¿Tienes guantes?

-No.

-Yo te prestaré unos. Toma... estos blancos. Y aquí tienes un pañuelo. No quiero en él marcas de rojo de los labios. Ahora escúchame, Suzy, muchacha... ten cuidado con tus zapatos, lleva guantes limpios, usa un pañuelo limpio y procura que las costuras de las medias no hagan eses. Si haces todo eso, puedes conseguir lo que te propongas. Este traje es muy bonito... de la clase de tela que cuanto más envejece mejor aspecto tiene... si no tiene los tacones gastados... ¡Llama a Becky!

Cuando entró Becky, Fauna dijo:

-¿No tienes una pechera de piqué blanco y unos puños?

-Acabo de terminarlos.

-Querría que se los prestases a Suzy. Busca hilo y cósele los puños en esta chaqueta.

-Tendrá que lavarlos.

-Los lavará.

Mientras Becky hilvanaba los puños, Fauna dijo:

-Saca todo lo que tienes en el bolso, Suzy.

Inspeccionó el montón de objetos que quedaron sobre la cama.

-No necesitas esa aspirina. Oye, toma mi peine... tira ése. No hay nada que produzca peor efecto que un peine al que le faltan púas. Pon esos Kleenex en el bolso, también. Toma, usa mi polvera y quítate el brillo de la nariz de vez en cuando. ¡Veamos tus uñas! Hum, bastante bien. ¿Te has lavado la cabeza?

-Dale una peluca - dijo Becky, mordiendo el hilo.

-No quieras ser graciosa. Vamos.., levántate y arréglale el cabello, y déjate de tonterías. - Dirigiéndose a Suzy, le dijo -: Becky tiene muy buenas

manos arreglando peinados. No puedes llevar ese abrigo. Ahí la caja de la comunidad cometió un resbalón. - Se golpeó los dientes con un lápiz y luego fue a su armario y sacó dos pieles de marta que se mordían mutuamente la cabeza -. Échate estas martas sobre las espaldas - dijo Fauna.

-. Y si las pierdes o las estropeas, te sacaré las tripas. A ver, ¿dónde estábamos? Nada de perfume. Échate un poco de esta agua de Florida... es antigua y huele a joven.

Becky estaba de pie detrás de Suzy, cepillando, peinando y atusando su cabello.

-Tiene orejas muy grandes - dijo Becky -. Tal vez se las podría disimular un poco.

-Eres una gran peluquera - dijo Fauna.

El último examen tuvo lugar a las seis, con la puerta del dormitorio cerrada.

-Vuélvete - dijo Fauna-. Manten juntos los tobillos. ¡A ver, anda! Muy bien. Tienes un andar espléndido. Como digo, tú eres una chica estupenda con sólo que te cuides un poco.

Suzy se miró al espejo y sonrió, porque le pareció que realmente era bonita, y la idea la sorprendió y la complació al propio tiempo, y cuando estaba complacida aún era más bonita. Entonces su boca se plegó en un mohín de disgusto y se apoderó de ella un pánico ciego.

-¿Qué te pasa? - preguntó Fauna.

-¿De qué puedo hablar? ¡Fauna, no quiero ir! Yo no estoy a la altura de un hombre como Doc. ¡Jesús! Fauna, dile que estoy enferma. No iré.

Fauna la dejó hablar y dijo suavemente:

-¿Ahora te pondrás a llorar, para que se te pongan unos ojos como dos pimientos, después de todo el trabajo que he tenido? ¡Anda, llora, pues!

-Lo siento - dijo Suzy -. Has sido muy buena conmigo, pero yo no merezco esa molestia, Fauna. Estás perdiendo el tiempo. Sé lo que pasará... así que él diga algo que yo no en tienda, perderé la cabeza. Estoy asustada.

-Claro que lo estás - dijo Fauna -. Pero si Doc no te importase nada en absoluto, no estarías asustada. Tú no has inven tado eso. Nunca ha habido una chica que no estuviese asustada, al salir por vez primera con un chico que a ella le gusta. Vete a saber si Doc no estará también asustado.

-¡Bah, eso es un cuento! - dijo Suzy.

Fauna prosiguió:

- Si yo tuviese tus años, con tu cara, tu tipo y lo que yo sé, no habría ningún hombre en el mundo que se me hiciese el remolón. Yo sé cómo van las cosas... aunque eso es lo único que me queda. ¡Vamos, vamos! Voy a decirte unas cuantas cosas, Suzy, que si las quisieras escuchar tendrías todo cuanto quisieras, pero, ¡bah!, tú no escucharías. Nadie quiere escuchar, y cuando la vida los escarmienta, ya es demasiado tarde. Tal vez sea mejor así... no lo sé.

-Escucharé.

-Lo creo, pero no aprenderás. Tienes que saber, Suzy, que nunca te verás metida en ningún lío si sabes mantener la boca cerrada. Trata de recordar todos los enredos en que te has visto metida, y verás que todos se originaron por tu costumbre de irte de la lengua.

-Es verdad - dijo Suzy -. Pero parezco no tener remedio.

-Tienes que aprender a refrenarte, como has aprendido cualquier otra cosa... por medio de la práctica. Lo siguiente se refiere a las opiniones. Tú y

yo siempre estamos manifestando nuestra opinión. ¡Pues no, Suzy, ni tú ni yo tenemos opinión! Nos limitamos a repetir cosas que hemos oído o visto en el cine. Tememos perder algo, como si corriésemos detrás de un autobús. Ésta es la segunda regla: Déjate de emitir opiniones, porque en realidad no las tienes.

-Las has numerado, ¿eh? - dijo Suzy.

-Podría escribir un libro - dijo Fauna-. «Si ella pudiese, yo podría.» Toma nota ahora del número tres. ¡Casi nadie sabe escuchar, y no hay cosa más fácil! No tienes que hacer nada mientras escuchas. Resulta muy interesante verte escuchar. Si quien dice una cosa que atrae tu interés, no se lo ocultes. Trata de adivinar lo que piensa, en lugar de pensar en lo que le dirás para responderle.

-Tienes ganas de marearme - dijo suavemente Suzy,

-Falta ya poco, pero es lo más difícil y al mismo tiempo lo más fácil.

-¿Qué número tiene?

-He perdido la cuenta. No pretendas ser lo que no eres, y no hagas ver que sabes lo que ignoras, o de lo contrario tropezarás tarde o temprano. Y este capítulo tiene un apartado, sea cual fuere su número: nunca se sintió nadie insultado porque le hiciesen una pregunta. Supón que Doc dice algo y tú no lo en tiendes. ¡Pues pregúntale! Lo mejor que puedes hacer por otra persona en este mundo, es permitir que te ayude.

Suzy permanecía silenciosa, con la vista fija en sus manos.

Fauna dijo:

-Tienes hermosas uñas. ¿Qué haces para conservarlas tan bonitas?

Suzy respondió:

-Es muy fácil. Me lo enseñó mi abuela. Hay que guardar una rodaja de limón, y cada vez que se lavan las manos, hay que frotarse las uñas con ella. Después se echa un poco de polvos en la palma de la mano y se frotan las uñas en ella, oprimiendo la carne viva de la uña con una corteza de limón.

-¿Lo has visto? - dijo Fauna.

-¿Qué?

-Yo sólo te he hecho una pregunta.

Suzy se sonrojó.

-He caído en la trampa.

-No, no has caído. Es que yo quería saberlo. Lo mejor que se puede hacer cuando se desea saber una cosa, es preguntarla.

-Gracias - dijo Suzy -. Eres una señora de pies a cabeza.

Pero dudo mucho que pueda aprender.

-Podrás si quieres recordar algunas cosas: Primero, tienes que recordar que eres Suzy y nadie más que Suzy. Luego tienes que recordar que Suzy es algo que tiene valor (un valor autén tico) y que no hay nada parecido en el mundo. A nadie perjudicará que te digas eso a ti misma. Después, cuando estés bien empapada de eso, recuerda que hay un montón de cosas que Suzy desconoce. El único medio que tiene para descubrirlas y verlas, es leerlas o preguntarlas. La mayor parte de las personas sólo se miran a ellas mismas, lo cual es tiempo perdido.

-¿Cuál es la cuarta regla? - preguntó Suzy.

-¡Estoy orgullosa de ti! - exclamó Fauna-. Has escuchado. La próxima cosa que tienes que hacer es despertar la atención ajena. A nadie le importa en lo más mínimo Suzy, ni lo que le pueda ocurrir. Es difícil obligarles a que piensen en ti, porque están demasiado ocupados con sus propias



Librodot

vacilaciones. Hay dos, tres medios infalibles de atraer su atención: hablar de ellos. Si ves algo simpático, bueno o hermoso, díselo. No trates de engañarlos. No te pelees con nadie, a menos que no haya otra solución. No empieces nunca una pelea, y si empieza, déjala que se apacigüe antes de intervenir. ¡El mejor modo de defenderte en este mundo, es no esgrimiendo los puños! Pero cuando atraigas su atención, lo primero que querrán será hacer algo por ti. Déjaselo hacer. No te muestres orgullosa y digas que ni lo necesitas ni te hace falta. Esto es darles una bofetada. Lo que más les agrada a las personas es poder ofrecer algo, y ver que a ti te gusta y lo necesitas. Esto no es ninguna tontería. Da resultado. Pruébalo y verás.

-¿Crees que Doc no será una excepción de la regla?

-Tú pruébalo y ya me lo dirás.

-Fauna, ¿no has estado nunca casada?

-No.

-¿Por qué no?

Fauna sonrió.

-Cuando aprendí lo que acabo de decirte, ya era demasiado tarde.

-Te quiero mucho - dijo Suzy.

-¡Vamos, vamos! Me tienes más blanda que la manteca. Querría que te quedases con esas pieles.

-Pero...

-¡Espera!

-Sí, comprendo. Te lo agradezco mucho. ¿Y no te molestaría escribir todo lo que me has dicho, para que pudiese aprendérmelo de memoria?

-Claro que sí. Ahora mira, Suzy... esta noche, antes de decir algo, dilo primero para ti misma, y después guárdatelo.

-¿Te refieres a las palabrotas?

-Me refiero a eso y me refiero a... bien, a veces, cuando te das cuenta, ya no lo dices. Mucho de lo que pasa por conversación, no es más que cosas sin ton ni son. Supongo que ahora ya estarás preparada.

-¿Puedo hacer algo por ti, Fauna?

-Sí. Quiero que repitas conmigo: «Soy Suzy y nadie más».

-«Soy Suzy y nadie más.»

-«Soy algo que tiene valor.»

-«Soy algo que tiene valor.»

-«No hay nada como yo en el mundo.»

-«No hay nada...» ¡Maldición, Fauna, ahora se me pondrán los ojos encarnados!

-Están muy bonitos así - dijo Fauna.

* * *

A las siete, Doc, vestido con una camisa desabrochada y sin corbata, cazadora de cuero y pantalones del Ejército, tocó el timbre de la Bear Flag. Miró a Suzy y dijo:

-Tengo que telefonear. ¿No te importará?

Y volvió corriendo al laboratorio.

Regresó a los diez minutos. Llevaba unos pantalones limpios, una chaqueta de cheviot y una corbata que no usaba desde hacía años.

Fauna lo contempló, de pie bajo la luz del pórtico.

-Querida - dijo a Suzy -, has ganado el primer asalto por puntos.



Librodot

XXIII

UNA NOCHE DE AMOR

Sonny Boy es ciertamente el único griego nacido en América que se llama Sonny Boy. Posee un bar y restaurante en el muelle de Monterey. Sonny Boy es un hombre rollizo, con tendencia a engordar aún más. Aunque nació cerca de Sutro Park, en San Francisco, y asistió a las escuelas públicas, Sonny Boy ha mantenido vivo, con una sola mano, el misterio del Próximo Oriente. Su rostro perfectamente redondo evoca el Orient Express y hermosas espías. Su gruesa voz es congénitamente confidencial. Sonny Boy es capaz de decir «buenas noches», y hacer que esta frase tenga eco de complot internacional. Su restaurante le crea amigos y lo mantiene. Tal vez Sonny Boy, en cierto sentido, lleva una larga capa negra y cena con condesas balcánicas allá donde dos mares besan al Cuerno de Oro..., pero también es el amo de un buen restaurante. Probablemente conoce más secretos que ninguno de los otros miembros de la comunidad, porque sus Martinis son una combinación de suero de la verdad y detector de mentiras. *Veritas* no está solamente *in vino*, pero regularmente siempre aparece a través de él. Doc paró su viejo coche frente al restaurante de Sonny Boy, se apeó, dio la vuelta al automóvil, abrió la otra puerta y ayudó a Suzy a salir.

Ésta se mostraba algo sorprendida, pero permanecía silenciosa. La frase: «¡Crees que soy una inválida, por el amor de Dios!», acudió a sus labios, pero siguió el consejo de Fauna, la dijo en un susurro y terminó por tragársela. El hecho de que él le pusiera la mano en el codo, produjo en ella un efecto mágico, haciéndole echar hacia atrás los hombros y levantar la barbilla. La desafiadora luz de la resistencia desapareció de sus ojos.

Doc abrió la puerta del bar y se apartó para dejar entrar a Suzy. Los clientes habituales encaramados sobre los taburetes, se volvieron para mirarlos. Los ojos siguieron desde su lindo rostro a sus lindas piernas, examinando de paso las martas. Por un segundo el pánico la detuvo, pero la expresión de los clientes no mostraba que ninguno de ellos la hubiese reconocido.

Sonny Boy dio una vuelta para salir por el extremo del bar.

-Buenas noches, amigos - dijo -. Tienen su mesa preparada. ¿Quieren tomar antes un cocktail en el mostrador, o prefieren tomarlo en la mesa?

-¡Oh, vamos a sentarnos a la mesa! - dijo Doc.

Sonny Boy se inclinó ante Suzy, invitándola a trasponer la puerta del restaurante, y ella se adelantó con su bello andar. Sonny Boy, caminando junto a Doc, dijo con su susurro de conspirador:

-Telefoneó su secretaria. Todo arreglado. ¿Tiene secretaria, Doc? ¿Desde cuándo?

Doc trató de dominar su sorpresa.

-A horas - dijo.

-¿Quién es esa señorita? ¿No había estado nunca aquí?

-No, es nueva en la población - dijo Doc, alcanzando a Suzy.

-Por aquí - dijo Sonny Boy, conduciéndoles a una mesa redonda, colocada frente a la chimenea de piedra.

Unas ramas de pino chisporroteaban, esparciendo su fragancia. En la mesa había un centro de iris silvestres. Los bastones de pan se erguían como soldados, en sus vasos. Las servilletas estaban plegadas formando

pequeñas coronas. Era la mejor mesa de la casa, particular y reservada, pero bien situada y bien iluminada. Suzy paseó su mirada por la sala. Ninguna otra mesa tenía flores. Algo maravilloso ocurrió en Suzy. No dio la vuelta a la mesa para sentarse, sino que esperó, y cuando Doc apartó su silla, entonces se sentó, mirándole sonriente y diciéndole:

-Gracias.

Sonny Boy esperaba junto a la mesa.

-Hizo muy bien en telefonear - dijo-. Me ha costado un poco encontrar pompano, pero lo conseguí. ¿Qué tal les vendría un cocktail? El vino está puesto a refrescar.

Doc dijo:

-En una ocasión tomé una especie de...

-¡Lo recuerdo! -dijo Sonny Boy-. «The Webster F. Street Lay-Away Plan»... Un Martini preparado con chartreuse en lugar de vermouth. Es muy bueno.

-Por lo que yo recuerdo, muy efectivo - dijo Doc -. Dos dobles.

-En seguida - dijo Sonny Boy -. Dije a Tony que viniese para tocar el piano, como usted encargó, pero está enfermo.

Doc miró a Suzy para ver si la joven sabía que era Fauna quien había preparado las cosas, pero ella lo ignoraba.

Es probable que aunque Doc no hubiese pedido «The Webster F. Street Lay-Away Plan», se lo hubieran servido igualmente. Se lo trajeron con tal velocidad, que claramente se veía que ya estaba preparado.

La molestia que le causaba la corbata iba desapareciendo en Doc. Mirando por encima de la mesa, sonrió a Suzy y se preguntó: «¿Qué será la belleza en una muchacha, que puede aparecer y desaparecer? Esta Suzy no se parecía en lo más mínimo a la joven depravada y ceñuda que le alzó el grito la noche anterior». Levantó la copa de *cocktail*.

-Estás muy guapa - dijo -. Me alegro que hayas aceptado mi invitación. A la salud de los dos.

Suzy tragó un sorbo, reteniendo sus lágrimas, y esperó a que le pasara el ahogo.

-Debiera haberte advertido - dijo Doc -. Corre por ahí el rumor de que esta bebida está hecha a base de veneno de ser piente de cascabel y opio en bruto.

Suzy recobró el aliento.

-Es bueno - dijo -. ¡Pero estaba mirando su mano derecha y he metido el morro en el vino!

«¡No debiera haber dicho esto! - gritó su espíritu-. Ya he olvidado los consejos.» Pero entonces vio que Doc se mostraba divertido y se tranquilizó.

Suzy advirtió a un camarero que se había colocado con delicadeza al alcance de su voz. Había descubierto algo que podía aplicarse a ella misma. Cuando se hallase en duda, avanzar lentamente. Volvió la cabeza hacia el camarero, y éste se alejó poco a poco. Se bailaba encantada con su descubrimiento.... todo con movimiento retardado. Levantó lentamente su copa, la contempló cuidadosamente, mojó sus labios en ella y la sostuvo un momento antes de volver a dejarla sobre la mesa. Len-ti-tud... aquello prestaba significado a todo. Hacía que todo se convirtiese en algo regio. Se acordó de cómo saltaban, escogían y se rebullían todas las gentes inseguras y preocupadas que había conocido. Por el solo hecho de hacer las cosas lentamente, imponiéndose un esfuerzo, experimentó una nueva clase de



Librodot

seguridad. «No había que olvidarlo - se dijo-. No olvidar nunca esto. ¡Despacio! ¡Despacio!»

Doc le ofreció un cigarrillo y sostuvo la cerilla, y ella se inclinó hacia delante tan lentamente, que la llama tocaba los dedos de Doc antes de que ella hubiese terminado de encenderlo. Un encantador calorcillo se esparció por su cuerpo. Sentíase atrevida, no atrevida de un modo defensivo, sino segura.

Preguntó:

-¿Saben... lo que soy?

El «Lay-Away Plan» producía igualmente sus efectos en ambos.

Doc dijo:

-Saben que estás conmigo. Esto es todo cuanto necesitan saber. ¿Tomamos otro?

Se lo sirvieron antes de que siquiera tuviera tiempo de levantar el dedo para llamar la atención. Si aquello era una conspiración, Sonny Boy quería intervenir en ella. Si era la felicidad, también le agradaba.

-Me gusta el fuego - dijo Suzy -. Donde yo vivía tuvimos una vez una chimenea.

Doc dijo:

-Eres hermosa. ¡Sí, caramba! ¡Eres hermosa!

Suzy se tragó las primeras palabras que acudieron a sus labios, se tragó también las segundas y terminó por bajar su mirada y decir con voz suave:

-Gracias.

Sonny Boy acompañaba personalmente al camarero, que traía el cubo de hielo con el *Chablis* helado. Luego se apartó y contempló la mesa.

-¿Va todo bien, Doc?

-Magnífico - respondió Doc.

-¿Dispuestos a comer?

-Cuando quiera - dijo Doc.

Y el descubrimiento de Suzy continuó mostrándose efectivo: tomarlo todo con calma y mantener los ojos abiertos y la boca cerrada.

El frío y triturado cangrejo, el pompano, era algo nuevo para ella, y requería una técnica gastronómica que ella ignoraba. Se Puso a seguir todo lo que hacía Doc, sin que éste se diese cuenta de que ella observaba todos sus movimientos.

Cuando llegaron el champaña, la fruta y el queso, Suzy supo que tenía que estar sola. Se le ocurrió un pensamiento tan abrumador, que sus rodillas temblaban y la sangre se puso a golpearle las sienes. «¡Despacio!-se advirtió-. Hay que tomarlo con calma.» Miró las llamas saltarinas y luego volvió su cabeza hacia Doc.

-¿Me perdonarás...?

-¡Claro que sí!

Él se levantó de un salto, apartando su silla. Suzy se dirigió con majestuoso andar hacia el tocador de las señoras. Notaba que sus pies no tocaban el suelo.

Doc la miró pasar. «Es extraño, es extraño - pensó -. ¿Qué será? La palabra adecuada es «pudorosa». Una especie de solitaria y terrible modestia. ¿Qué habría producido aquel cambio?» Entonces pensó: «Es una comedia. Fauna la ha aleccionado.» Pero él sabía que esto no era verdad. Una comedia no podía dar a su mirada aquella expresión. Aunque Fauna la

hubiese aleccionado, no podía hacer que la sangre afluyese a sus mejillas. Hizo girar la botella de champaña en el cubo, y deseó que ella volviese pronto. Sus ojos descubrieron una ventana en la que se reflejaba la puerta del tocador de señoras.

Detrás de aquella puerta, Suzy humedeció una toalla de papel y se la aplicó contra la frente. Se miró al espejo, y no reconoció su rostro. Pensó en la cena.

-Aborrezco el pescado - dijo en voz alta-. Me produce náuseas. Pero aún no he vomitado.

Finalmente, sintióse dispuesta a examinar el pensamiento que la había obligado a dejar la mesa: El símbolo, el misterio, el poste indicador con un dedo que señalaba inexorable. Era tan sencillo que todo el mundo hubiera podido verlo. El hado no señalaba el camino, sino que la acosaba a puntapiés por detrás. Pensó en los platos que acababan de llevarse: patas y pinzas de cangrejo amontonadas y... ¡se habían comido sus horóscopos Cáncer y Piscis... pescado y cangrejo.

-¡Gran Dios todopoderoso! - exclamó, poniéndose desvalida en manos del Hado.

* * *

Sonny Boy se aproximó a la mesa.

-¿Todo va bien?

-Perfectamente - dijo Doc.

-Tal como usted encargó.

-¿Eh?

-He cumplido las órdenes de su secretaria.

-¡Magnífico! - dijo Doc -. Tal como yo lo quería.

Cuando Suzy volvió, estaba consagrada. Sólo se puede luchar contra el Hado hasta cierto límite, y cuando nos inclinamos ante su voluntad nos sentimos muy fuertes, porque toda nuestra fuerza corre en una dirección.

Doc apartó su silla y luego descorchó el champaña. Tomando el tapón, lo olió. Suzy dijo:

-¿Puedo quedarme con él?

-Desde luego.

La joven dio vueltas al tapón entre sus dedos y lo contempló. Era muy bonito. Lo metió en su bolso y sacó un iris del jarro.

-¿Te gusta el champaña?

-Me encanta - respondió ella, preguntándose qué sabor tendría. Y, verdaderamente, le encantó.

Doc dijo:

-Allá en las dunas, ¿sabes?, hay unos pequeños valles cubiertos de pinos. Alguna vez que tú puedas, iremos allí con carne y comida, y nos prepararemos nosotros mismos la cena. Es algo estupendo.

-Te lo ha recordado el fuego - dijo Suzy.

-Eres muy lista... así es, en efecto.

Ella preguntó:

-Doc, ¿me explicarás alguna vez cosas acerca de esos animales que tienes en casa?

-Claro que sí - dijo él, sintiendo que le invadía una oleada de afecto.



Librodot

Pero temía también algo la terrible modestia de la joven paseó la mirada de sus ojos al iris silvestre que sostenía en la mano.

-Hay una vieja historia galesa - dijo - que habla de un pobre caballero que se hizo una esposa con flores...

El vino producía ahora sus fuertes efectos en Suzy. Se repitió dos veces la frase antes de decirlo en voz alta a Doc.

-Supongo que no se le marchitó.

La voz inferior de las entrañas de Doc se abrió paso al fin.

-Estoy muy solo - dijo. Hizo esta afirmación como si simplemente constatase un hecho, aunque se maravilló ante ella. Luego se excusó -: Creo que estoy un poco bebido. - Sentíase muy tímido. Llenó las copas-. ¡Qué diablos! Tomemos también un poco de coñac.

Suzy volvió a medias la cara, de modo que su perfil resaltó sobre las llamas de la chimenea, que danzaban.

-Oye... ese lugar de que hablabas... en las dunas de arena.

-Sí.

-¿Podríamos ir a verlo?

-Cuando quieras.

-¿Por qué no volviendo a casa?

-Te echarás a perder los zapatos.

-Lo sé - dijo Suzy.

-Pero podrías quitártelos.

-Me los quitaré - respondió Suzy,



Librodot

XXIV

VIERNES, DÍA DE ESPERA

No todos creen que el viernes trae mala suerte, pero casi todos convienen en que es un día de espera. Por lo que se refiere a los negocios, la semana ha terminado realmente. En las escuelas, el viernes es la puerta entreabierta hacia la libertad. El viernes no es ni un día festivo ni de trabajo, sino un período de tiempo que sirve para preguntarse qué nos traerá el sábado. El comercio y las diversiones decaen. Las mujeres buscan en sus armarios para ver qué podrán ponerse. La cena consiste en las sobras de la semana.

Joe Elegant encargó lenguados para cenar en la Bear Flag. Los «espaldas mojadas» volvieron de su último triunfo y fueron introducidos con gran cortesía en las habitaciones del primer piso de la droguería. El patrón distribuyó botellas de tequila. Tenía también al alcance de la mano una fuente de Seconal. A veces se apoderaba de sus trabajadores una apasionada nostalgia. El sueño, pensaba él, era mejor que la pelea.

Doc se despertó tarde, y cuando fue a la droguería en busca de su acostumbrada cerveza de todas las mañanas, encontró a José María alegre y despierto, y del primer piso bajaba el son de las canciones.

-¿Te divertiste? - le preguntó el patrón.

-¿Qué quieres decir? - preguntó Doc.

-¿No asististe a una hermosa fiesta anoche?

-¡Oh, sí! - dijo Doc, en un tono que demostraba que daba la cuestión por terminada.

-Doc, me gustaría que me enseñases más jugadas de ajedrez.

-¿Sigues creyendo que podrás hacer trampa?

-No, me conformo con imaginármelo. He recibido de Méjico una caja de cerveza de Bohemia, muy fresca.

-¡Maravilloso! - dijo Doc-. Es la mejor cerveza del hemisferio occidental.

-Es un regalo - dijo el patrón.

-¿Por qué?

-No lo sé. Será porque me he portado bien con alguien.

-Gracias - dijo Doc.

Empezaba a sentirse inquieto.

Había ojos fijos en él. Volviendo a los Laboratorios de Biología Occidental, siguió notando aquellos ojos. «Es el coñac - pensó -. No tengo que beber coñac. Me pone nervioso.»

Se hizo un par de huevos revueltos y esparció *curry* en polvo sobre ellos. Consultó la carta de las mareas en el *Monterey Herald* del jueves. Había una hermosa marea a las 2,18 de la tarde, que bastaría para recoger quitones y ofiuras si el viento no era del mar. La cerveza de Bohemia le aplacó los nervios sin despojarle de su inquietud. Y por una vez los huevos revueltos no le parecieron muy buenos.

Fauna llamó con los nudillos y entró. Hizo un ligero gesto con la mano a las serpientes de cascabel.

-¿Cómo te encuentras, Doc?

-Muy bien.

-¿Te emborrachaste?



Librodot

-Un poco.

-¿Qué tal fue la cena?

-Maravillosa. Sabes bien lo que pides.

-Tengo que saberlo. Dime, ¿quieres pagarlo, o lo dejamos contra reembolso? ¿Has visto lo que quería decir respecto a ella?

-Sí. ¿Cómo está?

-Todavía no se ha levantado.

-Saldré a hacer una recolección.

-¿Quieres que le diga eso?

-¿Por qué? Espera..., tengo su bolso. ¿Quieres llevárselo?

-¡Qué diablos! Ella no es paralítica. Tal vez querrá venir a buscarlo personalmente.

-Yo no estaré aquí.

-Quizá ya habrás vuelto.

-Dime - preguntó él-, ¿qué demonios es todo esto?

Ella comprendió que ahora él podría enfadarse.

-Tengo mucho que hacer. ¿No estás disgustado conmigo?

-¿Por qué tendría que estarlo?

-Bien, si necesitas algo, házmelo saber.

-Fauna... - empezó a decir él -. ¡Oh, dejémoslo!

-¿Qué quieres?

-Iba a preguntarte algo..., pero prefiero no saberlo.

* * *

Suzy estaba agachada sobre una taza de café cuando volvió Fauna.

-Buenos días - dijo Fauna. Y añadió -: He dicho buenos días.

-¡Oh, sí! - dijo Suzy -. Buenos días.

-¡Mírame!

-Claro que sí - dijo Suzy, levantando su mirada.

-Ahora ya puedes bajar la vista - dijo Fauna.

-Tú no sabes nada - dijo Suzy.

-Okay, yo no sé nada. ¿He intentado meter alguna vez la nariz en tus cosas? ¡Joe - llamó-, tráeme una taza de café!

Deslizó una cajita de latón con aspirinas por encima del mantel encerado.

-Gracias.

Suzy tomó tres y las disolvió en el café.

-Ha salido a buscar bichos - dijo Fauna suavemente.

-¿Has estado allí?

-Lo encontré en la calle. ¿Te divertiste?

Suzy la miró con unos ojos tan abiertos, que dio la impresión de que se volvía del revés.

-No intentó nada - dijo sin aliento -. Fuimos a las dunas de arena y él no intentó nada.

Fauna sonrió.

-¿Pero fue interesante su conversación?

-No habló mucho, pero lo poco que dijo valía la pena.

-Tanto mejor.

-Tal vez estoy loca, Fauna, pero se lo dije.

-¡Oh, no estás loca!

-Se lo dije todo. Él ni siquiera me preguntó nada.

Fauna le preguntó con suavidad:

-¿De qué habló?

-Dijo que había un tipo cualquiera en el tiempo antiguo que se hizo una esposa con flores.

-¿Para qué, en el nombre de Dios?

-Bien, no lo sé. Pero cuando él lo dijo me pareció muy bien.

-¿Qué más dijo?

Suzy habló lentamente.

-Allá en las dunas fui yo quien llevó principalmente la con versación. Pero él me iba echando una mano de vez en cuando, y luego fue cuando me desanimé.

Fauna dijo:

-Él lo hace mejor que nadie.

Los ojos de Suzy brillaban de excitación.

-Casi lo olvidaba - dijo -. Yo nunca presté la menor importancia a los astros y todas esas cosas, pero ¿sabes lo que nos dieron para cenar?

-¿Champaña?

-¡Pescado y cangrejos!-dijo Suzy-. Y yo no sentí náuseas.

-¿Y bien?

-¿No recuerdas lo que dijiste, de que soy pez y él es cangrejo?

-Tengo picazón en la nariz - dijo -. Me parece que me he resfriado.

-¿Crees que eso es una señal, Fauna? ¿Lo crees?

-Todo son señales - dijo Fauna.

Había gloria en los ojos de Suzy.

-Poco después de cenar estábamos hablando, y él dijo: «Estoy muy solo».

-Eso no es propio de él - dijo Fauna-. ¡Es una sucia treta!

-¡No, señora! - la contradijo Suzy-. Él no lo dijo en ese sentido. Yo también se lo oí decir antes. Lo dijo como si se lo arrancasen. El primer sorprendido fue él, como si no supiese qué iba a decir. ¿Qué piensas, Fauna? Dime, ¿qué piensas?

-Pienso que habrá una nueva estrella dorada.

-Bien, supongamos..., y no hay ningún mal en suponer..., supongamos que me traslado ahí enfrente. Estaría... bien, estaría al otro lado de la calle. Todo el mundo sabría que he trabajado aquí. ¿No le molestaría esto a él?

-Él no ignora que tú trabajas aquí, ¿no es verdad? Suzy, hijita, tienes que prometerme una cosa. No trates nunca de huir de nada, porque no puedes. Si te portas bien, nadie te menos preciará. Aquel que huye, ése sí, ése es un fugitivo. Y a un fugitivo nunca le van bien las cosas.

-¿Y Doc? - preguntó Suzy.

-Mira, si tú no eres bastante buena para él, él tampoco es bastante bueno para ti.

-No quiero tenderle ninguna trampa, Fauna.

Fauna sonreía para sus adentros. Dijo:

-Creo que el hombre es la única especie de alimaña que se tiende su propia trampa, le coloca el cebo y después se mete en ella. Tú estáte quieta, Suzy, hijita. No hagas nada. Nadie podrá decir que le has hecho caer en la trampa si tú no haces nada.

-Bien, en realidad él no dijo...

-Ellos nunca lo dicen - dijo Fauna.

Suzy dijo débilmente:

-Casi me falta el aliento.

-¿Sabes? Aún no has dicho ninguna palabrota esta mañana- dijo Fauna.

-¿Ah, no?

-Algunas de mis estrellas doradas eran unas zorras de primera - dijo Fauna -. Pero cuando coloque tu estrella, Suzy, la profesión no perderá nada. Como dice el patrón, tú tienes las caderas demasiado estrechas y el pecho demasiado prominente.

-No quiero que nadie se figure que estoy persiguiendo a Doc.

-¡Claro que no lo persigues! Pero no te preocupes, ya me ocuparé yo de él. - Miró a Suzy con aire especulativo -. ¿Sabes? Me gustaría que esta noche salieses de la ciudad para airearte un poco.

-¿Adonde iré?

-Podrías ir a hacerme un recado a San Francisco, si quisieras. Tengo allí un pequeño envoltorio, en la caja fuerte de un Banco. Te daré unos billetes. Y quiero que te compres algunos vestidos y sombreros. Cómprate un buen conjunto, que te dure años. ¡Mira! Pasea arriba y abajo de Montgomery Street, y verás lo que llevan las damas elegantes... Podrás fijarte en la tela. Hay allí mujeres elegantísimas. Antes de comprar, oriéntate un poco,..., mira escaparates. Puedes volver mañana mismo.

Suzy dijo:

- ¿Tratas de quitarme de en medio?

-Sí - dijo Fauna -. La idea es tuya.

-¿Por qué?

-Suzy, hijita, eso no es cuestión tuya. Hay autobuses a las dos y a las cuatro.

-Tomaré el de las cuatro.

-¿Por qué?

-Bien, has dicho que Doc ha salido en busca de bichos. Tal vez mientras él esté fuera yo podré limpiarle la casa. Hace años que no la friegan.

-Vete a saber si a lo mejor se enfada.

-Le prepararé un buen estofado a fuego lento -dijo la muchacha -. Yo preparo un estofado de primera.

Dio la vuelta a la mesa.

-¡Quítame las manos de encima!-dijo Fauna-. ¡Anda, vete! Y no vuelvas a decir esas cosas que me ponen tan tonta.

¡Mis mejores pieles!

-¿Quieres decir «te amo»?

-Eso mismo. No lo digas.

-Okay - dijo Suzy.

XXV

EL VIEJO JINGLEBALLICKS

Doc volvió de su expedición alrededor de las cuatro y media. Traía un centenar de quitones atados con cordel a pequeñas placas de vidrio, para evitar que se retorciesen, y sumergidos en agua de mar en sus cubos de recolección, había centenares de ofiuras.

Ahora bien; la operación de matar es una de las más delicadas para un zoólogo marino. Se desea que el animal se conserve tal como estaba en vida, pero esto es imposible. En la muerte el color cambia, tal como sucede con los seres humanos. Además, si se emplea algún medio violento para darle muerte, hay constricción, y en el caso de las ofiuras, la lucha por la existencia hace que el animal se desprenda de sus brazos.

En la sala delantera de los Laboratorios de Biología Occidental, Doc vertió parte del agua de mar de su cubo de madera. Luego trasladó las estrellas a un gran plato de cristal de fondo plano, vertiendo un poco de agua de mar sobre ellas. Los animalillos de brazos serpentinos recorrieron por unos momentos el fondo del plato, para quedarse finalmente quietos. Cuando estuvieron completamente inmóviles y en descanso, Doc añadió un poco de agua dulce al plato. Los brazos se agitaron nerviosamente. Esperó un poco y luego añadió más agua dulce. Para un animal marino, el agua dulce es un veneno, y si se introduce lentamente resulta tan sutil como la morfina. Les produce calma y relajación, hasta que la pequeña criatura se duerme y muere sin violencia.

Doc se sentó para esperar que el veneno produjese su efecto. Tenía la sensación de que algo no iba bien. ¿Qué podría ser? ¿Habría olvidado algo? Se sentía muy bien, el pequeño dolor de cabeza de la mañana había desaparecido. ¡Claro!, era la caja de cerveza de Bohemia que estaba en casa del patrón. Su subconsciente se lo debía estar recordando. Miró por la ventana hacia la droguería. Allí también ocurría algo raro. Y finalmente lo vio. Las ventanas estaban limpias. Se volvió y miró por el laboratorio. Los discos estaban amontonados cuidadosamente sobre los estantes, sin el desorden acostumbrado. El suelo brillaba y aquel olor... era de jabón.

Pasó a la cocina. Los platos estaban limpios, las cacerolas fregadas y relucientes. Un delicioso aroma surgía de una cazuela colocada sobre el fogón de gas. Levantó la tapadera. Un moreno jugo de carne burbujeaba entre zanahorias y cebollas, y un pedazo de apio blanco nadaba como un pez.

Doc volvió a su mesa y se sentó. Su lecho de campaña estaba liso y mullido, y el embozo mostraba una sábana limpia. De pronto se apoderó de él una gran desolación..., una enorme tristeza que casi le producía un efecto reconfortante. Las puntas de sus zapatos alineados asomaban en su dirección por debajo del lecho.

«¡Pobre criatura! - pensó-. ¡Oh, pobrecilla! Tal vez está tratando de pagármelo... Espero no haber hecho nada malo. ¡Dios mío, espero que no haya entendido mal las cosas! ¿Qué dije? Sé que no hice nada malo, pero ¿y lo que dije? No querría herir a Suzy por nada del mundo.»

Volvió a mirar a su alrededor. «Es muy meticulosa limpiando una casa - pensó-. El estofado, asimismo, huele maravillosamente.» Vertió un poco más de agua dulce en el plato de cristal. Los brazos de las estrellas se



Librodot

disponían en pequeñas espirales. Apenas se movieron cuando fue introducido el nuevo veneno.

Aquel limpio laboratorio ponía a Doc nervioso y aprensivo. Parecía que le faltaba algo, algo de sí mismo. La voz inferior permanecía silenciosa. En sus obscuras profundidades, de todos modos, él sentíase consolado. Se dirigió al estante de los discos. Nada de Bach..., no, ni de Buxtehude..., tampoco de Palestrina. Su mano se tendió a un álbum que no tocaba desde hacía mucho tiempo. Casi sin darse cuenta, lo abrió. Y entonces sonrió y puso el primer disco en la platina: era *Don Giovanni*, de Mozart. Empezaron a sonar los primeros compases de la obertura y Doc, sin dejar de sonreír, fue a la cocina y empezó a revolver el estofado.

«*Don Giovanni* - se dijo-. ¿Es esto lo que yo pienso de mí mismo? ¡No! Nada de eso. Pero, ¿por qué me siento tan bueno y tan malo a la vez?»

Miró a su escritorio. Las cuartillas amarillas estaban amontonadas cuidadosamente y los lápices afilados.

«Creo que voy a intentarlo.»

Y en este momento se oyeron unos pasos torpes a la entrada, y el Viejo Jingleballicks irrumpió en la estancia.

Es una locura escribir sobre el Viejo Jingleballicks, pero ya que ha aparecido en este momento, resulta necesario hacerlo. Las personas que salen de una sesión con el Viejo Jay sienten ligeros vértigos, y las que son juiciosas, pasado un tiempo apenas lo creen. Su nombre no puede mencionarse, porque aparece en demasiadas placas de bronce que empiezan: «Por donación de...»

El viejo Jay nació tan rico, que ni él mismo sabía cuánto tenía. Pensaba que todo el mundo era como él. Era un hombre de ciencia, pero nunca supo nadie si estaba dotado de talento o era un zoquete, y puesto que había contribuido con sus donativos a tantas doctas fundaciones, financiado tantos proyectos y figurado en tantos Consejos de Administración, nadie se atrevía abiertamente a preguntárselo. Daba los millones a manos llenas, pero también era capaz de vivir de gorra a costa de un amigo. Sus honores académicos eran numerosos, y había personas que pensaban en privado, malévolamente, que se los concedieron con la esperanza de obtener un donativo, y que él era, en realidad, conio un jugador de fútbol cuyos grados académicos poseían poca relación con su escolaridad.

Era un hombre rechoncho con una tonsura natural de cabello amarillento. Sus ojos eran brillantes como los de un pájaro, y sentíase interesado por todo. Estaba tan próximo a la realidad, que había perdido por completo el contacto con el realismo. A veces divertía a Doc, pero en otras ocasiones sus interminables y miopes entusiasmos le llevaban al borde de la desesperación. El Viejo Jingleballicks hablaba a gritos con todos sus interlocutores, bajo la impresión de que así sus palabras resultaban más claras.

-¿Recibiste mi telegrama? - gritó.

-No.

-He venido para felicitarte el cumpleaños. No se me olvida nunca. Cae en el mismo día en que quemaron a Giordano Bruno.

-Hoy no es mi cumpleaños - dijo Doc.

-Vamos, ¿qué día es hoy?

-Viernes.



Librodot

-¡Oh! Bien, esperaré.

-Es en diciembre. Y sólo tengo una cama.

-Muy bien. Dormiré en el suelo.

Se dirigió a la cocina, levantó la tapadera de la cazuela y empezó a comerse el estofado..., soplando violentamente para enfriarlo.

-¡Aún no está hecho! - exclamó Doc, y le irritó ver que él también gritaba.

-¡Ya está bien!-gritó el Viejo Jay, y siguió comiendo.

Doc dijo:

-Pasó por aquí Hitzler. Dijo que te han visto en un prado de Berkeley, de rodillas en el suelo y sacando un gusano de un agujero con ayuda de los dientes.

El Viejo Jay engulló una zanahoria medio cruda.

-¡Qué va! -gritó-. Oye, este estofado aún no está hecho.

-Creo habértelo advertido.

-¡Oh! Verás, la verdad es que me entretuve en contemplar los petirrojos, que se dedicaban a buscar gusanos. Cavaban corno verdaderos mendigos en cuclillas, por decirlo así. Yo me pregunté si era necesario hacer un gran esfuerzo para tirar de los gusanos. Tenía una romana y la sujetaba con los dientes. El reptil nocturno corriente resiste hasta una libra con seis onzas. Lo probé con cuarenta y ocho individuos. ¡Imagínate! Un pájaro que pesa tres onzas es capaz de levantar veintidós onzas, o sea más de siete veces su propio peso. No me extraña que coman tanto. El comer de ese modo es lo que les mantiene hambrientos. ¿Te gustan los petirrojos?

-No muy especialmente - dijo Doc -. ¿Vas a comerte toda mi cena?

-Creo que sí - dijo el Viejo Jingleballicks -. Pero aún no está hecha. ¿No tienes nada para beber?

-Iré a buscar un poco de cerveza - dijo Doc.

-¡Estupendo! Trae bastante.

-¿No quieres contribuir un poco?

-Ando muy mal de fondos - dijo el Viejo Jay.

Doc dijo:

-¡Anda, hombre! ¡Ya eres un buen cuentista!

-¡Oh! - exclamó Jingleballicks.

-¡Lo que yo digo es que tú no quieres contribuir!

-Ando un poco mal de fondos, en este momento- repitió el Viejo Jay.

Doc dijo enojado:

-No lo creo. Tú eres un gorrón. Nunca pagas nada. Dirigiste el laboratorio mientras yo estaba en el Ejército, y casi me arruinaste. Yo no digo que robases la mayoría de los recipientes del museo, sólo digo que faltan. ¿Te llevaste aquellos frascos con ejemplares?

-La verdad, sí - dijo el Viejo Jingleballicks. Y añadió pen sativo-: ¡Ojalá fueses un establecimiento de beneficencia o una institución!

-¡Cómo!

-En ese caso podría hacerte un donativo - dijo el Viejo jingleballicks.

-Bien, yo no soy una institución. ¿Qué haces, pues? Harías ]o imaginable para evitar tener que pagar un par de dólares de cerveza. -Y de pronto la desesperación y el humor estallaron en el interior de Doc y rompió en una cansada risa -. ¡Oh, Señor- dijo-, pero es que tú no eres posible! No eres más que una ridícula idea.

-Se está quemando el estofado - dijo el Viejo Jingleballicks.

Doc saltó hacia el fogón y apartó la cazuela.

-Te has comido todo el jugo - dijo amargamente-. ¡Claro que se ha quemado!

-Era muy bueno - dijo el Viejo Jay.

* * *

En la droguería, Doc dijo:

-Dame una docena de botellas de cerveza.

-¿No quieres la Bohemia?

-¡No, por Dios! - repuso Doc-. Tengo un invitado que...

-Y entonces le pasó por la cabeza un malvado pensamiento -. Un hombre interesantísimo - dijo Doc -. ¿Por qué no vienes a beber con nosotros? El Viejo..., quiero decir mi amigo, podrá explicarte las jugadas de ajedrez mejor que yo.

-¿Por qué no? - dijo el patrón-. Tal vez lleve un poco de licor.

-¿Por qué no? - repitió Doc.

Mientras cruzaban la calle, el patrón le preguntó:

-¿Vas a la fiesta, mañana?

-Claro.

-Te aprecio, Doc, pero no te entiendo. No eres un ser real -dijo el patrón.

-¿Qué quieres decir?

-Verás, todo lo que haces es... Bien, eres como el ajedrez. No acabo de entenderte.

Doc dijo:

-¿Crees que somos reales los unos para los otros? Vas a conocer a un hombre que no puede existir de ninguna manera.

-No digas esas cosas - dijo el patrón con nerviosismo.

El Viejo Jay gritó, mientras ellos subían por la escalera:

-Os traigo unas noticias estupendas. ¡La especie humana va a desaparecer!

-Te presento a José María Rivas - dijo Doc -. José María, este señor es el Viejo Jingleballicks.

-¿Por qué no se puede hacer trampa en el ajedrez? - preguntó el patrón.

-¡Oh, sí se puede, sí se puede! O, por lo menos, se pueden reagrupar las piezas del adversario, lo cual resulta ser lo mismo. Pero, ¿qué estaba diciendo? ¡Ah, sí...! Estamos a punto de unirnos a los grandes saurios extinguidos.

-¡Magnífico! -dijo Doc.

-¿Quiere usted decir que desapareceremos todos? - preguntó el patrón.

-Exacto, joven. Éste es el chiste final. ¡Abrid la cerveza! El hombre, al salvarse, se ha destruido a sí mismo.

-¿Quién se ha destruido? - preguntó el patrón.

-No se reirán poco allá arriba, en el Olimpo - dijo el Viejo Jingleballicks -. En lugar de ir a Armagedón vamos a las cámaras de gas, y somos nosotros mismos quienes generamos este gas...

Doc dijo:

-Tenía intención de trabajar en mi monografía.

-¡Magnífico! Yo te ayudaré - dijo el Viejo Jingleballicks.

-¡Oh, no, por Dios! - exclamó Doc.

-El hombre ha resuelto sus problemas - prosiguió el Viejo Jay-. Ha hecho desaparecer de la tierra a los animales de presa; ha suprimido el frío y el calor; las enfermedades contagiosas han sido prácticamente eliminadas. Los viejos han visto prolongada su vida, los jóvenes no se mueren. Las mejores guerras no pueden siquiera equilibrar el promedio de nacimientos. Hubo épocas en que un pequeño ejército podía hacer desaparecer la mitad de una población en un año. El hambre, el tifus, la peste, la tuberculosis eran armas de confianza. Un rasguño con la punta de una lanza significaba infección y muerte. ¿Sabéis cuál es hoy día el pro medio de defunciones por heridas en combate? Uno por ciento. Hace cien años era el ochenta por ciento. La población aumenta y la productividad de la tierra disminuye. En un futuro previsible seremos aniquilados por nuestro propio número. Sólo la limitación de nacimientos puede salvarnos, pero esto es algo que la Humanidad nunca querrá poner en práctica.

-¡Pero, hombre! - dijo el patrón -. Pero, ¿qué ve usted en ello, que le pone tan contento?

-Es un chiste cómico. La preocupación por la existencia ha preparado las cosas para nuestra propia extinción.

-No he entendido ni una sola palabra de ello - dijo José María.

Doc tenía las manos ocupadas. En la izquierda sostenía un vasito de *whisky* y en la derecha una lata de conserva.

-Todo mi instinto me dice que me mantenga apartado de esto - dijo -, pero todos mis impulsos me obligan a intervenir.

-¡Viva! - exclamó el Viejo Jay-. ¿Es *whisky* eso?

-»Old Tennis Shoes» - dijo José María -. ¿Quiere usted?

-Quizá algo más tarde.

-Okay.

-Ahora ya es algo más tarde - dijo el Viejo Jingleballicks.

-Me parece que es usted capaz de sablear a cualquiera -dijo el patrón -. Tengo la sensación de que me la voy a cargar.

-Bien, ha ganado el impulso - dijo Doc-. Has olvidado una cosa, Viejo Jingleballicks. Ciertamente, ha habido especies que se extinguieron por haber calculado mal las cosas, pero eran especies con muy poco índice de variabilidad. Considera ahora los *lemings* o la ardilla gris.

-Se trata de un caso muy especializado - dijo el Viejo Jingleballicks.

-¿Y cómo sabes que nosotros no lo somos? ¿Qué hacen los *lemings* cuando su población sobrepasa la cantidad de alimento disponible? Masas enteras de ellos nadan hasta el mar y se ahogan, hasta que consiguen un equilibrio de alimento y población.

-Te niego todo derecho a utilizar los *lemings* como ejemplo -dijo el Viejo Jingleballicks -. Pásame la botella, ¿haces el favor?

-¡Negando no se consigue nada! - dijo Doc -. ¿Constituye una enfermedad la migración de los *lemings*? ¿Es un atavismo? ¿O es una manifestación psíquica impuesta en parte del grupo para la supervivencia de todo el conjunto?

-¡No quiero verme desposeído de mi derecho a la extinción! ¡Esto es un timo! - Se volvió al patrón-. No escuche usted a ese hombre. Es un charlatán.

-Estoy convencido de ello - dijo José María con admiración.

Doc apuntó con el índice entre los ojos del Viejo Jay, sosteniendo su vaso de *whisky* como la culata de una pistola.

-¿Enfermedades, dices? ¿Infecciones? ¿Desaparecidas casi totalmente? Pero, dime, ¿no aumentan los trastornos nerviosos? ¿Y pueden curarse, o, por el contrario, con la curación aún se extienden más? ¡Espera, espera! No trates de hablar ahora. ¿No supones que la tendencia hacia la homosexualidad puede tener también una progresión matemática?

-No puedes demostrarlo - gritó el Viejo Jingleballicks-. Todo son palabras..., palabras altisonantes. ¡Caramba, podrías también acusarme de tendencias neuróticas y terminar de una vez! - Sus ojos estaban llenos de lágrimas-. Amigo mío, amigo ideológico, amigo sincero - gimoteó.

Doc dijo:

-No quiero ni pensar en semejante cosa.

-¿Ah, no?

-¡Claro que no!

-¿Cuándo piensas cenar? - preguntó el viejo Jingleballicks.

-Pero si te has comido tú mi cena - dijo Doc.

-Tengo una buena idea - dijo el Viejo Jay-. Mientras tú preparas la cena, Guillermo María puede ir a buscar otra bo tella de *whisky* y yo colocaré las piezas sobre el tablero de ajedrez.

-No se llama Guillermo María, sino José María.

-¿Quién? ¡Oh! Amigo mío, voy a enseñarle el más grande de todos los juegos, la etérea creación del intelecto humano. ¿Qué tal si lo amenizamos con una pequeña apuesta?

-¡Qué es eso, viejo y tramposo ladrón! -gritó Doc.

-¿Le parece bien diez dólares, María?

El patrón se encogió de hombros, como si tratase de excusarse ante Doc.

-Uno tiene que pagar para aprender las cosas - dijo.

-Dejémoslo en veinticinco - dijo el Viejo Jingleballicks -. ¿Piensa usted vivir eternamente?

Doc abrió una lata de salmón y otra de *spaghetti*, y juntó su contenido, revolviéndolo, en una sartén. Echó nuez moscada rayada por encima. Tristemente, puso la cazuela quemada en el fregadero, para que se ablandase.

Poco después de obscurecer, el patrón volvió a la droguería y envió a Cacahuete con una tercera botella de *whisky*. En el primer piso se unió a los «espaldas mojadas», que, avanzando y retrocediendo en línea, bailaban los tristes y majestuosos compases de los tehuanos.

«Sandunga - cantaban-, sandunga, mama mía...»

En el laboratorio ensombrecido, Doc y el Viejo Jay daban buena cuenta, con lentitud, del contenido de la tercera botella de «Old Tennis Shoes».

-Ya hace demasiado tiempo que usas la cama - dijo Doc -. Quiero que me la devuelvas.

-Muy bien. A medida que envejezco, cada vez espero menos cosas... y no recibo nada, ni siquiera de aquellos que se llaman amigos míos.

-¡Oye, mira! Te has comido y echado a perder mi cena, has engullido la segunda que he preparado, te has bebido tú solo casi toda la cerveza, por cada copa de *whisky* que he tomado yo, tú has bebido dos; te has apropiado de mi cama, has roto dos discos, y he visto cómo te metías mi estilográfica

en el bolsillo. Y aún no me explico cómo has conseguido timarle al patrón sus veinticinco dólares. No debieras haberle dicho que, en ciertas circunstancias, un caballo puede saltar tres cuadros en la misma dirección... Eso no es honrado.

-Lo sé - dijo el Viejo Jingleballicks. Dio unas cariñosas palmaditas a la almohada -. Ahora tú échate aquí y ponte có modo. Iré a buscarte algo para beber. ¿Te sientes mejor, ahora?

-¡Oh, estoy muy bien! - dijo Doc.

-Dime, ¿está abierta la casa de enfrente?

Una rabia ciega obligó a Doc a levantarse de un salto.

-¡Te prohibo que vayas allí! - dijo-. ¡Maldito loco!

-¿Por qué no puedo ir? ¿Tendré que renunciar al encanto de las mujeres si puedo permitirme este lujo? Me parece oír el retintín de sus dulces voces y ver sus blancas y voluptuosas formas...

-¡Oh, cállate! - exclamó Doc.

-Pero, ¿qué te pasa, mí querido amigo? No recuerdo que tuvieses hambre de amor, ni siquiera cuando estaba menos próximo y era menos razonable.

-Vete al infierno - dijo Doc -. Pero vete al infierno aquí.



Librodot

XXVI

SE AVECINA LA TEMPESTAD

En el mismo momento en que Doc y el Viejo Jingleballicks se estaban peleando por una cuestión que ninguno de los dos entendía, Mack estaba sentado, con el cuerpo muy cómodo pero el espíritu turbado, en el dormitorio-oficina de Fauna. Sostenía en la mano una copa de cristal veneciano en forma de capullo y llena de *whisky*. Estaba explicando a Fauna un problema que no se le había presentado en su vida durante muchos años.

-No creas que anteriormente no han habido fiestas como ésa en el Palace, y peleas - dijo-. Sí, cuando llegó la noticia de que Gay había obtenido su recompensa, dimos una franca chela que hizo época. No lo hubieran hecho mejor en el Rodeo de Salinas. Gay se hubiera sentido orgulloso de ella..., de haber podido estar.

Fauna dijo:

-Se dice que tres con los ojos a la funerala fueron a reunirse con Gay antes de que cayese la noche del día siguiente.

-Claro, había que esperar que ocurriesen algunos accidentes - dijo Mack con modestia-. Esto estaba perfectamente. Pero lo de ahora es algo especial. No sólo hay corazones leales que están preparando un espléndido donativo para nuestro querido amigo, sino que tenemos un programa doble. En el mismísimo Palace Flophouse los sagrados vínculos del matrimonio están a punto en la línea de salida. Ésta será una zapatiesta muy tranquila. Los muchachos y ye la esperamos llenos de sentimientos delicados.

-Pero sin traje que poneros - dijo Fauna.

-¡Exacto! Pensamos que alguien tendría que dar la tónica.

Si los amigos fieles parecen mendigos, los mendigos, ¿qué parecerán?

Fauna asintió:

-Comprendo lo que quieres decir. ¿Hasta dónde quieres llegar... trajes de etiqueta?

-¡No, por Dios!-dijo Mack-. Sólo pantalones y chaquetas de la misma tela, y no se permitirá entrar a nadie que no lleve corbata, y tampoco corbatas inadecuadas para la fiesta. Es un momento extraordinariamente solemne, Fauna.

Ésta se rascó la cabeza con un lápiz.

Mack prosiguió:

-Ya no soy tan joven como antes. No sé si podré encargarme de muchas fiestas más.

-Ninguno de nosotros es tan joven como antes - dijo Fauna, golpeándose los dientes con el lápiz.

En realidad, ella también tenía su problema, y deseaba pedir consejo a Mack. Ahora, de pronto, ambos problemas chocaron y nació una solución para los dos. En los ojos de Fauna apareció una luz de triunfo al murmurar:

-¡Ya lo tengo!

-Dámelo con suavidad - dijo Mack -. Esta noche no he dormido mucho.

Fauna se levantó para buscar el puntero con el que dirigía el tráfico astrológico o golpeaba una espalda saliente. Hablaba mejor con la varita en la mano.

-Esto requiere un trago - dijo, y se lo sirvió.

Mack hacía girar el tallo de la copa en forma de capullo entre sus dedos, y miraba a través del líquido. El cristal rojo hacía aparecer verde el *whisky* pardo.

Fauna dijo:

-Hubo una reina, hace mucho tiempo, que iba recargada. No le importaba pagar doscientos pavos por un vestido casero. Tenía tantos brazaletes, que no podía doblar los brazos. ¿Sabes lo que hacía cuando celebraba un cumpleaños, una fiesta o algo parecido?

-Se ponía un mono - dijo Mack.

-No, pero te acercas a la verdad. Se vestía como si fuese una lechera. Disponían una vaca y la reina se sentaba en un taburete de oro y trataba de demostrar su habilidad ordeñando. Y aún hay otra señora antigua. La crema de la crema. Daba fies tas a las que nadie podía asistir. Llevaba un trapo en la cabeza. Lo hizo durante años. Si se miraba por encima de la multitud y no se veía una cabeza cubierta con un trapo... es que ella no estaba allí.

La mano de Mack temblaba al llevarse la copa a los labios.

-¿A ver si será lo que pienso?

-¡Un baile de máscaras!-gritó Fauna-. Sólo hay dos clases de personas en el mundo que den bailes de máscaras..., las que tienen demasiado y las que no tienen nada.

Mack sonrió interiormente.

-¿Puedo tomar otro trago? - preguntó.

-Tú mismo - dijo Fauna -. El baile de máscaras tiene, además, otras ventajas. La gente está cansada de ser siempre los mismos. Los disfraces les hacen sentirse otros por unos mo mentos.

Mack habló con reverencia:

-Solían decir: «Si tienes algo que no puedas poner en claro, dáselo a Mack». Fauna, ahora te toca a ti. Eres una señora colosal.

-¿Tú crees?

-¡Pues no faltaba más! Fauna, apuesto a que la revista *Life* daría cualquier cosa por que los invitásemos.

-Nos hace falta un tema.

-¿Qué quieres decir?

-Bien, no podemos permitir que cada cual haga lo que le venga en gana. No sabemos qué clase de trajes llevarán. No quiero que se arme la de San Quintín y que nos arresten.

-Creo que tienes razón. ¿Se te ocurre algo?

-¿Qué tal te parecería «En la corte de la Reina de las Hadas»?

-No - dijo Mack -. En primer lugar, no tenemos derecho a herir los sentimientos de Joe Elegant; en segundo lugar, los de la *bofia*...

-Bien, ¿qué te parece, pues, «Blancanieves y los siete enanitos»?

-He visto la película - dijo Mack -. Creo que eso ya está mejor. Algunos de esos enanos parecían mendigos. No podía imaginarme a Hazel como un hada, pero resultará muy bien como un enano grande y talludo.

-Esto es lo que me gusta de la idea - dijo Fauna-. Permite cierta libertad.

-¿No crees que esto exige que lo celebremos con una copa?

-¡Pues claro que sí! Tú harás correr la voz, ¿eh, Mack? Puedes venir disfrazado de enano, príncipe o princesa, o de lo contrario no entrarás. Sostén firme esa copa.

-Pero, ¿y Doc? - dijo Mack.

-¿Sabes? - dijo Fauna -. Te apuesto cinco contra siete a que Doc llevará corbata.

XXVII

¡OH, DÍA INCOMPARABLE!

El sistema de comunicaciones de Cannery Row es misterioso hasta el punto de ser mágico, y rápido como la luz. Fauna y Mack, el viernes por la noche a las nueve horas con once minutos y medio, llegaron a la decisión de que la fiesta consistiría en un baile de máscaras. A las nueve y doce minutos había empezado la magia, y a las nueve y media todos los que no estaban dormidos, borrachos o ausentes, estaban enterados de ello. Una mujer particularmente mísera que no había estado con un hombre desde hacía mucho tiempo, comentó:

-¿Cómo se sabrá si van disfrazados o no?

Una afirmación que surgía claramente de su propio estado de miseria. Pero generalmente la noticia fue recibida con maravilla y gozo.

Considérese lo que se reservaba a los poseedores de billetes de lotería: ¡Una fiesta en el Palace Flophouse; un sorteo que tenía la categoría de un verdadero festival con regalos; un noviazgo de proporciones desusadas y desconocidas en los anales del Row; y, por si fuese poco, un baile de trajes! Con una sola de estas cosas ya habría bastante. Juntas, amenazaban convertir la fiesta próxima en una catástrofe.

Fauna exhaló un suspiro de alivio, porque aquello le resolvía su mayor problema. Quería vestir a Suzy de cierta manera, y ésta, con lo testaruda que era, se habría resistido. Ahora era fácil. Hay poca diferencia entre el guardarropa de Blancanieves y el de una joven y encantadora desposada.

Habrá algunos que piensen que Fauna se tomaba demasiadas atribuciones al combinar un enlace sin el conocimiento o aquiescencia de una de las partes, y tales escépticos tendrán perfecta razón. Pero Fauna tenía la convicción, nacida de una larga experiencia, que de la mayoría de las personas, unas no sabían lo que querían; otras no sabían cómo obtenerlo; y las terceras, lo ignoraban cuando lo tenían.

Fauna era una de aquellas raras personas que no sólo poseen convicciones, sino que están muy deseosas de asumir una responsabilidad por ellas. Sabía que Doc y Suzy se unirían. Y puesto que ellos estaban demasiado confusos, o desprevenidos, o se mostraban bastante tímidos para hacer que aquel feliz estado fuese una realidad, Fauna se hallaba preparada para hacerlo en su lugar. Sus críticos exclamarían:

-¡Pero supongamos que se equivoca! Quizá este enlace no tiene las menores probabilidades de éxito.

Y la respuesta de Fauna a estas críticas, si las oyese, sería poco más o menos:

-Ahora las cosas no les van muy bien. Tal vez eso dará resultado. ¿Qué tienen que perder? Y si bien se mira, ¿qué pro babilidades tienen los demás? Doc se puso una corbata, ¿no es verdad? Y si me equivoco es culpa mía. Claro, se pelearán ahora y luego. Mas, ¿quién no se pelea? Pero tal vez obtendrán alguna recompensa. ¿Cuáles son las probabilidades que tienen los demás?

Y si le sugiriese que las personas tienen que tener el derecho de elegir libremente después de pensarlo bien, ella replicaría:

-Pero, decidme, ¿quién piensa? Yo puedo pensar mejor que nadie, porque no soy parte interesada.

Y si la hubiesen acusado de ser una entrometida, hubiera dicho:

-¡Pues claro que sí! ¡No he hecho otra cosa en toda mi vida!

No se podía discutir con Fauna, porque ésta empezaba dando la razón a su contrincante, para luego seguir haciendo lo que había planeado. Se había dedicado a la astrología porque descubrió que las personas que no quieren seguir los consejos de un amigo sabio e informado, siguen ciegamente los mandatos de los planetas...., los cuales, según todas las noticias, son muy remotos y distantes. Doc no aceptaría los dictados de la astrología, y, por lo tanto, tenía que ser castigado. Fauna no esperaba que nadie le agradeciese nada. Había perdido esa ilusión hacía mucho tiempo. Doc no era capaz de interpretar la obscura voz de sus entrañas, pero ésta sonaba fuertemente en los oídos de Fauna. Sabía que Doc estaba solo; se daba cuenta de su soledad. Cuando estaba con él, aquella voz baja ahogaba todas las demás.

El sábado por la mañana hizo que todas las muchachas de la casa sacasen todas las prendas de vestir que poseyesen y las extendiesen en la cama de su oficina.

Mabel era una ramera innata, auténtica, genuina. En cualquier época, bajo cualquier sistema, tras un período de orientación, Mabel hubiera terminado por hacer exactamente lo que estaba haciendo en Cannery Row. Esto no tenía nada que ver con el hado, sino que era más bien una combinación de aptitudes e inclinaciones. Lo mismo si hubiese nacido en una choza que en un castillo, Mabel hubiera gravitado hacia la vida airada.

El montón de atavíos que había sobre el lecho de Fauna era impresionante. Algunos de aquellos vestidos hubieran causado la detención por vagancia de una muchacha que sólo saliese a echar una carta al correo.

Mabel llamó aparte a Fauna y habló con ella en privado.

-Mi abuela provenía del Viejo Mundo - dijo.

Mabel abrió el cajón inferior de su cómoda y levantó un paquete de papel obscuro sellado herméticamente con tiras de celofán.

-Mi abuela se lo dejó a mamá, y mamá me lo dejó a mí -dijo mientras rasgaba el papel -. Ni ella ni yo lo necesitamos.

Quitó capa tras capa de papel de seda y por último extendió un vestido sobre su cama...., un vestido de novia de batista blanca inmaculada, en el que había bordadas flores blancas... con bordados tan diminutos que parecían surgir de la misma tela. El corpino era ajustado y la falda muy ancha. Mabel abrió una caja y colocó junto al vestido una corona nupcial de plata.

-Creo que no me lo estropeará - dijo Mabel -. Dile que no se vierta nada encima. Sacaré brillo a la corona. Está algo deslustrada... ¡Pero es de plata auténtica!

Fauna, por esta vez, se quedó sin habla. Sus dedos acariciaron la suave y hermosa tela. Le costaba desfallecer, pero aquel vestido casi la obligó a ello.

-¡Blancanieves! -dijo casi sin aliento-. Tendré que tener cuidado o terminaré creyendo mis propias paparruchadas. Mabel, voy a darte mis pendientes de azabache.

-Yo no quiero nada.

-¡Tú quieres mis pendientes de azabache!

-¡*Amos*, anda! -dijo Mabel.

-Me parece que le sentará muy bien - observó Fauna.

-Bien, pero podemos arreglárselo si le cae mal.

-Eres una buena chica, ¿sabes? ¿Quieres que después me ocupe de ti?

-¡Qué va! - replicó Mabel -. Me gusta vivir aquí. También hay un velo en este maletín.

-No sé si podremos salir del paso con un velo, pero podemos probarlo - dijo Fauna.

-¡Oh, qué diablos! Ella no distinguirá un velo de un agujero en el suelo- dijo Mabel.

* * *

Sólo con que las personas dedicasen los pensamientos, los desvelos, el discernimiento que malgastan en la selección de lo que tienen que llevar en un baile de máscaras, a los asuntos internacionales, a la política, incluso a su propio trabajo, el mundo iría como sobre ruedas. Superficialmente, Cannery Row estaba más tranquilo que nunca, pero bajo la superficie hervía. En un rincón del Palace Flophouse, Whitey núm. 2 daba cuidadosas lecciones al pequeño Johnny Carriaga sobre el arte de amañar los naipes. Johnny había sido prestado para aquella ocasión.... - o, más exactamente, alquilado -, puesto que Alberto Carriaga había recibido sesenta y dos centavos, el precio de un galón de vino, por la utilización de su primogénito. Se planeó que Johnny se vistiera de Cupido, con alas de papel, arco y flechas y carcaj. El carcaj se añadía como lugar donde ocultar el billete de la lotería que saldría premiado. Porque si bien casi todos los moradores del Row sabían que había tongo, cierta cantidad de orgullo hacía que fuese necesario sobrellevar la decepción con dignidad. Debido a cierta falta de confianza en Johnny, las flechas del carcaj estaban provistas en la punta de ventosas de goma.

Whitey núm. 2 cortó un naipe del tamaño exacto de un billete de la lotería.

-Ahora pruébalo otra vez, Johnny - dijo-. No, no puedo ver el borde de él. ¡Mira! Oprime los bordes en tu mano, así. Ahora pruébalo de nuevo. ¡Perfectamente! Muy bien. Ahora veamos cómo lo sacas del carcaj. Haces un pase con el arco..., así.., de modo que todos miren a la otra mano, y dices...

-Ya lo sé - dijo John-. «Soy Cupido, dios del Amor, y apunto a los corazones incautos y confiados.»

-¡Magnífico! Es muy bonito - dijo Eddie-. Me pregunto, ¿de dónde habrá sacado eso Mack?

-Es obra suya - dijo Whitey núm. 2-. Luego, cuando levantes el arco con tu mano derecha, sacas el billete del carcaj con la mano izquierda. Pruébalo.

-«Yo soy Cupido, dios del Amor» - dijo Johnny, blandiendo el arco.

-Muy bien - dijo Whitey núm. 2 -. De todos modos, aún tienes que practicarlo un poco. No te mires la mano izquierda, Johnny. Mira al arco. Ahora, aquí tienes la copa. Baraja las car tas sin dejar caer el billete. Anda, sigue practicando.

-Quiero treinta y cinco centavos - dijo Johnny.

-¡Cómo!

-Si no me dais treinta y cinco centavos, lo diré todo.

-Mack - dijo Whitey núm. 2-, este niño ha doblado de golpe el precio.



Librodot

-Dáselos - dijo Mack-. Más tarde yo le sacudiré doble o no le daré nada.

-No con ese níquel de dos caras, ¿eh? - dijo Johnny.

-Parece como si hoy en día los niños hubiesen perdido totalmente el respeto a las personas mayores - observó Eddie -.

Si yo hubiese contestado así, mi padre me hubiese zurrado.

-Pero tal vez tu padre no dirigía una rifa con tongo - dijo Johnny.

Whitey núm. 1 dijo:

-Este niño no es honrado. ¿Sabes adonde van los niños malos, Johnny?

-Claro que sí, y ya he estado allí - dijo Johnny.

-Dale los treinta y cinco centavos - dijo Mack.

* * *

¡Qué anhelos secretos y recónditos hay en todos nosotros. Tras la nariz rota y el ojo mortecino y triste puede haber un gentil cortesano; tras las posturas, símbolos y mitos de Joe Elegant puede haber el ansia por ser un hombre. Si pudiésemos ser, por una noche, lo que más deseásemos en el mundo, ¿qué sería esto? ¿Qué secreto saldría a la luz?

Hasta cierto punto, el tema para el sorteo y la fiesta de esponsales del Palace Flophouse fue elegido a causa de Hazel. Éste tiraba claramente para enano. Pero cuando hubo releído el cuento, hecho preguntas y se hubo formado la imagen más clara de ello que de cualquier otra cosa que la vida le había deparado, Hazel eligió ser el príncipe encantador. Ya se veía con calzones blancos de seda y una casaca de Eton, mientras su mano izquierda acariciaba la empuñadura de un espadín.

Le ofrecieron el papel de Cascarrabias, del viejo y encantador Cascarrabias, el papel más preciado de todos. Le ofrecieron también el de Risueño, pero Hazel seguía en sus trece. O sería el príncipe encantador o no iría. Por mucho menos se había roto una amistad.

-Muy bien - dijo Mack-, como tú quieras. Yo quería ayudarte a encontrar un disfraz adecuado, pero también sé perder. Hazel, si quieres ser el príncipe encantador, allá te las compongas.

-¿Y eso qué importa? - dijo Hazel -. ¿Crees acaso que necesito tu ayuda? Apuesto a que estás furioso, porque también querías ser el príncipe encantador.

-Pues te equivocas - dijo Mack -. Yo voy de árbol.

-¿Qué quieres decir?

-Hay un bosque, ¿no es verdad? - dijo Mack-. Quiero un poco de amenidad. No se puede tomar a un árbol por el bosque.

Hazel fue a sentarse bajo el ciprés. Estaba de muy mal talante y asustado, porque no se le ocurría ninguna idea, y cuando las buscaba, éstas huían chillando. Pero estaba decidido. No podía transigir. Un hombre sentenciado a ser presidente, no podía ir disfrazado de enano. No era digno. Avanzada la mañana llamó a la puerta trasera de la Bear Flag para requerir la ayuda de Joe Elegant.

Joe sonrió.

-Yo te ayudaré - dijo con malicia.

En todo el Row se abrían baúles, y el olor de las bolas de naftalina se esparció hasta el centro de la calle. Y en todo el Row volvía a escribirse el

cuento, para que encajase con el guarda, rropa. Por acuerdo tácito, nadie pretendía ser Blancanieves.

* * *

En los Laboratorios de Biología Occidental, Doc se despertó tullido y envarado a causa de haber dormido en el suelo. Permaneció quieto por un momento, tratando de aislar la parte de su cuerpo que le dolía más. No constituía la menor parte de su agonía el recuerdo de los esfuerzos que hizo para que el Viejo Jingleballicks ocupase su lecho. Una loca y alcohólica generosidad, de origen probablemente masoquista, consumó el sacrificio. Se incorporó sobre su maltrecho codo y miró al viejo sinvergüenza que dormía tan dulcemente... con su aureola de cabello amarillento rodeando su bruñida coronilla rosada, y mientras su aliento surgía en pequeños y satisfechos ronquidos.

-¡Despiértate! - gritó Doc enfurecido.

Los ojos pálidos parpadearon.

- ¿Qué hay para desayuno? - preguntó el Viejo Jay.

-¿No has tenido ni siquiera la decencia de tener una pesadilla?

-Sí, ciertamente - repuso el Viejo Jay con dignidad-. ¿Qué tal un poco de cerveza?

-¿Te duele la cabeza?

-Sí.

-¿Te duelen las articulaciones?

-Sí.

-¿Tienes una depresión producida por la baja presión sanguínea?

-Abrumadora.

-Entonces, ya te tengo - dijo Doc-. Irás a buscar la cerveza.

Los pálidos ojos giraron con desesperación.

-Te pagaré la mitad si vas tú a buscarla.

-No.

-Te voy a decir lo que haré...., te prestaré el dinero.

-No.

Los ojos del Viejo Jingleballicks mostraban un verdadero terror.

-Alcánzame mis pantalones - dijo, extrayendo de ellos una moneda de veinticinco centavos y otra de diez y tendiéndolas a Doc.

-No - repitió éste.

-¡Dios santo! ¿Qué pretendes?

-Pretendo que me des dos dólares.

-¡Hombre, eso serían seis botellas!

-Exactamente. Estás atrapado, Viejo Jingleballicks, y tú lo sabes.

El Viejo Jay rebuscó en lo más hondo de sus bolsillos y sacó dos billetes de a dólar.

-Tal vez podré anotarlo en el capítulo de diversiones - dijo.

Doc se puso los pantalones y la camisa y cruzó la calle. Lo hizo sin prisas. Bebió rápidamente una botella de cerveza y luego paladeó una segunda, mientras oía las noticias del día de boca de José María.

De vuelta en el laboratorio, puso sobre la mesa las cuatro botellas restantes, muy frías.

-¿Dónde está el cambio? - preguntó el Viejo Jay.

-Me lo he bebido - dijo Doc. Empezaba a sentirse mejor. Vio la triste mirada -. Por una vez, viejo tramposo -dijo gozosamente-, has caído en la trampa. -Y prosiguió-: Desearía poder entenderte. Debes poseer millones, y sin embargo, escatimas, robas y engañas. ¿Por qué?

-Dame cerveza, por favor. Me muero de sed - dijo el Viejo Jingleballicks.

-Entonces, sigúete muriendo un poco más -dijo Doc-. ¡Me gustaría verte morir!

-No es culpa mía - dijo el Viejo Jay -. Es un estado de espíritu. Podríamos llamarlo el estado de espíritu norteamericano. Las leyes sobre la renta están creando una clase de hombre totalmente nuevo..., una psiquis más bien que una psicosis. Dos o tres generaciones más, y tal vez tendremos otra especie. ¿Puedo tomar ahora la cerveza?

-No.

-Si un hombre tiene un poco de dinero, no se pregunta:

«¿Puedo permitirme esto?», sino «¿Puedo deducirlo?» Dos hombres luchan sobre un cheque para pagar la comida, cuando ambos tendrán que deducirlo, del modo que sea... Una nación entera condenada a la falta de honradez por sus leyes, porque la hon radez se castiga. Pero aún hay algo peor que esto. Si me pasas una de esas botellas, te diré por qué.

-Primero dímelo.

-Yo no formulé las leyes sobre la renta - dijo el Viejo Jay, tembloroso-. Lo único creador que poseemos es el individuo, pero la ley no me permite dar dinero a un individuo. Debo darlo a un grupo, a una organización... y lo único que jamás ha creado un grupo ha sido la teneduría de libros. Para participar en mi donativo, el individuo tiene que pasar a formar parte del grupo, perdiendo así su individualidad y su poder creador. Yo no escribí esa ley. Odio una ley que sofoca la generosidad y convierte la caridad en un buen negocio. Las corporaciones están perdiendo su eficiencia financiera porque la prodigalidad es remuneradora. Lo deploro, pero lo practico. Sé que necesitas un microscopio, pero no puedo proporcionártelo porque, con los impuestos, un microscopio de cuatrocientos dólares me costaría mil doscientos (si te lo diera a ti), pero nada si lo doy a una institución. Imagínate también que tú, con tu trabajo creador, ganas un premio. Pues la mayor parte del dinero se iría en impuestos. ¡No es que me importen los impuestos, como Dios sabe muy bien! Pero sí me importa esa ley que hace que la caridad deje de ser la cálida plenitud del acto de compartir una cosa, para convertirse en un hediondo expediente burocrático. Y ahora, si no me das la cerveza, me veré obligado...

-Aquí tienes tu cerveza - dijo Doc.

-¿Qué hay para desayunar?

-Sólo Dios lo sabe. La fiesta que se da esta noche en el Palace Flophouse es una mascarada. «Blancanieves y los siete enanitos».

-¿Por qué?

-No lo sé.

-Yo me disfrazaré de enano rojo - dijo el Viejo Jingleballicks.

-Una estrella moribunda - dijo Doc-. Te irá bastante bien, con ese cabello.

Cuando hubieron terminado la cerveza, decidieron que después de ésta el desayuno sobraba. Doc fue a buscar seis botellas más, y en un arrebato de generosidad trajo la Bohemia.

-Ahora hay cerveza para ti - dijo el Viejo Jingleballicks -. Los mejicanos son un pueblo grande y noble. La Pirámide del Sol y esta cerveza..., civilizaciones enteras han producido menos. Empezaste a hablarme de tu monografía anoche, pero te desvió una muchacha. Me gustaría ver a esa muchacha.

-A mí me gustaría hablarte de mi monografía. Pretendo establecer ciertos paralelos entre las reacciones emocionales de los cefalópodos y las de los seres humanos, y me gustaría obser var los cambios patológicos que sobrevienen con estas reacciones. Las paredes que forman el cuerpo de los pulpos son semitrans parentes. Con instrumental adecuado sería posible observar estos cambios a medida que ocurriesen. A veces los organismos más sencillos pueden darnos una clave para comprender los más complejos. La demencia precoz, por ejemplo, fue considerada únicamente una manifestación psicótica hasta que se observó que iba acompañada de síntomas físicos.

-¿Por qué no escribes esa monografía?

-Es como si me diese miedo hacerlo. Se apodera de mí una especie de terror cuando pongo manos a la obra.

-¿Qué puedes perder si no lo consigues?

-Nada.

-¿Y qué ganarás si la llegas a escribir?

-Lo ignoro.

El Viejo Jingleballicks contempló benignamente a Doc.

-¿Has bebido ya suficiente cerveza para no sentirte quisquilloso?

-Yo no soy nunca quisquilloso.

-¡No vas a serlo! Anoche casi me hiciste perder los estribos y heriste mis sentimientos.

-Lo siento. ¿Qué querías decir?

-¿Me dejarás terminar una vez haya empezado?

-Lo intentaré.

El Viejo Jay dijo:

-Me parece como si fueras una mujer que no ha tenido nunca un niño, pero que se sabe al dedillo todo lo que sucede. Hay en ti una falta de realización, de plenitud. Creo que has violado algo o has apartado de ti alguna cosa..., casi como si comieses abundantemente, pero nada que contuviese vitamina A. No estás hambriento, pero desfalleces. Eso es lo que yo pienso.

-No puedo imaginar que me falte nada. Tengo libertad, comodidades y la clase de trabajo que me gusta. ¿Qué me falta?

-Bien, pero anoche, durante toda la conversación, no dejaste de mencionar a una joven llamada Suzy...

-¡Por el amor de Dios!-dijo Doc-. ¿Sabes lo que es Suzy? Una pequeña vagabunda medio analfabeta, una prostituta. La llevé a cenar conmigo porque Fauna me pidió que lo hiciese. La encontré interesante, de la misma manera que encuentro interesante a una nueva especie de pulpo, esto es todo. Tú has sido siempre un loco de remate, Viejo Jingleballicks, pero no me salgas ahora haciéndote además el romántico.

-¿Quién habla de romanticismo? Yo hablaba de hambre, tal vez tú no puedes ser plenamente tú mismo, porque no te jias dado nunca plenamente a otro.

-¡Cesa ya con esa absurda palabrería esotérica!-gritó Doc -. No sé por qué no te hice dormir en el suelo.

-Entonces, trata de descubrir por qué te has enfadado -dijo el Viejo Jay.

-¿Cómo?

-Y bien, ¿no pones demasiada energía en el simple hecho de negar una cosa que, de ser cierta, no merece que sea negada?

-A veces pienso que estás verdaderamente loco de atar -dijo Doc.

-¿Sabes lo que voy a hacer? - dijo el Viejo Jay -. Voy a comprar una botella de *whisky*.

-¡No lo creo! - gritó Doc.

XXVIII

POR DONDE ALFREDO, EL SAGRADO RIO, DISCURRE

Muy pocas personas saben que Hazel dio su nombre al Palace Flophouse hacía años, cuando los muchachos se instalaron a vivir en él por vez primera. Inspirado por la gloria de poseer un hogar, Hazel compuso el nombre de algo que él sabía y de algo que no sabía, lo conocido y lo desconocido, lo familiar y lo exótico; y desde ese día en adelante, el nombre hizo fortuna, hasta tal punto, que cierta clase de personas lo conocían, de un extremo del Estado al otro. Y el Palace Flophouse justificó su nombre en el transcurso de los años. Fue un refugio y un hogar básico para los muchachos. Asimismo, ocurrieron en él algunos hechos sorprendentes.

La construcción no era muy impresionante en sí misma... Tablas de pino gigante de California y ladrillo, techumbre de papel alquitranado, veintiocho pies de largo, catorce de ancho, dos ventanas cuadradas y dos puertas, una a cada lado. En esta sencilla caja, Mack y los muchachos instalaron algunos notables artículos, los productos de su ingenio, su trabajo y a veces su desdicha. La gran estufa de hierro fundido estaba en excelentes condiciones y parecía querer hacer perdurar el Coliseo, con el cual tenía gran parecido. El reloj de pared, que fuera antaño la caseta de un perro, estaba ahora vacía... y Eddie deseaba que lo enterrasen en él. Todas las camas tenían pabellón, como un substitutivo para no tener que remedar el techo, y la cama de Gay se conservaba tal como estaba cuando él se marchó...., una colcha apedazada vuelta con el fin de revelar una sábana gris de franela. Su ejemplar de las *Sorprendentes y verídicas historias del desierto*, abierto por la página 62, estaba colocado sobre la caja de manzanas, tal como lo dejó Gay, y su más preciada pertenencia, un ejemplar de coleccionista, una corona y piñones de un automóvil *Willys-Knight*, de 1914, yacía sobre un paño de terciopelo negro, en el fondo de la caja. En el estante que había sobre su cama, los muchachos mantenían constantemente un ramillete en un enorme y destartalado vaso, porque Gay amaba las flores, e incluso se las comía..., particularmente las rosas rojas, las flores de mostaza, los capullos de los nabos silvestres y los pétalos de una variedad de dalias. Nunca se había permitido a nadie sentarse o dormir en la cama de Gay. Éste podía volver algún día, pensaban los muchachos, a pesar de que se informó oficialmente de su muerte y el Ejército hizo efectivo su seguro.

En algunas ocasiones hubo mascaradas en el Palace Flophouse, pero nunca una tan endiablada como la que estaba ahora a punto de explotar. El exterior estaba recién encalado. Se juntaron las camas y el interior constituía una arcada de ramas de pino, entrecruzadas y formando un dosel. La gran estufa hacía las funciones de bar, y se llenó el horno con hielo triturado. Frente a la puerta trasera se elevó un pequeño escenario, con una cortina de pintor por telón y la puerta por entrada... porque en aquella zona tendrían lugar algunos efectos teatrales, sin contar con la propia subasta.

Aquella enramada silvestre estaba iluminada por farolillos japoneses y una hilera de éstos iba desde la vereda de las gallinas hasta la vía del ferrocarril.



Librodot

Mack contempló el escenario de la fiesta, y le dio un nombre que fue recordado.

-Un verdadero país de hadas - dijo.

El patrón contribuyó con su mejor grupo de músicos, los originales «espaldas mojadas»... dos guitarristas, marimbas, castañuelas, palillos y un tambor haitiano, y por último, un guitarrón tan grande como una barca de remo. Cacahuete Rivas, el sobrino del patrón, recibió la orden de unirse con su trompeta a la banda pero ahora se hallaba en la playa, ensayando su intervención de solista sin soplar demasiado.

Cuando cayó la noche sobre Cannery Row, los muchachos estaban cansados, pero contentos. Siguiendo las instrucciones de Mack, accedieron todos a ser árboles. Después de todo, eran los anfitriones. Su única pena era que Hazel les hubiese abandonado. Su anhelo por ser el príncipe encantador había conseguido vencer el afecto que sentía por sus amigos. En el minúsculo dormitorio de Joe Elegant tenía lugar su transformación.

-Me atrapó desprevenido - se excusó Mack por enésima vez-. Hazel es tan caradura, que a veces uno se olvida de su sensibilidad. ¡Qué diablos! Yo sería capaz de preparar un tongo de primera sólo con que tuviese tiempo de pensarlo un poco. No me parece bien enredar las cosas sin que él esté aquí.

Es costumbre en casi todas las mascaradas, que los invitados que van llegando se muestren tímidos, embarazados y sobrios, vagando sin saber qué hacer por espacio de cerca de una hora, antes de que la fiesta se anime. En este aspecto de empezar una fiesta, Cannery Row se encuentra muy por delante de algunos otros centros de cultura. La fiesta tenía que empezar a las nueve en punto de la noche. Los invitados serían advertidos por la trompeta de Cacahuete Rivas, que tocaría *Silba mientras trabajas*. Por lo menos dos horas antes de dar la señal, una serie de pequeños y serios grupos en casa de Wide Ida, la Bear Flag y en mansiones particulares, se estaban preparando para el gran acón tecimiento. La fiesta empezaría en todo su apogeo. Desde luego, Mack y los muchachos estaban tan abrumados por su responsabilidad, que no bebieron la mayor parte de su licor; sin embargo, hicieron progresos, sin quitar el ojo de la minutera del reloj despertador que había detrás de la estufa.

En la Bear Flag todas las galas estaban extendidas por el suelo. Blancanieves tendría, como damas de honor, algunas de las más conocidas y respetadas zorras del norte de San Luis Obispo. Las damas vestían vaporosos atavíos rojos, amarillos y verdes, y cada una de ellas tenía que llevar una botella de *whisky* de la que penderían cintas que hiciesen juego con su vestido. Fauna iría disfrazada de bruja. Fue idea suya. El único traje que realmente necesitaba era una escoba, pero se hizo un sombrero de cucurucho negro y un manto de alpaca negra con el que se embozaba. Pero Fauna tenía preparada una sorpresa. Cuando llegase el gran momento, se hallaba preparada para arrojar sus negras vestiduras, trocar la escoba por la varilla y surgir como el hada madrina.

El establecimiento de Wide Ida parecía el país de los enanos. Ocho Bonachones, cuatro Mocosos, seis Dormilones y diecinueve Cascarrabias se apiñaban en torno al bar, cantando con toda seriedad *Luna de cosecha* a una voz y media.

José María eligió ir vestido de Drácula. Él no había visto Blancanieves, pero para él una película conmovedora era una película conmovedora.

En los Laboratorios de Biología Occidental, Doc y el Viejo Jingleballicks estaban enfrascados sin esperanza en una discusión sobre el mosaico de tabaco. Cuando la presa cedió, se produjo una inundación. En mitad de la estancia había un cubo para la basura, y en él, metidas entre hielo triturado, las seis restantes botellas de una caja de champaña que había comprado el Viejo Jay.

Doc y el Viejo Jay se habían olvidado por completo de la fiesta. Cuando la trompeta de Cacahuete tocó su llamada a las armas, estaban gritando tan fuerte que no la oyeron. Cuando toda la juventud y belleza de Cannery Row caminó alegremente Por la vereda de las gallinas, iluminada por farolillos, el Viejo Jay y Doc seguían discutiendo y gritando a voz en cuello.

De pronto, Doc habló en voz baja, y ello produjo el efecto de un fuerte ruido.

-Me parece que me voy -dijo -. Lo he probado con todos mis músculos y he fracasado.

-¡Eso son tonterías! - dijo el Viejo Jay-. Muchacho, estás en el umbral de una gran carrera.

-Pero, ¿qué me importan a mí los honores?

-¿Cómo puedes decirlo? Nunca te han concedido ninguno -dijo el Viejo Jay.

-No trates de retenerme, Viejo Jingle.

-Ni pensarlo. Ya estoy bastante harto de ti. ¿Te das cuenta de que aún no has preparado nada para cenar?

-Compré una libra de Hamburger y tú te lo comiste crudo, antes de que yo pudiese alcanzar una sartén.

-Tienes que procurar no morirte de hambre, amigo mío -dijo el Viejo Jingleballicks.

Eddie subió las escaleras de dos en dos y abrió la puerta de par en par.

-¡Doc! - gritó-. ¡Por el amor de Dios! ¡Ella ya ha salido! ¡Van a empezar!

Doc cogió una botella del hielo.

-Armémonos, Viejo Jingleballicks. ¡Adelante!

Tuvieron que ayudar al Viejo Jay a subir la vereda de las gallinas.

Esperaban a que ellos llegasen, para empezar. Enanos, animales, monstruos, estaban alineados en semicírculo, de cara al telón.

-Creo que ya estamos todos - dijo Mack. Miró detrás del telón -. ¿Estás bien, Johnny?

-Muerto de frío - dijo Johnny.

Y en aquel momento entró Hazel altivamente, con el mentón erguido, los ojos llameantes de dignidad. Joe Elegant había trabajado durante todo el día para obtener cumplida venganza de la humanidad, y Hazel era el resultado. La base de su traje estaba formada por un largo pelele gris, al cual estaban cosidos corazones, cuadrados, piques y tréboles en rojo y negro. Los zapatos militares de Hazel tenían pompones amarillos en la punta. Llevaba en torno al cuello una gorguera del siglo XVII de cartulina, y sobre su cabeza un sombrero de caballero templario, con una pluma blanca de avestruz. De su cinto pendía una larga vaina, y con su mano derecha sostenía orgullosamente un sable de caballería, en posición de saludar.

Joe Elegant había concentrado su venganza en una zona determinada. La parte trasera del pantalón había sido suprimida, y en su lugar, sobre la

misma piel del propio Hazel, estaba pintado un ojo de buey en círculos concéntricos rojos y azules.

Hazel constituía un espectáculo que dejaba sin aliento. No miró a su alrededor. Sabía que había dado el golpe..., lo comprendió por el silencio general. Ladinamente enfundó el sable en su vaina y cruzó sus manos sobre la empuñadura. Y entonces rompió a hablar.

-Yo - dijo con voz ronca - soy el príncipe encantador.

-Y la compañía pudo ver entonces que tenía las mejillas pintadas y las pestañas teñidas con *rimmel* -. Protejo a las dam... damiselas - declaró.

Y sólo entonces volvió su altiva cabeza en busca del aplauso de aprobación que él sabía que le era debido. Los ojos de Mack estaban llenos de lágrimas.

-Lo has hecho magníficamente, Hazel, hijo mío - le dijo -. Nadie lo hubiera hecho mejor. ¿Quién te ayudó a vestirte?

-Joe Elegant - dijo Hazel-. ¡Qué chico tan amable!

Whitey núm. 2 avanzó, obedeciendo a una imperceptible seña de Mack.

-¿Quieres que vaya ahora?

-Ahora mismo - dijo Mack en voz baja-. Sácale a patadas el alma del cuerpo.

Hazel intervino altivamente en su discreta conversación.

-Míster Joe Elegant presenta sus disculpas - dijo -. Siente no poder asistir por haber tenido que ausentarse de la población por sus negocios. Veamos... ¿Es esto todo?... Sí, esto es todo.

-Ya le daremos las gracias cuando vuelva - dijo Mack sombríamente.

Los invitados miraron a Hazel con tristes y compasivas mira, das, y nadie rió. Una simple mirada al mentón amenazador de Mack y a sus puños cerrados les quitó las ganas de ello.

-Bueno, continuemos - gruñó Wide Ida.

Mack se dominó, avanzó hasta el telón y se volvió hacia los invitados.

-Queridos conciudadanos - dijo -, vive en Cannery Row un hombre que es el mejor amigo del mundo. Durante años nos hemos aprovechado de su bondad sin devolverle los favores. Ahora este hombre necesita cierto artículo para el que hace falta pasta. Por consiguiente, yo y los muchachos tenemos el placer de sortear el Palace Flophouse para comprar un microscopio para Doc. Hemos reunido trescientos ochenta y cinco pavos. ¡Telón!

Doc gritó:

-¡Mack! ¡Estás loco!

-¡A callar! - dijo Mack -. El telón.

Fue corrido el telón y apareció Johnny Carriaga encaramado sobre un pedestal de aluminio y con un par de alas azules de papel. Johnny blandía su arco.

-¡Soy Cupido, dios del Amor! - gritó. Entonces el billete premiado se deslizó de su mano y cayó al suelo. Johnny gateó tras él, sin dejar de gritar-: Apunto a los corazones incautos y confiados. -Agarró el billete y se volvió hacia Mack-: ¿Qué hago ahora? - preguntó.

Mack estalló:

-¡Oh, por todos los diablos! - Luego gritó-: ¿Es ése el billete que has sacado, Cupido?

-Lo he sacado de entre los otros.



Librodot

Johnny no había estado cerca de la copa, pero, sin embargo,vociferó esta afirmación.

-Dámelo, so sinvergüenza - dijo Mack en voz baja -. ¡Amigos! - dijo-. ¿Será que mis ojos me engañan? ¡Qué sorpresa! ¡Bien, bien! Señores, es para mí un gran placer anunciar que el Palace Flophouse ha pasado a manos de Doc.

Doc se sintió sereno de golpe. Acercándose a Mack, dijo:

-¡Estás loco!

- Como una cabra - dijo Mack.

-¿Quién te dijo que eras tú el propietario? Yo no te lo dije.

-¿Qué quieres decir, Doc?

-Yo creía que Chong sólo me lo había dicho a mí. Temía que tú hicieses algo como esto.

Mack dijo:

-Salgamos afuera tú y yo.

Bajo los farolillos se miraron. Doc descorchó la botella de champaña y la entregó a Mack, el cual trató de recoger en su boca la brillante espuma.

-¿Qué estabas diciendo, Doc? - preguntó suavemente.

-Chong quería que tú y los muchachos tuvieseis un hogar.

Te dejó la casa a ti y separó el dinero para pagar los impuestos de diez años.

-Pero, ¿por qué no nos lo dijo?

-Temía que si sabías que tú eras el propietario, la hipotecarías o la venderías, quedándote sin hogar.

Mack estaba anonadado.

-Doc-dijo-. ¿Quieres hacerme un favor? No se lo digas a los muchachos.

-Puedes estar seguro que no se lo diré.

-¿Choquémosla para celebrarlo?

-¡Choquémosla! Toma un trago.

De pronto, Mack se puso a reír.

-Doc - dijo -, los muchachos y yo queremos pedirte que nos alquiles la casa.

-Claro que sí, Mack.

-Quiero que nunca lo sepan. Me despellejarían - dijo Mack.

-¿No sería más sencillo que nos olvidásemos del sorteo?

-¡No, señor! - dijo Mack -. Chong tenía razón. Yo no me fiaría de los muchachos y temería que la vendiesen cuando necesitaran pasta. Ni siquiera me fiaría de mí mismo.

* * *

La visita del Viejo Jingleballicks sometió a dura prueba el sistema de Doc. Las comidas fueron poco frecuentes, durmió a ratos, tuvo bruscas emociones y consumió cantidades enormes de alcohol. El sorteo le hizo pasar de un agradable y soñoliento estado a otro que se parecía al de la sobriedad, sin serlo exactamente. Una niebla irreal, parecida a un sueño, le rodeaba por todas partes. Entró en el Palace y vio a los enanos, monstruos y al absurdo Hazel completamente iluminados por los temblorosos farolillos. Ninguno de ellos parecía hijo de la dulce realidad. La música era ensordecedora. Pasó bailando el Viejo Jay, oprimiendo contra su estómago a



Librodot

una pálida jovencita morena como si ésta fuese un dolor... Un espectáculo repugnante y tan irreal como el resto.

Cualquier persona no acostumbrada a las francachelas, se hubiera sentido sorprendida ante ésta. Eddie describía pasos de vals siguiendo la música de rumba, abrazando a una invisible pareja. Wide Ida estaba echada por los suelos, luchando como una india con Whitey núm. 2, mostrando a cada movimiento palmos cuadrados de enaguas rosadas, mientras una salvaje línea de enanos y animales bailaba la conga recorriendo el salón. Johnny Carriaga parecía haberse vuelto loco. De pie sobre un cajón, disparaba a diestro y siniestro, pero no contra los corazones incautos y confiados. La señora de Alfred Wong tenía una flecha de punta de goma clavada entre sus omóplatos. Entonces Johnny golpeó con un ala un farolillo, que cayó envuelto e llamas, pegando fuego a tres enanos, que tuvieron que ser apagados con un jarro de ponche.

Mack y Doc fueron arrastrados por la hilera de bailarines de conga. Ante Doc la sala empezó a girar lentamente y luego a subir y bajar como el puente de un majestuoso navio meciéndose sobre la tierra. La música aullaba y tintineaba. Hazel llevaba el ritmo sobre la estufa con su espada, hasta que Johnny, apuntando cuidadosamente, dio en el ojo de buey de Hazel. Éste saltó por los aires y aterrizó sobre la puerta del horno, esparciendo el hielo machacado por el suelo. Uno de los invitados fue metido a presión en el reloj de pared. Desde fuera, el Palace Flophouse parecía mecerse y descender como el pan cuando se amasa.

Doc hizo bocina con sus manos, acercándolas al oído de Mack.

-¿Dónde están Fauna y las chicas? - gritó.

-Más tarde - gritó Mack a su vez.

-¿Cómo?

-Vendrán más tarde. -Y añadió-: Será mejor que no tarden y que vengan antes de que esto se hunda.

-¿Cómo?

-¡Nada! -gritó Mack.

En este momento Whitey núm. 1 se abrió camino hasta el lado de Mack, y aulló:

-¡Mack, ya vienen!

Mack se abalanzó hacia los «espaldas mojadas» y levantó sus manos hacia ellos. Johnny apuntó al guitarrón con su última flecha, arrancando limpiamente un traste.

-¡Silencio! -gritó Mack.

La música cesó y se hizo el silencio en el salón. Entonces empezó la parte más irreal de la fiesta.

Muy quedamente, como un susurro, se oyó el son de una trompeta con sordina, y aquel objeto loco interpretaba la *Marcha nupcial* de Lohengrin. Mientras Doc escuchaba, el taimado instrumento empezó a jugar con ella, la trasladó al tono menor, hizo una breve incursión ritmada, para terminar en un gemebundo *blues*. Los bailarines estaban muy quietos, casi atónitos. Doc descubrió el origen de la música... Cacahuete Rivas, en un rincón de la sala, utilizando como sordina una esponja húmeda.

Entonces, en mitad de este sueño, el telón manchado de pintura se descorrió y Fauna, la bruja, entró por la puerta, montada en una escoba.

Doc pensó: «¡Dios mío! Odiaría tener que prestar declaración sobre esto. Me mandarían al manicomio».

Fauna ladró:

-Ésta es una gozosa solemnidad. -Miró a su alrededor-. Doc, ven aquí.

El interpelado avanzó como en sueños hacia ella.

Cuatro muchachas de la Bear Flag franquearon la entrada, vestidas con deslumbrantes colores. Se colocaron dos a cada lado de la puerta, mirando hacia dentro y levantando sus botellas de *whisky* adornadas con cintas para formar un arco con ellas.

Fauna desmontó de la escoba y se despojó de su negro manto, mostrando un manguito de *lamé* plateado. En su mano apareció milagrosamente una varita de plata con una estrella de oro en la punta. Adoptó una posición de circunstancias, levantándose sobre la punta de los pies como si se dispusiera a volar.

-¡Soy tu hada madrina!-gritó-. ¡Te traigo a Blancanieves, tu novia!

Entonces apareció Suzy en el umbral, una Suzy transformada vistiendo un traje de novia. Sobre la cabeza llevaba la corona de plata, de cuyas puntas estaba suspendido un velo. Estaba encantadora, juvenil y excitada. Sus labios estaban entreabiertos.

Fauna gritó:

-¡Doc, ven a buscar tu prometida!

Doc sacudió la cabeza tratando de despertar. Aquello era un sueño, una locura..., la corona, el velo, la virginidad.

-¿Qué demonios ocurre?

Sucede a veces que dos personas separadas pueden intuir sus respectivos pensamientos. Suzy leyó su pensamiento en su cara. Un embarazado rubor ascendió por su cuello, ensombreciendo sus mejillas. Cerró los ojos.

Y el espíritu de Doc adivinó su dolor. El mundo giró alrededor de él como una peonza. Se oyó a sí mismo decir:

-Hada madrina, acepto... mi... prometida.

Suzy abrió los ojos y miró a los de Doc. Entonces los músculos de su mandíbula se endurecieron y sus ojos llamearon; su dulce boca se convirtió en una dura línea. Despojándose del velo y la corona, los miró un momento y los colocó suavemente sobre una caja de manzanas.

La loca trompeta interpretaba la *Marcha nupcial* con ritmo de samba y una guitarra se puso a acompañarla.

-Escuchad, idiotas - dijo Suzy por encima de la música -. Podría vivir con un mendigo en una alcantarilla y ser una buena esposa. Podría casarme con un perro amarillo y serle fiel. Pero, ¡buen Dios, con Doc, no!

Volviéndose de pronto, salió por la puerta como una exhalación.

Fauna salió disparada tras ella. Por la puerta trasera no había camino alguno. Suzy resbaló y rodó por el terraplén, y Fauna rodó tras ella. En la vía del ferrocarril consiguió darle alcance.

-¡Maldita zorra hija de perra! - dijo Fauna amargamente -. ¿Qué quieres decir... con eso de «con Doc, no»?

-Es que le amo - dijo Suzy.

## XXIX

## ¡OH, DOLOR! ¡OH, DESDICHA!

Una de las reacciones corrientes ante una gran impresión es el letargo. Si, después de un accidente de automóvil, una de las víctimas se retuerce lanzando aullidos mientras la otra permanece sentada y quieta mirando al espacio, es generalmente la segunda la que está peor herida. Una comunidad puede recibir también una tremenda impresión. Cannery Row la recibió. La gente se encerró en sí misma, cerró sus puertas y no efectuó visitas. Todos se sentían culpables, incluso aquellos que no habían planeado la fiesta. Haberlo presenciado ya era bastante.

Se añadió a esto, en Mack y los muchachos, una sensación de suerte desdichada. Era la tercera vez que intentaban hacer algo bueno por Doc y era la tercera que fracasaban. No sabían adonde volverse para escapar a su propio desprecio.

Wide Ida se encerró en una taciturna cólera. Sus clientes bebían en silencio para salvarse de la culpable ira que sabían se ocultaba bajo su musculosa superficie.

Fauna gemía como un *setter* perdido. Después de toda una vida de trazar planes absurdos, había algunos fracasos, pero nunca le había ocurrido una catástrofe como aquélla.

Incluso el patrón experimentaba pequeños relámpagos de una emoción nueva para él. Antes siempre había conseguido permutar la culpabilidad por la censura de las circunstancias o del enemigo, pero ahora su dedo acusador se doblaba como una pistola de comedia y apuntaba a su propio corazón. Era un dolor interesante, pero no dejaba de ser un dolor. Se volvió muy amable y atento con todos los que le rodeaban..., una actitud que atemorizó a los que le conocían. La sonrisa de un tigre nunca es tranquilizadora.

Por lo que se refiere a Doc, estaba sufriendo una reorganización tan profunda que ni siquiera se daba cuenta de lo que ocurría. Era como un reloj desmontado sobre la mesa de un joyero... todos los rubíes, muelles y palancas extendidos y a punto para ser montados de nuevo. Para el dolor o la decepción el hombre dispone de muchos calmantes, y no es el menos importante de ellos la ira.

Doc se peleaba morbosamente con el Viejo Jingleballicks, terminando por mandarle a paseo y diciéndole que no volviese nunca más a su casa. Luego Doc se peleó con el recadero, echándole en cara la baja calidad de su servicio, aunque no había variado durante diez años. Finalmente permitió que corriese la voz de que estaba trabajando y no quería ver a nadie de Cannery Row ni de cualquier parte. Se sentó ante sus cuartillas amarillas con el cuidadoso montón de lápices afilados por Suzy a su lado, mientras en sus ojos se mostraba la azorada expresión de aquel que ha recibido un gran golpe.

Suzy fue al mismo tiempo la causa y la víctima de la desintegración del Row. No puede decirse que la adversidad forje el carácter, porque con la misma frecuencia lo destruye. Pero si ciertos rasgos del carácter, mezclados con cierto sueño, son sometidos a la acción del fuego, a veces... a veces...

* * *



Librodot

Ella, la camarera-administradora de la Golden Poppy, no estaba menos cansada a las diez de la mañana que a medianoche. Estaba siempre cansada. No sólo aceptaba esto, sino que pensaba que todo el mundo era como ella. No podía concebir unos pies que no doliesen, una espalda sin lumbago, o una cocinera sin una buena disposición. A la hora del desayuno, la hilera de bocas tragonas le quitaba el apetito y ya no conseguía recuperarlo Cuando alrededor de las diez el trabajo aflojaba, limpiaba y fregaba el húmedo restaurante y barría las migajas que había bajo los taburetes del mostrador.

Joe Blaikey entró para tomar su café de todas las mañanas.

-Estoy haciendo otra cafetera. ¿Quieres esperar? - preguntó Ella.

-Claro - dijo Joe-. Dime, Ella, ¿te has enterado de lo que pasó en Cannery Row el sábado por la noche?

-No. ¿Qué pasó?

-No lo sé. Se celebró una fiesta. Yo tenía que asistir. Cuando llegué allí, ya había terminado. Nadie quiere decir una palabra sobre ello.

-No me he enterado de nada - dijo Ella-. ¿Crees que hubo pelea?

-En absoluto. Nadie habló de pelea, y ya sabes cuánto les gustan. Todo el mundo parece estar avergonzado de algo. Si te enteras me lo comunicarás, ¿verdad?

-Okay. El café pronto estará listo, Joe.

Entró Suzy, vestida con sus ropas de San Francisco... mezclilla gris con dibujo de espiga, muy limpia y elegante. Tomó asiento sobre un taburete.

-Hola - dijo el policía.

-Hola - respondió Suzy -. Una taza de café.

-Ahora lo estoy preparando. Oye, llevas un conjunto muy bonito - dijo ella.

-Es de Frisco - dijo Suzy.

-¿Te vas?

-No - dijo Suzy -. Me quedo.

Joe preguntó:

-¿Qué pasó en el Row la otra noche?

Suzy se encogió de hombros.

- Tú tampoco quieres hablar, ¿eh?

-No.

-¡Es la cosa más idiota que he visto jamás! - exclamó Joe-. Primero se morirían que hablar. Suzy, si alguien resultó muerto sería mejor que desembuchases.

-No se mató a nadie - dijo Suzy. Y añadió -: Te llamas Ella, ¿no es cierto?

-Hasta ahora sí.

-¿Te acuerdas que dijiste que no dejabas nunca el trabajo?

-Así es, en efecto - dijo Ella.

-¿Quieres hacer una prueba conmigo? Pruébame durante un par de semanas. Después, quizá podrás ir al cine.

-Hija, te has equivocado de sitio. Este establecimiento no saca bastantes beneficios para permitirse el lujo de una camarera.

-Me conformaré con la comida, y como muy poco.

Joe Blaikey apartó la mirada. Era su método de prestar atención.



Librodot

Ella dijo:

-¿Qué chiste es ése, hija?

-No se trata de un chiste. Quiero un empleo y trabajaré de camarera para mantenerme. Joe volvió lentamente la cabeza.

-Sería mejor que dijeses... - sugirió.

-Claro que lo diré - dijo Suzy -. Pienso ganarme la vida y no necesito huir para conseguirlo.

-¿Qué te hizo tomar esa decisión?

-Eso a usted no le importa. ¿Va acaso contra la ley?

-Sucede tan raramente, que tendría que ir - dijo Joe.

-Vamos, Ella - suplicó Suzy-, dame una oportunidad.

Ella preguntó:

-¿Qué opinas, Joe?

La mirada de Joe se posó sobre el rostro de Suzy. Contempló durante un momento el cabello teñido. Dijo:

-¿Te dejas crecer el pelo?

-Sí.

-Dale la oportunidad que pide, Ella - dijo.

Ella sonrió con cansada sonrisa.

-¿Con esas ropas?

-Iré a cambiarme. Tal vez tardaré quince minutos. También sé cocinar, Ella. Preparo unos fritos muy buenos.

-Ve a cambiarte de ropa - dijo Ella.

Joe Blaikey esperó en la calle a que Suzy regresara. Se colocó a su lado.

-No le hagas ninguna mala pasada a Ella - dijo suavemente.

-No se la haré.

-Pareces excitada.

-Joe - dijo Suzy-, ¿se acuerda que una vez dijo que si quería marcharme de la población me prestaría la pasta necesaria?

-Me figuraba que te quedabas.

-Y me quedo. Pero querría saber si ahora podría ayudarme para que no me fuese.

-¿Cuánto quieres?

-Veinticinco pavos.

-¿Dónde piensas vivir?

-Ya se lo comunicaré.

Joe dijo:

-No es la primera vez que ayudo a una chica. ¿Qué demonios tengo que perder?

-Pienso devolvérselos.

-Ya sé que lo harás - dijo Joe.

* * *

La caldera que desde hacía tantos años descansaba entre la malvas del solar vacío, entre la Bear Flag y la droguería, fue la primera caldera que poseyó la «Fábrica de Conservas Hediondo», y la «Hediondo» fue la primera fábrica de conservas que tuvo Monterey. Cuando se comprendió que la sardina podía meterse en latas, bañada en salsa de tomate o aceite, soldando luego las latas y sometiéndolas a la acción del vapor, una nueva

industria nació en Monterey. Hediondo comenzó con un pequeño capital y gracias a su tacañería se abrió camino primero hasta el éxito y luego hasta el olvido. Su primera caldera para producir el vapor necesario a la cocción fue una triunfadora improvisación de William Randolph, mecánico, fogonero y presidente. Obtuvo la caldera por nada. Era toda la parte delantera de una locomotora de la Compañía Ferroviaria del Valle Pájaro y la Costa. Aquella locomotora se encontró una noche con un raíl partido, saltó por encima de un andamio y se hundió hasta veinte pies en un barrizal. La Compañía ferroviaria le quitó las ruedas y émbolos, el silbato y la campana, dejando al gran cilindro clavado en el fango.

William Randolph la encontró, la remolcó a Monterey y la montó sobre cemento en las nuevas «Fábricas de Conservas Hediondo». Durante años produjo vapor a baja presión para la cocción del pescado enlatado, mientras sus tubos saltaban a intervalos y tenían que ser reemplazados.

En 1932, cuando la conservería era rica y floreciente, la vieja caldera fue finalmente abandonada en el solar vacío para ahorrarse los gastos de traslado. El viejo míster Randolph aún vivía y, si bien retirado de los negocios, seguía odiando los gastos inútiles. Quitó las tuberías, dejando sólo el enorme cilindro, de dieciséis pies de largo por siete de diámetro. La chimenea seguía aún en su sitio, y la puerta del horno, de dos pies de ancho por dieciocho pulgadas de alto, aún giraba sobre sus mohosos goznes.

Eran muchos los que habían usado la caldera como refugio temporal, pero sólo Sam Malloy y su esposa fueron los primeros doradores permanentes. Míster Malloy, que poseía una gran habilidad manual, después de quitar los tubos que quedaban, introdujo cierto número de pequeñas comodidades.

Una caldera posee ventajas y desventajas como hogar. Algunas personas se mostrarían reacias a tener que ponerse a gatas para entrar arrastrándose por la boca del horno. El piso, al ser redondeado, hace que resulte difícil caminar así como disponer el mobiliario. El tercer inconveniente reside en la falta de luz.

Las ventajas de una caldera pueden enumerarse, como sigue: está absolutamente protegida contra la acción de la lluvia; es recogida, y posee una maravillosa ventilación. Ajustando el regulador de tiro de la chimenea y la puerta del horno, se conseguía la corriente de aire deseada.

Bajo la chimenea, míster Malloy construyó una pequeña chimenea de ladrillo en previsión de las frías noches invernales. Además de todas estas ventajas, la caldera era a prueba de incendios, de huracanes, de terremotos y casi de bombas. Esto compensaba más que sobradamente la falta de agua corriente, electricidad y tuberías interiores de plomo.

Hay quienes, particularmente en Carmel-by-the-Sea, dicen que la elección que hizo Suzy de la caldera como un hogar, era una simbólica retirada al seno materno, y, aunque esto pueda ser cierto, también lo es que este seno poseía factores económicos. En la Golden Poppy, Suzy comía gratis y en la caldera vivía sin pagar alquiler.

Suzy tomó el dinero que le había prestado Joe Blaikey y se dirigió a los «Almacenes Holman's», en Pacific Grove. Compró en ellos un martillo, una sierra, clavos surtidos, dos planchas de contraplacado, una caja de calsomina azul pálido y un pincel, un tubo de cemento «Duco», un par de visillos rústicos de color rosado con florecillas azules, tres sábanas, dos fundas de almohada, dos toallas, una bayeta, una tetera, dos tazas y



Librodot

platillos, y una caja de paquetes de té. Entre los saldos de «Casa Joe» escogió un catre usado del ejército con su colchoneta, una taza, un jarro y un orinal, dos mantas del ejército, un espejito y un quinqué de petróleo. Estas compras agotaron su capital, pero a fines de la primera semana de trabajo en la Golden Poppy, Suzy pudo devolver a Joe, de sus propinas, dos dólares con veinticinco centavos.

El Row, sumido en su vergüenza, pretendía no ver lo que sucedía en la caldera ni oír el martilleo hasta horas avanzadas de la noche. Más que a una falta de curiosidad, esto podía atribuirse a buena crianza.

Fauna aguantó durante diez días, y cuando por fin cedió a su natural entrometido, salió en secreto a hora avanzada de la noche del martes, en que la Bear Flag había cerrado por falta de clientes. Desde la ventana de la habitación disponible, Fauna distinguía el pequeño resplandor que salía por la puerta del horno de la caldera. La chimenea dejaba escapar una perezosa espiral de humo que olía a resina de pino. Fauna salió silenciosamente por la puerta delantera y caminó entre las malvas.

-Suzy - llamó suavemente.

-¿Quién es?

-Soy yo, Fauna.

-¿Qué quieres?

-Ver si estás bien.

-Estoy bien.

Fauna se arrodilló e introdujo la cabeza por la puerta del horno. La transformación del interior era completa. Las cilíndricas paredes eran de un azul pálido, y los visillos estaban pegados a ellas con cemento «Duco». Era un encantador rincón femenino. Suzy estaba sentada sobre el catre, débilmente iluminada por las llamas de la pequeña chimenea. Se había construido un tocador para colocar su espejo, su taza y su jarro, y junto a él había un tarro de frutas lleno de altramuces y amapolas.

-¡Caramba!, te ha quedado muy bonito - dijo Fauna-. ¿No me invitas a entrar?

-Entra, pero no te quedes atascada en la puerta.

-Dame la mano, por favor.

Suzy tiró de ella y luego la empujó, ayudándola a trasponer la puerta del horno.

-Aquí - dijo-, siéntate en el catre.

-Podríamos hacerte una alfombra - dijo Fauna -. Haría muy bonito.

-No - dijo Suzy -. Quiero hacérmela yo misma. ¿Te gustaría que te hiciese una taza de té?

-Sí, gracias - dijo Fauna, abstraída, añadiendo-: ¿Seguro que no estás loca?

-No estoy loca. Ya sabes que hasta ahora no tuve nunca una casa.

-Bien, hay que reconocer que te ha quedado muy bonita - dijo Fauna -. Si te hace falta algo, puedo prestártelo. Puedes utilizar el cuarto de baño de la Bear Flag.

-En la Golden Poppy tienen una ducha - dijo Suzy.

-Ahora escucha - dijo Fauna-. Me humillaste y me hiciste morder el polvo. No me eches la culpa de lo que ocurrió.

-Yo no te la echo.

-Este té es muy bueno. Tengo que decirte una cosa, Suzy. No me importa que no la quieras oír. Ya me he equivocado muchísimo, pero tú

también te equivocas ahora. No se lo restriegues por la nariz a Doc. Eso sólo sirve para enfurecerlo.

-¿De qué estás hablando?

-Pues de tu traslado aquí. Él no puede mirar por su ventana sin que se tropiece contigo.

Fauna se preparó a resistir la explosión, pero ésta no se produjo.

Suzy se miró las manos.

-Se me han puesto unas uñas preciosas - dijo -. En la Poppy, donde tengo siempre las manos metidas en agua, me las froto con una loción. Esto las mantiene suaves. Fauna, tú me dijiste que no debía irme y no me he ido. Tenía deseos de cavar un agujero en el suelo y ocultarme en él arrastrándome, y no lo hice porque creí que lo que tú decías era cierto. Pero lo haré aquí, a la vista de todos.

-Pero eso no es lo que yo dije.

-¡No interrumpas! - dijo Suzy-. Tú hablaste de Doc. Ahora yo te lo digo a ti, y tú puedes decirlo a todo el Row si quieres, y así yo no tendré que contárselo de nuevo a nadie. Es mejor que olvides a Doc. Doc no tiene nada que ver conmigo. Él se presentó y yo no era bastante para él..., no era bastante buena, quiero decir. Ahora es posible que eso no vuelva a suceder nunca, pero si sucede, si aparece alguien, desde luego que seré buena con él, por fuera y por dentro, en público y en privado; pero sobre todo yo sentiré que ya soy buena. Ahora, ¿te has enterado de esto?

-Sería mejor que vigilases tu lenguaje - dijo Fauna.

-Ahora ya no digo palabrotas.

-Tú sólo tienes que...

-No trates de desorientarme - dijo Suzy-. ¿Has comprendido lo que he dicho?

-¡Claro que sí, Suzy, hijita! Pero no comprendo por qué no permites que tus amigos te ayuden.

-Porque entonces no sería yo quien lo haría.

-Pero creo que Joe Blaikey te ha dejado tela.

-Sí, pero él es de la *bofia*. Era el mismo que quería que me las pirase. Ése no es un amigo, es un polizonte. Cuando le haya devuelto lo suyo tal vez pueda ser un amigo.

-Eres muy dura contigo misma.

-¿Cómo no he de serlo? No se puede cortar una pierna con un plátano.

-Tú nunca serviste para el oficio, Suzy. Al menos, nunca lo hiciste bien.

-Sé muy bien lo que era, y sé lo que voy a ser.

-¿Doc? - preguntó Fauna.

-¡Esto está listo y acabado, te repito! Métete eso en tu dura mollera... ¡Está acabado!

-Bien, creo que lo mejor que puedo hacer es irme - dijo Fauna con semblante afligido. Dejó la taza de té sobre el pequeño tocador, se puso a gatas y se arrastró hacia la puerta del horno, diciendo -: Dame un empujoncito, ¿quieres Suzy?

Suzy la embutió por la abertura, como si se hubiese tratado de una salchicha.

Luego gritó:

-¡Fauna!

Fauna introdujo su cabeza por la puerta.



Librodot

-Tú has sido la mejor amiga que he tenido. Si soy dura, no es contigo, sino conmigo misma. Siempre solía estar enfada con todos, pero ahora resulta que era conmigo con quien estaba enfadada. Cuando haga las paces conmigo, tal vez podré hacerlas con algún otro sin blanca.

Fauna dijo:

-¿Y si Doc viniese suplicándote?

-Yo no soy ninguna viuda - dijo Suzy -. Yo no le querría si viniese arrastrándose. No se puede curar una bofetada con otra bofetada. Pero si alguna vez vuelve a gustarme un hombre, y él me ofrece algo, yo también tendré algo que ofrecerle.

-Francamente, no te entiendo, Suzy.

-Volveré cuando esté bien. Ya sabes que te quiero.

-¡Oh, cállate! - dijo Fauna.

Y cerró de golpe la puerta del horno, produciendo un gran ruido metálico.

XXX

NACE UN PRESIDENTE

De todas las tristes realidades humanas, el pecado es a la vez la más tortuosa, la más cómica y la más dolorosa. ¿Fue implantado por la presión colectiva de la tribu, para mantener desequilibrado al individuo peligroso en potencia? ¿Está instalado en el psicotejido, regado y cultivado por glándulas sin canales? ¿Es el pecado una inconsciente invención por medio de la cual el hombre llama la atención de un mundo indiferente, o puede ser que el último placer humano sea el dolor? Sea cual fuere su origen, chillamos como gatos en enero, aullamos como lobos a la luna, nos flagelamos con las exquisitas espinas del desprecio, y generalmente gozamos con ello de una manera diabólica.

En los placeres y pasiones del pecado, Hazel hubiera tenido que ser elegido por unanimidad como el ser humano con menos probabilidades de triunfar. El pecado es un pasatiempo solitario, y Hazel nunca había tenido la suficiente conciencia de sí mismo para permitírselo. Contemplaba la vida como un niño de corta edad que ve pasar un tren..., boquiabierto, respirando fuertemente, contento, asombrado y algo confuso.

Hazel nunca valió gran cosa. Mack describió una vez la educación de Hazel:

-Pasó cuatro años en la escuela de primeras letras y cuatro en un reformatorio... y ya no aprendió nada más en su vida.

El reformatorio, amigo lector, donde el crimen y el vicio no son asignaturas extras, no tuvo más efecto en Hazel que el que había tenido la escuela de primeras letras. Salió tan inocente corno había entrado. Hazel no prestaba suficiente atención para sel malo. Si Mack, los muchachos y Doc no hubiesen sido amigos suyos, nadie sabe lo que le podía haber ocurrido. Hazel pensaba que Mack era el hombre más grande del mundo, mientras que a Doc ni siquiera le consideraba humano. A veces llegaba a dirigir sus oraciones a Doc.

Pero Hazel estaba cambiando. De un modo imperceptible, empezó a prestar atención. Tal vez Fauna plantó la semilla leyéndole el horóscopo. Después de su primera protesta, nunca lo volvió a mencionar, lo que en sí ya debiera haber resultado sospechoso.

Hazel no quería ser Presidente de los Estados Unidos. Si hubiese existido algún medio de huida, lo hubiera utilizado, pero su horóscopo le cerraba todas las puertas. Cuando un hombre se ve finalmente atrapado y no tiene otra elección, empieza a decorar su encierro. Así es que Hazel, condenado a la presidencia, ya que no podía rehuirla, empezó a adornarla. Un hombre puede ascender muy alto por los peldaños de la responsabilidad.

Hazel empezó a prepararse para cuando llegase el momento en que le llamasen. Se leía palabra por palabra los ejemplares de la revista *Time*, luego volvía a empezar y los releía de nuevo de la cruz a la fecha. Pensaba mucho en sus lecturas y llegó a la conclusión de que eran completamente estúpidas..., lo cual demuestra que el problema de Hazel había consistido en una falta de atención y no de inteligencia.

Se compró un *Almanaque Mundial* y leyó las vidas de los presidentes, y empezó a preguntarse qué haría si los británicos reclutasen a nuestros



Librodot

marineros o la edición del *Cincuenta-cuatro-Cuarenta* volvía a salir de nuevo.

Había aceptado su deber y éste le ponía malo. A veces, por la mañana, se despertaba lleno de alegría y pensando que se trataba de una pesadilla. Entonces se contaba los dedos de los pies y caía en la cuenta de la autenticidad de su destino y su deber. Lo que empeoraba más las cosas era su soledad. No podía discutirlo con nadie. Ocupaba un lugar aparte y por encima de la experiencia ordinaria. Cuando propuso a Mack salir a pelear, no lo hizo con ira. Se estaba preparando para defender a los débiles. Cuando se escabulló ante sus amigos, negándose a ser un enano e insistiendo en ser el príncipe encantador, Hazel no hablaba a la ligera. La dignidad de su situación le sobrepasaba. No podía traicionar a su futuro.

En una época normal uno cualquiera de los muchachos hubiera advertido el rostro torturado de Hazel, su cansancio, la dolorosa nobleza, y le hubieran dado dos cucharadas grandes de sales de Epsom. Pero éstos eran tiempos de prueba para las almas de todos los hombres, y también de las mujeres, y un alma sometida a prueba no mira mucho a su alrededor.

Los intentos de Hazel por descubrir lo que pasó en la mascarada fueron estériles. Se acordaba de cómo él apareció digno y arrogante, para que a los pocos momentos la fiesta se convirtiese en una verdadera algarabía. Y las consecuencias fueron horribles. El espíritu del Palace Flophouse, sometido a duras pruebas, sacudidas y presiones durante tantos años, estaba roto, desmenuzado como el granito que soporta durante tanto tiempo los golpes de martillo para desintegrarse de pronto.

Mack, que consideraba la vida poco menos que un resfriado maligno, estaba deshecho..., tenía los ojos deslucidos y su valiente alma estaba herida. Y si Mack estaba así, fácil es imaginar cómo estarían los muchachos..., eran como medusas arrojadas sobre una playa inhóspita.

-¿Qué pasó? - preguntó Hazel, y los ojos le miraron y huyeron de él, y nadie quiso explicarle nada. Durante varios días, Hazel pensó si se trataría de los efectos de la borrachera, pero continuó de la misma manera el día en que debiera haber despertado de nuevo la sed, y no hubo sed. Hazel empezó a temer por sus amigos.

Sentado bajo el ciprés, no sólo mantenía su mente fija en la cuestión, sino que pensaba en ella. Eran momentos que requerían grandeza, y sólo Hazel poseía la fuerza necesaria para elevarse hasta aquel brillante cebo. Cuando se levantó y cepilló las agujas de ciprés de sus pantalones, el cambio en él se había completado. Ya no era Hazel el inocente, Hazel el desprevenido, Hazel el incauto. Preparó sus hombros a recibir aquel peso y la serena belleza de la fuerza brilló en sus ojos.

En el Palace reinaba la penumbra y su interior aparecía mohoso y triste. Los muchachos yacían sobre sus lechos, indiferentes y míseros. Mack tenía los ojos fijos en el pabellón de su cama, y él era el peor de todos, porque no había ninguna expresión en su rostro. No se había deshecho en llamas; se estaba erosionando lentamente.

Cuando Hazel se sentó quedamente en el borde de su lecho, Mack ni siquiera le dio un puntapié, a pesar de tener los zapatos puestos.

Hazel dijo:

-Mack, querido Mack, ya sería hora de que quitases el plomo de tus pantalones.



Librodot

Mack no respondió, pero cerró los ojos y dos lágrimas se escurrieron por ellos, sosteniéndose sin caer hasta que se secaron.

Hazel dijo suavemente.

-Mack, ¿quieres que te saque esa modorra con una buena dosis de puntapiés?

Mack movió lentamente su cabeza en signo de negación.

Hazel no cejó en su empeño. Mostró el triunfo que traía oculto, y el infierno con él.

-He ido a ver a Doc - dijo -. Está allá sentado, con un lápiz en la mano. No ha escrito nada. No ha hecho nada. No ha pensado nada. Levántate de ahí, Mack, nos necesita.

Mack dijo con voz sepulcral:

-Nos necesita tanto como un nido de avispas en la pernera de su pantalón. No me censures, Hazel. Ya no puedo seguir luchando. Puedes contar hasta diez.

-¿Qué ha pasado, Mack?

Mack habló con voz hueca.

-Cuando lo hicimos antes, le echamos a perder la casa y le dimos una paliza, pero esto no era más que paja.

-¿Qué quieres decir con eso de paja?

-Oh, sólo eran cosas las que se rompieron..., cristales, discos, platos, libros y objetos parecidos. Pero esta vez le hemos clavado un cuchillo en el vientre. Si tú tratas de dar unas palmaditas en la cabeza a uno, y en lugar de eso le haces saltar el cerebro, pierdes la confianza en ti mismo.

Suspiró y dio una vuelta, cubriéndose la cara con los brazos.

-No tienes derecho de abandonar - dijo Hazel.

-Tengo el derecho de hacer lo que me dé la gana.

-¡Esto ya me gusta más!

-O de no hacer nada - añadió Mack.

-Mira, Doc tiene que ir a La Jolla, tú ya lo sabes. Tiene que aprovechar las mareas de primavera de la semana que viene. Luego, cuando llegue su nuevo microscopio, tendrá pulpos y escribirá su monografía. Tenemos que ayudarle, Mack.

-Fauna dice que fue la *manager* de un peso *welter* llamada Kelly, la del beso mortal. Eso soy yo... Mack el del beso mortal. Todo cuanto toco se marchita como las hojas secas y amarillas.

-¡Levántate!

-No quiero - dijo Mack.

-¡Levántate, te digo!

Mack ni siquiera respondió.

Hazel salió al exterior y miró en torno suyo. Fue andando hasta un barril de alquitrán vacío echado entre las hierbas y sacó de él una duela de roble curvada. Volvió a entrar y se quedó de Pie junto a la cama de Mack.

Calculó la distancia y la elevación. Alcanzó a Mack con tanta fuerza, que le rompió los pantalones. Y sólo entonces Hazel comprendió la gravedad del caso, porque Mack ni siquiera se movió, limitándose a gruñir.

Hazel dominó su pánico y entonces se acordó de su hado... un sacrificio a Washington, consistente en comer ostras.

-Muy bien, Mack - dijo mansamente-. Tendré que hacerlo yo solo.

Volviéndose, salió de la habitación con tranquila dignidad. Mack se incorporó sobre un codo.

-¿Habéis oído lo que ha dicho ese estúpido? ¡Oh, qué diablo! No puede hacerlo peor que yo. Madre, hazme pronto la cama, porque estoy mortalmente cansado y tengo ganas de echarme.

-Ya estás echado - dijo Whitey núm. 2.



Librodot

XXXI

LA ESPINOSA SENDA DE LA GRANDEZA

Cuando la gente cambia de dirección, es raro aquel que no pasa la primera mitad de su viaje mirando hacia atrás por encima del hombro. Hazel había elegido, o se había visto obligado a elegir, una nueva senda. Había dicho:

-Tendré que hacerlo yo solo.

Le pareció fácil. Pero, sentado bajo las acogedoras ramas del negro ciprés, tuvo que admitir que no sabía quién ni qué demonios era aquel *lo*. Pensó con nostalgia en los lejanos tiempos en que él era un incauto, en que recibía los cuidados, las atenciones y el afecto de todos. Él había correspondido, desde luego, aceptando el ridículo, pero había sido una época encantadora y cálida.

Doc había dicho hacía mucho tiempo:

-Me gustaría que te sentases a mi lado, Hazel. Tú eres el pozo... el pozo original. Un hombre puede confiarte sus más pro fundos secretos. Tú no oyes ni recuerdas. Y si lo hicieses, sería lo mismo porque no prestas atención. Sí, eres mejor que un pozo porque escuchas..., pero no oyes. Eres un sacerdote sin castigos, un analista sin diagnóstico.

Aquéllos eran los buenos tiempos anteriores a la responsabilidad de Hazel. Pero la responsabilidad requería juicio, la elección entre diversos caminos, ¿y qué era esto sino el pensamiento? Hazel empezó a pensar, pero lo hizo en secreto. Nadie lo sabía. Se sentía un poco avergonzado de ello. En los dulces días de antaño se hubiera sentado bajo el negro ciprés y luego hubiera apoyado la cabeza en su brazo, para quedarse dormido en menos de un minuto. El nuevo Hazel sujetó las rodillas entre sus brazos y contempló lúgubremente el porvenir. Su mente ascendía y resbalaba como una hormiga en el traicionero cráter de la trampa de una hormiga león. Tenía que trazar un plan, tenía que juzgar tenía que elegir. El sueño no acudió a sus ojos. Ni siquiera se rascó. Tenía que hacer*lo*. Pero, ¿qué era *lo*? Él nunca supo cómo le llegó la solución. Se quedó dormido con la frente sobre las rodillas, y de pronto sus músculos saltaron como si acabase de recibir un golpe. Tuvo la sensación de caer... y vio cómo se abría ante él el camino que debía seguir. No era un camino honorable, pero era el único que tenía. Casi llegaba a la traición.

Se recordaba que era una costumbre social y agradable de Hazel hacer preguntas, pero no escuchar las respuestas. La gente ya lo esperaba y confiaba en ello. «Supongamos - pensó - que hiciese una pregunta y luego escuchase, pero sin dejar ver que estoy escuchando». Era un procedimiento artero, pero la intención era limpia y el fin infinitamente deseable.

No sólo escucharía, sino que se acordaría también, y reuniría todas las respuestas. Tal vez entonces podría pensar*lo* y hacer*lo*. Una pregunta sería suficiente, pensó. Quizá dos.

Hazel estaba fatigado a consecuencia de su esfuerzo. Se reclinó, apoyó la cabeza en su brazo y durmió con el sueño tranquilo del trabajo bien hecho.



Librodot

XXXII

LAS INDAGACIONES DE HAZEL

Joe Elegant regresó cautelosamente de su viaje, listo para emprender inmediatamente otro a la menor advertencia. Esperaba reproches por el disfraz de Hazel, pero no hubieron reproches. Como muestra de gratitud, hizo bollos en la Bear Flag tres noches seguidas..., pero las muchachas ni siquiera se dieron cuenta de lo que comían. Él quería saber lo que había pasado, pero le daba miedo preguntarlo. Así es que Joe Elegant se alegró cuando Hazel fue a visitarle en su pequeño colgadizo, en la parte trasera de la Bear Flag.

-Siéntate - le dijo -. Te daré un pedazo de pastel.

Durante su breve ausencia, Hazel contempló las obras de Henri el artista sobre la pared..., una del período de plumas de gallina y otra de la última época de cascaras de nuez. Y miró la mesa de juego sobre la cual trabajaba Joe Elegant, utilizando una máquina de escribir portátil. Había un cuidadoso montón de manuscritos sobre la mesa, un papel verde mecanografiado con cinta verde. En la máquina había una hoja de papel. Empezaba: «Mi querido Anthony West: Serás muy amable si...».

Joe volvió con un pedazo de pastel y un vaso de leche para Hazel. Éste mascaba con la boca cerrada y bebía sorbos de leche. Los grandes y húmedos ojos de Joe le asaetearon, pero sin acertarle nunca.

-¿Qué tal resultó? - preguntó.

-¿Qué?

-Sí, hombre, tu traje.

-Bien, bien. Todo el mundo se sorprendió de verdad.

-Apuesto a que sí. ¿Dijo algo Mack?

-Dijo que era magnifico. Casi lloró.

Joe Elegant sonrió con tranquila malicia.

Hazel preguntó con expresión estúpida:

-Dime, ¿qué crees que le pasa a Doc?

Joe cruzó las piernas con aire profesional y sus dedos tamborilearon sobre las páginas verdes escritas con letra verde.

-Es el todo y la parte, y la parte es el todo - dijo.

-¿Quieres repetirlo?

-Son muchas cosas y es una cosa. La libido de Doc empuja por un camino y su conciencia tira de él hacia otro lado. Su mito es el mar, el viento y las mareas, y él se relaciona con el mismo coleccionando animales. Transporta sus tesoros a su laboratorio.

Quiere ocultarlos y tal vez poner en guardia al dragón Fafnir.

Hazel estuvo a punto de decir: «Los vende», pero aquello le hubiera despojado de su cualidad de oyente.

-Conocí a una chica llamada Fafnir - dijo -. Bertha Fafnir. Del tercer grado. Solía pintar pavos en la pizarra el Día de Acción de Gracias. Llevaba enaguas almidonadas que crujían bastante.

Joe Elegant frunció ligeramente el ceño ante la interrupción.

-Destila el mito y obtendrás el símbolo - prosiguió-. El símbolo es la monografía que él quiere escribir, pero ésa, en sí misma, tiene impurezas, necesita la destilación. ¿Por qué? Porque es un substituto, ésa es la razón. Su símbolo es falso. Por eso él no puede escribir la monografía. ¡Fracaso! Ha

tomado la senda equivocada. Y por lo tanto, aporta falsas soluciones. «Necesito un microscopio», dice. «Tengo que ir a La Jolla para las mareas de primavera». Él no irá a La Jolla. No escribirá nunca su monografía.

-¿Por qué no?

Es un símbolo equivocado. Tenemos que volver al mito, al mar. El mar y su madre. Su madre está muerta, pero vive. Transporta tesoros procedentes del seno de su madre y trata de salvarlos. ¿Entiendes?

-Claro - dijo Hazel con indiferencia.

-Necesita amor. Necesita comprensión - dijo Joe Elegant.

-¿Y quién no lo necesita? - preguntó Hazel.

-Creo que podría ayudarle si él me lo permitiese.

-Yo casi pensaba que se pirraba por Suzy - dijo Hazel.

Joe Elegant dejó que una sombra de disgusto endureciese su boca.

-Eso no sería más que otro falso camino, un nuevo fracaso.

Hazel observó:

-A unos les gustan unas cosas, mientras que a otros les gustan otras.

-¡Muy original! - dijo Joe Elegant.

* * *

Sólo había unos pocos pasos desde el colgadizo de Joe Elegant hasta la Habitación Disponible, a través de la cocina. En la Habitación Disponible estaba sentada Becky con los pies en alto, leyendo su correo. Becky estaba suscrita a *Pen Pals* y mantenía una copiosa correspondencia con gente de todo el mundo. La hoja de papel de arroz que tenía en la mano provenía del Japón.

*Querida Pen Pal* - empezaba la carta -: *Su interés misiva recibido. Qué góndola el áureo Estado. La joven japonesa se hace bucles en el cabello igualmente, pero no usando rizadores. Mi amigo, Mitzi Mitzuki, muy Occidente en mentalidad. ¿Le importaría probar si usted envía por correo pequeño minúsculo contenidor hidrógeno peróxido doble presión?*

-¡Hola! -dijo Hazel.

Becky dejó a un lado la carta.

-¿Has estado en el Japón?

-No.

-Yo tampoco. ¿Cómo está Mack?

-Bien. Dime, Becky, ¿qué crees tú que le pasa a Doc?

-Amor - dijo Becky -. Doc se está consumiendo de pena. O si no lo está, debiera estarlo. Un chico tan simpático...

-Parece como si le hubiesen dado un mazazo.

-Sí, eso tendría el mismo efecto. ¡Pobre chico! Si fuese yo, iría junto a él y le pondría mis frías manos sobre su frente y diría: «Doc»....

Se abrió la puerta de la habitación de Fauna.

-Me pareció oír voces. Hola, Hazel. ¿No está por ahí ninguna de las otras chicas?

-He venido a preguntarte una cosa - dijo Hazel.

-Bien, pregunta, pues. Siéntate. ¿Quieres un trago? ¿Es particular? Cerraré la puerta.

-Sí - dijo Hazel, y esto acalló todas las preguntas.

El licor le hizo brillar los ojos.

-¿Qué crees que le pasa a Doc?

-Antes me hubiera costado decirlo - dijo Fauna-, pero cuando se puso aquella corbata... y después, la otra noche...

-¡Qué diablos, estaba borracho! - dijo Hazel -. Se dicen muchas tonterías cuando se está borracho.

-No, él no las hubiera dicho - dijo Fauna.

-¿Crees que se trata de Suzy?

-¡Sí, señor! Y si esa chica no fuese idiota, podría ir a La Jolla con él y ayudarle en su trabajo. ¡Qué diablos! Ya tendría que haber ido.

-Él se esfuerza por escribir su monografía.

-Él está trastornado - dijo Fauna -. Apuesto a que ni siquiera piensa en su monografía.

-No piensa en nada.

-Eso es lo que quiero decir. Si pudiese dejar de no pensar en Suzy, tal vez podría empezar a pensar en su monografía. Ésta es mi opinión, por si te interesa.

-¿Crees que si fuese a La Jolla...?

-Lo creo. Pero ella no irá.

-Él no la querría llevar consigo - objetó Hazel.

-Si todos no fuesen un hatajo de locos, nadie se lo preguntaría- dijo Fauna-. No sé adonde iremos a parar. ¿Quieres otra copa?

-No puedo - dijo Hazel -. Tengo que ir a ver a alguien.

* * *

Fue sólo una coincidencia que José María Rivas estuviese también leyendo una carta cuando Hazel entró en la droguería. José María estaba leyendo y maldiciendo al propio tiempo, maldiciendo en obscuro español. La carta era de James Petrillo y su contenido no ofrecía dudas. Si la amenaza que encerraba la carta podía llevarse a efecto, parecía como si lo que no podía hacer el Gobierno de los Estados Unidos para evitar la afluencia de «espaldas mojadas», pudiese conseguirlo la Unión de Músicos. El patrón estaba en un verdadero aprieto. De ordinario, se unía con aquello que no podía eliminar. Pero Petrillo no le ofrecía esta alternativa. José María empezó a pensar en el asesinato.

Hazel dijo:

-¿Cómo estás?

-¡Muy mal! - respondió el patrón.

-Nadie puede decir que esté muy bien - observó Hazel -.

Doc está allá sentado, como si estuviese borracho de ponche. ¿Qué crees que le sucede?

-¡Dios lo sabe! - dijo el patrón -. Ya tengo bastante con mis propias preocupaciones. Es divertido - dijo-. Anoche, ¿sabes?, cuando volvía de Monterey a hora muy avanzada, vi una sombra en el solar vacío. Se colocó bajo el círculo de luz que arroja el farol callejero que hay cerca de la caldera, y te juro por Dios que era Doc, que andaba husmeando por allí.

-¡No! - exclamó Hazel.

-Te digo que sí.-El patrón miró por encima de las ver duras y los montones de latas de conservas, y sus ojos se posaron en la cartulina de anuncio de la Coca-Cola, con una joven en un columpio -. ¿Quieres saber

una cosa? - dijo pensativo -. Antes de la fiesta hubiera dicho que ella no era más que una de ésas. Luego se zafó y se metió en la caldera. Y ahora... bien, parece como si Doc hubiese visto algo allí. Tal vez Suzy tenga algo que a mí me falte. He estado pensando que podría conquistarla.

-No puedes - dijo Hazel -. Ella es de Doc.

-¡Qué diablos! - dijo el patrón-. Las señoras no pertenecen a nadie. Nadie me impide ir a silbar bajo su ventana.

-No tiene ventanas - dijo Hazel.

El patrón sonrió. El veneno que le había introducido Petrillo le estaba abandonando.

-¡Sí, señor! - dijo -. Tal vez me falta algo.

-No te acerques a ella - dijo Hazel.

José María bajó los ojos, y un indio se mostró en él por un segundo. Luego volvió a sonreír.

-Como tú quieras - dijo alegremente -. He oído decir que tiene un empleo.

* * *

Así era la Golden Poppy: larga, estrecha, de techo alto; pequeñas baldosas octogonales en el suelo; un mostrador de madera obscura con pequeños taburetes redondos; diversos objetos esparcidos a intervalos sobre el mostrador..., ranura para las monedas del gramófono automático, soporte para servilletas de papel, sal, pimienta, azúcar, mostaza, salsa de setas o de tomate; puerta trasera que daba a la cocina, con ventana y torno para el servicio; caja registradora en la entrada, máquina para cigarrillos junto a la puerta; largo espejo detrás del mostrador, ante el cual se alzaban la cafetera, la tartera, tostadoras, bollos y pasteles cubiertos, pilas de bocadillos para desayunar, buñuelos, sopa en conserva y fogón para calentarla, entradas para la lucha, cartelera de cines y horario de los autobuses.

No se podía hacer nada con la Golden Poppy. Era un lugar sombrío consagrado al buen café y a los alimentos tristes y empapados. No podía competir con los alegres y coquetones restaurantes de reducidas dimensiones que surgían en Monterey, con sus manteles a cuadros, paredes cubiertas de carteles, techos bajos y velillas sobre flotadores de corcho.

La Golden Poppy no se esforzaba por mejorarse. Eran muchos los que la preferían a los nuevos locales..., clientes a los que les agradaban los buñuelos fríos y húmedos, los estofados correosos y la sopa de lata. A estos comensales les producían desconfianza las redes de pesca colgadas de las paredes y los chistes en el menú. Para ellos la comida era un sacramento necesario, pero solemne, que no admitía bromas.

Las horas de afluencia de público eran de las siete a las ocho y media, en que se servía el desayuno; de las once y media a la una y media, en que se almorzaba; y de las seis a las ocho, en que se cenaba. En el intermedio de estas horas acudían los que pedían un café, los clientes del bocadillo y el buñuelo. Por la noche había dos momentos de afluencia: a las nueve y media, a la salida de la primera sesión cinematográfica, y a las once y media, al terminarse la segunda. A las doce y media la Golden Poppy plegaba sus pétalos, excepto los sábados por la noche, en que permanecía abierta hasta las dos, en honor a los borrachos madrugadores.



Librodot

La llegada de Suzy a la Golden Poppy tuvo un efecto curioso, pero razonable, sobre Ella. Ésta había mantenido, en el curso de los años, una férrea prohibición contra el cansancio y el dolor. De haberse permitido comprender lo desdichada que era, se hubiera cortado el gaznate.

Suzy hizo más que ayudarla; se encargó del trabajo. Bromeaba con los vendedores, silbaba sobre el tostador de bocadillos, se acordaba de que a míster Garrigas le gustaba la sopa de crema de apio, y recordaba también su nombre.

Durante un día o dos, Ella se dedicó a observar a Suzy y respondió con una áspera negativa cuando Suzy le sugirió que podía irse a casa a descansar por un par de horas. Pero luego su armadura empezó a resquebrajarse y las grietas se fueron haciendo cada vez mayores. Fueron apareciendo subrepticiamente una fatiga cósmica, un gran dolor en las piernas y en el abdomen. Ella era una mujer exhausta, cuando por último llegó el momento de tener que admitirlo. Irse a casa para descansar una horita fue primero un pecado, después un lujo y finalmente una droga.

Ahora, pues, cuando Suzy dijo, después de la afluencia de las nueve y media: «Vete a casa y a ver si duermes bien esta noche», aquello le pareció perfectamente natural. No sólo Suzy podía defender el fuerte, sino que su tersa alegría profesional atraía nuevos clientes.

A las once y cuarto, Suzy ya tenía los cuatro *Silex* llenos de café, los *Hamburgers* envueltos en papel encerado y metidos en la nevera, los tomates cortados en rebanadas y el pan para los bocadillos en el cajón bajo la tartera. A las once y media llegaron en masa los clientes que salían de la segunda sesión cinematográfica.

Suzy creó seis especialidades más: bocadillos Club, bocadillos de queso derretido, *cheese-burgers*, y café, café, café. La caja registradora tintineaba y el cambio aparecía sobre la almohadilla de goma.

-¿Qué tal una cita para el sábado?

-¡Muy bien! Me encantaría.

-¿Citados, pues?

-¿Puede venir mi esposo?

-¿Está casada?

-No lo estaré si acudo a esta cita.

-Es usted una chica muy simpática.

-Usted también lo es, y muy amable. Tenga, el cambio.

-Puede quedárselo.

-Gracias. Le sirvo en seguida el *cheese-burger*. Lo siento, los bocadillos de atún son ochenta y seis.

En los brevísimos intervalos entre un encargo y otro, Suzy echaba los platos en el agua esponjosa, los enjuagaba y los secaba.

-¡Oiga! ¡Míster Gelthain, se olvidó usted el paraguas!

-Es verdad. Gracias.

Aquello significaba otra propina suplementaria, que iba a parar a una alcancía marcada con el nombre de «Joe».

Todas las mañanas, cuando Joe Blaikey se presentaba a tomar su café, encontraba ante él un montoncito de monedas de plata, con la entrada correspondiente anotada en el libro de cuentas. Era asombroso ver cómo la cantidad aumentaba.

A las doce y cinco entró Hazel y esperó apoyado en la pared hasta que quedó libre un taburete.

-Hola, Hazel. ¿Qué quieres tomar?

-Una taza de café.

-Ahora mismo, Hazel. ¿Cómo estás?

-Okay.

Gradualmente, los clientes fueron abandonando el local y por último no quedó ninguno. Las resplandecientes manos de Suzy metieron en la cama a la Golden Poppy. Fregó la parrilla, limpió el mostrador, secó los cuellos de las botellas de salsa de setas y de tomates. Levantó la mirada para ver a Hazel dirigiéndose a la puerta.

-Oye, ¿qué diablos estás haciendo?

-Supongo que los dos iremos por el mismo sitio. Yo te acompañaré.

-¿Por qué no? -dijo Suzy-. Podrás llevar mis libros.

-¿Cómo?

-Es una broma.

-¡Ja, ja! - dijo Hazel con mucha seriedad.

Descendieron por Alvarado Street, con todas las tiendas cerradas, excepto donde los bares manchaban con cultura de neón las aceras. Al extremo del Presidio se detuvieron y apoyaron sus codos sobre la barandilla de hierro, contemplando los barcos de pesca en las negras aguas de la bahía. Cruzaron la vía férrea, pasaron ante los almacenes del ejército y penetraron en el extremo superior de Cannery Row. Por último, Hazel dijo:

-Eres una señora con todas las de la ley.

-¿A ver, vuélvelo a decir?

-Oye, ¿qué crees que le pasa a Doc?

-¿Cómo voy a saberlo?

-¿Estás resentida con él?

-¿Qué te parecería si te ocupases de tus propios asuntos?

-Muy bien - dijo Hazel apresuradamente -. Yo no me paso de listo. Todo el mundo lo sabe.

-¿Qué tiene eso que ver conmigo?

-Nadie me presta atención - dijo Hazel. Pronunció esta frase como una recomendación-. Doc dice que no escucho.

Caminaron en silencio durante un trecho. De pronto, Hazel dijo tímidamente:

-Ha hecho todo cuanto se puede hacer en el mundo por mí. Una vez se presentó para atestiguar mi carácter, siendo así que yo no tengo carácter. En otra ocasión hubiera perdido un pie, pero él me lo abrió y me echó unos polvos, y aún lo tengo.

Suzy no respondió. Sus pasos resonaban fuertemente sobre el pavimento y su eco rebotaba en las fachadas de hierro de las muertas y silenciosas fábricas de conservas.

-Doc está muy afligido - dijo Hazel.

Sus pasos llenaban toda la calle.

-Todos los afligidos van a Doc. Pero ahora que él es el afligido, lo abandonan.

Tras, tras, tras.

-Yo deseo ayudarle -dijo Hazel-. Pero yo no soy muy listo.

-¿Qué demonios quieres que haga? - dijo Suzy.

-Pues bien, podrías ir a verle y charlar con él.

-No.

-Si tú estuvieras en un apuro, él te ayudaría.

-Yo no estoy en ningún apuro. ¿Cómo sabes que él lo está?

-Ya te lo he dicho. Creía que tú le querías.

-Sí, y sigo queriéndole. Si se hallase en un apuro de verdad, o si estuviese enfermo, o se hubiese roto una pierna, probablemente le llevaría un poco de sopa.

-¡Atiza! Si se hubiese roto la pierna no podría ir a las mareas de primavera - dijo Hazel.

-Bien, pero no se la ha roto.

Pasaron ante la casa de Wide Ida. Hazel preguntó:

-¿Quieres una cerveza?

-No, gracias. - Y Suzy añadió -: ¿No piensas subir al Palace?

-No- dijo Hazel -, tengo que ver a alguien.

Suzy dijo:

-Una vez, cuando era una niña, hice un cenicero para mis padres...

-¿Les gustó?

-No necesitaban ningún cenicero.

-¿No fumaban?

-Sí - dijo Suzy -. Buenas noches.

* * *

Hazel estaba próximo a un estado de colapso. En toda su vida no había podido mantener un pensamiento por un espacio mayor de dos minutos. Ahora sus recursos se bamboleaban bajo el esfuerzo de cuatro horas de concentración. Y aún no había terminado. Tenía que efectuar dos visitas más y, después, tenía que retirarse bajo el ciprés negro para cribar y escudriñar sus hallazgos. Hasta aquel momento no veía luz por parte alguna. Sus imágenes mentales eran como esos calidoscopios infantiles que cambian de color y dibujo al darles vueltas. Le parecía a Hazel que de su cerebro escapaba un ligero siseo.

Era una noche de gatos. Enormes felinos rondaban por los alrededores, con las cabezas y patas pegadas al suelo, buscando a otros gatos. Las señoras gatas se limpiaban y se atusaban llenas de dulce inocencia, sin sospechar que lo que esperaban que sucediese no tardaría en llegar. Sobre las rocas, más allá de la Estación Marina de Hopkins, los leones marinos ladraban como una jauría de canes. Las plateadas fábricas de conservas estaban silenciosas bajo los faroles callejeros. Y en algún lugar de la playa, la trompeta de Cacahuete Rivas gemía dulcemente el *Memphis Blues*.

Hazel se detuvo un momento para saborear el secreto de la noche. Miró a la caldera donde se había metido Suzy, y en el rayo de luz del farol callejero vio moverse una figura. Por su forma y postura dedujo que se trataba del patrón. Hasta cierto punto, aquello no era de la incumbencia de Hazel. Subió la escalera y llamó con los nudillos a la puerta de los Laboratorios de Biología Occidental.

Doc estaba sentado en su cama, contemplando un montón de cachivaches utilizados para la captura de ejemplares: redes, cubos y tarros, formaldehido y sales de Epsom, botas de goma y guantes igualmente de goma, fuentes de cristal, y cordel. Sobre su mesa se veía un pequeño y nuevo acuario portátil, con una pequeña bomba y un motor accionado por

dos pilas secas. Tristemente, observaba cómo la niebla de blancas burbujas de aire se elevaba a través del agua de mar.

-Adelante - dijo a Hazel-. Me alegro de que hayas venido.

-Sólo lo he hecho para esperar a que se haga de día - dijo Hazel.

-Muy bien. Me alegro. Uno se aburre a fuerza de hablar a solas y, al mismo tiempo, se está muy solo. Tú eres la respuesta perfecta, Hazel.

-Dime, Doc, ahora que pienso en ello, ¿qué es as... astrofísica?

-Supongo que no querrás de verdad que te lo diga, ¿no?

-No es que tenga mucho interés. Sólo me lo pregunto. Acabo de matricularme a un curso.

Doc se estremeció.

-No quiero ni oír hablar de eso - dijo.

-¿De veras?

-Eres un buen amigo. ¿Quieres acompañarme?

-Claro - dijo Hazel-. ¿Vas de verdad a La Jolla?

-Bien, creo que tendré que ir. Ésta es una de las cosas que he estado tratando de decidir. Le he dado muchas vueltas.

-Muchos creen que no irás.

-Bien, ésa es una de las razones que tengo para ir.

-¿Es que no querías ir?

-A decir verdad, no lo sé - dijo Doc con suavidad.

Se levantó de la cama y separó un alambre de la pila seca.

-Es una tontería perder electricidad - dijo -. Me he estado desmontando como un Ford modelo «T» en un patio interior. He extendido todas las piezas en el suelo. Pero aún sigo sin saber por qué no funciona. Ni siquiera sé si seré capaz de montarlas de nuevo.

-Yo podría ayudarte - dijo Hazel -. Conozco bien el modelo «T».

-A ver si resulta que también conoces a las personas - dijo Doc.

Hazel se miró tímidamente a los pies. Nadie le había acusado hasta aquel momento de conocer alguna cosa.

Doc rió entre dientes.

-¡Mi buen Hazel!

-Dime, Doc, ¿qué crees que te ocurre?

Hazel estaba anonadado ante su atrevimiento, pero la pregunta ya estaba hecha. Y Doc pareció encontrarla razonable.

-Sábelo Dios - dijo -. Alguna especie de obscura autojustificación, supongo. Quería efectuar una contribución a la ciencia. Tal vez esto era una substitución de la procreación de hijos. Pero ahora mi contribución, aunque llegase a hacerla, me parece bastante inconsistente. Pienso que yo mismo me he comprometido a hacer algo y ahora no tendré quizá más remedio que cumplirlo.

Hazel buscó a tientas entre sus pedazos y fragmentos.

-Mack está muy apenado por lo que él y Fauna hicieron. Ha llegado a ponerse enfermo de verdad.

-No debiera estarlo - dijo Doc -. Yo soy el único que lo echó todo a perder.

-¿Quieres decir que hubieras aceptado a Suzy?

-Creo que sí. No he dejado de pensar en ello desde entonces. Durante un par de días me sentí diferente y mejor de lo que me he sentido en mi vida. Había desaparecido de mí una especie de dolor interior. Me sentía abierto a los cuatro vientos.

-¿A causa de Suzy?

-Creo que sí. La gente supone que poseo un cerebro salvaje y libre, que se salta a la torera todas las barreras convencionales. ¿Y qué hice yo? Me puse a considerar un asqueroso libro mayor. Sopesé educación, experiencia, medio, incluso la probable ascendencia. Algunas de las peores personas que he conocido eran inmejorables por lo que respecta a estos extremos. Bueno, pero así fue. Al decirlo, lo veo aún más claro. Creo que lo he echado a perder.

-¿Por qué no vuelves a probarlo de nuevo, Doc?

-¿Cómo?

-¿Por qué no compras una bolsa de caramelos o un ramo de claveles y vas a llamar a su puerta?

-Volver a empezar de nuevo, ¿eh? Me parece tiempo perdido.

-Bien, peso esas cosas a las mujeres les gustan - dijo Hazel.

- Tal vez has hecho un descubrimiento. ¿La has visto?

-Sí. Se ha arreglado estupendamente aquella caldera. Encontró un empleo en la Golden Poppy.

-¿Cómo está? ¿Qué te dijo?

Hazel volvió a rebuscar entre sus fragmentos.

-Cuando era una niña hizo un cenicero para su papá y su mamá...

Hazel dejó la frase sin terminar, porque le pareció ridícula.

-Bueno, ¿y qué hay en ello?

-No necesitaban ningún cenicero - dijo Hazel.

-¿Ella te dijo eso?

-Sí.

-Vamos a beber unas copas.

-No puedo, Doc. Tomé otra..., quiero decir, tengo que ir a ver a un amigo.

-¿A estas horas?

-Sí. - Y entonces Hazel confesó -: Tú has sido muy bueno conmigo, Doc. Yo no quisiera hacerte nada malo.

-Lo supongo, Hazel.

-Pero lo he hecho.

-¡Cómo!

-¿Te acuerdas que tú siempre has dicho que yo te gustaba porque no escuchaba?

-Claro que me acuerdo.

Los ojos de Hazel mostraban una expresión tímida y avergonzada.

-Pues he escuchado- dijo.

-Me parece muy bien.

-Doc...

-¿Qué?

-José María está merodeando alrededor de la caldera.

* * *

Hazel no se acordaba de haber estado nunca tan cansado. Había sometido su mente a triquiñuelas desacostumbradas, y era como si ya hubiese temido de antemano estar cansado. No había conseguido nada. Comenzó esperando descubrir alguna luz que le guiase. Lo que había conseguido le hizo pensar en las pinturas de Henri sobre cascaras de nuez.

Sentía deseos de dormir largamente, para no despertarse tal vez nunca más en un mundo en el cual se sentía un extraño. Lo había echado todo a perder. Se preguntó si lo haría tan mal cuando estuviese en Washington.

Caminó cansadamente por el solar vacío y subió por la senda de las gallinas hasta el Palace Flophouse. Deseaba deslizarse a obscuras en su lecho para ocultar su fracaso bajo el manto del sueño.

Mack y los muchachos estaban levantados, esperándole.

-¿Dónde demonios has estado? - dijo Mack -. Te hemos buscado por todas partes.

-Sólo he ido a dar un paseo - dijo Hazel con indiferencia.

Mack se movió y gruñó:

-¡Jesús! Menudo porrazo me atizaste - dijo-. Por poco me matas.

-No debiera haberlo hecho - dijo Hazel -. ¿Quieres que te frote el golpe?

-¡No, por Dios! ¿Qué has estado haciendo? Cuando te po nes a hacer planes, el cielo cae sobre mi cola, dijo Henny Penny.

Whitey núm. 2 preguntó:

-¿Con quién has estado?

-Con unos y con otros. Sólo he ido a dar un paseo.

-Bueno; pero, ¿quiénes eran?

-Oh, Joe Elegant, Fauna, Suzy y Doc.

-¿Has visto a Suzy? - preguntó Mack.

-Sí. Fui a la Poppy a tomar un café.

-¡Mira a quien le gusta el café!

-Es lo que sirven allí - dijo Hazel.

- Bueno, ¿y qué dijo ella?

-Dijo que cuando estaba en el tercer grado hizo un cenicero.

-¡Oh, Jesús! - exclamó Doc -. ¿No dijo nada sobre Doc?

-Sí, eso creo.

-¡Eso crees!

-No me hagas preguntas si tienes que continuar en ese tono. Con eso sólo conseguirás que yo te responda igual.

Mack cambió de posición con un gesto de dolor, apoyándose en la otra nalga.

Hazel se sentía rodeado de hostilidad.

-Creo que me voy ahí fuera - dijo con voz compungida.

-¡Espera! ¿Qué dijo de Doc?

-Dijo que no quería saber nada de él, excepto si... Ya terminaré de explicarlo fuera.

-¿Excepto qué?

-Excepto si caía enfermo o se rompía una pierna.

Mack movió la cabeza.

-A veces me obligas a pensar de la misma manera que tú. ¡Dios todopoderoso! No tendría que dejarte salir solo.

-Yo no he hecho nada malo.

-Pero apuesto a que tampoco has hecho nada bueno. Apuesto también a que estás tratando de iniciar la guerra bacteriológica..., el medio de que Doc se ponga enfermo.

-Estoy cansado - dijo Hazel -. Quiero irme a la cama.

-¿Quién te detiene?

Hazel ni siquiera se desnudó para meterse en la cama, pero no consiguió dormir; por lo menos hasta que el alba asomó por el lado de



Librodot

Salinas. Su cerebro estaba lleno de ampollas y su responsabilidad le hacía galopar con sobrecincho y espuelas.



Librodot

XXXIII

EL TAMBOR DISTANTE

Doc permaneció sentado largo tiempo después que Hazel lo abandonó. En su pecho luchaban nuevos sentimientos y su garganta estaba seca. Su mente superior lo contemplaba... Un científico, un pensador ejercitado, acostumbrado al método, a la exactitud. No dejaba pasar nada sin antes medirlo, probarlo, oírlo o verlo. Las leyes de la ciencia eran las leyes de Doc, y él trataba de obedecerlas. Romper estas leyes no sólo le parecía un pecado, sino un peligro, porque su violación conduciría a la anarquía. Sentía espanto y frío.

Su mente mediana gritaba de alegría ante su desconcierto:

-¡Ya te lo decía! Hace años que te digo que te estás engañando. ¡A ver si te atreves a volver al análisis!

Y la voz baja y zumbante de la mente de sus entrañas también estaba atareada, dolorida, pero al mismo tiempo cantaba y decía que el dolor era necesario y bueno.

La mente media le mostraba un camino. Doc pensó: «Veámoslo. Aquí está un hombre con una obra por hacer. La joven... ¿qué es ella? Supongamos que sólo cosas buenas saliesen de las relaciones de ambos. Aun así, no sería bueno. No hay ningún medio posible de que esta joven y yo triunfemos..., no existe camino en la tierra. No sólo es casi analfabeta, sino que posee ui genio muy violento. Está dominada por todas las convicciones de los ignorantes. Está segura de cosas que no ha investigado, y no sólo segura en lo que concierne a ella, sino en lo que concierne a los demás. En dos meses se convertiría en una mojigata. Entonces, ¿dónde estaría la libertad? Su pensamiento sería como jugar al tenis contra un mal adversario. ¡Basta de esta estupidez! ¡Hay que olvidarla! Ni es para ti, ni te interesa».

La mente media aullaba: «Pero tampoco te es tan fácil dejarla. Ocurra lo que ocurra, ya la tienes. Tómate el pulso, escucha tu palpitante corazón. ¿Por qué? Porque acabas de oír resonar la puerta de hierro de la caldera. Aún no has pensado lo que esto puede significar, pero sientes un dolor en tus entrañas a causa de este golpe y porque son las tres y trece de la madrugada».

Su mente inferior le dijo: «No hay nada malo. Todo forma parte de lo mismo..., lo bueno y lo malo. ¿Conoces a algún hombre o mujer - no importa la intimidad que tengas con ellos - que no tenga cosas buenas y malas? ¡Vamos, hombre! ¡O de lo contrario, por Dios, clavaré mis colmillos en ti y te desgarraré por el resto de tu vida! ¡Suéltame, te digo! ¿No sientes esto, este rojo ardor? Es la ira. ¿Dejarás que te abandone, o permitirás que se encone hasta hacer que te sientas enfermo y demente? Mírala ahora. Ya has oído esa puerta de hierro».

Doc consultó su reloj,... Las 3,17.

-¡Ese hijo de perra! - exclamó en voz alta.

Apagó bruscamente la luz y, dirigiéndose a la ventana, miró hacia la franja luminosa que el farol callejero arrojaba sobre el solar vacío. Luego abrió la puerta delantera y se deslizó por las escaleras. Al cruzar la calle se arrimó a una ancha zona en sombras, para ocultarse en ella.



Librodot

El patrón estaba sentado en una gran tubería enmohecida, tratando de resolver un acertijo. Lo tenía extendido ante sí, pero las piezas no encajaban. Aquí estaba él, joven, bien parecido, elegante y con ingresos saneados. Y allí estaba una dama, una dama de tfes al cuarto, que vivía en una caldera y que trabajaba para mantenerse. El patrón también conocía algunos métodos, y si bien no eran científicos, le habían servido a la perfección, de modo que podía fiarse de ellos. Se dicen cuatro dulces palabritas, se promete, se ofrece, y se tiene siempre en reserva la fuerza. Se palpó los nudillos de su mano derecha. Aquella dama era idiota. No escuchó sus adulaciones y cuando quiso mostrar su fuerza le dio con la puerta de hierro en las narices, y por poco le pilló los dedos. De cualquier modo, perdería las uñas de cuatro de ellos. ¡La repugnante zorra! Entregado a sus amargas meditaciones y mascullando en voz baja, no oyó cómo Doc se aproximaba.

Los dedos de Doc asieron el cuello de la camisa a rayas del patrón, obligándole a ponerse en pie. Por un mero reflejo, el patrón disparó sus pies, golpeando las piernas de Doc. Ambos cayeron juntos, rodando entre las malvas. José María buscaba el bajo vientre con sus rodillas, mientras los delicados y fuertes dedos de Doc le oprimían la garganta. El patrón notó cómo los pulgares buscaban el hueco existente bajo su nuez. Arañó el rostro blanco con sus dedos, pero los pulgares de Doc se hallaban ya bajo la nuez. Luces centelleantes se arremolinaron ante los ojos del patrón y su cerebro se volvió rojo. Sabía que dentro de dos segundos su tórax sufriría un colapso bajo la acción de los pulgares y él moriría. Lo había presenciado otras veces. Lo sabía y, a pesar de saberlo, sentía que perdía las fuerzas por momentos. Dudando y lleno de terror, notó cómo los pulgares dejaban de oprimirle.

El patrón permaneció quieto y tumbado en el suelo, y su nublada mente calculó las posibilidades... ¿Otra vez el bajo vientre, o un golpe con la cabeza en la barriga? Pero si fallaba, los terribles pulgares le oprimirían de nuevo. Se sentía débil y espantado..., tan espantado que ni siquiera se atrevía a hablar, por temor a que una palabra inoportuna atrajese de nuevo los pulgares.

-Doc - murmuró -, me rindo. Me has ganado.

-Si vuelves a acercarte a esa joven, te estrangularé - le respondió Doc en un susurro.

-No me acercaré. Te juro ante Dios que no me acercaré a ella.

* * *

En la droguería, bajo la lámpara de siete watios, el patrón trató de descorchar una botella con sus dedos lastimados, pero tuvo que pasarla a Doc.

¡Éste sentía la laxitud que sigue a la ira... y también se sentía muy estúpido. Tomó un sorbo de *whisky* y pasó la botella sobre el mostrador. José María bebió y luego se inclinó, tosiendo y farfullando. Doc tuvo que dar la vuelta al mostrador para ir a darle golpes en la espalda. Cuando pudo hablar, José María miró a Doc maravillado.

-No lo entiendo - dijo -. ¿Dónde aprendiste esa llave? ¿Por qué me la aplicaste? Podrías haberme matado.

-Creo que ésa era mi intención - dijo Doc-. Sí, quería matarte. - Rió con embarazo -. Pensé que estabas cortejando a Suzy.

-Y así era, en efecto - dijo José María -. Jesús, Doc, no sabía que tú y ella estuvieseis en esos términos.

-Y no lo estamos - dijo Doc -. Dame otra copa.

-No jugaba, ciertamente - dijo José María -. Ahora no te excites. Me dio con la puerta en las narices. ¡Diablo!, casi me arranca los dedos al cerrarla de golpe. No tendrás en mí ningún competidor, Doc. Es toda tuya.

-Ni siquiera quiere verme - dijo Doc.

-¿Qué no quiere verte? ¿Qué demonios le pasa?

- Qué sé yo.

Apoyaron sus codos sobre el mostrador y se miraron de hito en hito.

-Que me cuelguen - dijo José María -. ¿Qué piensas hacer?

Doc sonrió.

-Hazel me aconsejó que llevase flores y caramelos.

-Tal vez tenga razón. Yo no entiendo a esa chica. - Cautelosamente, el patrón dejó que un poco de *whisky* se escurriese por su garganta e hizo un guiño cuando pasó por el lugar lastimado-. Creo que, simplemente, es idiota - dijo-. Y si es idiota, no hay más remedio que hacer idioteces con ella. ¿No crees que podrías hablar con ella?

-Lo he pensado mucho.

-¿Y no has resuelto nada?

-Nada en absoluto. Sé que es una completa locura, pero es así.

-He conocido a otros como tú. Creo que tiene remedio.

-Sus ojos se endurecieron -. Me acuerdo de una cosa - dijo -. Cuando estaba hablando con ella, esta noche, por esa maldita boca de horno, me dijo: «Cuando encuentre a uno que le llegue a su altura, me echaré de cabeza», dijo. Y yo dije: «¿Te refieres a Doc?». «¡Qué va, no!», dijo. «Está cortado en lonjas, como la jamón en dulce.»

-Creo que tiene razón - comentó Doc.

-No es eso lo que estaba pensando. Mira, Doc, cuando tú me tenías las manos al cuello, si yo hubiese estirado la pata... Bien, ¿hubieras sido capaz de hacerlo?

-Creo que sí. Me cuesta creerlo, pero creo que lo hubiera hecho. Nunca había hecho una cosa semejante. ¿Por qué?

-Verás, sólo pensaba... Uno que es capaz de matar a otro con las manos, no puede estar cortado en lonjas muy finas. Terminemos la botella, Doc, y después trataré de ayudarte.

-¿Ayudarme en qué?

-A buscar flores - dijo José María -. Aún tenemos una hora antes de que amanezca. Más arriba de la Avenida del Faro hay jardines que hasta dan asco de tantas flores como tienen.

XXXIV

LA BRONCA DEL PLATO SOPERO

Joe Elegant era sólo el cocinero en la Bear Flag, no el chulo, con el resultado de que sus servicios nunca eran requeridos a altas horas de la noche. Se retiraba temprano y ponía su reloj despertador a las cuatro. Esto le daba tres o cuatro horas todas las mañanas para escribir en su máquina portátil letras verdes sobre papel verde.

Su libro iba bien. Su héroe había nacido en un estado de sobresalto y nada de lo que sucedió después consiguió tranquilizarle. Cuando no era un símbolo que le golpeaba en la boca, era un mito que le daba puntapiés por la espalda. Era un libro de estados de ánimo, de húmedas habitaciones con el papel de las paredes lleno de jeroglíficos, de olores pálidos, de sueños que se marchitaban. No había un personaje en la totalidad de *La raíz de Pi de Edipo* que no hubiese debido ser puesto en observación. El héroe tenía unas tías ancianas junto a las cuales el marqués de Sade era un monaguillo. El montón de manuscritos verdes alcanzaba un grosor de tres pulgadas, y Joe Elegant empezaba a imaginar su fotografía para la cubierta posterior del libro: con el cuello abierto, pensaba, y una sonrisita perversa, con una mano colgando flojamente frente a él y mostrando un anillo conteniendo veneno, abierto, en el dedo medio. Sabía cuáles eran los críticos en quienes podía confiar y cuáles no. Escribió: «Un estanque espumeante de Azolla. En las aguas del centro, un pez muerto flotaba panza arriba...».

Joe Elegant suspiró, se inclinó hacia atrás y se rascó el estómago. Bostezó, entró en la cocina de la Bear Flag y empezó a prepararse una cafetera. Mientras se estaba calentando, salió al exterior para enfrentarse con una gloriosa mañana. Los alcatraces se abalanzaban sobre los bacalaos y pequeñas nubes rosadas de Kleenex estaban suspendidas sobre la bahía. Joe vio las flores que había frente a la puerta de la caldera y se dirigió a inspeccionarlas... Un enorme ramo de tulipanes, rosas tempranas, junquillos e iris. Podían haber sido ofrecidas por cualquiera, de no ser que sus tallos estaban metidos en un tarro de laboratorio.

La vida de Joe Elegant no había estado en peligro desde la fiesta de esponsales en la que se celebró también el sorteo, pero tampoco había notado exceso de sentimientos amistosos en Cannery Row. Llevó la noticia consigo a la Bear Flag y la sirvió a Fauna sobre una bandeja, juntamente con su café y sus buñuelos. A las ocho la noticia había alcanzado el Palace Flophouse, y los madrugadores la ingerían juntamente con su *whisky* matarratas en «La Ida».

Los mejores asientos eran los de la Habitación Disponible, con sus ventanas que dominaban el solar vacío. Mack se hallaba allí medio oculto por una cortina, mascando con la boca cerrada los buñuelos que le servía Fauna. Las chicas también hacían acto de presencia con sus mejores quimonos. Becky se había puesto sus babuchas junto con las plumas de avestruz. A las ocho y media el auditorio oyó chirriar la puerta de la caldera y unos a otros se hicieron señas de silencio con el dedo sobre los labios.

Suzy, caminando a gatas, asomó su cabeza por la puerta del horno, dándose de narices con aquel gigantesco tributo floral. Durante un largo momento contempló fijamente las flores y luego las alcanzó, arrastrándolas hacia el interior y cerrando la puerta de hierro tras ella.

A las nueve, Suzy volvió a salir y se alejó caminando rápidamente hacia Monterey. A las nueve y media se hallaba de regreso. Volvió a meterse en la caldera para salir al momento, empujando por delante su maleta. El auditorio se quedó anonadado, pero sólo por un momento. Suzy subió las escaleras y oprimió el timbre de la Bear Flag. Fauna hizo volver a las muchachas a sus habitaciones y obligó a salir a Mack por la puerta trasera, antes de abrir a Suzy.

Ésta dijo:

-Me dijiste que podía utilizar tu cuarto de baño.

-Como si estuvieras en tu casa - dijo Fauna.

Transcurrida una hora, cuando cesó el chapoteo, Fauna llamó a la puerta del cuarto de baño.

-¿Quieres un poco de agua de Colonia, querida?

-Gracias - dijo Suzy.

Salió a los pocos minutos limpia y resplandeciente.

-¿Te gustaría una taza de café? - preguntó Fauna.

-Sí, me gustaría, pero no tengo tiempo - dijo Suzy -. Tengo mucha prisa. Gracias por el baño. No hay nada como un buen baño.

Fauna, desde detrás de una cortina, vio cómo se arrastraba para meterse de nuevo en la caldera.

En su dormitorio-oficina, Fauna garrapateó una nota y la envió por medio de Joe Elegant a los Laboratorios de Biología Occidental.

La nota decía:

«Hoy ella no irá a trabajar.»



Librodot

XXXV

IL N'Y A PAS DE MOUCHES SUR LA GRANDMÉRE

Doc extendió sus mejores trajes sobre el camastro. Había pálidas manchas de ácido sobre sus pantalones caqui recién lavados, la camisa blanca estaba amarillenta de vieja, y observó por primera vez que su vieja chaqueta de mezclilla estaba deshilacliada en ambos codos. La corbata que había llevado a la cena de Sonny Boy's tenía manchas. Encontró una corbata negra del ejército en el fondo de su maleta. Por primera vez en su vida no se sentía satisfecho con su atuendo. Era una estupidez tomárselo en serio, pero no había ninguna duda de que él se lo tomaba. Durante cierto tiempo permaneció sentado contemplando su guardarropa y su vida, y ambos le parecieron ridículos. Y no era menos ridicula la temblorosa certeza de que estaba asustado.

Habló en voz alta, dirigiéndose a las serpientes de cascabel, y éstas sacaron sus lenguas bífidas para escuchar.

-Estáis contemplando a un loco - dijo-. Yo soy un hombre razonable, un hombre relativamente inteligente..., ciento ochenta y dos en el *test* de inteligencia, Universidad de Chicago *master's* y doctor en Filosofía. Un hombre informado en su campo especial de conocimientos, y no ignorante en algunos otros. ¡Contempladlo! - dijo -. Se dispone a efectuar una visita formal a una joven que vive en una caldera. Le ofrecerá una caja de bombones de media libra. Este hombre está muerto de miedo. ¿Por qué? Os diré por qué. Teme que esa joven manifieste desaprobación ante él. Le tiene un miedo cerval. Sabe que es una cosa ridicula, pero no le hace reír.

Los ojos de las serpientes lo miraron con expresión turbia... o al menos así se lo pareció.

Doc siguió diciendo:

-Digámoslo de esta manera: no puedo hacer nada. Dicen que los mutilados se acuerdan de la pierna que les falta. Bien, pues yo me acuerdo de esta joven. No estoy completo sin ella. No estoy vivo sin ella. Cuando estaba conmigo yo estaba más vivo de lo que he estado jamás, y no sólo cuando ella se mostraba agradable. Incluso cuando nos peleábamos yo me sentía completo. En aquellos momentos no comprendí lo importante que era, pero ahora sí lo comprendo. No soy un idiota. Sé que si la consiguiese pasaría momentos horribles. Muchas veces deseo no haberla conocido nunca. Pero también sé que si no la consigo, nunca seré un hombre completo. Viviré una media vida gris, llorando a mi joven perdida todas las horas que me quedan de vida. Como reptiles juiciosos, os preguntaréis: «¿Por qué no esperas? ¡Mira más allá! ¡Hay otros peces mejores en el mar!». Pero eso no os concierne a vosotros. Permitid que os diga que para mí no sólo no hay peces mejores, sino que no hay absolutamente ningún pez en el mar. El mar está vacío sin este pez. ¡Meteos eso en la pipa y fumadlo!

Despojándose de sus ropas, tomó una ducha y se frotó hasta que su piel estuvo irritada y roja por la acción del jabón. Luego se limpió los dientes hasta que le sangraron las encías. Tenía las manos quemadas por el formol, pero se limpió igualmente sus uñas descoloridas. Y se cepilló su abundante cabello, afeitándose luego con tanta fuerza que su cara ardía. Por último, estuvo dispuesto... y aún seguía pensando si quedaba algo que hacer para aplazar su partida.

Su estómago parecía llenarle todo el cuerpo, obligándole a respirar con vehemencia y en cortas inspiraciones. «Tengo que tomar un buen trago de *whisky* - pensó-. Pero me olería el aliento y ella sabría por qué lo había tomado. ¿Estará ella asustada también? Es difícil saberlo. Las mujeres saben ocultar sus sentimientos mejor que los hombres. ¡Oh, Dios, qué loco estoy! No puedo seguir así. Me estoy deshaciendo en pedazos. Me temblará la voz. Caramba, la pequeña... No, eso no está bien. No hay derecho a darse ánimos menospreciándola. Eres tú quien vas a su encuentro, no ella que viene hacia ti. ¿Por qué digo «tú» cuando debe ser «yo»? ¿Tengo miedo del «yo»?»

Y entonces supo lo que tenía que hacer. Fue a buscar sus discos y escogió el *Arte de la Fuga*. «Si su grandeza no puede infundirme valor - pensó-, será mejor que desista.» Se sentó inmóvil mientras Bach construía un mundo, lo poblaba y lo organizaba, y finalmente luchó con su mundo y fue destruido por él. Y cuando la música cesó, como el hombre cesaba cuando acudía a él la muerte, en mitad de una frase, Doc sintió que volvía a él su valor.

-Bach luchó salvajemente - dijo-. No fue derrotado. Si hubiese vivido, hubiera seguido librando la lucha imposible.

Doc gritó, sin dirigirse a nadie:

-¡Dadme un poco más de tiempo! Quiero pensar. ¿Qué tenía Bach que me hace sentir hambriento hasta la extenuación? ¿No sería el valor? ¿Y no es el valor el arte más grande del alma? ¿Hay alguna otra cualidad más noble en el hombre que el valor? - Se detuvo y de pronto pareció deshacerse en lágrimas interiores -. ¿Por qué no lo he sabido antes? - preguntó -. Yo, que le admiro tanto, ni siquiera le reconocí al verlo. El viejo Bach tenía su talento, su familia y sus amigos. Todos tienen algo. ¿Y que tiene Suzy? Absolutamente nada en el mundo, a no ser coraje. ¡Se ha enfrentado con un mundo atómico armada con una honda, y, por Dios, saldrá triunfadora! Y si no gana, ya no vale la seguir viviendo.

»¿Qué quiero decir con eso de ganar? - se preguntó Doc Sí, ya lo sé. Cuando no se es derrotado, se gana.

Luego, en venganza por haber menospreciado a Suzy, se abofeteó.

-Sé lo que hago. Ante mi propia derrota me estilo al contemplar su valor. ¡Permitidme enfrentarme claramente con este hecho, por favor! La necesito para salvarme. Sólo puedo ser completo con Suzy.

Se levantó sin sentirse ya estúpido y sin que su misión le pareciese ridícula.

-Hasta luego - dijo a las serpientes de cascabel-. ¡Deseadme suerte!

Tomó su caja de bombones y descendió con paso airoso los escalones del Laboratorio de Biología Occidental. Al cruzar la calle, comprendió que le observaban desde todas las ventanas, pero eso no le preocupó. Hizo un saludo con la mano a su público invisible.

Al cruzar por entre las malvas del solar vacío, pensó: «¿Cómo se llama a una puerta de hierro?». Se detuvo para recoger un clavo mohoso del suelo y llegó casi alegremente ante la caldera, tamborileando con el clavo sobre la plancha de hierro. La puerta del horno estaba ligeramente entreabierta.

La voz de Suzy sonó con un timbre metálico.

-¿Quién hay?

-Soy yo - dijo Doc-. Yo mismo.., o como tú quieras lla marlo.

La puerta de hierro se abrió y Suzy asomó por ella.

-Gracias por las flores - dijo.

-Te traigo otro regalo.

Ella miró la caja de bombones que traía en la mano. Al hallarse a gatas, ella tenía que torcer el cuello para mirarle. Doc era incapaz de decir si lo que se mostraba en su rostro era sospecha y duda, o sólo un resultado de su posición y del esfuerzo que nacían sus músculos.

-¿Son bombones? - preguntó.

-Sí.

-Yo no... - empezó a decir, pero entonces las palabras de Fauna acudieron a su mente con breves empujones -. ¡Qué diablos! - dijo -. Gracias.

Doc estaba perdiendo su aplomo. Suzy había puesto la cabeza en posición normal y no alcanzaba a ver más, encima de sus rodillas. Doc trató de seguir hablando con despreocupación, pero sus palabras le parecieron torpes.

-Se trata de una visita seria y formal - dijo -. ¿No me invitas a entrar?

-¿Crees que podrás pasar?

-Lo probaré.

-No hay mucho sitio aquí dentro.

Doc permaneció silencioso.

-¡Oh, por el amor de Dios, entra! - dijo Suzy, retirando su cabeza de la abertura.

Doc se puso de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Después de arrojar la caja de bombones por la puerta del horno, se arrastró por la abertura. Pensó con complacencia: «Un hombre capaz de hacer esto con dignidad, ya no tiene que asustarse por nada». Y en aquel momento la vuelta de su pantalón quedó sujeta en la puerta, tirando de su tobillo. Estaba todo él dentro de la caldera, excepto un pie, y no podía liberarlo.

-Parece como si me hubiese quedado colgado - dijo.

-Espera - dijo Suzy. Montó a horcajadas sobre él, consiguiendo desprender el pantalón del ángulo de la puerta-. Me parece que te has roto el pantalón - dijo al volver a pasar por encima de su espalda -. Yo te lo coseré, si quieres.

Los ojos de Doc se iban acostumbrando al obscuro interior. Por la chimenea entraba un poco de luz, que se juntaba con otra poca que penetraba por la puerta del horno.

-Al principio cuesta ver - dijo Suzy-. Ahí tengo una lámpara. Espera, la encenderé.

-No hace falta - dijo Doc.

Ahora ya podía ver y algo se hundió lleno de lástima en su interior al ver los falsos visillos, las paredes pintadas y el tocador de construcción casera, con su espejo y sus frascos. «¡Dios mío, qué valiente llega a ser la criatura humana!», pensó. Y entonces, Suzy hizo añicos su creciente compasión.

A la Poppy va un plomista. ¿Sabes qué hará un día de éstos? Traerá su soplete y abrirá unas ventanas en ambos lados.

La voz de ella continuó, llena de entusiasmo:

-Colocaré unos pequeños alféizares y algunos tiestos con geranios rojos - dijo -. Desde luego, tendré que pintarlo enton ces por fuera, de blanco, creo, con filete verde. Tal vez ponga un arriate a la entrada. Tengo muy buena mano con las rosas.

Entonces se quedó silenciosa. La timidez y la ceremonia entraron subrepticiamente, llenando la caldera.

Doc pensó, maravillado: «Esto no es una caldera. Del modo que sea, ella ha conseguido hacer un hogar de esto». Dijo entonces:

-Has hecho una labor maravillosa aquí.

-Gracias.

Manifestó en voz alta su pensamiento.

-Es un verdadero hogar.

-Es cómodo y acogedor - dijo ella -. Yo nunca tuve una casa propia.

- Bien, pues ahora la tienes.

-A veces me siento aquí y me pongo a pensar cómo se las arreglarían para sacarme, si yo no quisiera salir.

Doc hizo acopio de valor.

-Suzy, siento mucho lo que pasó.

-Prefiero no hablar de ello. No fue culpa tuya.

-Sí, lo fue.

-Yo creo que no - dijo ella de modo terminante.

-Haría cualquier cosa para...

-Mira, Doc - dijo ella -, ya que insistes, me veré obligada a restregártelo por las narices. No fue culpa tuya, pero te aseguro que lo que pasó fue para mí una lección. Me hice un reto a mí misma, y ahora ya está hecho. Tú no puedes hacer nada. Yo no necesito nada. Los que se apenan por mí están perdiendo el tiempo. Nunca había estado tan bien en mi vida. ¿Te enteras? ¡Pues bien, ahora no lo olvides! Ni tú ni nadie podéis hacer nada, porque yo lo hago todo. Si puedes meterte esto en la cabeza, okay.. Si no puedes, será mejor que te las pires. Él dijo:

-¡Qué estúpido y presuntuoso he sido!

Reinó entonces silencio en la caldera. Suzy lo rompió cuando creyó que la nariz de Doc ya se había frotado lo suficiente sobre aquellas verdades.

-¿Sabes qué? - dijo alegremente -. En la Escuela Superior dan clases nocturnas de mecanografía. Yo me he apuntado a ellas. El sábado que viene tendré una máquina de alquiler. Verás cómo aprenderé.

-Te apuesto a que aprenderás muy de prisa. Tal vez podrías pasar a máquina mi monografía.

-¿Aún piensas escribirla?

-Tengo que hacerlo, Suzy. Es todo cuanto tengo. Sin ella, no valgo para nada. El sábado iré a La Jolla para las mareas de primavera. ¿Tú no lo crees?

-¿Por qué no tendría que creerlo? - dijo ella-. No me gusta ver fracasar a nadie. - Abandonó las formalidades como si se quitase un cobertor -. ¿Quieres que te haga una buena taza de té? Tengo un fogón «Sterno».

-Me encantará.

Ella dominaba ahora la situación y siguió hablando fácilmente mientras encendía el fogón y ponía a hervir su pequeña tetera.

-Me saco muy buenas propinas en la Poppy - dijo -. Le devolví el dinero a Joe Blaikey en dos semanas. Ella incluso piensa en tomarse una semana de vacaciones. Nunca ha hecho va caciones. ¡Qué diablos! Yo soy capaz de llevar muy bien el esta blecimiento. Disculpa esa exclamación. Ahora ya no digo casi nunca palabrotas.

-Llevas muy bien las cosas - dijo Doc-. ¿Podrías decirme, sin restregármelo por las narices, qué es lo que quieres en un hombre? Podría serme de utilidad... en otro momento.

-El té está a punto - dijo Suzy, pasándole la taza humeante -.. Déjalo que se enfríe un poco - dijo -. El azúcar está en esa taza que hay sobre el tocador.

Mientras él revolvía el azúcar, ella dijo:

-Si no pensase que me tiendes una trampa, te lo diría.

-Te aseguro que no es ninguna trampa.

-Okay, pues. Tal vez lo que yo quiero no existe en el mundo, pero, sin embargo, lo quiero, y por lo tanto creo que existe.

Quiero a un hombre que sea franco y sincero. Quiero que sea un hombre de verdad, tal vez incluso algo duro, pero que tenga una ventana. Puede alzar el gallo con quien se le antoje, pero no conmigo. Y necesito que sepa arrancar de mí todo lo malo. Tiene que ser de la clase de hombres que, si no me ha conseguido, no ha conseguido nada. ¡Y, amigo, esa clase de hombre tiene que tener algo!

-Excepto por eso de la dureza, creo que me estás describiendo- dijo Doc.

-¡Quítate esa idea de la cabeza! Tú me hablaste y yo permanecí demasiado callada, escuchándote. Te gusta lo que tienes. Me lo dijiste sin ambages. Yo lo echaría a perder. Me ha hecho falta bastante tiempo para sentar la cabeza, pero ahora ya la he sentado.

-Tal vez no era cierto lo que dije.

-Cuando lo dijiste, por tu cara comprendí que no mentías.

Doc se sentía derrotado. No había cólera en su voz, nada que no fuese aceptación de lo inevitable, juntamente con una velada excitación. Sí, esto era, excitación, que casi se convertía en gozo.

Dijo:

-¿Sabes, Suzy? Hablas como si fueses feliz.

-Lo soy - dijo Suzy-. ¿Y sabes a quién se lo debo?

-¿A quién?

-A Fauna. ¡Ésa sí que es una señora! Me hizo sentir orgullosa, y nunca lo había estado en mi vida.

-¿Cómo lo consiguió? - preguntó Doc -. Yo también necesito algo de eso.

-Me dijo esta frase, y me ordenó que la repitiese: «No hay nada en el mundo como Suzy...», y dice además que Suzy es una buena chica. ¡Y maldita sea, es cierto! Ahora no hablemos más de ello, ¿eh?

-Okay - dijo Doc -. Creo que tengo que irme.

-Sí - dijo Suzy -, yo también tengo que ir a trabajar. Oye, ¿te acuerdas de aquel tipo que me dijiste que vivía donde nos otros fuimos aquella noche?

-¿El vidente? Sí, ¿por qué me lo mencionas?

-Joe Blaikey se ha visto obligado a detenerlo.

-¿Por qué?

-Por hurto. En los Almacenes Safeway. Joe lamentó mucho tener que hacerlo.

-Veré lo que puedo hacer. Hasta la vista, Suzy.

-¿No estás enfadado?

-No, Suzy, pero sí apenado.

-Yo también. Pero, ¡qué diablo!, no se puede tener todo.

Hasta la vista, Doc. Espero que te vaya bien por La Jolla.

* * *

Cuando Doc cruzó la calle, deseaba que nadie le observase. Entró en el laboratorio, se dirigió a su catre y se echó en él. Se sentía abatido y dominado por una clara sensación de derrota. Era incapaz de pensar. De una cosa estaba seguro: tenía que ir a La Jolla. Si no lo hiciese moriría, porque no quedaría en él nada en que pudiese creer ni que pudiese defender. Cerró fuertemente sus ojos y miró los puntitos luminosos que nadaban en su retina.

Se oyeron pasos en el pórtico y las serpientes agitaron sus crótalos, pero sin violencia.

Hazel abrió la puerta y miró al interior. Al ver la expresión de Doc, la esperanza le abandonó.

-¿Nada? - preguntó.

-Nada - respondió Doc.

-Tiene que haber algún modo.

-No lo hay - dijo Doc.

-¿Puedo hacer algo?

-No. Es decir, sí. ¿Conoces a Joe Blaikey?

-¿El policía? Claro.

-Bien; detuvo a un hombre en las dunas. Ve a ver a Joe y dile que yo tengo mucho interés por ese hombre, y que lo trate bien. Tan pronto como pueda pasaré a verle. Dile también a Joe que ese hombre es inofensivo. -Doc dio una vuelta de cos tado y hurgó en su bolsillo-. Aquí tienes dos dólares. Pídele a Joe que te deje ver a ese hombre y dale... No, detente en el Safeway y compra una docena de barras de caramelo, llévaselas al vidente y dáselas juntamente con el cambio.

-¿Al vidente?

-Es así como se llama ese hombre - dijo Doc con voz fatigada.

-Lo haré inmediatamente - dijo Hazel con orgullo. Y se alejó trotando como un perro.

Doc se acomodaba de nuevo lo mejor posible en su miserable estado, cuando llamaron con los nudillos a la puerta.

-¡Adelante! - gritó.

En lugar de responder, volvieron a llamar y las serpientes agitaron frenéticamente sus crótalos.

-¡Oh, Dios mío! - dijo Doc-. Espero que no será nin gún estudiante que venga a pedirme que le acompañe a recoger cultivos.

Era un telegrama muy largo. Decía:

*¡Eureka! He descubierto significado palabra griega. Eres ahora una institución. Han instalado sección investigaciones sobre cefalópodos en Instituto de Tecnología California. Tú la dirigirás. Seis mil al año y gastos. Ponte a trabajar en tus pulpitos. Estoy disponiéndolo todo para que leas monografía ante Academia Ciencias California a fines de año. Todo se deduce claramente. Felicidades. Desearía oír tus palabras cuando sepas que tienes que pagar este telegrama.*

Doc dejó el telegrama junto a él sobre el camastro.

- ¡El gran hijo de perra! - exclamó.



Librodot

XXXVI

LAMMA SABACTANI?

Hazel se sentó a un extremo del catre de acero de la prisión de Monterey y contempló con interés al vidente.

-Abra uno de esos «Baby Ruths» - dijo-. Si es usted amigo de Doc, nada malo puede sucederle.

-No le conozco - dijo el vidente.

-Bueno, pero él le conoce a usted. Esto se llama tener buena suerte.

-Yo no conozco a ningún doctor.

-No es nada de eso. A lo sumo, es doctor de escarabajos y otros bichos parecidos.

-¡ Ah, sí, ya me acuerdo! Le invité a cenar.

-Y él le da caramelos.

-Probablemente no los comeré.

-¿Por qué, si puede saberse?

-Diga a mi amigo Doc que mi codicia me perdió. Estoy loco por los caramelos. Los robaba de uno en uno, y así mi conciencia estaba más tranquila, pues sólo se sentía culpable de un pequeño delito. Pero ayer me dominó un deseo vehementísimo y robé tres. El gerente del Safeway dijo que ya sabía que yo sólo los robaba de uno en uno y él hacía la vista gorda. Pero cuando cogí tres, le pareció que me pasaba de la raya. Yo no le censuro. ¿Quién sabe lo que hubiera hecho después? Hubiera podido sentirme dominado por algún otro apetito. Yo mismo me castigaré a oler esas barras de caramelo y a no comerlas.

-¡Creo que está usted chiflado! - dijo Hazel.

-Sí, eso creo yo también. No tengo base de comparación, y, por lo tanto, ignoro lo que sienten las demás personas.

-Habla usted un poco como Doc - dijo Hazel -. Tampoco entiendo una palabra.

-¿Cómo está él?

-No demasiado bien. Tiene muchas preocupaciones.

-Sí, ya me di cuenta de ello. Lo recuerdo perfectamente. Llevaba la soledad como una mortaja. Tuve miedo por él.

-¡Jesús, habla usted igual que él! Es una cuestión de faldas.

-Era inevitable que así fuese. Cuando un hombre siente frío, busca el calor. Cuando está solitario, sólo existe una cura.

¿Por qué no se une a esa mujer?

-Ella no le quiere, a menos que...

-Comprendo. A veces son así.

-¿Quién?

-Las mujeres. ¿Qué quiere decir con eso de a menos que...?

Hazel miró al vidente con una mirada fija y penetrante. Aquel hombre hablaba como Doc. Tal vez podría ser una ayuda. Pero con esta idea surgió también la cautela.

-Me gustaría preguntarle algo - dijo Hazel.

-¿Qué?

-Bueno, es una cosa completamente imaginaria. Una especie de... de... suponiendo que...

-¿Una cuestión hipotética?



Librodot

-Eso creo. Suponga que hay un tipo metido en un aprieto.

-¿Qué más?

-Bien, y no puede salir de él. Pero él tiene un amigo del que no sabe nada.

-Ése es usted - dijo el vidente.

- ¡No, no soy yo! Es cualquier otro. He olvidado su nombre. - Y siguió diciendo apresuradamente -: Bien, suponga que el tipo ése está en un aprieto y sólo tiene una salida, pero no puede utilizarla. ¿Cree usted que su amigo tendría que hacerlo por él?

-Ciertamente.

-¿Aunque le causase un dolor de todos los diablos?

-Ciertamente.

-¿Y aun en el caso de que tal vez no diese resultado?

-Ciertamente. Ignoro por completo cuál es la situación en que se encuentra su amigo Doc, pero sé muy bien lo que usted tiene que hacer. Si usted le quiere, tiene que hacer todo cuanto pueda por ayudarle..., absolutamente todo. Llegar incluso a matarle para ahorrarle un dolor incurable. Éste es el más elevado y más terrible deber de la amistad. Comprendo que lo que tiene que hacer es violento. Primero tiene que asegurarse de que tendrá éxito, y, en segundo lugar, tiene que estar perfectamente se guro de saber que será castigado por ello. Es muy posible que, aun en el caso de que usted tenga éxito, su amigo no vuelva a dirigirle más la palabra. Eso requiere mucho amor..., tal vez la mayor cantidad de amor posible. Asegúrese de que lo ama hasta ese punto.

Hazel contuvo el aliento.

-¡Caramba!... Pero ya le he dicho que ese tipo no existe. Es hipo.... es una tontería, una especie de acertijo.

-Sí, creo que usted lo ama hasta ese punto - dijo el vidente.

* * *

Nadie sabe cómo desciende la grandeza sobre un hombre. Puede estar oculta en su negrura, durmiendo, o puede caer sobre él como esas partículas de fuego lanzadas desde el espacio exterior. No obstante, se saben ciertas cosas acerca de la grandeza; la necesidad le da vida y la pone en acción; nunca se presenta sin dolor; deja a un hombre cambiado, purificado y exaltado al propio tiempo... y nunca puede volver a la simplicidad.

Bajo el negro ciprés, Hazel se retorcía sobre el suelo. Sus apretados dientes dejaban escapar pequeños gemidos. A medida que avanzaba la noche y la luna se ocultaba, dejando tras ella tinieblas, la desolación se apoderó de Hazel, hasta el punto de llorar y lamentarse por la agonía de su grandeza, como hizo Él, sintiéndose abandonado.

Hora tras hora prosiguió la lucha, y sólo cerca de las tres de la madrugada Hazel estuvo saturado. Entonces lo aceptó, como había aceptado la emponzoñada presidencia de los Estados Unidos. Estaba tranquilo, porque no existía escapatoria. Si alguien le hubiese visto, hubiera tenido que tratarse de un hombre muy estúpido para no encontrarle hermoso.

Hazel recogió del suelo su instrumento elegido, una porra de *base-ball*. Se deslizó como un gato de color de noche, saliendo de la negra sombra del ciprés.

En menos de tres minutos se hallaba de vuelta. Se echó de bruces bajo el árbol y se puso a llorar.



Librodot

XXXVII

UN CAPITULITO

Al doctor Horace Dormody le fastidiaban sobremanera las llamadas nocturnas, como a todo el mundo, pero Doc era amigo suyo y respondió a la frenética voz que le llamaba por teléfono. En el laboratorio miró la pálida cara de Doc y luego su brazo derecho.

-Sí, lo tiene fracturado. No puedo decirle aún si es grave. ¿Cree que podrá subir a mi coche? Quiero examinárselo en la pantalla.

Y más tarde dijo:

-Bien, ya lo hemos visto. Es una fractura limpia, pero requerirá tiempo. Ahora cuénteme otra vez su increíble historia.

-Estaba durmiendo - dijo Doc-. La única explicación que encuentro es que debí dar la vuelta y me caí entre el catre y la pared.

-¿Quiere decir que no fue una pelea?

-Le digo que estaba durmiendo. ¿De qué se ríe? ¿Le parece divertido?

El doctor Horace dijo:

-Como usted quiera. Eso a mí no me importa.., a menos que aparezca el otro. Los tejidos sobre la fractura están magullados. Parece como si le hubiesen dado con un garrote.

-¡No puedo estar así!-gritó Doc-. ¡Tengo que ir a La Jolla mañana, para las mareas de primavera!

-¿Y dedicarse a levantar rocas?

-Claro.

-Pues ande, pruébelo-dijo el doctor Horace-. ¿Le duele el enyesado?

-Sí - respondió Doc con desaliento.

XXXVIII

CHUCHERÍAS, O EL FESTIVAL DE LAS MARIPOSAS DE PACIFIC GROVE

Cuando las cosas se ponen realmente mal, hay algunos que buscan a aquellos a quienes les van peor, para consolarse. Es difícil ver el resultado que esto da, pero parece tenerlo. Uno contrapesa las propias preocupaciones con las de otro, y si las nuestras son más ligeras, nos sentimos mejor.

Diríase que la situación existente en Cannery Row no ofrecía casi esperanza. Había que considerar después el apuro en que se hallaba la ciudad de Pacific Grove, y entonces se comprendía claramente por qué las luces estaban encendidas toda la noche en el Masonic Hall y por qué se hablaba ya de desembarazarse del gobierno municipal. No era ninguna bagatela. Era algo que concernía a toda la población. Las mariposas no habían llegado.

Pacific Grove gozaba de uno de esos felices acontecimientos de la naturaleza que alegran el corazón, excitan la fantasía e instruyen a la juventud.

Cierto día de la vocinglera primavera, grandes nubes de anaranjadas mariposas *Monarch*, semejantes a centelleantes campos aéreos de flores, aparecían volando a gran altura en la atmósfera, en un majestuoso peregrinaje a través de la bahía de Monterey, para tomar tierra en los pinares de las afueras de Pacific Grove. Las mariposas sabían exactamente adonde se dirigían. Por millones se posaban sobre los pinos..., siempre los mismos. Una vez en ellos, sorbían la espesa y resinosa savia que se escurría de las ramitas y se volvían bizcas. Las primeras en llegar chupaban hasta hartarse, cayendo después al suelo completamente ebrias, para formar entonces una alfombra dorada, agitando sus patitas borrachas en el aire y lanzando mariposeriles gritos de júbilo, mientras otros millones de sedientas hermanas ocupaban el lugar que las anteriores habían dejado libre en los pinos. Aproximadamente después de una semana de orgía, las mariposas volvían a la sobriedad y se alejaban volando, pero no en nubes: se enfrentaban a su mañana del lunes solas o en parejas.

Durante largo tiempo, Pacific Grove no supo lo que tenía. Luego, gradualmente, se observó que un creciente número de turistas acudía allí para ver las mariposas. Donde hay turistas hay dinero, y es un pecado dejarlos escapar. Pacific Grove tenía una gallina de los huevos de oro en su mismísimo regazo. Y las mariposas acudían de balde. Por lo tanto, resulta naturalismo que surgiese el Gran Festival de las Mariposas, y donde hay un festival obligatoriamente tiene que haber un espectáculo.

Al principio hubo dificultades con la bebida. Pacific Grove no sólo es una ciudad seca, sino ardientemente seca. La venta de diversos tónicos con elevado contenido alcohólico es la mayor del Estado, pero no se encuentra licor ni vino. El hecho de que las mariposas visitantes fuesen a emborracharse en aquel oasis de sequedad, no parecía muy elegante, pero la ciudad lo solucionó primero ignorándolo, y después negándolo calurosamente. La representación teatral de las mariposas lo explicaba muy claro: Hubo una vez una princesa de las mariposas (cuya parte cantaba miss Graves), que un día se alejó con exceso y se perdió. Apareció entonces un hatajo de indios (ciudadanos vestidos con largos peleles obscuros). No



Librodot

recuerdo exactamente cómo. Sea como fuere, los fieles subditos buscaron afanosamente a su princesa perdida, y cuando por último la encontraron, acudieron a millones para rescatarla. (Cuando se echan de espaldas y agitan sus piernas, es que saludan a su reina.) Es un espectáculo precioso. Se celebra en el parque y los turistas pueden comprar mariposas hechas de todas las materias imaginables, desde piñas hasta platino. La ciudad pone gran cariño en esta fiesta. Además, el símbolo de Pacific Grove en sus anuncios es la mariposa *Monarch*.

En todo el curso de la historia sólo ha habido un fallo. Creo que fue en 1924. Las mariposas no vinieron y la frenética población se vio obligada a imprimir cientos de miles de mariposas de papel a dos colores y esparcerlas por todo el pinar. En la actualidad, el prudente gobierno municipal tiene en reserva una enorme cantidad de mariposas de papel, para el caso de que se presentase de nuevo la tragedia.

Cuando se acerca la época de su llegada, hay que contar con uno o dos días de atraso o adelanto sobre la fecha fijada. El espectáculo se ha estado ensayando durante meses, los indios están muy entrenados, el príncipe ha sacado sus medias del cajón lleno de bolas de naftalina y la princesa florece, en un derroche de flores y cadencias.

Tal vez fue un presagio. Dos días antes de la probable llegada de los insectos, miss Graves se quedó sin voz. Era una joven agradable, bastante bonita y bastante cansada. Enseñaba a los alumnos de cuarto grado, lo que es suficiente para cansar a cualquiera. Ni las pulverizaciones ni las inyecciones tuvieron efecto. Tal vez fue la presión psicosomática lo que obturó su garganta, dejando salir únicamente de ella un seco graznido. Sus ojos tenían un brillo febril y desesperado.

Y por si fuese poco, fueron pasando los días y las mariposas no venían. Al principio reinó el pánico en Pacific Grove, pánico que se cambió luego en una ciega ira. Los ciudadanos miraban a su alrededor en busca de alguien a quien hacer responsable de ello. El gobierno municipal era una nulidad. Ya era hora de Que lo cambiasen. Los tenderos cuyos ingresos eran flojos, acusaron el golpe en su libro Mayor. La gente dejó de ir al cine. El Ayuntamiento cargó con la culpa de todo. Al principio la gente se limitaba a gruñir, pero los murmullos se convirtieron en un rugido: «¡Echad a esos pillos!»

Entonces se incendió un hotel en King City, a sesenta millas de distancia. ¿Y sabéis quién salió pitando, vestido únicamente con un gabán y acompañado por una rubia? El alcalde Cristy, de Pacific Grove, el cual ni siquiera se tomó la molestia de dimitir. Se marchó de la población y asunto concluido. Se llegó a hablar de alquitrán y plumas, y él debió oírlo. La ciudad no había estado tan trastornada desde los tiempos de la Gran Guerra del Roque.

Los cínicos querían echar a todo el Ayuntamiento, juntamente con el jefe de Policía y el delegado de Aguas. Los ciudadanos más conscientes daban la culpa a quien correspondía, es decir, al socialismo de Roosevelt y Truman. Pero las mariposas no venían.

Entonces el primer grado tuvo su escándalo. William Taylor, del cuarto, trajo sus lápices a casa envueltos en la cubierta del informe Kinsey. Al ser interrogado, se apoderó de él el pánico y dijo que se lo había dado la maestra, miss Bucke. Ésta fue interrogada a su vez, y se supo que su padre



Librodot

había firmado una petición para la libertad de Eugene V. Debs en 1918. Se había llegado a un punto en que todos desconfiaban de todos.

Y miss Graves seguía graznando.

Y las mariposas no venían.

Así es que, después de todo, las dificultades por que atravesaba Cannery Row no eran tan horribles como ustedes podrían pensar.



Librodot

XXXIX

NOS VUELVE A VISITAR EL DULCE JUEVES

Volvió a haber un Dulce Jueves por primavera. El sol dio un salto hacia el verano e hizo abrir los pétalos plegados de las doradas amapolas. Antes del mediodía se percibía ya la fragancia de los altramuces azules en los campos que rodeaban Fort Ord.

Era un día dulce para toda suerte de serpientes de cascabel. En el campo de maniobras, un conejo, enloquecido por la primavera, corría con la locura de la liebre de marzo al alcance de los rifles, atrayendo el alegre fuego de dos compañías, antes de ocultarse en seguridad tras una duna arenosa. Aquel momentáneo delirio de grandezas del conejo costó al Gobierno ochocientos noventa dólares y alegró los corazones de un buen puñado de soldados.

Miss Graves se despertó sin aliento y llena de expectación. Cantó una escala de semitonos y descubrió que le había vuelto la voz y que todo iba bien, empezando por ella misma. A las once llegaron apretujándose las mariposas Monarch desde el otro lado de la bahía, para postrarse a millones sobre los pinos, donde sorbieron la dulce y espesa savia y se pusieron bizcas. El comité de las mariposas celebró una reunión extraordinaria en el cuartel de los bomberos y salieron a relucir las coronas de las hadas y los largos peleles obscuros de los indios. El alcalde suplente de Pacific Grove escribió una proclama que se publicó en el diario de la noche.

La marea era muy baja aquella mañana, preparándose para las mareas de primavera, y el cálido sol secó las algas, atrayendo a billones de moscas, que se posaron sobre ellas para alimentarse.

Todo el mundo se sentía lleno de bondadosos sentimientos. El juez Albertson absolvió al vidente por recomendación del gerente del Safeway.

El doctor Horace Dormody silbaba a través de su mascarilla mientras hacía una operación de apendicitis, y dijo un chiste político al anestesista, pero no mencionó el brazo roto de Doc. Los problemas de sus pacientes, por divertidos que fuesen, eran sagrados para el doctor Horace. Pero no podía evitar reírse discretamente de vez en cuando.

¿Cómo se esparció el rumor de que Doc se había roto el brazo? Nadie lo sabe. Fauna se enteró de ello mientras comía sus buñuelos. Alice, Mabel y Becky lo supieron cuando tomaban el zumo de naranja. El patrón lo supo por Cacahuete, quien por este motivo se precipitó hacia la playa e interpretó tres fuertes y valientes coros de *Sweet Georgia Brown*, usando seis cambios de clave.

Wide Ida estaba introduciendo *whisky* del Pine Canyon en botellas de «Oíd Crow», utilizando un tubo de goma a manera de sifón, cuando la noticia llegó hasta ella.

Mack y los muchachos la recibieron temprano, y les impelió a hacer algo inmediatamente.

Suzy fue quien abrió la Poppy aquella mañana. El mostrador estaba atestado de clientes que habían ido a desayunar y que remoloneaban sobre su café. Estaba muy avanzada la mañana cuando Suzy se enteró de que Doc se había roto el brazo. Y entonces no pudo hacer nada porque Ella había ido a hacerse la permanente. Pero cuando lo supo, algunos clientes de media mañana fueron servidos de una manera muy curiosa por una Suzy que

miraba por encima de sus cabezas con rostro demudado cuando ellos le hablaban. Llamó míster Gross a míster Mac-Minimin, y «usted» a míster Gross, sirviéndole los huevos en posición vertical, lo que le asustó enormemente.

Mack fue el primero en acudir al lugar del drama. Ni siquiera se puso los zapatos. Contempló el reciente enyesado, que aún no se había endurecido del todo, y escuchó la única explicación que pudo ofrecerle Doc..., que se había cogido el brazo entre el catre y la pared.

-¿Qué piensas hacer? - le preguntó Mack.

-No lo sé. Tengo que ir hacia el Sur, de todos modos.

Mack estaba a punto de hacerle un ofrecimiento, cuando se le ocurrió una idea que le hizo decir:

-Tal vez sucederá algo inesperado.

Y salió corriendo hacia el Palace Flophouse.

Una vez allí, se dirigió a la cama de Hazel, y la encontró lisa y sin una arruga.

-No ha dormido en ella - dijo Whitey núm. 1.

-Bien, ¿y qué os parece esto? - dijo Mack con admiración-. ¡El gran sinvergüenza!

Mack se dirigió al ciprés, se arrastró bajo sus ramas bajas y colgantes, sacando a rastras a Hazel, como si sacase un cachorro oculto debajo de una mesa, para llevarlo luego medio en brazos hasta el Palace Flophouse.

Hazel estaba sumido en una gran fatiga emocional.

-Tenía que hacerlo - dijo con desaliento.

-¿Ha ido alguien a ver a Suzy? - preguntó Mack.

-Esta mañana la he visto dirigirse temprano a su trabajo -dijo Eddie.

-Bien, será mejor que vayas a comunicarle la noticia. No te andes con rodeos - dijo Mack-. Dime, Hazel, ¿cómo lo hiciste?

-¿Estás enfadado conmigo?

-No, hombre - dijo Mack-. Claro que no sabemos qué resultado dará, pero es un paso dado en la buena dirección. -Se volvió hacia los dos Whitey -. Quiero que os deis cuenta de que Hazel no le partió una pierna a Doc. Con eso demostró tener muy buen juicio. Doc puede andar, pero no puede trabajar. Tú, Whitey - dijo a Whitey núm. 2 -, quiero que vayas a ver a Doc y te quedes allí. Si alguien se ofrece para llevarle en coche a La Jolla, tú te encargas de ello. ¿Dónde está la porra de *base-ball*?

-La arrojé a la bahía - dijo Hazel.

-¡De modo que eso era! Whitey, busca por ahí medio metro de tubería de gas.

Hazel sufrió un colapso. Mack se sentó en el borde de su cama, poniendo trapos húmedos sobre la febril frente de Hazel.

Hazel se esforzaba por hablar.

-Mack - dijo-, no puedo hacerlo. No me importa si las estrellas o incluso los de la *bofia* dicen que tengo que hacerlo. No puedo. No tengo arrestos.

-Pero, ¿de qué estás hablando? Ya lo has hecho, hombre.

-No me refiero a eso. Dile a Fauna que busque a cualquier otro para presidente de los Estados Unidos.

Mack le contempló estupefacto.

-Que me condenen - dijo -. Creí que lo habías olvidado.



Librodot

-Lo intenté - dijo Hazel, deshecho-. No quiero que se diga que abandono a nadie, Mack, pero es que no sirvo. Pruébalo y te convencerás, Mack. Por favor, pruébalo.

Los ojos de Mack estaban húmedos de compasión.

-¡Ah, tunantuelo! - dijo -. Pobre conejito mío. No te preocupes. Nadie te obligará a ello. Has hecho cosas magníficas. Eres el único que ha tenido coraje.

-No es por las ostras - dijo Hazel -. Sí, me las comería. Si fuese necesario, comería calcetines viejos. Es que... el cargo me viene demasiado grande. Hundiría todo el país.

Mack dijo:

-Tú descansa aquí, hijito; Mack se encargará de todo. No hay nadie más valiente que tú. Whitey - dijo a Whitey número 1 -, tú siéntate en la cama de Hazel y mímalo. No le dejes levantar hasta que yo vuelva.

Y Mack salió a toda prisa.

* * *

-Tienes que hacer algo y con la mayor rapidez - dijo Mack a Fauna-. Suponte que Hazel tiene otra de sus nobles ideas... Es capaz de matar a alguien.

-Sí- dijo Fauna-, ya veo. Déjame reunir algunas cosas. ¿Crees que le gustará una hermosa cabeza de mono?

-Le encantará - dijo Mack -. La necesita.

* * *

Fauna sostenía sus mapas de la esfera celeste ante los ojos de Hazel.

-Todo el mundo puede equivocarse - dijo-. Había una mota de mosca en el mapa. Saturno no estaba en la bicúspide.

Hazel dijo, lleno de sospechas:

-¿Cómo puedo saber que no me engañas, con la intención de que me ponga bueno?

-¿Cuántos dedos tienes en los pies?

-Los he contado..., nueve.

-Cuéntalos de nuevo.

Hazel dejó caer sus zapatos.

-Parece lo mismo de siempre - dijo.

-Mira ese meñique casi oculto bajo la planta del pie. ¡Diablos, Hazel, yo puedo equivocarme con una mancha de mosca, pero tú has contado mal tus dedos! Tienes diez. Uno casi oculto.

Una lenta sonrisa empezó a extenderse sobre el rostro de Hazel, una sonrisa de alivio o júbilo. Pero por un momento cruzó Por su rostro una sombra.

-¿A quién crees que pondrán en mi lugar?

-Nadie lo sabe - dijo Fauna.

-Bien, ojalá sea bueno - dijo Hazel con voz agorera. Y luego se abandonó en brazos de la dicha-. «Tengo una sombrita que va conmigo a todas partes» - cantó.

Fauna enrolló su mapa y se volvió a casa.

* * *

Poco antes del mediodía, el recadero tomó el desacostumbrado camino del Palace Flophouse, subiendo por la senda de las gallinas.

-He recibido un enorme cajón consignado a vuestro nombre, muchachos - dijo-. Nadie me ha dicho que tenía que subir por una escala para entregarlo. Así es que venid a buscarlo.

-¡Ya está aquí! - gritó Mack.

Hazel, Whitey núm. 1 y Mack subían trabajosamente la enorme caja de madera por la senda de las gallinas, cuando Eddie se les unió.

-¡Suzy ha ido! - gritó-. Yo la acompañé. Parecía como si estuviese sobre ascuas. Ahora está allí con él.

-Échanos una mano-dijo Mack-. ¿Cómo dices que está?

-Sobre ascuas - dijo Eddie.

Entraron la caja en el Palace y Mack la atacó con un hacha.

-Ahí lo tenéis - dijo, cuando se hubo quitado la tapa.

-Ella está con Doc. Dime, ¿qué es eso?

-¡Mirad! - exclamó Mack.

Y él y los muchachos contemplaron el instrumento, el gran tubo negro de un reflector de ocho pulgadas, con los oculare encajados a su lado y su trípode cuidadosamente embalado.

-El mayor de todo aquel maldito catálogo - dijo Mack con orgullo-. ¡Jesús, qué contento estará Doc! Eddie, cuéntanos todo lo que pasó, sin olvidarte nada.

* * *

¡Qué día aquél! Un día de púrpura y oro, los altivos colores de la Escuela Superior de Salinas. Un escuadrón de angelotes maniobró a mil doscientos pies de altura, sosteniendo una nube rosada en la cual brillaba con intermitencias la palabra D-i-c-h-a. Una gaviota con un ala rota se elevó en derechura hacia lo alto, graznando: «¡Dicha! ¡Dicha!»

Suzy corría como alma que lleva el diablo cuando Eddie la interceptó. Respondió con monosílabos a los ocasionales comentarios que hacía Eddie sobre el tiempo, pero no sólo no los oyó, sino que ni siquiera se dio cuenta de que Eddie estaba a su lado.

Subió por los escalones de los Laboratorios de Biología Occidental sin ver a Whitey núm. 2, que estaba de guardia con un garrote. La llegada de la joven le relevó de su obligación, pero se quedó junto a la puerta para escuchar.

Al llegar al extremo de la escalera, Suzy se convirtió en una muchacha tímida y sin alientos, y, como todo el mundo sabe, no hay nada más indestructible y mortal que una joven tímida. Se detuvo para tomar aliento y luego llamó a la puerta con los nudillos y entró olvidándose de cerrarla..., lo cual fue muy bueno para Whitey núm. 2.

Doc estaba sentado sobre su camastro, mirando sombríamente el montón de cachivaches que había en el suelo.

-Me enteré de que te habías hecho daño - dijo Suzy gen tilmente -. He venido a ver si podía hacer algo.

Por un momento el rostro de Doc se iluminó, pero luego descendió sobre él una sombría expresión.



Librodot

-Esto me manda a paseo las mareas de primavera - dijo mirando el blanco enyesado -. No sé qué haré.

-¿Te duele mucho? - preguntó Suzy.

-Un poco. Aún dolerá más, supongo.

-Iré a La Jolla contigo.

-¿Y levantarás peñascos que pesan cincuenta o cien libras?

-Ya me escupiré en las manos.

-¿Sabes conducir un coche?

-¡Claro que sí! - dijo Suzy.

-No puedes hacer eso. - Y luego, de lo más hondo de él, salió un grito burbujeante-: ¡Claro que puedes! Te necesito, Suzy. Necesito que me acompañes. Será un trabajo terriblemente duro y yo casi no puedo hacer nada.

-Tú puedes decirme lo que tengo que hacer y lo que tengo que buscar.

-Claro. Y no soy del todo un inválido. Puedo utilizar la mano izquierda.

-Está dicho, pues - dijo Suzy-. ¿Cuándo salimos?

-Tengo que irme esta noche. Si viajamos toda la noche, podremos llegar a la marea de las siete dieciocho, mañana por la mañana. ¿Crees que podrás hacerlo?

-Seguro - dijo Suzy -. Si tú me necesitas...

-Te necesito absolutamente. Estaría perdido sin ti. Pero te cansarás mucho.

-¿Qué importa? - dijo Suzy.

-Quiero pedirte una cosa - dijo Doc -. El Viejo Jingleballicks ha creado una fundación para mí en la Escuela de Tecnología de California.

-¿Por qué no tenía que hacerlo?

-Yo no tengo que trabajar allí.

-¡Magnífico!

-No sé si debería arrojársela al rostro.

-¿Por qué no lo haces?

-Por otra parte, hay todo un magnífico equipo.

-Estupendo - dijo Suzy.

-No me gusta trabajar para los demás.

-Pues, entonces, déjalo.

-Pero tengo una invitación para leer mi monografía ante la Academia de Ciencias.

-Pues hazlo.

-Ni siquiera sé si podré escribirla. ¿Qué tengo que hacer, Suzy?

-Y tú, ¿qué deseas?

-No lo sé.

-¿Qué hay de malo en eso? Oye, Doc, tengo que hacer unas cosillas. Tal vez tardaré dos horas. ¿Es demasiado?

-Mientras podamos salir al anochecer...

-Volveré así que esté lista.

Doc dijo:

-Suzy, te amo.

Ella se dirigió a la puerta. Giró en redondo y se enfrentó con él. Sus cejas formaban una línea recta y cerraba la boca fuertemente. Luego respiró con lentitud, sus labios se mostraron plenamente, elevándose en sus comisuras, y sus ojos brillaron con increíble excitación.

-¡Querido! - exclamó Suzy -. ¡Ya no estás solo!

XL

ESTOY SEGURO DE QUE TODOS SEREMOS TAN FELICES COMO UNAS PASCUAS

En el Palace Flophouse, Suzy se sentó en una silla, mientras los muchachos la rodeaban. Mostraba un semblante furiosamente concentrado. Tenía los pies sobre dos ladrillos y sujetaba con las manos un fleje de tonel. Ante ella tenía una pizarra en la que se leían, escritas con tiza, estas frases: «Llave de ignición», «indicador de velocidad», «estrangulador» e «indicador de gasolina». En el suelo, a su derecha, había una caja de manzanas de la que salía verticalmente una palanca.

-Vuélvelo a intentar - dijo Mack-. Da vuelta a la llave y oprime con tu pie derecho el acelerador.

Suzy puso su pie en un lugar señalado con tiza en el suelo.

-*Chug-chug-chug-chug*- dijo Hazel, muy contento.

-Embraga.

Suzy oprimió un ladrillo con su pie izquierdo.

-Ahora tira de la palanca hacia ti y luego hacia delante.

Ella movió la palanca hasta ponerla en primera.

-Da gas y levanta el embrague. Ahora embraga, separando la palanca hacia delante. Da gas. Ahora sujétala de nuevo y tira de ella hacia ti. Así, lo has hecho muy bien. Hazlo otra vez.

Después de una hora y media, Suzy había hecho recorrer la silla cerca de ciento cincuenta millas.

-Lo harás muy bien - dijo Mack -. Tómatelo con calma. Si puedes llegar a dos millas de la población sin meterte contra nada, podrás decirle ya la verdad. Entonces ya no querrá volver. Te dará instrucciones. Yo te lo pondré en marcha y te lo dejaré en la dirección debida en la calle.

-Sois muy buenos chicos - dijo Suzy.

-¡Qué diablos! Si Hazel fue capaz de romper... ¡Oh, lo siento! Lo menos que nosotros podemos hacer es ver si de ello puede salir algo bueno. Vamos, otra vez... ¡Dale otra buena paliza y ponle todas las marchas!

* * *

La noche se presentaba tan encantadora como había sido el día. El sol poniente tiñó de rosa los pequeños cabos de la bahía e iluminó a los serios pelícanos, que volvían a sus hogares entre las rocas marinas. Las paredes metálicas de las fábricas de conservas parecían de bruñido y precioso platino.

El viejo coche de Doc estaba frente a los Laboratorios de Biología Occidental, con su asiento trasero cargado de cubos, recipientes, redes y palancas. Todo Cannery Row se encontraba allí. El patrón colocó botellas de «Old Tennis Shoes» en el bordillo. El cabello de Fauna parecía una llamarada bajo el sol poniente. Las chicas daban ligeros empujoncitos a Suzy. Becky estaba anegada en un llanto romántico.

Joe Elegant miraba desde la puerta de su colgadizo. Pensaba ir a Roma después de publicar su libro.

Doc, con una lista en la mano, comprobaba si todo el equipo se hallaba en el automóvil.



Librodot

Únicamente faltaban Mack y los muchachos. Pero pronto se les vio bajando por el camino de las gallinas, balanceando entre ellos el trípode y el largo tubo negro. Atravesaron la vía férrea y el solar y pusieron el trípode junto al automóvil.

Mack carraspeó.

-Amigos - dijo -, en nombre mío y de los muchachos, tengo el placer de ofrecer esto a Doc.

Doc miró el regalo... un telescopio lo suficientemente potente para poner la luna ante sus mismísimas narices. Se quedó con la boca abierta. Luego trató de ahogar la risa que se despertaba en su interior.

-¿Te gusta? - preguntó Mack.

-Es muy bonito.

-Es el mayor de todo el maldito catálogo ese - dijo Mack.

Doc apenas podía hablar.

-Gracias - dijo. E hizo una pausa-. Después de todo, creo que no importa demasiado mirar hacia arriba o hacia bajo.... mientras se mire.

-Te lo entregamos - dijo Mack-. Dame una de esas botellas. ¡Por Doc! - gritó, y en un susurro ordenó a Suzy-: Da vuelta a la llave. Ahora, el arranque.

El anciano motor rugió. Doc estaba paladeando una cerveza.

-Embraga... hacia ti y después adelante - dijo Mack-. Suelta el embrague.

Suzy hizo lo que se le ordenaba.

El viejo automóvil subió lenta y deliberadamente a la acera, arrancó la escalera de los Laboratorios de Biología Occidental, escoró hacia la calle y se alejó arrastrándose y esparciendo pedazos de madera.

Doc se volvió en el asiento para mirar atrás. El sol poniente brillaba sobre su rostro convulso por la risa, su rostro gozoso y animado. Con la mano izquierda sujetó el encabritado volante.

Cannery Row seguía con la mirada el viejo automóvil. Dobló la primera curva y se perdió de vista detrás de un almacén, en el mismo momento en que el sol se ponía.

Fauna dijo:

-No sé si será conveniente poner su estrella dorada esta misma noche. Pero, ¿qué demonios te ocurre, Mack?

Mack dijo:

- El vicio es un monstruo de semblante tan espantoso, que estoy seguro que serán más felices que unas Pascuas. - Echando su brazo sobre los hombros de Hazel, dijo-: Creo que serías un presidente endemoniadamente bueno.



Librodot